Antonio Sanz Oliva

La Cizaña en el Trigo

SELECCIÓN

Acción y Aventura

LA CIZAÑA EN EL TRIGO

Antonio Sanz Oliva

1.ª edición: enero, 2017

© 2017 by Antonio Sanz Oliva
© Ediciones B, S. A., 2017
Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)
ISBN DIGITAL: 978-84-9069-615-6
Gracias por comprar este ebook.
Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com
Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

A mi querida Luisa Berbel,
esposa en lo literario y compañera de fatigas durante muchos años.

Capítulo 1

Hubiera deseado que aquello no sucediera, pero ya no tenía poder para cambiarlo. Me encontraba detenido en las dependencias de los carabineros, aunque no sabía exactamente dónde. En mi mente se confundían retazos de imágenes que, poco a poco, empezaban a engarzarse para completar lo que había pasado.

Fueron muy insistentes para que declarara pero, ante mi negativa, optaron por encerrarme en aquel calabozo a la espera de que la autoridad competente dispusiera de mí. A pesar de ello, se portaron con toda corrección.

—Señor Baldi. Le he traído algo para que pueda asearse... Encima del lavabo tiene una pastilla de jabón. —Me dijo uno de los guardias.

El carabinero me pasó una toalla a través de los barrotes para que pudiera limpiarme; estaba empapado en sangre. El olor era nauseabundo, pero su color no era ya tan intenso, parecía más bien una mancha marrón sobre la ropa. Me fui limpiando hasta que la toalla no pudo absorber más suciedad. Tenía metido dentro ese olor entre acre y metálico que me revolvía las tripas, penetrante como una mala idea.

Estaba empapado, con los pantalones chorreando y descalzo. No recordaba haber perdido los zapatos, pero me daba igual. Me acurruqué en un rincón de la celda. Tenía mucho frío e intenté protegerme el pecho con los brazos para notar algo de calor. Se notaba el fuerte olor a humedad que impregnaba aquel cuarto mal ventilado y los trazos de moho en las esquinas. Era una habitación pequeña y sucia, pintada de un blanco que apenas se intuía por las decenas de huellas de la gente que alguna vez se apoyó en aquellas paredes. Los barrotes eran azules, repintados una y mil veces y otras tantas repelados por el roce de las manos que se habían abrazado a ellos. Es curioso, pero allí me sentía seguro, como si nada malo fuera a sucederme.

—¿Tiene frío? —preguntó de nuevo el carabinero al verme tiritar—. Ahora mismo le traeré una manta, verá cómo se siente mucho mejor.

—Disculpe... ¿Puedo hacer una llamada? —le pregunté.

—Por el momento no es posible.

No tardó ni un minuto en traerme una manta de color gris. Su tacto era áspero y había perdido el toque esponjoso de la lana, pero consiguió que pronto entrara en calor.

—Quítese los pantalones, se los secaré sobre un radiador. El de

la celda, como habrá comprobado, no funciona… No se preocupe, cuando lo llamen se los devolveré.

—¿Podría darme un cigarrillo?

—Sí. Acérquese y le daré fuego.

Me quedé desnudo, salvo la manta que me cubría la espalda. Cuando me acercó el cigarrillo, le di una profunda calada y me sentí mejor cuando exhalé aquel humo que formó una densa cortina entre los barrotes.

—Me gustaría que avisaran a Giulia Cravioto. Díganle que hable con su amigo abogado. Supongo que lo necesitaré.

—Está bien, espere un momento y tomaré nota de su teléfono. Intentaremos hacerle llegar su mensaje.

Volví a sentarme en la silla. En aquel momento eché de menos a alguien que me acompañara, que me hiciera sentir seguro. Cuando se consumió el cigarrillo, se desvanecieron todos mis pensamientos. Hubiera necesitado al menos una cajetilla entera para proseguir con el hilo de mis ideas. Estaba exhausto y con la mente turbada. Había perdido la noción del tiempo y apenas podía distinguir los minutos de las horas. Me invadió una dejadez y decidí tenderme en el suelo; sentía la necesidad de estirar las piernas para poder descansar. Ya no recuerdo nada más, debí quedarme dormido hasta que, de nuevo, la voz del carabinero me despertó.

—Señor Baldi… Ya es la hora. Aquí le traigo sus pantalones. Todavía están un poco húmedos, pero le he podido conseguir una camiseta. También le he traído unas zapatillas, no puede presentarse descalzo en el juzgado.

El carabinero abrió la celda y me entregó la ropa. Cuando estuve presentable, me miré al espejo y mojé mis cabellos para intentar alisarlos.

—¿A dónde me llevan? —pregunté.

—Está de suerte, la juez de guardia quiere verle enseguida. Así no tendrá que pasar más rato en estos calabozos.

—Y después, ¿qué?

—Eso lo decidirá ella. Podría decretar ingreso en prisión o tal vez lo ponga en libertad.

El carabinero sacó sus esposas y me las colocó en las muñecas.

—¿Es necesario?

—Lo siento, son las ordenanzas. Debemos llevarlo esposado. Ahora subiremos a un coche patrulla y lo llevaremos directamente al juzgado.

Atravesamos un largo pasillo iluminado con tubos fluorescentes, algunos de los cuales parpadeaban insistentemente, transformando

el corredor en un lugar tétrico, que aumentaba mi sensación de desasosiego. Al final se encontraba una puerta metálica que daba acceso al garaje. Entre el carcelero y otro, me ayudaron a montar en el vehículo.

Cuando salimos al exterior no supe precisar qué momento del día sería. El coche enfiló a gran velocidad una avenida. Reconocí, uno a uno, los escenarios donde había transcurrido mi vida durante los últimos tiempos: el puerto, la estación *Centrale* y allá, a lo lejos, dibujando el nuevo *skyline*, las torres que albergaban los juzgados. De allí daría con mis huesos en *Poggioreale* o, por el contrario, saldría libre, aunque no tuviera dónde ir.

El coche entró en el complejo y accedimos a los despachos mediante un complicado sistema de ascensores y pasillos, que se me antojaron un dédalo donde, al final, me esperaba el *Minotauro* para acabar conmigo. En una especie de pequeña antesala, los carabineros me indicaron que me sentara hasta comparecer ante la juez, que se demoró cinco minutos, los necesarios para comprobar la documentación que le entregó la policía. La magistrada me indicó, con un movimiento de sus manos, que tomara asiento frente a ella. Yo permanecía expectante, observando aquel despacho impoluto. El mobiliario era breve, con las estanterías justas para almacenar cientos de archivadores y a su lado la bandera tricolor. Cuando consideró que ya me había hecho esperar lo suficiente, se dirigió a mí. No superaba los cincuenta, en una edad indeterminada que no le restaba frescura a sus rasgos. Llevaba puesto un sencillo traje gris de pata de gallo y una blusa color hueso sobre los que caía una media melena negra con reflejos caoba. Parecía comedida en los detalles: un maquillaje leve, casi imperceptible; un toque de carmín de tono suave y las necesarias gafas de pasta colgadas con un cordón.

—Veo que se ha negado a prestar declaración en comisaría… De acuerdo, entonces lo hará por primera vez aquí. Tiene que saber que no está obligado a hacerlo, ni a decir nada que pueda perjudicarle. Le asiste el derecho a ser representado por un abogado pero, si no puede pagarlo, se le asignará uno de oficio. ¿Comprende lo que le digo?

—Sí. La he entendido perfectamente.

—Ahora procederemos a leer lo que figura en el atestado. La mayoría de los datos son personales, así que le rogaría que nos confirmara si son correctos. Puede explicarse o añadir lo que crea conveniente, no obstante, volverá a ser interrogado una vez tenga al letrado que le represente y haya consultado con él. Procedamos…

Es usted Stefano Baldi, nacido en Torgiano, provincia de Perugia, de treinta y ocho años de edad, pelo castaño y ojos azules, hijo de Antonio y Margherita Baldi, de profesión artista. ¿Es correcto?

—Sí, pero me gustaría matizar que soy pianista.

—Muy bien, aunque ese detalle es irrelevante. Por la documentación que nos consta, su último domicilio conocido está en la ciudad de Pozzuoli, provincia de Nápoles. Una vivienda-ático sita en Via Roma, número ocho.

—Esa fue mi última dirección aquí. Compartía piso con un amigo, Mario Ponissi, el propietario de la vivienda. Luego me marché al extranjero, hasta que volví hace unos días.

—¿El señor Ponissi ha sido avisado de su detención?

—No. Ya no tengo ningún tipo de relación.

—No se preocupe, nos pondremos en contacto con él si hace falta. ¿Podría aclarar dónde estuvo durante su estancia en el extranjero?

—He estado viviendo en Líbano.

—¿Podría ser más preciso?

—Solo sé que estaba muy cerca de Beirut, en el distrito de Baabda, pero no sabría decirle mucho más. Se trataba de una mansión llamada *l'Auberge de Notre Dame*, que pertenecía a un rico magnate libanés llamado Adnan Katurshian.

—¿Podría decirnos qué hacía allí?

—Me desplacé por motivos laborales.

—¿Qué clase de trabajo ejercía?

—Preferiría hablar antes con mi abogado.

—Está bien, señor Baldi, continuaremos con la lectura del atestado… Esta mañana fue detenido en el interior de la Capilla de Sansevero, en la ciudad de Nápoles, por miembros del Arma de Carabineros, personados a requerimiento de los empleados de dicha capilla. ¿Es eso cierto?

—Sí, debió de ser así.

—Después de unos fuertes golpes y procedente del subsuelo de la capilla, usted apareció, forzando una tapa de bronce que, a modo de rejilla, sirve como respiradero y que está situada a la izquierda de la escultura llamada *El Cristo Velado* que se exhibe en dicho templo. Los mismos testigos declaran que apareció ensangrentado y esgrimiendo una herramienta que no pudieron precisar, con la que rompió dicha tapa. Ante el lógico revuelo, los allí presentes realizaron una llamada a los Carabineros, mientras usted permanecía inmóvil, mostrándose, con los ojos extraviados y sin pronunciar ninguna palabra. Luego cayó de rodillas, dejando la

herramienta en el suelo y, recostándose sobre la citada escultura, susurró las siguientes palabras: «He matado a ese hijo de puta. Ya no volverá a joderme más…».

—Lo recuerdo vagamente, como en un sueño.

—Entonces, si damos por bueno lo que le he relatado, usted reconocería haber matado a una persona, ¿no?

—Antes preferiría consultarlo con un abogado.

La juez entendió que no iba a añadir más luz sobre el caso y que era innecesario alargar más aquel interrogatorio preliminar. A pesar de ello, quiso hacer una última puntualización.

—En estos momentos se están realizando las investigaciones pertinentes para corroborar si existe algún cadáver, como se deduce de sus palabras. Por el momento tendremos que custodiarlo hasta que se aclare el tema. En vista de la gravedad de los hechos, quedará retenido en la prisión de *Poggioreale,* en calidad de preso preventivo. Allí se le suministrará ropa adecuada si no puede disponer de la suya y entregará el resto de prendas manchadas para ser examinadas y utilizadas como prueba. Podrá realizar las llamadas pertinentes para contactar con un abogado y, en breve, le volveré a citar.

En aquel momento, la juez hizo una indicación al funcionario para hacer pasar a los carabineros que aguardaban fuera. Les entregó la orden de prisión preventiva y volvieron a esposarme para llevarme a la cárcel.

Mientras salíamos del edificio, mi mente hizo un barrido por los recuerdos de toda una vida, en especial por los que me habían llevado a esta situación. Ahora solo me quedaban los recuerdos, los únicos compañeros de los que podría disponer hasta que todo se aclarara.

Todo empezó hace unos meses, cuando inicié unas vacaciones después de la muerte de mi padre. El destino quiso que, cuando llegué a Nápoles, comenzara una nueva etapa con tantas emociones como siempre anhelé, aunque en aquel momento no sabía el precio que debería pagar por ellas.

Capítulo 2

El tren estaba a punto de entrar en la estación de Nápoles y ya tenía mi equipaje listo para bajar. En mi maleta llevaba la ropa justa para pasar una semana y un libro que esperaba no tener que leer. Hacía justo un mes que había fallecido mi padre y necesitaba desesperadamente dejar el pueblo para darme unos días de respiro. Era la primera vez, en muchos años, que salía de Torgiano, un pequeño pueblo cerca de Perugia, y esperaba que una semana bastara para devolverme las fuerzas que había perdido cuidando al único ser que me quedaba en el mundo y por el que había abandonado mi vida y mi trabajo.

El *Frecciarossa* se detuvo en un andén de la Estación Central y atravesé su feo y funcional vestíbulo hasta darme de bruces con la más anárquica ciudad que jamás había visto. Al trasiego de viajeros se sumaron cientos de viandantes que atravesaban la enorme explanada. Un ensordecedor ruido de motores y cláxones pusieron una desagradable banda sonora a mi llegada y el calor de un sofocante mes de julio vino a sumarse a la bienvenida, brindándome el inevitable sudor que comenzó a recorrer mi cuerpo para acabar empapándome la camisa.

Levanté la vista para intentar reconocer mi hotel, justo en la esquina, a escasos diez metros de donde me encontraba. Al entrar en el *Terminus* me di cuenta de que cumplía con todos los requisitos que buscaba. Su amplia puerta giratoria daba acceso a un impresionante vestíbulo, con una decoración sobria y al mismo tiempo elegante. Me dirigí a la recepción para identificarme y un joven me pidió amablemente la documentación. Tras hacer las pertinentes comprobaciones, me dio las llaves de la habitación cuatrocientos trece, una buena altura si quería disfrutar de las magníficas vistas que, sin duda, incluirían el impresionante Vesubio. El recepcionista insistió en que no cargara con la maleta; un botones lo haría por mí. No estaba acostumbrado a aquellos lujos, pero tomé despreocupado el ascensor.

La habitación era sencilla, demasiado para lo que había imaginado. De todas maneras no me importaba, esperaba utilizarla solo para dormir. Me desnudé, enrollé una toalla a mi cintura y abrí con expectación la puerta del mini bar. En él había un estupendo benjamín de champán. Reconozco que no era una hora apropiada, pero saboreé aquel preciado espumoso y me sentí el rey del mundo.

Me desplacé por la mullida moqueta hasta el balcón, intrigado por saber qué paisaje me acompañaría durante mi estancia y corrí

decidido la cortina para descubrir la silueta más moderna de la ciudad. No era la mejor vista, pero el Vesubio eclipsaba todo lo demás. Me encendí un cigarrillo mientras observaba el trasiego de los napolitanos bajo mis pies, afanados en actividades en las que no me reconocía. La caótica circulación y las múltiples líneas de ferrocarriles que recorrían los alrededores, simulaban una chirriante maraña que parecía atrapar aquellos barrios más degradados, librando aquel espacio a lo más lumpen de la ciudad.

Solo me dio tiempo a apagar el cigarrillo cuando sonó un golpe en la puerta. Supuse que sería el botones con mi equipaje y yo estaba prácticamente desnudo. No sabía qué hacer, así que decidí actuar con naturalidad, mientras buscaba en mi cartera algo de dinero.

—Señor Baldi, le traigo su maleta —dijo el botones al otro lado de la puerta.

Tras pasar al interior, la depositó encima de la banqueta que estaba al lado de la televisión. Le di las gracias y alargué un billete que cogió sin mirar. Justo en aquel momento, se desenrolló la toalla. El botones ni se inmutó, aunque yo me moría de la vergüenza. Me convencí de que ese tipo de cosas formaría parte del anecdotario de un hotel y actué como si no fuera conmigo, cerrando la puerta tras su marcha.

Colgué mi equipaje y me introduje en el amplio baño donde hubiera cabido una familia entera. Estuve diez minutos bajo la refrescante ducha que distribuía el agua como si fuera lluvia. Por fin comencé a relajarme y a cobrar conciencia de que estaba cumpliendo un sueño siempre anhelado y tantas veces pospuesto.

Era un poco temprano, así que me decidí a estirar las piernas por los alrededores. Encendí un cigarrillo mientras observaba cómo los últimos viajeros abandonaban la *Centrale*. Una cohorte de tipos raros desfilaron ante mí, hasta que la calle quedó despejada del todo: militares uniformados a la caza de una pensión barata, señoritas con «uniforme» de trabajo y buscavidas esperando ofrecer el último servicio. Después, el hambre llamó a mi puerta y aterricé en la *Osteria da Ettore* para cenar, muy cerca del hotel. Algunas putas merodeaban por los callejones y un rosario de coches se acercaba intermitentemente para preguntarles por el precio. Aquello me pareció sórdido pero muy divertido, pero opté por regresar al hotel una vez abonada la cuenta del restaurante.

—Buenas noches… Disculpe, ¿todavía está abierto el bar? —pregunté a uno de los empleados.

—Sí, señor Baldi. Lo tiene hasta las doce, aunque me temo que

estará solo. Esta noche no hay demasiados clientes.

—Lástima, no me gusta beber solo. Será mejor que me acueste... Buenas noches —le dije.

—Buenas noches, señor Baldi.

Antes de tomar el ascensor, me giré para observarlo mejor. Aquel empleado me resultaba atractivo, aunque parecía algo mayor (unos cincuenta años le eché a bote pronto). Se notaba que se cuidaba, con una barba recortada que le confería virilidad y un pelo rasurado que ocultaba una incipiente calvicie. Ahora empezaba a valorar las estrellas del rutilante firmamento del *Terminus*.

Llevaba unas horas en Nápoles y ya se habían despertado mis más bajos instintos, reprimidos durante tanto tiempo, pero había venido para evadirme y decidí pensar en otra cosa para aplacar mis deseos. Desnudo, me tendí sobre la cama. Desde mi balcón abierto se colaba una pequeña brisa que me hizo más agradable el sueño. Cuando amaneciera, la primera luz me despertaría y el Vesubio me daría los buenos días sin tener que moverme de la cama.

Capítulo 3

Tal como predije, la primera claridad del día me despertó. Era una sensación agradable amanecer de aquella manera y allí estaba el volcán, imponente, magnífico, como el inmenso falo de un titán dormido. Intenté imaginar el dantesco espectáculo que sepultó Pompeya y entonces tuve claro que mi primer día en Nápoles debía empezar por aquella visita que ahora estaba al alcance de mi mano.

Me asomé al balcón para gozar del frescor de la mañana, el único que disfrutaría en todo el día. Iba completamente desnudo, pero no me importaba que alguien pudiera verme desde la calle; todos parecían estar demasiado ocupados en sus quehaceres. El inicio del nuevo día había devuelto la actividad a la estación y con ella su característico olor: una mezcla de tufo de locomotoras, andenes sucios y raíles bien engrasados. La avenida que enfrentaba a mi balcón volvía a ser transitada por una serpiente de vehículos, que se adueñó de ella con su inevitable sonido de anarquía.

Antes de salir a la calle pasé por recepción. Aún estaba el empleado «madurito» de la noche anterior y me acerqué, como el que no quiere la cosa, para preguntarle cómo llegar a Pompeya.

—Buenos días. Soy Stefano Baldi, de la cuatrocientos trece. ¿Podría informarme de cómo llegar a Pompeya?

—Cómo no, señor Baldi. Desde la misma estación pude tomar la línea regional de Sorrento, los andenes están en el nivel inferior. A mitad de trayecto se encuentra Pompeya… Supongo que irá a visitar las ruinas, ¿no?

—Así es.

—En ese caso le recomiendo que, bien a la ida, bien a la vuelta, haga parada en Herculano, le sorprenderá gratamente y no le llevará demasiado tiempo. Los turistas suelen ignorarla, atraídos por la fama de Pompeya y sería una lástima que se perdiera una joya arqueológica como esa.

—No estaba en mis planes visitarla pero, si me lo recomienda, creo que valdrá la pena acercarse. Veo que es usted un entendido… en historia, quería decir.

—¿Tanto se nota? —me contestó irónicamente—. Estudié arqueología en la Universidad de Nápoles y he trabajado en varias excavaciones que periódicamente se realizan allí.

—Disculpe la indiscreción pero, ¿cómo es que no ha seguido trabajando como arqueólogo?

—Es muy difícil vivir de eso y el del hotel no es un mal trabajo.

—Sin duda, y usted lo desempeña magníficamente. Muchas

gracias. Me ha sido de gran ayuda, señor… —Le alargué la mano para agradecerle el detalle, esperando que me dijese su nombre.

—Mario Ponissi y no las merece. Estamos para hacer su estancia lo más agradable posible.

—Bueno, ya le contaré a mi regreso. Aunque, claro, usted tal vez no esté y no sé cuándo volveremos a vernos.

—Durante esta semana estaré en el turno de noche… Que pase un buen día.

—Hasta la noche entonces.

Salí por la puerta giratoria con las piernas temblando de la emoción. Realmente aquel tío me había derretido por dentro; tan solo esperaba que no se me notara demasiado. Dejé atrás aquel pensamiento espontáneo y volví a jugarme el tipo cruzando por el paso de peatones hasta verme envuelto en una vorágine de gente corriendo apresurada. Entre preguntas y explicaciones, casi pierdo el tren, al que llegué siguiendo a los cientos de turistas que atiborraban el andén.

El proverbial retraso del convoy hizo que estuviera tan atestado que no conseguí sentarme, teniendo que luchar en la plataforma por hacerme un hueco que me permitiera agarrarme a una barra. Afortunadamente solo tuve que sufrir media hora, hasta que la avalancha se desparramó por el andén de *Pompei Scavi*.

Cuando accedí al recinto, quedé fascinado de inmediato. No me fue difícil imaginar el bullicio de sus calles y la dificultad de sus habitantes para transitar entre aquellos adoquines, sorteando toda clase de vehículos y gente que, desde buena mañana, llenaría casas, tabernas y templos en su frenética actividad. Toqué, una a una, sus columnas y paredes que, patio a patio, calle a calle, se iban mostrando en su bella y descarnada ruina. El omnipresente Vesubio dominaba cualquier perspectiva, recordando que, gracias a su voluntad, podíamos contemplar aquella maravilla. Visité los hitos más destacados de la ciudad: la Villa del Fauno, con su graciosa escultura en el centro del *impluvium*; la Villa de los Misterios, cuya vía de acceso estaba salpicada de estelas mortuorias, jalonando aquella suerte de calle de la fama; el *lupanar*, con sus frescos explícitos, publicitando las «especialidades» de la casa y que todavía conservaban los lechos petrificados donde el amor se ponía en almoneda.

Cuando llegó el mediodía, ya tenía en mi haber varios teatros, anfiteatros, foros, palestras y templos. La sobredosis de civilización romana, acompañada de un sol de justicia y el fin de mis existencias de agua, finiquitaron la excursión. Decidí que era mejor una

retirada a tiempo y busqué la mejor manera de salir. No tenía mucha hambre y pensé que, si me daba prisa en tomar otro tren de vuelta, todavía tendría tiempo de pasar por Herculano y así admirar la maravilla que tan insistentemente me había recomendado el recepcionista del hotel. Tuve suerte y a lo que llegué a la estación, un convoy procedente de Sorrento entraba por el andén. En breves minutos me plantifiqué en la cercana Herculano y, cuando descendí del tren, me encontré perdido en mitad de aquel pintoresco pueblo, sin ninguna indicación de hacia dónde tenía que encaminar mis pasos. Seguí mi instinto hasta llegar a lo que, desde lejos, parecía un parque cercano al mar. Bajé una senda ajardinada hasta asomarme a un recinto no demasiado grande pues, a diferencia de Pompeya, aquí la ciudad moderna se había reedificado sobre los mismos restos, quedando las casas colgadas encima de las romanas. Entonces me vi paseando por las mismas calzadas donde, casi dos mil años antes, lo hizo otra gente intentando llevar una vida normal. Estaban las mismas fuentes donde se abastecían de agua y las mismas cantinas donde tomaron vino para olvidar los sinsabores de la vida. El recorrido no me llevó excesivo tiempo, los visitantes no eran tantos y el tiempo era más benévolo a esa hora de la tarde. Ahora tan solo restaba regresar. En poco tiempo, un nuevo convoy me recogió para volver a Nápoles.

Por fin estaba de vuelta al hotel. A pesar de la ingente cantidad de botellas de agua consumidas estaba deshidratado y mi ropa empapada por el sudor. Me sentía sucio e incómodo y mi pensamiento se circunscribía a permanecer bajo la ducha el tiempo necesario hasta tener la sensación de frescura en mi piel. Entré como una exhalación, pero una voz interrumpió mi decidido avance hacia las habitaciones.

—Señor Baldi... —dijo una voz llamándome desde el mostrador.

Tuve que dar media vuelta para no parecer descortés.

—Vengo reventado de la excursión y necesito tomar una ducha —le dije a modo de excusa.

—Lo siento, solo quería preguntarle cómo le había ido en Pompeya.

—Ha sido maravilloso pero, si me lo permite, necesito cambiarme. Voy sudado y me siento incómodo.

—Por supuesto, no quiero entretenerle más.

—Gracias. Cuando me haya aseado bajaré para contarle.

Había sido un poco grosero. Para una vez que encontraba un hombre atractivo, maduro, como a mí me gustaban, lo había dejado con la palabra en la boca pero, con aquel aspecto, no me

encontraba a gusto para iniciar una conversación.

Cuando salí de la ducha, me sentí renovado, fresco y con ganas de comerme el mundo. Era el momento adecuado para dejarme caer por el vestíbulo y contarle las bondades de mi excursión. Mario estaba enfrascado cuadrando facturas. En ese momento levantó la vista y me recibió con una agradable sonrisa.

—Veo que ya se ha refrescado, señor Baldi.

—Por favor, tuteémonos… Tengo que agradecerte el consejo sobre la visita. Herculano me ha parecido muy interesante, aunque Pompeya es Pompeya; no me atrevería a compararlas.

—Desde luego, pero seguro que habrás observado el buen estado de conservación de las casas, como si los mismos romanos fueran a salir de ellas para realizar sus quehaceres.

En aquel momento sonó el teléfono, interrumpiendo aquella conversación que parecía tocar a su fin.

—Tranquilo, luego nos vemos… —le dije.

Mario me hizo una señal con la mano para que esperara unos instantes; quizá quisiera decirme algo importante. Me recosté sobre el mostrador unos interminables minutos y esperé paciente a que terminara.

—Disculpa, Stefano… Solo quería decirte que, como habrás observado, no estoy en mi turno. He tenido que alargarlo porque mi compañero se ha indispuesto, así que, en cosa de media hora, termino aquí. Había pensado que, si te apetecía, podríamos continuar la conversación en otro lugar.

Me quedé sorprendido, pero no tenía nada mejor que hacer y no había hecho planes para la cena. ¿Por qué no?, me pregunté. Las ocasiones raramente suelen presentarse tan fáciles.

—Está bien. Mientras terminas, te espero en la cafetería —le dije.

—Muy bien, no tardo nada.

Tal solo le llevó unos veinte minutos reunirse conmigo, lo justo para que le sustituyeran. Me indicó, con un leve movimiento de cabeza, que debía seguirle, así que dejé mi consumición y salí del hotel. Esperé un instante, hasta verle aparecer montado en su *Fiat* blanco. Tengo que reconocer que no las tenía todas conmigo, pero a fin de cuentas era un empleado del hotel y no pensé que fuera a hacerme nada malo. Me abrió la puerta y, sin pensarlo, me introduje en su coche.

—¿Dónde te apetecería cenar?

—No sé. Soy nuevo aquí. Quizá podríamos ir a algún sitio típico.

—Está bien, déjate sorprender.

Mario arrancó bruscamente el vehículo, clavándome en el asiento. Fuimos a la carrera por viejas callejuelas que se estrechaban a nuestro paso, como si se tratase de una cremallera. Fue adentrándose por lo que él denominó *Spaccanapoli,* sorteando, al mismo tiempo, viandantes, coches y motos, aparcados en los más inverosímiles recovecos de aquel oscuro tubo que conformaba el centro de la ciudad. Como una exhalación llegamos a una plazoleta que se abría como un pequeño pulmón entre aquellos bronquios de adoquín. El cartel luminoso de la *Osteria Pisana* nos recibió tímidamente en aquel lugar no apto para visitantes poco arriesgados.

—Ya hemos llegado.

—Menos mal. Si no es porque me sería difícil regresar, volvería andando. Conduces fatal.

—Creo que exageras —me dijo sonriendo.

Al entrar fue reconocido por uno de los camareros, con el que se fundió en un abrazo. Después de un breve intercambio de preguntas, me lo presentó.

—Stefano, este es mi primo Genaro.

—Encantado, Genaro —dije mientras le tendía la mano.

El primo me dedicó un repaso de arriba abajo. De inmediato, nos dispuso una mesa en la parte más acogedora de la Osteria y en un periquete nos encontrábamos sentados alrededor de una frasca de vino.

—Verás, te he traído al restaurante de mis tíos. No es porque sea de la familia, pero aquí se come realmente bien. Luego te los presentaré, ahora estarán muy ocupados.

—Veo que te has tomado muchas molestias. Tal vez con tomar algo en cualquier sitio hubiera sido mejor.

—¿Es que no te gusta?

—No, no es eso. Es que ha sido todo tan precipitado. No nos conocemos y…

—Tonterías. Además, ahora es un buen momento para conocernos, ¿no te parece?

—Sí, claro, pero… ¿te importa que te haga una pregunta un tanto indiscreta? ¿Eres así de «simpático» con todos los clientes?

—Me temía que dirías eso… No, no suelo intimar con los huéspedes, si es eso lo que querías saber. ¿Satisfecha tu curiosidad?

—Entonces, ¿qué es lo que ha sucedido para tener esta deferencia conmigo?

—Eso es más de un pregunta. Si quieres la respuesta, tendrás que terminar de cenar. Es mejor dejar las confidencias para después

de los postres.

—Está bien, aunque no sé si podré llegar al café.

En aquel momento se acercaron sus tíos. Me levanté educadamente para saludarlos, después de que Mario me presentara como un viejo amigo.

—¿De dónde es usted, joven? —me preguntó su tía, repleta de curiosidad.

—De Umbria, de un pequeño pueblo cerca de Perugia.

—¡Umbria! Nosotros estuvimos una vez, cuando fuimos a visitar la Basílica de Asís.

—Precisamente yo trabajaba allí.

—¿No será usted franciscano?... La verdad es que no tiene demasiada pinta, aunque, después del Concilio, todo es posible.

—Tía, no seas indiscreta... —terció Mario para no hacerme aquel momento tan incómodo.

—Tranquila, señora. No, la verdad es que mucha pinta de fraile no tengo. Regentaba un puesto de venta de recuerdos religiosos. En realidad era de mi padre, pero tuve que hacerme cargo de él cuando enfermó.

Saciada su curiosidad, los tíos de Mario hicieron ademán de regresar a la cocina y se despidieron amablemente.

—Bueno, chicos… Ahora mismo os traigo los entrantes, luego le pedís a Genaro lo que queráis. Ahora os dejamos solos, para que habléis de vuestras cosas.

Mario me miraba con cara de incredulidad, esbozando una leva sonrisa.

—Así que vendes rosarios… —me dijo.

—Es un negocio como otro cualquiera, no sé por qué te hace tanta gracia.

—No te imaginaba dedicándote a eso. Por las pintas, te hacía funcionario o algo así.

—En el fondo no te falta razón, era como estar todo el día en una oficina, pero en vez de papeles, trataba con objetos un poco peculiares.

—¿No llevarás un rosario en el bolsillo?

—Muy gracioso… Aunque, si quieres, puedo mandarte uno. Tengo unos preciosos de nácar que tienen muy buena venta… Hablando en serio, el negocio lo regentaba mi padre, aunque la propiedad es de los frailes y ahora que ha muerto podría renovarla, pero no me veo vendiendo estampas.

—Entonces… ¿A qué te dedicabas cuando no vendías recuerdos?

—Estudié Filología.

—Entonces serás un especialista en lenguas... ¿Vivas o muertas? —preguntó con sorna.

—En realidad estudié algo más aburrido de lo que imaginas. Me doctoré en árabe. Tal vez algún día me sea de utilidad pero, realmente, lo que más me gusta es la música. También soy pianista y me ganaba la vida modestamente dando clases a principiantes y, ocasionalmente, como organista en la Catedral de Perugia.

—¿Se puede vivir de eso?

—Sin muchas holguras, pero tenía lo suficiente para hacer lo que quería. Además, completaba mis ingresos con algunas traducciones del árabe.

—¿No te hubiera gustado llegar a más?

—Naturalmente, pero para eso tendría que haber viajado constantemente, haber ampliado estudios, pero tuve que ocuparme de mi padre...

—Solo hablas de tu padre. ¿Acaso murió tu madre?

—Es un tema espinoso.

—Disculpa, no debí preguntarte.

—No pasa nada, de eso ya hace mucho tiempo y creo que lo tengo superado. Verás, ella nos abandonó cuando yo era muy pequeño. Apenas tengo recuerdos, solo unas fotos que mi padre guardaba en un armario bajo siete llaves.

—¿Y se fue así, sin más?

—Se fugó con un feriante de Rímini, según me dijo mi padre poco antes de morir. No soportaba pasar su vida vendiendo rosarios y tampoco debía de soportarlo a él; no hace falta ser muy agudo para deducirlo… Su hambre de aventura pudo más que el instinto maternal y no se lo pensó dos veces.

—¡Qué interesante!

—No creo que esa sea una buena definición para la historia de mi vida. Además, no hemos esperado a los postres para las confidencias. Te he contado prácticamente todo y yo no sé nada de ti. Si te digo la verdad, me sorprende que estemos teniendo esta conversación. Solo te pedí información sobre cómo llegar a Pompeya y ahora estamos cenando como si fuéramos amigos de toda la vida.

—¿No te gustan las casualidades?

—No creo en ellas.

—Deberías… Hay que dejar paso a la sorpresa. ¿No estás mejor aquí, conmigo, que teniendo que cenar solo?... ¿Sabes? Creo que eres muy valiente. Yo nunca me atrevería a viajar solo.

—Este era un viaje programado desde hacía mucho tiempo y

que, por circunstancias, siempre tuve que posponer… Pero creo que te estás escabullendo y ahora es tu turno.

—Bien. ¿Qué quieres saber? Puedes preguntar lo que quieras.

—Tu trabajo es obvio y sobre tus estudios ya me ilustraste con tus conocimientos. No sé… ¿De dónde eres? ¿Dónde vives? ¿A qué te dedicas cuando no trabajas en el hotel?

—Uf, eso son muchas preguntas.

—No tengo prisa.

—Está bien. Nací aquí mismo, en *Spaccanapoli*. Toda mi niñez la pasé entre estas calles y me crie asilvestrado. Hacíamos lo que queríamos, excepto cuando mi madre, la típica *mamma* napolitana, nos llamaba desde el balcón para que subiéramos a comer. Sabía que si me retrasaba me caía una paliza, además de quedarme sin probar bocado; éramos muchos de familia. Supongo que tuve una infancia feliz. Mi padre trabajaba como artesano para unos belenistas de la calle San Gregorio Armeno, un negocio típico de Nápoles como ya te darás cuenta. Esas figuritas nos permitieron vivir bastante bien y pagaron mis estudios. Mi tía Angela, la que te he presentado, se casó con un pisano y montaron esta Osteria en la que estamos ahora…

—¿No te parece gracioso que nuestras familias estén vinculadas a los objetos religiosos?

—No había caído en eso, pero tienes razón.

—¿Y tus padres? ¿Están jubilados?

—Murieron. Fue muy duro para mí… Un cabrón borracho se les cruzó en la carretera y, al esquivarlo, se despeñaron por un acantilado. Iban a Amalfi, a pasar el fin de semana.

—Lo siento.

—En fin, estudié lo que quise, aunque es bastante difícil tener continuidad como arqueólogo y eso que no nos faltan yacimientos por esta zona. El hotel me permite mantenerme todo el año, pagar mis gastos y, de vez en cuando, puedo asistir a algunas excavaciones que me mantienen al día. No sabes lo excitante que resulta, tras horas sacando tierra, encontrar una pieza. Un pequeño pedazo de cerámica puede revelar tantas cosas que, si lo pienso, se me ponen los pelos de punta.

—Vives solo, ¿no?... Tal vez podrías dedicarte más a lo que te gusta. Una persona como tú, no creo que tenga muchos gastos.

—Eso no es del todo cierto… Verás, durante mi época de universitario tuve un pequeño «desliz» con una estudiante suiza que estaba de intercambio. Tonteamos y pasó lo que tenía que pasar… Tuvimos un hijo.

En ese momento me quedé estupefacto por aquellas revelaciones, pero decidí callar respetuosamente para que acabara su relato. La historia me pareció lo suficientemente interesante para seguir escuchándole.

—Ella no quería que yo me hiciera cargo. Su familia tenía dinero y no le importaba ser madre soltera, en cambio yo me sentía responsable e insistí en reconocer a un hijo al que apenas veo. Supongo que llevo una vida demasiado ocupada para poder desplazarme a Lugano, donde vive.

—Ya será todo un hombre… ¿Cuántos años tiene?

—Veintitrés, aproximadamente… Alessandro estudia algo relacionado con el mundo de la empresa y, por lo que sé, es un alumno brillante. Espero que algún día pueda comprender a su padre y tengamos una relación. Mientras, le mando lo que puedo; quiero contribuir en algo, aunque sé que no le hace falta. No me gustaría que algún día me echara en cara que no me ocupé de él.

—¿Cuándo lo viste por última vez?

—Hace casi dos años. Me sentí muy orgulloso. Es un chico tan simpático y educado que a veces creo que yo sería una mala influencia para él. En fin, ya conoces parte de mi pasado oscuro.

—La verdad es que tu vida resulta más «fascinante» que la mía. Me has dejado sin palabras.

—¿No quieres saber nada más?

—Por supuesto… Por ejemplo, ¿dónde vives?

—Vivo en Pozzuoli, en un ático muy cerca del puerto... ¿Te apetecería venir esta noche?

—¿Estás loco?

—Hombre, tampoco es para tanto. Solo te he invitado a mi casa.

—Disculpa, no quería decir eso. Simplemente me ha sorprendido. Voy a serte franco, por un momento pensé que… que tenías cierto interés por mí, ya sabes… Creía que querías «seducirme».

—¿Seducirte? ¡Por Dios! Esa palabra creo que ya no figura en ningún diccionario. ¡Suena horrible! He sentido escalofríos nada más oírla.

—Está bien, está bien, no hace falta que te burles de mí. En realidad quería decir que me pareció que buscabas un «rollo» conmigo, vaya… que eras gay. Ya lo he dicho.

—Ahora ya empiezas a expresarte mejor. Veo que los de Umbria sois un poco lentos de reflejos. ¿Es que nunca te han tirado los «tejos»?

—La verdad es que no, pero hay algo que no comprendo… ¿No

me has dicho que has tenido un hijo?

—¿Y…?

—Pues que eso no me cuadra en absoluto… A no ser que seas un vicioso.

—¡Santo Dios! Te hacía un poco menos «corto», Stefano. ¿Has oído hablar de la bisexualidad?

—Es un concepto que nunca he acabado de comprender.

—Reconozco que es difícil para una persona que no lo es pero, para tu tranquilidad, voy a decirte que, en estos momentos, estoy plenamente definido. Me van los tíos… Sí, soy gay. ¿Estás ahora más tranquilo?

Aquellas revelaciones fueron un shock para mí. Aún no habíamos llegado a los postres y creo que, en aquellos momentos, hubiera sido incapaz de comerlos. Necesitaba una copa, así que se la pedí a Mario cuando terminamos de cenar.

—No esperaba que te lo tomaras tan a pecho. Ahora mismo le digo a mi primo que traiga un frasco de limoncello. Te quitará el susto de inmediato.

—No estoy asustado, tan solo un poco atónito.

—Venga, Stefano, no te hagas el mojigato. He sido de lo más directo y tú no has hecho ascos a nada. No sé lo que estarás pensando, pero te mueres de ganas de estar conmigo.

Durante unos segundos se hizo el silencio. Aquellas palabras me golpearon dejándome noqueado. Mario tenía razón, el morbo que sentía me mantuvo en vilo toda la tarde, pero ahora me sentía indeciso y perdido. Me tomé la copa de golpe, esperando que me diera la fuerza suficiente para poder llevar aquella situación.

—Mario, acabo de terminar con una situación dolorosa para mí y solo pretendía pasar una semana de vacaciones en Nápoles. Yo nunca…

—No quiero forzarte a hacer algo no que te apetece. De todas maneras, voy a decirte algo. Tienes una «pluma» que se ve a la legua y esconderla no te va a servir de nada, pero tienes todo el tiempo del mundo para averiguarlo por ti mismo.

Estuve tentado de levantarme e irme. Aquellas palabras me resultaron hirientes, pero opté por tomarme la segunda copa de limoncello. Sabía que tenía razón y, por primera vez, alguien me estaba devolviendo mi imagen como en un espejo.

—Lo siento, Mario, son muchos años escondiendo lo que soy. Sé que tienes razón, aunque no puedo dejar de sentir una terrible vergüenza al hablar de ello.

—No importa, relájate, pero no bebas más limoncello, si no,

puedes acabar borracho y sin saber lo que haces. No me gustaría aprovecharme de alguien con las facultades mermadas… Pidamos el café y, si quieres, nos damos una vuelta por el barrio.

Cuando terminamos, nos despedimos de su familia al salir del restaurante. Empezaba a sentirme agobiado por el calor, fruto de ese endiablado limoncello. La noche refrescó un poco el ambiente y la oscuridad de las calles invitaba a pasear por ellas. Al pisar un adoquín, di un traspié que por poco me hace besar el suelo, pero Mario estuvo al quite, dándole ocasión para arrinconarme en una zona a salvo de las escasas farolas que iluminaban la calle. Con mi espalda en la pared, Mario me acarició, apartándome el pelo que caía sobre mi cara. Acercó tímidamente sus labios a los míos y me dio un beso que yo continué, acercando su cabeza con mi mano y metiéndole la lengua para explorar su boca. Una explosión de sensaciones me recorrió el cuerpo. Deseaba racionalizar lo que me ocurría, pero no podía impedir dejarme llevar por la excitación del momento. Sentí su mano luchando por abrirse paso entre mis pantalones, pero en aquel momento Mario paró.

—Stefano, creo que debemos dejarlo… ¿Te apetece tomar algo?

—Lo que quieras, no tengo prisa… —le contesté mientras recomponía mi ropa, jadeando por la excitación.

—Aquí cerca hay un pequeño bar donde podremos tomar algo. No quiero «seducirte» tan rápidamente.

—No hace falta que recuerdes mis frases cursis… Vamos, me apetece esa copa y un poco de música.

En aquel momento me sentí transportado a otro universo, un universo de sensaciones que, por primera vez en mi vida, me hacía sentir completo.

Cuando entramos en el night club, Mario pidió un par de copas y nos sentamos en una esquina para poder hablar con más intimidad. Era un lugar propicio para tener una conversación más relajada y mucho más reveladora.

—Stefano. ¿Nunca has tenido ninguna relación? —me preguntó.

—La verdad es que no, ni siquiera me lo he llegado a plantear. Tomé la vida como me vino y ni siquiera me enteré si alguien se insinuó; simplemente no estaba receptivo. No sé si he desperdiciado mi vida pero, en todo caso, siempre hice lo que debía. Espero no haberme perdido nada.

—Yo, en cambio, he vivido intensamente. Primero tuve distintos «rollos» con mujeres, a cual más frustrante. No conseguí formalizar ninguna relación, siempre había algo que no acababa de llenarme. Al final conseguí darme cuenta de lo que era. Hice tonterías con

algún compañero de la facultad, pero no pasó de un rollo sin importancia. Lo que me decidió a dar el paso, fue la experiencia que tuve con un colega de excavación. Dormíamos en tiendas de campaña y mientras nos estábamos cambiando, vi que aquel cuerpo me interesaba más de lo normal. Él se percató y no dudó en mostrarse «cariñoso». Esa fue mi primera vez y hasta ahora no he pensado en cambiar.

—Y después de eso, ¿has tenidos muchas parejas?

—Si quieres que te sea sincero, lo que se dice pareja, pareja, no he tenido. Mis relaciones se basan en encuentros esporádicos, pero tampoco me interesa profundizar más. Cuando llegue el momento lo sabré.

—Entonces yo soy un firme candidato a ser otro de tus trofeos, ¿no?

—Creo que te anticipas. ¿Por qué no dejas que las cosas sucedan sin más? Disfruta del momento.

La conversación estaba llegando a su fin y ante aquella perspectiva, la verdad es que no me apetecía perder más el tiempo con él. No había venido a Nápoles para buscar un «rollo» a la desesperada. Tenía que decidir si me iba a «pegar un polvo» o me volvía al hotel para seguir con mis merecidas vacaciones. Temía que, si me decidía por Mario, no hiciera ni lo uno ni lo otro, así que me tomé la copa de un trago y me levanté.

—¿Ya te vas? ¿Quizá te ha molestado algo de lo que he dicho?

—No. Simplemente estoy cansado y me gustaría retirarme.

—Está bien, te acompañaré.

—Te lo agradezco.

Mientras llegábamos al coche, las palabras se esfumaron y la situación se volvió cortante. Subimos al *Fiat* y, por fin, Mario se decidió a hablar.

—Siento haberte dado una imagen frívola de mí.

—No te preocupes. Te agradezco la sinceridad.

Mario me miró a los ojos y en la penumbra del coche, su mirada acabó por derretirme. Me estaba poniendo las cosas muy difíciles y no sabía qué hacer. Él tomó la iniciativa y fue acercando peligrosamente su cara a la mía. Las piernas me temblaban como a un colegial y me quedé paralizado a la espera de que Mario moviera ficha. Pasó su brazo por mi espalda y, sin darme cuenta, me apretujó con fuerza mientras me besaba. Instintivamente mis manos empezaron a trabajar de igual modo. Pude sentir un cuerpo duro, trabajado y masculino. El aroma que exhalaba era pura testosterona fluyendo a través de los poros, haciéndome enloquecer. Lo besé con

todas mis fuerzas, abandonando cualquier pensamiento racional que me hiciera parar.

Tras unos intensos minutos paramos; había que solucionar aquello. Mario arrancó el coche y bajó aceleradamente por una calle todavía más estrecha y empinada. En aquel momento no sabía hacia dónde nos dirigíamos, aunque poco me importaba; me hubiera ido con él al fin del mundo.

—¿Me vas a llevar a tu casa? —pregunté.

—No. Vamos al hotel.

—¿Y eso? Hace un momento querías llevarme al «huerto» y ahora me sales con estas.

—A pesar del calentón, he recapacitado… La verdad es que me gustas y preferiría que no te llevaras una mala impresión de mí. Sigue con tus planes y, si quieres, podemos continuar viéndonos. Quién sabe si podemos llegar a algo más… Que lo decida el destino.

No podía creerlo. Aquel sinvergüenza confeso se estaba portando como un perfecto caballero. No dije nada, pero se lo agradecí enormemente.

Cuando me dejó en la puerta del hotel, solo tenía seguro que, al día siguiente, volvería a verlo en recepción. Dejaría que la noche y un paseo por Nápoles me ofrecieran otra perspectiva de él.

Capítulo 4

Me desperté sobresaltado cuando la luz invadió mi habitación, así que di un brinco y salté de la cama para meterme bajo la ducha. Eran las once y no pude entretenerme más, me puse las gafas de sol y salí decidido hasta llegar a los principales atractivos del centro histórico.

Visité el imponente *Castel'Novo*, el cercano Teatro San Carlo y la galería Umberto I, para acabar en el Palacio Real y la espectacular *Piazza del Plebiscito* con su singular iglesia. Antes de subir al barrio del Vomero para ver la Certosa, decidí hacer un alto en el camino y reponer fuerzas en la magnífica terraza del Gambrinus, donde puede contemplar el bullicio de la ciudad.

Al final de la tarde, cuando terminé el itinerario, mi cuerpo ya no podía dar ni un paso más. Temía la vuelta hasta las viejas e infernales callejuelas pero, gracias a Dios, encontré un delicioso *loungebar* con un espléndido mirador sobre el área metropolitana, que se extendía por el horizonte hasta las mismas faldas del Vesubio sin solución de continuidad. Afortunadamente, la tarde empezaba a caer y desde aquel extenso balcón, la brisa se disfrutaba como una recompensa merecida. Me sentía como un dios, contemplando su obra desde las alturas hasta dolerme los ojos.

Divisé en el interior del local un piano de cola y no pude resistir la tentación de acercarme para acariciar con suavidad sus teclas.

—¿Le gusta? —me preguntó una de las camareras.

—Mucho… Soy pianista.

—Estupendo, si quiere tocarlo, el dueño se lo agradecería infinitamente. No sabe lo que cuesta encontrar a alguien para que amenice las tardes.

—No sé si debería. En realidad ya me iba…

—Venga, anímese. Dicen que los pianos suenan mejor si se tocan regularmente.

No me lo pensé dos veces y me senté en la butaca. Hice un *glissando* para ver la afinación y noté que estaba en perfectas condiciones. Normalmente tenía un repertorio clásico, pero me iban más las canciones melódicas, las de toda la vida, y opté por una de las piezas clásicas del folclore napolitano. Cuando sonaron los primeros acordes de *Santa Lucia*, los silenciosos clientes, diseminados por la terraza, se giraron al unísono. Por sus caras pude notar el placer que les reportaba escuchar una bella melodía que todos podían identificar y que maridaba tan bien con el crepúsculo que empezaba a apoderarse de la ciudad. Estuve tentado

de permanecer más tiempo, pero debía marcharme. El dueño del local, sorprendido como sus clientes, me preguntó acerca de mi destreza, ofreciéndome la posibilidad, si mis honorarios se lo permitían, de contratarme.

—Lo siento, no pretendía darle la impresión de que estaba buscando trabajo —le dije, disculpándome por mi atrevimiento.

—De verdad, insisto. No sabe lo que cuesta encontrar a alguien que quiera tocarlo. No puedo pagar mucho, pero tampoco necesito que pase horas aquí sentado. Piénselo y, si le interesa, el puesto está libre. En todo caso, si vuelve por aquí, no tiene ni que pedir permiso. El piano es todo suyo.

—Muchas gracias. Será todo un placer, aunque estoy de paso y solo estaré aquí una semana —le dije mientras me despedía.

Me di cuenta, mientras bajaba con el funicular, de que la ciudad se empeñaba en atraparme. Todo eran facilidades para que me decidiera a echar raíces en aquel sitio. ¿Qué más podía esperar de mi primer día en Nápoles?

Cuando llegué, decidí regresar a pie y empecé a caminar por el centro hasta que las calles fueron estrechándose. Hubiera debido tomar un taxi, pero era demasiado tarde, ya estaba a mitad de camino. No solía asustarme por nada, pero conforme me iba adentrando en aquel laberinto oscuro, la suciedad, acumulada en las esquinas, me hacía dar traspiés para sortearla y mi vista comenzó a fijarse más en los adoquines que en el final de la calle. Había oído tantas historias, que empecé a obsesionarme al cruzarme con varios tipos que parecían poco recomendables. La humedad del ambiente envolvía en una atmósfera vaga los lúgubres callejones, desdibujando las siluetas de algunos vecinos que, sentados en sus sillas, intentaban pasar el bochorno con intrascendentes tertulias a la puerta de casa.

—¡Eh, eh!… disculpa… ¿Eres Stefano? —Oí una voz que, dirigiéndose a mí, iba subiendo el tono.

No supe si echar a correr o detenerme para averiguar quién era el que me llamaba con tanta insistencia, pero decidí, a costa de mi integridad, salir de dudas. Cuando me giré, observé aliviado que su cara me resultaba familiar; era Genaro, el primo de Mario.

—Hola, Genaro… ¡Qué susto me has dado! No esperaba encontrar a nadie.

—Lo siento, me pareció extraño verte por aquí solo. ¿Y Mario?

—Supongo que estará trabajando. Precisamente me dirigía hacia el hotel, pero creo que me he perdido.

—Si quieres, puedo acercarte. Si no estás acostumbrado a esta

zona, lo mejor será que te acompañe.

Accedí de buen grado y, sin darme tiempo a pensar, me vi subido en su *Vespa*. Al fin, Genaro me dejó sano y salvo en la puerta del hotel a pesar de haberme hecho pasar los peores momentos de mi vida a bordo de aquel trasto infernal.

—Bueno, ya estás aquí. Dale un saludo a mi primo cuando lo veas.

—Descuida, se lo daré de tu parte y ya que has sido tan amable, ¿podría invitarte a tomar algo?

—Está bien, acepto encantado —dijo sin pensarlo dos veces.

Nos sentamos en una terraza alrededor de dos frías cervezas. La verdad es que no sabía qué decir, pero era lo mínimo que podía hacer para agradecerle el detalle.

—Stefano… ¿Te importa que te haga una pregunta? —se arrancó a hablar.

—Dime, ¿qué quieres saber?

—Disculpa si te parezco indiscreto pero, ¿cómo conociste a mi primo?

—Fue aquí, en el hotel —dije desconcertado.

—Y supongo que en unos días te irás, ¿no?

—Sí, pero no sé a dónde quieres llegar.

—Solo era simple curiosidad… Supongo que tendrás tu vida hecha en el pueblo.

—Algo así.

—¿A qué te dedicabas?

—Supongo que ya te habrán contado que vendía rosarios en la Basílica de Asís.

—Sí. Mi madre habla más de la cuenta y aquello le «chocó» bastante.

—En realidad soy pianista y también he trabajado esporádicamente como traductor.

—¿Traductor?

—Sí. Estudié árabe, algo que hasta ahora no me ha servido de mucho pero que, en su día, me pareció de lo más «exótico».

—¡Qué interesante! Por lo visto eres todo un intelectual. Mi primo estará muy orgulloso de tenerte como amigo.

—No lo sé, eso tendrías que preguntárselo a él… Bien, ahora tengo que irme. Llevo todo el día andando y me apetece descansar un poco.

—Tienes razón, yo también tengo que volver al restaurante. Ten mucho cuidado. A veces esta ciudad puede llegar a ser peligrosa para los que no la conocen.

—Lo tendré en cuenta. Gracias por todo.

Cuando entré en el hotel, me acompañó el runrún de aquel encuentro con Genaro. Era extraño, pero el tono de sus preguntas sugería alguna clase de advertencia, aunque quise imaginar que todo se debía al peculiar carácter de los napolitanos. Ahora solo me interesaba subir a mi habitación para descansar.

Permanecí un buen rato tumbado en mi cama, fumando un cigarrillo relajadamente. Puse la televisión para sentirme acompañado, aunque casi acabo por quedarme dormido cuando unos nudillos golpearon la puerta.

—Servicio de habitaciones… —dijo una voz grave desde el otro lado.

Qué extraño, no había pedido nada. Estaba desnudo y no tuve tiempo ni de vestirme, así que me enrollé una toalla y abrí tímidamente la puerta para ver de quién se trataba. Allí estaba Mario, vestido con su impecable traje gris de trabajo.

—Pensé que no me ibas a abrir… —me dijo.

—¡Qué sorpresa! Pasa, pasa. No creo que sea conveniente que te vean ahí parado en la puerta.

—No hay problema, solo estoy atendiendo las necesidades de un cliente.

Mario entró cerrando la puerta tras de sí. Se quitó la chaqueta y se sentó sobre la cama.

—Estás muy sugerente con la toalla... —me dijo—. Es justo lo que cualquier empleado soñaría cuando tiene que acudir al servicio de habitaciones.

Mario alargó la mano y me quitó el cigarrillo que tenía encendido. Resultaba sensual verle fumar, recostado sobre la cama.

—Bien, ¿es que no me vas a contar lo que has hecho? —me preguntó.

—La verdad es que Nápoles me parece irresistible, sobre todo las maravillosas vistas que se pueden disfrutar desde el *Vomero*. Incluso he recibido una propuesta de trabajo como pianista en un local de copas que se encuentra a los pies de *Sant'Elmo*.

—¡Fantástico! Tal vez deberías pensarlo… Además, he pedido unos días libres para poder estar contigo.

—Pero tú estarás en tu casa y yo aquí, en el hotel.

—Deja el hotel… Podrías instalarte en mi apartamento de Pozzuoli.

—No sé, me parece todo un poco precipitado.

—Tonterías. Además, si no te encuentras a gusto, siempre puedes volver.

Aquello me pilló de improviso, pero no sé qué clase de locura se apoderó de mí cuando, sin darme cuenta, le estaba contestando sin haberlo pensado.

—Está bien, pero quiero que me prometas algo.

—Por supuesto, ¿qué es?

—Que no me iré sin ver Capri.

—¿Eso es todo? Te llevaré a ver lo que quieras. ¿Quién mejor que yo para enseñártelo?

Mario se acercó y con un hábil juego de manos me quitó la toalla. Me fue besando por el cuello, descendiendo lentamente y trabajándome sin apenas hacer ruido. Al final tuve que reprimirme para no gritar de placer. Sabía perfectamente que estaba perdiendo el control, pero lo peor era que me estaba gustando.

—No tengo tiempo para más, debo bajar a la recepción —dijo al terminar.

Mario se colocó la chaqueta, se arregló la corbata y me dejó allí tirado.

Cuando regresé de cenar, todo estaba calmado, tan solo la luz del pequeño cuarto de recepción indicaba que había alguien de guardia. No me lo pensé dos veces y pasé detrás del mostrador para verlo. Encontré a Mario de espaldas, enfrascado con una montaña de papeles que lo mantenían ocupado.

—¡Stefano! —gritó sorprendido—. No te oí llegar. Me has pillado terminando de cuadrar las últimas cuentas. Pasa y siéntate.

—¿No dirán nada si me encuentran aquí?

—Tranquilo, a estas horas no creo que nos molesten… ¿Te apetece algo?

—¿Tienes bebidas?

—No suelo tomar nada mientras trabajo, pero aquí abajo guardamos los repuestos del mini bar… Aguarda un momento, mientras me acerco a la cafetería a por vasos y hielo.

Sobre la mesa había varias facturas y me quedé sorprendido al ver mi nombre en una de ellas. Mario no había perdido el tiempo; ya me había preparado la cuenta. Cuando regresó con las copas, se percató de que tenía la factura en la mano.

—Veo que has estado fisgando… Si no te importa madrugar, mañana me gustaría que me esperaras con las maletas en la puerta del aparcamiento.

—Supongo que tendré que pagarte primero.

—Ya sabes que te haría un precio especial pero, por desgracia, este es un pequeño detalle que no podemos obviar.

Estaba a punto de cometer una locura de la que tal vez me

arrepintiera, aun así brindamos por los excitantes días que nos esperaban, repletos de sexo y viajes maravillosos. Me puse detrás de él y le acaricié la espalda mientras escribía en el ordenador. Así, como el que no quiere la cosa, fui enamorándome de aquel tipo que me hechizaba. Me sentía seguro y por un momento me transporté a una escena familiar, como si lleváramos años compartiendo una vida en pareja. Cuando terminó, se giró desde su silla y yo dejé la copa para besarlo. Estaba loco y no me hubiera importado hacerle el amor allí mismo.

—Ahora es mejor que te vayas a dormir —me dijo sonriendo.

A regañadientes, me tuve que marchar. Al día siguiente sería mío y esperaba que me hiciera sentir sensaciones que jamás había soñado. Ahora debía descansar y recoger el equipaje para iniciar mi nueva aventura.

Capítulo 5

Me costó poner los pies en el suelo cuando sonó la alarma pero, por suerte, lo tenía todo dispuesto y no quería hacerle esperar. A Mario tan solo le faltaba un paleto de Torgiano para completar su panoplia de trofeos y yo le allané el camino.

Cuando bajé al vestíbulo, otro empleado ocupaba su lugar. Supuse que habría bajado al parking y salí precipitadamente del hotel con un sentimiento de cierto despago, pero ilusionado al mismo tiempo. Me dirigí a la esquina y, como si estuviéramos sincronizados, apareció conduciendo su coche. Rápidamente me acomodé junto a él, adoptando una postura relajada. Bajé la ventanilla, me puse mis gafas de sol y dejé que el aire moviera mis cabellos cuando empezamos a abandonar la ciudad a toda prisa.

En pocos minutos alcanzamos Pozzuoli. Descubrí con agrado que vivía en un precioso ático y nada más abrir la puerta de su apartamento, corrí hasta la terraza para asomarme al mirador. Una vista infinita sobre el mar y una deliciosa imagen del puerto deportivo eran la nueva postal de mi vida. La brisa impactaba directamente sobre mi cara, dándome una sensación de libertad y no pude evitar permanecer un buen rato así, mientras cerraba los ojos cegado por la potente luz.

Ni siquiera me percaté de que Mario no estaba a mi lado pero, al cabo de un instante, noté su presencia.

—Voy a tomar una ducha. ¿Quieres acompañarme?

—No, gracias. Prefiero estar aquí un rato más.

Permanecí un buen rato observando las maravillosas vistas y luego me senté en uno de los cómodos sillones, rodeado de plantas frondosas. Estaba tan relajado que me encendí un cigarrillo para disfrutar del momento. En aquel instante salió Mario de nuevo.

—Bueno, ¿qué pasará cuando acaben estos días de vacaciones? ¿Regresarás a Torgiano? —me dijo.

—Supongo que sí. Allí está mi casa y mi trabajo.

—¿No has pensado nunca en cambiar?

—Sí. He fantaseado con pegar portazo y empezar en un nuevo lugar, pero son solo sueños. No podría hacer algo así por un simple capricho.

—¿Por qué no? ¿Hay algo que te ate a Torgiano?

—No es eso. Tal vez sea el miedo a enfrentarme a lo desconocido.

—¿Qué me dices de lo del piano?

—¿Qué le pasa al piano?

—¿No me dijiste que te ofrecieron un trabajo aquí en Nápoles?

—Sí, pero era algo de poca monta.

—Es un comienzo. No me gustaría entrometerme pero, coño, piensa alguna vez a lo grande. Siente que te puedes comer el mundo... Además, yo puedo ayudarte mientras encuentras algo. Podrías quedarte aquí; no tendrías que pagar nada.

—Es demasiado precipitado, pero te prometo que lo pensaré.

Mientras me ocupaba de la cena, Mario intentó hacer de aquella velada algo singular, tal vez para que me sintiera como en casa y preparó la mesa de la terraza con un buen mantel y unas velas.

—¿Te encuentras inspirado? —le dije, sorprendido por aquel detalle.

—¿Por qué lo dices?

—Por nada… Veo que te tomas muchas molestias para una cena informal.

—Es que celebramos una cosa.

—¿El qué? Si puede saberse.

—Que te has venido a vivir conmigo.

—Todavía no he dicho que me vaya a quedar contigo... Dejémoslo en una simple cena, aunque reconozco que lo de las velas ha sido bonito.

Cuando la tuve a punto, serví la cena. Mario me esperaba en la mesa con una botella de vino blanco. El momento era propicio para la tertulia y ciertas confesiones.

—Ayer, cuando bajé del Vomero, me arriesgué a entrar por la zona de Spaccanapoli y me perdí antes de poder salir de aquellas callejuelas.

—¿Te comió alguien? —preguntó con guasa.

—Afortunadamente me encontró tu primo. Genaro me reconoció de inmediato y me acercó hasta el hotel. Estuvimos hablando un poco y me hizo varias preguntas sobre cómo te había conocido pero, por el tono, me dio a entender algo raro.

—No comprendo, ¿qué quieres decir?

—La verdad es que yo tampoco. Era como si quisiera advertirme de algo.

—Tonterías. Estarías asustado al perderte y aquella pregunta te debió sonar mal. Genaro es un gran tipo, no porque sea mi primo, pero no creo que dijera nada con mala intención.

—Seguramente tendrás razón, debieron ser imaginaciones mías. Y cambiando de tema, ¿por qué no me cuentas algo más de tus otras «amistades»?

—¿Qué amistades?

—Insinuaste que habías tenido bastantes «relaciones».

—Dios mío. ¿Es que no puedes hablar normal?

—Vale, vale… Ya me has entendido.

Empezó a narrarme prácticas que me hacían estremecer de miedo tan solo oír hablar de ellas. Mi repertorio se circunscribía a dos o tres cosas y en mi mente solo cabía hacerlo con solo una persona cada vez.

—Tengo que reconocer que no «practico» con demasiada frecuencia pero, la última vez, me lo monté con cuatro tíos en una orgía alucinante en plan *bondage*… Esa vez sí que gocé, íbamos vestidos de cuero y pasados de *popper*.

—¿No te va la triste y aburrida relación de pareja?

—Ya veo por dónde vas. Creo que no te ha gustado nada de lo que te he contado. En cambio, tu subconsciente dice lo contrario.

Mario tenía razón, estaba completamente excitado por aquellos relatos como sacados de una revista porno. Tenía ante mí a una especie de pervertido que prometía de todo menos aburrimiento. Estaba tan lejos del concepto que me había formado de una pareja, que tenía que darme tiempo para asimilar que pudieran existir múltiples formas de abordar una relación como aquella.

—Tranquilo Stefano, no haremos nada que tú no quieras… ¿Por qué no te enciendes un cigarrillo mientras te preparo una copa? Hace una noche estupenda y podemos tomarla en estas tumbonas a la luz de la luna. ¿No te parece romántico?

No había quien lo entendiera, lo mismo estaba hablando de masoquismo que de lo maravillosa que estaba la luna. Nos pusimos frente a la bahía, de la cual emanaba una brisa fresca cargada de sal. Permanecimos un buen rato sin hablar, oyendo solo el sugerente sonido de las olas rompiendo en la escollera del puerto. Me sentía relajado, tal vez feliz. Los problemas aparcados en Torgiano y mi vida anodina en Perugia me parecían lejanos, como si no existieran. Aquella era una nueva dimensión que me permitía deleitarme sin responsabilidades y moralidades impuestas. Me merecía disfrutar de aquellos momentos que iba a exprimir al máximo, como aquel pedazo de limón que bailaba sobre el hielo, dejando su agrio sabor en la bebida.

Permanecimos un buen rato así, hasta que Mario, consciente del madrugón que nos esperaba al día siguiente, tiró de mí y a regañadientes le seguí hasta la cama. Solo medió, hasta quedarnos dormidos, un tímido beso de buenas noches y un abrazo que duró hasta la primera vuelta en la cama.

Capítulo 6

Las siete de la mañana martillearon en un desconocido despertador y yo no supe dónde me encontraba. Estaba desorientado, hasta que me di cuenta de que había pasado mi primera noche en el apartamento de Pozzuoli.

Se hacía tarde para coger el *ferry* y nos pusimos las pilas para llegar a tiempo al puerto de Nápoles. Estaba entusiasmado, por fin conocería Capri, así que cogimos su coche y salimos «a toda leche». Puntual, como un reloj, abrió sus puertas el barco, recibiendo en su interior toda clase de viajeros, desde los típicos turistas cargados de maletas, hasta los residentes, que regresaban a su hogar después de haber pasado un día en Nápoles.

El trayecto, de apenas una hora, invitaba a relajarse en los cómodos butacones que se distribuían en dos niveles. Mario, especialmente sensible al mareo, prefirió subir a cubierta, donde la brisa hacía más soportable la travesía y donde no tuve más remedio que acomodarme para evitar dejarlo solo.

—¿Estás contento? —me preguntó mientras miraba hacia el horizonte.

—No te puedes imaginar cuánto, pero siento haberte hecho venir. Si hubiera sabido que te mareabas, hubiera venido solo.

—Tranquilo, aquí arriba, con el aire, apenas noto el vaivén… Estaré bien.

Lo que al inicio era tan solo una pequeña mancha sobre el horizonte, ahora iba mostrándose en toda su plenitud, dibujando la silueta de una isla en la que empezaban a adivinarse sus impresionantes acantilados. Hacia el sur se podía contemplar la majestuosa península sorrentina, recortada entre el mar y el cielo y que separaba las dos costas más bellas de toda Italia, un paraíso plagado de aromas de limón.

Cuando el barco fue aminorando la marcha, a la entrada del puerto, mi nerviosismo fue en aumento hasta pisar tierra firme. Mario no tenía muy buena cara, a pesar de intentar disimular con sus gafas de sol, así que se imponía, antes de nada, tomar algo que le devolviera el color. Mientras buscábamos una terraza donde sentarnos, la multitud se afanó por conseguir un transporte que les diera la vuelta a la isla, mientras otros tomaban el funicular para acceder hasta el mismo pueblo. Brindamos con alegría mientras mi vista corría entre los impresionantes yates atracados en el muelle.

—¡Ponissi!

Una voz rotunda vino a interrumpir la tranquilidad que

estábamos disfrutando. No me giré para ver quién era, con ver la cara de Mario tuve bastante. Un rictus de desagrado vino a sumarse a su lividez.

—Mario Ponissi. ¡Cuánto tiempo sin verte!

—Hola Luciano… ¿Cómo estás?

—Ya sabes, de aquí para allá. Ni te imaginas lo difíciles que se han vuelto los negocios en estos tiempos, pero veo que estás acompañado, ¿no me vas a presentar?

En aquel momento me giré, comprobando que se trataba de un hombre bien parecido, de mediana edad y complexión delgada. Iba impecablemente vestido, sin que nada delatara a qué supuestos «negocios» se dedicaba.

—Es Stefano Baldi, un amigo de Torgiano. Ha venido de vacaciones y le estoy enseñando las maravillas de nuestra región.

—Encantado, señor Baldi, soy Luciano Esposito. Si alguna vez necesita algo, puede encontrarme en Nápoles, en *Via dei Librai*… Bueno, pues os dejo disfrutar de la cerveza. Espero que nos veamos pronto.

Aquel tipo se dirigió hacia la explanada frente al puerto y tomó un taxi con toldo, de esos que tanto atraían a los turistas. En cuanto desapareció, pudo más mi curiosidad.

—¿Quién era ese tipo? Parecía un…

—Un mafioso, no hace falta que lo digas. A pesar de su porte distinguido, no es más que un pobre diablo que ha hecho dinero con negocios turbios, aunque eso, en Nápoles, es como no decir nada.

—No quisiera pecar de indiscreto, pero ¿de qué lo conoces?

—Es una historia un poco larga. Conozco a Luciano desde que éramos pequeños y correteábamos por Spaccanapoli. Luego nos distanciamos cuando fui a la universidad. Él continuó en el barrio y me imagino que acabó formando parte de algún «clan». Créeme, es como la cizaña en el trigo; un mal tipo del cual conviene alejarse. Por lo que se ve, ha pasado de traficante de medio pelo a algo de más envergadura. Capri no es un lugar que suela frecuentar ese tipo de gentuza.

—¿Él sabe lo tuyo?... Te lo digo por la manera de mirarnos.

—Me imagino. Es un tipo sin escrúpulos. Se conoce al dedillo todo el mundillo de putas, gais y chaperos… Éste es un ambiente muy vicioso, donde la droga corre como el agua.

—Vaya, ya veo que no tienes tiempo de aburrirte. No hace falta que te dediques a las excavaciones, aquí puedes encontrar «reliquias» sin tener que dar un palazo.

—Muy gracioso… Venga, termínate la cerveza, que tenemos que

ir a la *Grotta Azzurra*. Te va a encantar.

Subimos a una de aquellas graciosas embarcaciones que prometían un magnífico *tour* por toda la costa, con parada en la espectacular Gruta Azul. Las vistas eran magníficas y los majestuosos acantilados se erguían poderosos desde el mar, dando la sensación de ser imponentes murallas que protegieran un delicado tesoro en forma de villas asomadas al precipicio con insultante descaro.

Las olas batían sin descanso, lamiendo la roca hasta hacer aflorar distintas tonalidades, que iban desde el gris calcáreo hasta un naranja descarnado. Donde la dureza se dejaba vencer complacida, aparecían oquedades y pequeñas ensenadas que prometían salvaguarda a los corales rojos que, adheridos a la roca, semejaban un *pavé* de rubíes. Allá, a lo lejos, se podían divisar unos promontorios rocosos que, desprendidos de la costa, vagaban solitarios como inmensos falos pétreos. Era los *Faraglioni*, el icono inconfundible de Capri.

Por fin llegamos a la *Grotta Azurra*, donde la promesa de algo excepcional estaba más que justificada. Montamos en unas barcazas sobre las que tuvimos que estirarnos todo lo largos que éramos. El barquero nos fue acercando hasta el minúsculo orificio que servía como entrada hasta que, cogido de unas cadenas clavadas en la roca, espero a que una ola le diera el empujón definitivo para colarnos. El interior era indescriptible. A pesar de la oscuridad se podía adivinar una inmensa oquedad iluminada por la luz natural que, reflejada desde abajo, confería un increíble color turquesa a las aguas encerradas en la cueva. Permanecimos en su interior un buen rato, lo justo para recorrerla por completo, mientras algunos se arrancaban con canciones napolitanas. Fue divertido y Mario no paró de meterme mano todo el rato.

Después de rodear por completo la isla, pusimos pie en tierra firme. Estábamos hambrientos y fuimos directos a coger el funicular para subir a la ciudad. La *Piazzetta* nos recibió repleta de gente, distribuida en las distintas terrazas que abarrotaban la plaza. Ordenamos la comida nada más sentarnos alrededor de una mesa ubicada en un discreto rincón, que nos permitía observarlo todo sin ser el centro de atención. Cuando terminábamos, Mario me preguntó cómo me sentía.

—¿Te gusta Capri?

—Estoy entusiasmado; me parece vivir un sueño. No creo que nada me gustara más.

—Me alegro. La verdad es que disfruto viendo tu cara de

felicidad, aunque todavía te reservo una sorpresa.

—¿Qué es?

—Si te lo dijera, dejaría de serlo. Lo único que puedo decirte es que te entusiasmará tanto como lo que has visto.

Animados por el *limoncello,* que puntualmente sirvieron al final de la comida, salimos paseando hasta alcanzar una de las vías principales, donde los comercios ofrecían artículos de un lujo casi insultante. La belleza de los pequeños jardines que coloreaban las limpias callejuelas, me transportaron a un mundo fantástico del que no me hubiera importado formar parte. Al llegar a la altura del *Hotel Palma*, un sofisticado establecimiento hotelero, Mario me pidió que esperara en la puerta mientras entraba a saludar a un amigo. Al cabo de unos minutos, salió con un hombre elegante, masculino, de pelo rasurado y barba perfectamente recortada, con un *look* demasiado parecido al de Mario. Por las pintas, no había que ser muy sagaz para darse cuenta de que formaba parte del círculo más «íntimo» de sus amistades.

—Stefano, quiero presentarte a Letto, el director de este magnífico hotel.

—Encantado Stefano… —me dijo—. Pero, por favor, pasad.

Letto nos acompañó hasta la terraza, dispuesta con todo el buen gusto que se presuponía para un hotel de aquella categoría. Mandó traernos unas copas de un exquisito champán para agasajarnos y sin titubear se dirigió a mí.

—Mario me ha comentado que eres un gran pianista y estaríamos encantados de que pudieras deleitarnos con alguna pieza de tu repertorio.

—Yo… No sé qué decir, no he preparado nada.

Estaba desconcertado y muerto de vergüenza. Esta, sin duda, era la sorpresa que me guardaba Mario. Le miré con cara de matarlo, pero no podía defraudar la propaganda que me había hecho; en realidad estaba encantado.

—Está bien pero, ¿qué queréis que toque?... ¿Qué les gustaría a los clientes?

—No te preocupes por eso, toca lo que quieras, seguro que quedarán encantados —dijo Letto.

El director me acompañó hasta un soberbio *Steinway* perfectamente afinado. Me armé de valor, aunque no era la primera vez que tocaba en público, y enseguida entré en trance, como me pasaba cada vez que me sentaba delante de un piano. Toqué una típica melodía napolitana para no desentonar y casi sin saber lo que estaba haciendo, comencé a cantar. Era una faceta mía en la que no

me había prodigado, supongo que por timidez y, en aquel momento, agradecí las clases de canto que compaginé con las de piano.

Al terminar, fui consciente de que había gustado, a tenor de los aplausos. Ya estaba lanzado y no pude más que continuar con un repertorio que me sabía al dedillo, pero tuve que parar. No quería parecer un presuntuoso, así que bajé con cuidado la tapa del teclado y regresé a la mesa donde Mario y Letto me aguardaban entusiasmados.

—Stefano… ¡Eres increíble! Tienes unos dedos prodigiosos, pero la sorpresa me la has dado tú a mí… No sabía que cantaras. No tengo palabras —dijo Mario anonadado.

—Me sumo a lo dicho —dijo Letto—. Estaría encantado de que volvieras a tocar en este hotel. Eres de lo mejor, créeme, y eso que por aquí han desfilado muchos artistas —añadió Letto emocionado.

—La verdad es que yo…

—Estoy hablando en serio, me gustaría que meditaras si te interesa trabajar para nosotros —dijo Letto sin dejarme tiempo para pensar.

Mario rellenó mi copa y brindamos por mi puesta de largo como pianista; estaba tan nervioso que me tomé la copa de un trago. Era el remate de un día perfecto y casi se nos fue el santo al cielo, olvidando que debíamos regresar. Hubiera deseado que aquello no fuera una isla, pero inevitablemente dependíamos de la hora del transbordador. Nos despedimos de Letto y volvimos al centro para tomar el funicular hasta el puerto. Había sido un día perfecto y con aquello me bastaba para ser feliz.

Cuando zarpó el barco, el atardecer comenzaba a adueñarse del mar, ofreciendo una tarde maravillosa de la que disfrutamos nuevamente desde la cubierta. Mientras observaba cómo el Vesubio se agrandaba sobre el horizonte, Mario recostó su cabeza sobre mis rodillas y se acomodó en mi regazo. Yo, con la vista al frente y sintiendo el aire en mi cara, me sentí liberado, con una seguridad que nunca antes había experimentado. Tendría que valorar la oferta de Letto si quería dar el salto definitivo y venirme a vivir a Nápoles.

Capítulo 7

No habíamos programado nada para aquel día. Me parecía excesivo someter a Mario a mis caprichos, así que decidí que fuera él quien marcara el ritmo. Hice café y, a su olor, Mario se levantó de un salto.

—Bueno, ¿qué planes tienes para hoy? ¿Algún lugar «exótico» que quieras visitar?

—La verdad es que no había pensado nada. Has cogido unos días de descanso por mí y no me gustaría que volvieras agotado al trabajo.

—Tonterías. Estoy encantado con estas escapadas. Hacía tiempo que no me lo pasaba tan bien… Hoy me apetece que conozcas algunos sitios especiales de Nápoles.

—Ya estuve el otro día.

—Pero no creo que vieras ciertos sitios que me gustaría mostrarte.

Al terminar de desayunar, corrí a la habitación para vestirme y, sin darnos cuenta, ya nos encontrábamos otra vez en camino. Mario siguió por la costa en vez de dirigirse al centro, hasta parar casi en la puerta de una fortaleza que se encontraba suspendida sobre el mar, con solo un puente que lo unía a tierra firme.

—Este es el *Castel dell'Ovo* y tiene una maravillosa leyenda —dijo Mario mientras desentrañaba su historia—. Este lugar es el origen mismo de Nápoles. Cuenta el mito que la sirena Parténope, la menor de tres sirenas que desde las rocas de Capri intentaba seducir a Ulises con sus cantos, fue la fundadora de la ciudad. Él se hizo atar al palo mayor de su nave para conseguir ser de los pocos mortales en disfrutar de los bellos cantos sin morir ahogado. La sirena, desesperada por no conseguir al héroe, se ahogó de pena, lanzándose al fondo del mar para morir. Su cuerpo, arrastrado por la corriente hasta las orillas del golfo, fue sepultado aquí. En su recuerdo, la ciudad que se levantó se llamó del mismo modo. Se volvió tan rica que los habitantes de la vecina Cumas, temiendo que la suya se despoblara, destruyeron *Parténope* por envidia. Sin embargo, víctimas de una epidemia, la reconstruyeron por consejo de un oráculo, dándole el nombre de *Neápolis*, es decir, Ciudad Nueva.

—¡Qué historia tan bonita!

—Pues no termina ahí la cosa…Ya te he dicho que esta fortaleza se llama el *Castel dell'Ovo* y se llama así porque, según una leyenda napolitana, el insigne poeta romano Virgilio, autor entre otras obras

de la *Eneida*, habría escondido un huevo mágico en los cimientos del castillo. Sin este huevo, la fortaleza se destruiría y Nápoles terminaría pereciendo víctima de las catástrofes.

—¿Qué sentido tendría poner un huevo ahí?

—A no ser que se tratara de una gallina, ninguno. Solo es una leyenda para entretener a los visitantes, pero sería gracioso que estuviera oculto en algún lugar ¿no te parece?

—Por si acaso, no pises muy fuerte, no fuera a romperse el huevo. Todavía me quedan muchas cosas por hacer.

—Pues vamos a ello. Prepárate para andar, iremos dando un paseo.

No me importaba, era uno de los pocos placeres gratuitos que podía permitirme y el único que garantizaba un conocimiento pleno de los lugares que visitábamos. Tras pasar por el centro, Mario me llevó a la Capilla de Sansevero, perteneciente a la familia del príncipe del mismo nombre. Uno de esos sitios donde lo arcano coqueteaba con la faceta más siniestra de la belleza. Mario se emocionó cuando cruzamos el umbral y sus palabras fueron saliendo profundas y académicas.

—Quiero que prestes mucha atención. Vas a contemplar el sito más interesante de todo Nápoles. Esta capilla la mandó construir el príncipe Raimondo de Sansevero, una de las figuras más resplandecientes y misteriosas del fructífero siglo XVIII. Destacó como inventor de artilugios y armas, pero sobre todo fue un apasionado de la alquimia. Cuentan que halló un enigmático proceso para petrificar diversos materiales, un arte que supuestamente se materializó en las esculturas que decoran la capilla, como la del *Cristo Velado* que puedes ver en el centro y la tela que cubre el cuerpo de aquella mujer o la red que envuelve al hombre que intenta desasirse de la maraña. Muchas de estas figuras simbólicas están completamente fuera de lugar en un sitio sagrado como éste.

—Es increíble —dije sorprendido ante aquel despliegue de belleza.

—La realidad es mucho más sencilla, pero no menos impresionante. Estas esculturas forman parte de las obras más destacadas de la historia del arte, pero creadas sin artificio alguno. También es un hecho bastante constatado que, en sus últimos años, el príncipe fundó una logia masónica llamada *Los elegidos*. Perseguía con ello un ambicioso objetivo, construir un templo a la sabiduría humana, rodeándose para ello de extraños símbolos que hundían sus raíces en la filosofía hermética y en la alquimia medieval.

Era ya muy tarde y no negaré que toda aquella avalancha de información me inquietaba, pero le pedí, casi supliqué, que me sacara de aquel lugar que me erizaba el pelo.

—Bueno, ¿qué te parece el recorrido que te estoy haciendo esta mañana? —me preguntó mientras tomábamos una cerveza en una terraza de la preciosa *Piazza San Domenico*, situada a los pies de aquella siniestra iglesia.

—Escalofriante, pero muy interesante. Nunca sospeché encontrar algo así en Nápoles.

—Pues todavía queda lo mejor, aunque no se trata de ninguna iglesia, museo, ni nada que se le parezca

—Está bien, dejaré que me sorprendas, aunque antes podríamos comer. No quiero que, de tanta «impresión», me dé un vahído por tener el estómago vacío.

—Te llevaré a un sitio donde hacen unas exquisitas pizzas margarita, que en nada tienen que envidiar a las de *Brandi*. Está aquí mismo, en *Piazzetta Nilo*.

Nos fuimos allí como dos niños hambrientos, dispuestos a devorar una deliciosa pizza; era un buen momento para hacer algunas confesiones.

—Aunque todavía tengo que meditarlo, he pensado que me gustaría dar ese cambio a mi vida del que me hablabas. Estoy seguro de que podré hacerlo.

—No sabes la alegría que me das. Hoy mismo hablaré con Letto…

—Primero debería regresar a Torgiano. Hay cosas que debo hacer allí. Está la casa de mi padre y su pequeño puesto de Asís…

—No debes aferrarte a esos recuerdos… Mira, vamos a hacer una cosa, ¿qué te parece si este fin de semana nos vamos a Torgiano y así sales de dudas?

—Está bien, creo que seguiré tu consejo… Bueno, y hablando de todo, ¿qué maravilla te quedaba por enseñarme?

—Te voy a llevar a la *Napoli Soterranea.* Quizá, el sitio más auténtico de toda la ciudad.

—Pues nunca había oído hablar de ella.

—Verás, casi todo el casco antiguo napolitano está horadado por cientos de galerías excavadas en el blanda roca volcánica sobre la que se asienta y que responden a distintas épocas de su historia. Han servido alternativamente como catacumbas, viviendas, refugios para guerras, almacenes y hasta de escondite para la Camorra. Aparte del recorrido recomendado para los visitantes, existe una red paralela que solo se puede ver acompañado de alguien que la

conozca perfectamente. Se han dado casos de gente que se ha adentrado en esas galerías y jamás ha vuelto a ver la luz del sol.

—¡Anda ya! Esa es la típica historia para asustar a los incautos. No creo que sea tan peligroso.

—Créeme, te lo dice un napolitano que se ha criado entre esos túneles.

—Bien. ¿Y a qué estamos esperando? Has conseguido intrigarme.

Solo tuvimos que andar unos pocos metros hasta llegar a una plazoleta presidida por la majestuosa iglesia dedicada a San Pablo, a cuyos pies, sobre una cancela, había una calavera de bronce cuya frente reluciente mostraba la costumbre de granjearse la buena fortuna frotándola.

Mario se paró en un bar situado a la entrada del túnel que daba acceso a la Nápoles subterránea. Habló con un señor mayor, que era el encargado de organizar los grupos para las visitas guiadas. Mario pretendía llevarme por otros derroteros, alejados de la visita establecida y, para ello, tenía que pedir permiso. Mario deslizó algunos billetes en el bolsillo de su camisa y todo pareció solucionarse como por arte de magia.

Después de entrar por un portón al fondo del callejón, nos fuimos adentrando en las fauces de esa otra ciudad alternativa. Los túneles iban abriéndose y cerrándose a medida que aparecían estancias con los más diversos motivos históricos. En un momento del recorrido, Mario abrió una puerta con una llave supuestamente facilitada por el viejo. No niego que pasé un poco de apuro al atravesarla, víctima de una claustrofobia agobiante, hasta que Mario se dirigió a un pequeño cuadro de luces que, como imaginé, no funcionaba.

—¿Por qué no regresamos al itinerario turístico? La verdad es que no estaba tan mal —le supliqué.

—¡Calla! No me seas pusilánime. Quiero mostrarte algo.

—No tenemos luz y no creo que podamos seguir a tientas.

—¡Hay que ver lo «toca pelotas» que llegas a ser!… Está todo previsto. Dentro de ese cajón encontrarás unas linternas. Más adelante hay otro interruptor, que espero que funcione.

Cogimos las linternas y nos adentramos por un pasillo más parecido a la boca de un lobo. Sentí cómo mis brazos iban rozando la fría y húmeda roca que nos envolvía; era lo más parecido a una tumba y no me faltaba razón.

Mario se paró en seco y pude observar, mientras lo iluminaba con mi linterna, que intentaba encontrar alguna clavija para dar la

luz. Delante de mí, pude admirar una estancia que, por la apariencia, se trataba de un sala romana, a tenor de los mosaicos que cubrían el suelo.

—Observa, Stefano. ¡Qué maravilla! Llevo muchos años trabajando en este lugar… Es mi gran logro como arqueólogo.

—Pero, ¿no se supone que las excavaciones se hacen en equipo? No sé, pero no deberías ser tú el que se ocupara de organizar estas cosas.

—No sabes cómo funcionan esto. Esta zona está fuera de todo control de las instituciones. Sus verdaderos «propietarios» no conocen más autoridad que la suya. Cuando llegué aquí, esto no era más que un almacén donde se guardaban mercancías de dudosa procedencia. Este sitio jamás verá la luz y, a pesar de ello, habrá valido la pena realizar este trabajo. Quizá algún día se pueda visitar y, entonces, mi labor se vea recompensada. He sido muy riguroso, lo tengo todo anotado y dibujado, pero hay mucho trabajo por hacer… Todavía no he terminado y, al ritmo que llevo, tardaré toda una vida.

—¿Qué tipo de construcción es esta?

—Se trata de una iglesia paleocristiana. En tiempo de las persecuciones religiosas, los primitivos cristianos tenían que refugiarse en sitios como este para realizar sus cultos. Algún miembro rico de la congregación debió financiar unos frescos y mosaicos como estos.

—¿Como en las catacumbas de Roma?

—Exactamente. Es lo más parecido.

—Pero aquí no veo restos de enterramientos.

—Están aquí mismo, detrás de aquella pequeña abertura que ves allí… Quizá estas sean mucho más antiguas que las romanas y aquí se encontrarían los restos de los primitivos mártires cristianos del Imperio… ¿Ves aquella figura en la pared?... La que parece un pastor con una oveja al cuello... Son las primeras representaciones en la península de imágenes religiosas cristianas. Observa la exquisitez de los mosaicos, ¿ves esos motivos vegetales y el pez que está en el centro?

—¿Qué significa?

—No me digas que no lo sabes. ¿Qué estudiaste en el Liceo?... Verás, el pez, en griego antiguo, se llama *IXZUS* y es el acrónimo de *Iesous Xristos Zeou Ulios Soter*, es decir, «Jesucristo hijo de Dios y hermano nuestro». ¿No te parece maravilloso?

—Soy afortunado de contar con una persona como tú. Es como si un libro de historia me hablara cara a cara para que una persona

tan poco cultivada en esto lo pudiera entender. Te habrá costado mucho sacar todo esto a la luz, ¿no?

—Este sitio se transformó en una vivienda, que fue abandonada después de la guerra. Tuve que quitar la capa de azulejos con los que habían cubierto el suelo. Por lo visto, no les gustaba demasiado la decoración romana…

—Sabes, tengo un poco de frío. No comprendo cómo has podido pasar tantas horas aquí, resulta claustrofóbico.

—¿En serio tienes frío? Ven aquí, yo te daré un poco de calor.

Mario me abrazó y fue frotando mi espalda con sus grandes manos. Estar en aquella situación me hacía sentir un poco ridículo, pero la sensación era gratificante y me dejé llevar. Permití que Mario fuera manoseándome poco a poco, hasta ponerme a mil. Era inevitable dejar que continuara desabotonando mi camisa y, sin darme cuenta, me encontré casi desnudo frente a él. Perdí el sentido y luego todo fue como un río desbocado.

—¿Todavía tienes frío? —me preguntó Mario mirándome desde abajo mientras yo me subía los pantalones.

—Creo que no. De golpe se me ha pasado todo… Ahora deberíamos salir, no sea que piensen que nos hemos perdido y empiecen a buscarnos.

—No te hagas ilusiones, no somos tan importantes.

El día ya había dado de sí, más de las expectativas que había puesto en él, y se terciaba regresar a Pozzuoli, yo al menos un poco más enamorado de lo que había salido y Mario infinitamente más satisfecho. Nos aguardaba un largo fin de semana en mi tierra natal, donde tendría que decidir sobre el rumbo que iba a dar a mi vida.

Capítulo 8

Preparamos algo de ropa para llevarnos a Torgiano y, después de desayunar, pusimos rumbo a Umbria, donde esperaba encontrar respuestas sobre lo que hacer.

Tomamos la autopista hasta llegar a Baschi, para luego remontar el curso del Tíber hasta llegar a mi pueblo. Era curioso, compartíamos con Roma el mismo río, pero hasta allí llegaban las similitudes. Nos adentrábamos en una región rural, para algunos, insustancial y, para los más, un remanso de paz.

Cuando comenzamos a divisar los alrededores de Torgiano, nos dio la bienvenida un aroma a viñedos y olivar, a hierba fresca y a granja, que fueron acompañándonos hasta que la *Torre di Guardia*, un magnífico torreón del *duecento,* nos recibió a la entrada del *borgo* torgianés. Sorteando algunas calles llegamos a mi hogar, en un rincón de *Via Garibaldi*, junto a la cercana iglesia de San Bartolomé. Era una casa con un magnífico arco de piedra que daba acceso a la misma. No hubiera sabido precisar su antigüedad, pero había permanecido casi inmutable desde sus orígenes medievales.

—Es fantástica. Me gusta tu casa —sentenció Mario.

Subimos por una estrecha escalera sin barandillas hasta alcanzar la primera planta, donde estaban las habitaciones; cuartos austeros con pocos muebles y con un tufillo a cerrado por el tiempo que habían permanecido sin ventilar.

—Deberíamos abrir las ventanas para airearlo todo —sugirió Mario.

—Ten en cuenta que, desde la muerte de mi padre, no he tenido tiempo de darle un cambio a todo esto.

—No hace falta que lo jures. Deberías haberte desecho de casi todo —comentó Mario mientras abría el armario donde todavía colgaba su ropa.

En la pared, toda clase de objetos religiosos luchaban por hacerse un hueco y sobre la cómoda descansaba una talla de San Francisco de tétrica mirada, con hábito de tela y protegido por una urna de cristal. Era una figura que siempre me había dado miedo, de esas que te siguen con la vista desde sus terroríficos ojos de cristal. El rictus de su cara parecía el de un ser disecado, protegiendo la alcoba de extrañas presencias. Mi padre era un devoto del santo y casi todos los días encendía velas pidiéndole protección, pero yo hubiera salido corriendo de allí mismo, víctima del espanto que me provocaba.

—Todavía tengo presente su velatorio. Tendimos al pobre viejo

en su cama, amortajado con un hábito de franciscano que tenía preparado desde hacía años. Rodeamos el cadáver de velas y algunas beatas de la parroquia se ofrecieron a cantar responsos y letanías durante toda una noche. Aquel recuerdo no se me podrá borrar jamás.

—Me da escalofríos solo oírlo, pero no te preocupes, yo te ayudaré a deshacerte de esos malos recuerdos.

Nos llevó toda la mañana revisar cómodas y armarios para ver lo que, con tanto afán, atesoraba mi padre. Nada de valor, tan solo objetos, la mayoría de ellos con un valor sentimental. Hacía mucho que yo había dejado de creer y consideraba que aquellas baratijas eran tan solo supercherías destinadas a gente sin esperanza como mi padre. Desde que mi madre lo abandonó, se refugió demasiado en la Iglesia y el resto del mundo dejó de tener sentido para él.

—Vamos a ver, Mario… Ahora que has visto la casa, ¿qué opinas?

—Se ve que está en buen estado y salvo lo que estamos haciendo, poco más necesita. Por cierto, ¿ya has pensado en la oferta que te hizo mi amigo Letto?

—La verdad es que me vendría bien. Si me quedo aquí, sería como enterrarme en vida.

—Stefano. Estoy pensando que, si eres pianista, seguro que tienes un piano en la casa. ¿Cómo es que todavía no me lo has enseñado?

—Está arriba. Transformé el granero en un pequeño estudio, es lo único que rehabilité de la casa. Era mi lugar secreto, donde ni siquiera mi padre entraba si no le daba permiso.

—Me encantaría ver ese sitio tan especial —me pidió Mario.

Era una estancia abuhardillada con un cálido suelo de madera, presidida por un piano de media cola que me compró mi padre cuando terminé los estudios.

—¿No tienes amigos en Torgiano? —me espetó a bocajarro—. Nunca me has hablado de ellos.

—Sí, claro. Hay una amiga especial, se llama Giulia y también es pianista como yo. Íbamos juntos al conservatorio de Perugia y compartimos muchos momentos de confidencias. Ella se sentía un «patito feo» y yo fui el enésimo desengaño que tuvo.

—¿Se enamoró de ti?

—Eso creo, aunque fue más bien la falta de oportunidades. Se refugió demasiado en mí y así era inevitable que se ilusionara.

—¿Qué hiciste?

—Pues lo que tenía que hacer, desengañarla. Le conté que mis

instintos no iban por el mismo camino que los suyos.

—¿Y se lo dijiste así?

—Sí, claro, ¿cómo querías que se lo dijese?

—No sé, hay maneras de hacerlo, y más con una amiga.

—Me pareció lo más directo, aunque eso le pudiera hacer daño.

—¿Y cómo se lo tomó?

—No fue tanta sorpresa como yo creía. Ella tenía sus sospechas y luego, después de que se disiparan las dudas, nuestra relación fue mucho mejor que antes.

—¿Qué ha sido de ella?

—Se casó con un farmacéutico de Perugia. Al poco tiempo de haber tenido aquella conversación, la invitaron a una boda y ya se sabe lo que sucede…

—Sí, que de una boda sale otra.

—Justo. El chico era un poco mayor y alguien intermedió para propiciar el encuentro. Después de aquello, Giulia recibió numerosas cartas que me leía entre ilusionada y escéptica. Reconozco que el farmacéutico era un poco cursi, pero se notaba que era sincero y que estaba perdidamente enamorado de ella. Poco a poco fue siendo más receptiva y, de una manera natural, se produjeron los encuentros, hasta que un buen día vino con el bombazo de que se casaba. Ahora tiene dos hijos: Paolo y Chiara y vive felizmente dando clases de música en un Liceo.

—Noto un tono de decepción… ¿No estarás celoso?

—Al principio sí lo estuve. Era como si me hubieran arrebatado una parte de mí. Luego, cuando me instalé en Perugia, retomamos la relación. El matrimonio está muy bien relacionado con la flor y nata de la ciudad y entre su círculo de amigos se encuentran abogados, artistas y políticos. Yo me sentía un poco desplazado en aquel ambiente y, después, con la enfermedad de mi padre, dejamos de vernos.

—Mañana es sábado. ¿Por qué no vamos a Perugia a verlos? Podríamos quedar para ir a cenar.

—No sé, es todo tan precipitado…

—Hazme caso, coge el teléfono y llama.

Un impulso, provocado por las convincentes palabras de Mario, me hizo realizar esa llamada que llevaba tanto tiempo aplazando.

—¡Stefano! ¡Cuánto tiempo sin hablar contigo! ¿Qué es de tu vida?... Desde el funeral de tu padre que no había vuelto a saber de ti —dijo Giulia nada más oír mi voz.

—Necesitaba algo de tiempo.

—Pero, ¿estás bien?

—Sí, sí… De hecho, me fui de vacaciones a Nápoles, ya sabes la ilusión que me hacía. ¿Recuerdas nuestros sueños de ir a Capri?

—Sí. Me alegro de que por fin lo hayas hecho.

—¿Cómo están los niños?... ¿Y Salvattore?

—Estamos todos bien. Ya sabes lo ocupada que me tienen.

—Bueno, acabo de llegar al pueblo y…

—¿Estás en Torgiano?

—Sí, pero he venido solo por unos días.

—¿Es que piensas marcharte pronto?

—No te lo creerás, pero durante estos días en Nápoles, he tenido una oferta para trabajar como pianista en un hotel de Capri y pienso aceptar.

—¡Eso es fantástico! Me alegro tanto por ti… Entonces, ¿no nos veremos?

—Por eso te he llamado. ¿Podríais hacerme un hueco en vuestra agenda para cenar mañana sábado?

—Claro, eso está hecho. ¿Vendrás a casa?

—Había pensado en invitaros a Salvatore y a ti a un buen restaurante. ¿Todavía está abierta *La Taverna*?

—Está en el mismo sitio, en aquel callejón oscuro de la *Stregha*… Lo pasaremos muy bien los tres juntos.

—Bueno, no te lo he dicho todo… No seremos tres.

—¿No me digas que has encontrado pareja?... Me dejas anonadada. ¡Cuántas sorpresas!

—Verás, se llama Mario y lo he conocido en Nápoles.

—A ti te ha cambiado esa ciudad, con razón querías ir allí con tanta insistencia. Visto lo visto, deberías haberte ido antes… Pues no se hable más. ¿A las siete te parece una buena hora para quedar?

—Perfecto, nos vemos en la puerta de *La Taverna*.

—No sabes lo mucho que te quiero y lo feliz que me hace volver a verte… Hasta mañana.

Cuando colgué, respiré aliviado al pensar que, a pesar del tiempo que había pasado, me seguía queriendo como siempre. Ahora tendría que presentarle a Mario. Tal vez me había precipitado demasiado pero, teniendo en cuenta que era la primera vez que le presentaba a alguien, comprendía perfectamente su expectación.

Después continuamos con las tareas de «desescombro». Me acerqué a la parroquia para «donar» aquellos objetos religiosos de superchería banal. Llamé a la vicaría y me abrió Don Silvio. Dejé en el suelo la pila de cajas que llevaba para que pudiera darme un abrazo y acto seguido me invitó a entrar mientras me ayudaba a

cogerlo todo. Estuvimos charlando durante una media hora, en la que me abordó con una batería de preguntas sobre lo que tenía pensado hacer.

—Espero que te vaya bien por Nápoles. Te echaremos mucho de menos… El cariño con el que te has ocupado de tu padre ha sido un ejemplo para todos, pero ¿qué me has traído aquí?

—Son solo objetos religiosos. No me los puedo llevar y he pensado que tal vez usted sabrá qué hacer con ellos. También hay algo de ropa para quien la pueda necesitar.

—A los pobres siempre los tendréis, dijo Jesús, y la verdad es que últimamente nunca me faltan… No sé, tal vez organice una tómbola y podamos sacar algo de dinero para el banco de alimentos. Está en las últimas y cada vez llegan más pidiendo algo de comer. En fin, supongo que tendrás prisa y no quiero robarte tu tiempo. Ha sido todo un placer volver a verte… Si alguna vez necesitas algo, ya sabes dónde encontrarme.

—Muchas gracias, Don Silvio. Rece usted por mí, para que me vaya bien en Nápoles.

—Así lo haré, Stefano. Buena suerte.

Al llegar a casa, Mario se había deshecho de todas las bolsas. Prácticamente habíamos terminado con nuestro cometido y nos tomamos un vaso de vino para celebrarlo.

—¿Sabes? No está mal… —dijo Mario.

—¿El qué?

—Todo. Este pueblo, la casa... No sé, me lo había imaginado de otra manera. En otras circunstancias hubiera sido yo quien se viniera a vivir contigo, pero para nosotros es mejor el anonimato de una gran ciudad, ¿no te parece?

—Tienes razón. Además, Nápoles me encanta. Siempre soñé con ir allí y por fin lo he conseguido.

Aquella noche me fui a la cama más contento que de costumbre porque, por primera vez, dormiría en mi propia casa en buena compañía.

Capítulo 9

Aprovechamos la mañana para acercarnos a la cercana Asís y así finiquitar el tema del puesto de recuerdos. Quería despedirme de la basílica y de Onofrio, un joven amigo franciscano.

Pasando por caminos rurales, que acortaban sustancialmente el camino, pudimos disfrutar de unas vistas excepcionales sobre el valle, con sus numerosos olivares que pintaban el paisaje de un color verde grisáceo, hasta que, por fin divisamos la soberbia iglesia que, como un barco varado en un cerro, se destacaba sobre la ciudad.

Al dejar el coche aparcado en la explanada de la basílica, sentí una mezcla de angustia y liberación. Aquel espacio pasaría a formar parte del mundo de los recuerdos y ya empezaba a verlo con ojos de visitante y no como trabajador. Nos dirigimos, una vez pasado el claustro, a la zona donde se ubicaba la entrada y las pequeñas tiendas de souvenirs. En mi puesto estaba Onofrio que, al verme, se levantó de inmediato para abrazarme.

—Stefano, ¡qué alegría verte! ¿Ya has vuelto de tu viaje? Aún recuerdo la ilusión que te hacía... ¿Qué piensas hacer ahora? ¿Vas a renovar la concesión?

—Me temo que no. A pesar de haber pasado un tiempo muy agradable, esto no es lo mío. Voy a volver a mi carrera como músico… Me han ofrecido trabajar como pianista en Capri.

—Me alegro por ti. Ya sabes que el Señor nos llama a cada cual por su camino.

—Antes de entrar en las oficinas me gustaría presentarte a alguien… Este es Mario, un amigo que ha venido a pasar unos días conmigo. ¿Te importaría enseñarle todo esto mientras termino con el papeleo?... Luego os busco.

Mario parecía distante, pero se acercó a saludar a Onofrio. Pronto entablaron una conversación con la excusa del arte.

—Encantado, Mario… ¿Es su primera visita a la Basílica?

—Sí, hermano. Nunca había estado antes aquí.

—Por Dios, no hace falta que me llame hermano, simplemente Onofrio. Con mucho gusto le enseñaré el templo, mientras Stefano firma los papeles del finiquito.

Ambos comenzaron el recorrido por la iglesia, ilustrada con los magníficos frescos de Ghioto. Onofrio no era como los típicos charlatanes que amenizaban los itinerarios, sabía de lo que hablaba y no les costó compartir las apreciaciones sobre las pinturas.

—Veo que está muy puesto en los temas de arte —dijo Mario.

—Soy historiador, además de fraile.

—Me sorprende. Siempre pensé que solo se dedicaban a la vida contemplativa. En realidad me sorprende todo lo ligado a las vocaciones religiosas. Es una cosa que jamás entenderé.

—Por lo que veo tiene una idea bastante formada al respecto. Para serle franco, le diré que yo tampoco lo tenía claro hasta que un día recibí, como vulgarmente se dice, la «llamada» y aquí estoy.

—Ve, a eso me refería con lo de mi sorpresa. Jamás he entendido ese concepto y menos para estar encerrado con gente con la que no se puede tener sexo.

—No todo el mundo vale para estar aquí; es una opción de vida. Y dígame, Mario, ¿usted a qué se dedica?

—Soy arqueólogo, pero actualmente debo compaginarlo como conserje en un hotel.

—Tal vez conoció allí a Stefano… Y, por lo que se ve, han «intimado» rápidamente.

—Es usted muy bueno atando cabos.

—Quizá debería añadir… para ser fraile.

—Siempre he admirado la exquisita diplomacia que usa la Iglesia para sonsacar las cosas… Pero si lo que quiere saber es que si me gustan los hombres, está usted en lo cierto.

—La verdad es que no quería sonsacarle nada. Parece como si estuviera a la defensiva, pero puede estar tranquilo. En realidad me trae sin cuidado cómo o con quién disfrute usted en la cama, eso es cosa suya.

—Discúlpeme si le parecí grosero. Soy así de directo y prefiero decir las cosas a bocajarro, que ir dando rodeos para acabar haciendo la pregunta del millón.

—Está bien, si me permite ser tan directo como usted lo ha sido conmigo, le voy a hacer una pregunta. ¿Es usted la pareja de Stefano?

—No hemos intercambiado ningún anillo, pero por el momento está viviendo en mi casa… ¿Contesta eso a su pregunta?

—Sé cómo es Stefano y era inevitable que tarde o temprano encontrara a alguien, pero…

—Pero… no le gusto, ¿verdad?

—No se trata de eso. Parece usted un hombre, ¿cómo diría?... excesivamente seguro de sí mismo, de sus gustos, de lo que quiere en la vida. Stefano, en cambio, es sensible y le falta ese empujón para comerse el mundo. Quizá el carácter de su padre, incluso este mismo ambiente donde ha trabajado estos últimos años, no ha contribuido precisamente a hacer de él un hombre decidido.

Resumiendo, solo espero que sea usted el hombre que le hace falta. No me gustaría verlo fracasar en esta nueva etapa que va a emprender, ¿me comprende?

—Se explica usted como un libro abierto pero, lamentablemente, ni yo ni nadie puede garantizar el buen fin de una relación. Eso es una cosa que solo el tiempo dirá, ¿no le parece?

—¡Qué, chicos! ¿Ya lo habéis visto todo? —dije al regresar.

—No, solo hemos recorrido la parte de arriba… —dijo Onofrio —. No nos ha dado tiempo a más. Tendréis que disculparme, pero acaba de llegar un grupo numeroso de visitantes y necesitarán de mi ayuda… Bueno, Stefano, ha llegado el momento de la despedida. Espero que seas muy feliz y, si necesitas algo, no dudes en llamar o venir a verme. Aquí siempre serás bien recibido. Cuídate mucho, Stefano.

Nos dimos un abrazo y se fue, dejándonos en mitad de aquel marco incomparable.

—Qué tierno el frailecito… —dijo Mario—. El caso es que está bien bueno. Nunca había conocido a un fraile pelirrojo. Así, con su barbita, delgadito y con el hábito, hubiera hecho una «carrera» espectacular en ciertos ambientes.

—Por favor, Mario… ¿Podrías tener un poco más de respeto? Es un buen amigo.

—No, si ya se ha encargado de soltarme el sermón. Todo para que te cuide y no te haga daño.

—¿Acaso le has hablado de lo nuestro?

—Estos tíos son más listos de lo que parecen. Debajo de esa capa de beatitud se esconden unas «alcahuetas» de mucho cuidado. Después de dar muchos rodeos para preguntar, he tenido que soltárselo, aunque de ti lo sospechó desde el primer momento —me espetó Mario, haciendo muecas mientras intentaba imitar las actitudes de Onofrio.

—En fin, supongo que no se puede ocultar lo evidente. Además, me alegro.

—Oye, en serio… ¿nunca te lo has hecho con ese fraile? Me está entrando un morbo solo de pensarlo…

Teníamos que regresar a Torgiano; había que arreglarse para ir a Perugia. Uno de los baños de casa todavía conservaba una gran bañera de hierro fundido y a Mario le pareció de lo más erótico hacer el amor allí mismo. Mario se «despelotó» enseguida, a punto de embestirme sin piedad.

—Veo que has venido un poco excitado de Asís —le dije.

—El frailecito me ha puesto «cachondo». Me lo hubiera «tirado»

allí mismo, con hábito y todo.

—Me sorprendes. Hace un rato parecía como si te cayera mal y ahora te pones así pensando en él.

—Ven aquí y haz lo que yo te diga.

—¿Qué vas a hacerme?

—He notado que estás con cierto runrún sobre mi vida sexual y que no te atreves a preguntar... Ahora voy a enseñarte algo de eso.

Mario me hizo sentar sobre un taburete y comenzó a revolver entre sus objetos. Lo que pensaba que se reduciría a botellas de colonia o pasta de dientes, acabó por ser un sofisticado ajuar sexual de viaje.

—¿Sabes qué es esto? —me dijo, enseñándome un objeto—. Ahora te voy a dar una demostración práctica de las cosas que se pueden hacer con él.

Mario me mostró una varilla de acero que, tras untarla con lubricante, se introdujo en su pene erguido. Fue introduciéndola poco a poco y cuando estuvo en su interior, comenzó a moverla de arriba abajo.

—¿A qué te está dando un morbo increíble?... Se llama *sounding* y da un placer increíble… ¿Te gustaría probar?

—Creo que no. Eso tiene pinta de doler.

—Pues no dice lo mismo tu polla…

Mientras Mario mantenía aquel objeto dentro de su pene, volvió a registrar el neceser y sacó otra cosa que no me dio tiempo a distinguir. Se puso detrás de mí y comenzó a acariciar mi espalda. Un escalofrío recorrió mi cuerpo, poniéndome los pelos de punta. En un hábil movimiento de manos, juntó mis brazos por la espalda y, cuando quise darme cuenta, me había atado las manos con una brida. Ahora me tenía a su merced y aquello no hacía sino excitarme aún más. Luego se colocó de rodillas delante de mí y fui dejándome hacer. Sin saberlo, había comenzado un juego de sumisión que me hacía jadear como una «perra», dispuesto a soportar cualquier humillación. Tenía los ojos cerrados y de pronto sentí una sonora bofetada que empezó a quemarme la mejilla. No pude proferir palabra alguna. Cuando abrí los ojos, me escupió sobre la cara y comenzó a lamerla con su lengua caliente y luego volvió a pegarme otra hostia, esta vez mucho más fuerte. Yo estaba anonadado, nada de aquello podía ser verdad.

—Ahora te toca a ti. ¿No querías saber para qué sirve? Ahora te voy a sondar y no quiero que grites, si no quieres que te amordace.

Mario embadurnó otra varilla, esta vez más fina, y se arrodilló delante de mí. Cogió mi capullo y lo apretó con fuerza, hasta que se

abrió el agujero. Fue introduciéndolo cuidadosamente mientras su lengua mojada iba estimulándome. Comencé a sentir una quemazón que me recorrió el interior del miembro, al mismo tiempo que notaba una sensación como si fuera a mearme encima. Parecía increíble, pero a lo que me di cuenta, ya la tenía metida hasta el fondo; pensé que aquella sensación de escozor no iba a parar nunca. Mario se situó a mi espalda y me acercó un bote a la nariz para que yo aspirara su contenido.

—Tranquilo, solo es *Popper*. Esto hará que la excitación sea mucho mayor y dejes de tener molestias —me dijo susurrándome al oído.

Mi corazón se aceleró y con él mi ardor. Él se fue «calentando» cada vez más y comenzó a apretarse con insistencia los pezones. Gemía sin parar y antes de alcanzar un soberbio orgasmo, gritó como si estuviera a punto de desmayarse. Yo, al ver aquello, tampoco pude contenerme más y caí de rodillas. Me sentía dolorido y extenuado y con una sensación de haber sido humillado hasta límites insospechados; estaba sobrepasado.

Mario intentó levantarme mientras cortaba las bridas que me mantenían maniatado. En ese momento sentí la hinchazón en mis manos, que se unió al dolor que sentía en el interior del pene. Estaba destrozado y cuando me senté en el taburete me quedé sin decir nada.

—¿Qué te pasa? —me preguntó.

—¿Y aún me lo preguntas, hijo de puta? —dije casi llorando.

—Pero si te lo has pasado de miedo. Estoy seguro de que nunca habías pegado un polvo tan salvaje como este… Solo era un juego.

—Ni siquiera me has preguntado si me apetecía «jugar». Además, me has pegado…

—Pero te lo has pasado bien, ¿no?

No podía contestar, estaba bloqueado. Tenía tal cúmulo de sensaciones contradictorias en mi cabeza que, por un lado, no pude negar haber experimentado un placer inaudito pero, por otro, me sentí vejado. En ese momento me acerqué al espejo para ver si era yo mismo el que protagonizaba esa experiencia y pude observar el efecto de los golpes que Mario me había propinado; estaba horrible. Tenía una marca cerca del ojo que se estaba hinchando por momentos. Él se acercó y me abrazó, cubriéndome de besos por detrás de las orejas y continuando por el cuello.

—Te quiero, Stefano. Me vuelves loco y creo que ahora no podría vivir sin ti. Quiero que comprendas que esto solo es una experiencia y que yo te sigo respetando. Si me dejas, cuidaré de ti

para siempre.

—Déjame un momento… Ahora necesito estar solo, pensar un poco.

—Pero Stefano…

—Por favor.

Mario respetó mi necesidad de asimilar todo aquello. Para él, eso formaba parte de una actividad sexual plena y placentera, pero yo tan apenas me había iniciado en aquel mundo.

Tras cerrar la puerta, seguí observándome en el espejo, hasta que este me devolvió mi propia cara. Me introduje en la bañera y dejé que cayera el agua, intentando comprender.

¿Estaba dispuesto a convivir con una persona que a la hora de follar podía volverse un loco peligroso? Por otra parte, era innegable que, a su lado, saldría de aquel punto muerto donde había apalancado mi vida, pero… ¡cuánto dolía aquella hostia!

Bajé un poco avergonzado por mi actitud para reencontrarme con él. Allí estaba, con una copa de vino y un cigarrillo en la mano, mirando a través de la ventana que daba a un pequeño jardín.

—Stefano. Quiero decirte que…

—No. No hace falta que te disculpes. Tendrás que darme un poco más de tiempo para que me acostumbre a tus formas de… Esto me ha venido un poco de sorpresa.

Mario no dijo nada, dejó la copa sobre la mesa y me abrazó. Estuvo un largo rato rodeándome entre sus brazos mientras me besaba en la frente. Creo que él también había perdido la medida con un hombre tan inexperto como yo.

—Bueno… ¿Ahora cómo arreglamos lo del moratón? —le pregunté—. ¿Te imaginas lo que pensará Giulia si me ve así?

—Por eso no te preocupes. Tengo una estupenda base de maquillaje que puede disimular cualquier cosa.

—¿Desde cuándo te maquillas?

—Es uno de mis pequeños secretos. Cuando he tenido una noche un poco movidita y tengo que entrar a trabajar, utilizo estos trucos. Además, es de *Gaultier*.

—Venga, vamos a ver si estos «polvos» valen lo que has pagado por ellos.

Mario se esmeró todo lo que pudo pero, había tanto que tapar que fueron demasiado evidentes las capas de «revoque» sobre el moratón. No había nada más que pudiéramos hacer, tan solo confiar en que Giulia no se percatara haciendo preguntas excesivamente embarazosas.

—Bien, Stefano… Mi ciencia ha tocado a su fin. Espero que esto

no te cause problemas, por si acaso, no te pongas bajo la luz. Se haría evidente la capa de estuco que llevas en la cara.

—Anda, vamos a vestirnos. Vamos tan «pillados» de tiempo que llegaremos tarde —le dije.

En un periquete nos plantificamos en Perugia. Cuando llegamos a la altura del callejón de la *Stregha*, Giulia y Salvatore ya nos esperaban y me alargué para abrazar a Giulia.

—¡Giulia! ¡Qué alegría! Déjame que te vea. ¡Por Dios! cada día estás mejor.

—Stefano ¡Qué ganas tenía de verte! Tú, en cambio, estás mucho más delgado. Ya me dirás qué dieta llevas… Déjame ver, tienes algo en la cara… ¿Desde cuándo te maquillas?

—No, no es nada, un simple golpe… Pero, qué maleducado soy… Salvatore, ¿cómo estás?

—Muy bien, Stefano. Hacía mucho tiempo que no nos reuníamos —dijo tendiéndome su mano.

—Bueno, os voy a presentar a Mario.

Mario se acercó para saludarlos. Estaba nervioso, tal vez temiendo que se supiera el desaguisado que había provocado en mi cara.

—Pasemos dentro —terció Giulia—. He reservado la mesa para las ocho y media y podemos tomarnos una copa antes de cenar, así hablamos… Tenéis muchas cosas que contarnos.

Giulia pidió una botella de vino para brindar por el reencuentro. Había tantas cosas que decir, que no sabía exactamente por dónde empezar, así que lo hice por lo más obvio.

—La verdad es que nunca hubiera imaginado lo que me depararía mi visita a Nápoles… Ya sabéis lo ilusionado que estaba con ese viaje. De todas formas, lo mejor ha sido encontrar a Mario.

—No habéis perdido el tiempo, la cosa ha ido muy rápida —agregó Giulia.

—Si me permitís, quiero puntualizar… —intervino Mario—. A pesar de lo rápido que parece, me costó mucho convencerlo. Es una persona de ideas fijas.

—No hace falta que lo jures —dijo Giulia—. Cuando algo no salía como lo había planificado, su cabeza no paraba de dar vueltas hasta que se convencía de que las cosas se podían hacer de otra manera.

—Vale, vale… Veo que os habéis aliado contra mí. No es que no quisiera dar un cambio a mi vida, lo que pasa es que me hubiera gustado hacer una cosa detrás de otra.

—¿Cómo os conocisteis? —preguntó Salvatore.

—Simplemente le pregunté cómo llegar a Pompeya y Mario me dio toda una lección de historia. Cuando regresé, me invitó a cenar y luego la cosa fue bastante rápida, trasladarme a su casa y encontrar trabajo en Capri, todo fue uno.

La conversación fue animándose entre copa y copa. Entre anécdotas intrascendentes y el recuerdo de momentos del pasado fue pasando la velada. Todo era perfecto, excepto las miradas inquisitivas lanzadas por Giulia, que no paraba de escrutar mi cara en busca de respuestas al extraño moratón que asomaba cerca de mi ojo. Aprovechando una salida para fumar un cigarrillo, Giulia me siguió, intentando buscar la ocasión para mantener una pequeña conversación a solas.

—Cualquier día me quito de este vicio —dijo buscando un pretexto—. Y hablando de vicios… Ese novio tuyo pega de maravilla. ¿También es boxeador?

—¿Qué dices?

—¿Ahora me dirás que te has dado contra una puerta o te has caído de la cama?

—De verdad, no es nada de lo que piensas… Solo estábamos jugando y se le fue la mano.

—Vale, ahora se llama «jugar»…

—Está bien. No puedo extenderme mucho, pero te diré que a Mario le gusta el sexo, ¿cómo te diría?… de otro modo.

—¿Qué me quieres decir?

—Le van las cosas raras: el sado y cosas de esas…

—¡Calla, calla, calla! No sigas... Me lo puedo imaginar. ¿Tú también lo practicas?

—La verdad es que no estoy muy puesto, pero algo hemos hecho y mira los resultados. De verdad, Mario es un buen tío. Puedes confiar en él.

—Está bien, me creeré lo que dices, aunque no tienes que hacer todo lo que él quiera. ¿Entendido?

—De acuerdo.

—Oye… ¿Y esas cosas duelen?

—Algunas solo al principio, luego dan un placer inmenso.

—Supongo que estaré un poco anticuada. Imagino que, como en todos los matrimonios, llega un punto en que el sexo se convierte en pura rutina… A lo mejor cualquier día le pego una buena somanta de palos a Salvatore, a ver si nos excitamos.

Nos echamos a reír con complicidad. A pesar de la distancia, nos sentíamos muy felices juntos y hubiera deseado que aquel momento no se acabara nunca. Mario se había integrado perfectamente, como

si los conociera de toda la vida. Tenía un don de gentes que yo admiraba; era el complemento ideal para un tío tan soso como yo.

A la llegada de los postres, pasó por nuestro lado un matrimonio que saludó con efusividad a Giulia y Salvatore. Iban perfectamente arreglados y se notaba, por su aspecto, que era gente de categoría. Después de que se fueran, Giulia me explicó quiénes eran.

—Son amigos nuestros desde hace muchos años. Él es Gino dell'Aquilla, un abogado criminalista muy prestigioso y ella es juez. Se conocieron aquí, en Perugia y después de casarse se instalaron definitivamente en Roma. Ella suena con fuerza para entrar en el Tribunal Supremo y a él lo tienes que haber visto en televisión, ha participado en algunos casos que han tenido mucha repercusión mediática.

—No me suenan, la verdad. Ya sabes que he estado muy ocupado con lo de mi padre…

—Suelen venir bastante por aquí y hemos quedado muchas veces para cenar. Espero que no necesitéis de sus servicios pero, si alguna vez os hace falta, no dudes en llamarme, harían cualquier cosa por nosotros.

—Bueno es saberlo, aunque los únicos «delitos» que espero cometer son en la cama.

Giulia y Salvatore declinaron nuestra sugerencia de continuar la velada en algún lugar de moda con la excusa de sus inevitables responsabilidades como padres. Nos despedimos en la puerta del restaurante y nosotros regresamos a Torgiano. Mañana nos esperaba un día duro, recogiendo las pertenencias para emprender una nueva vida en Nápoles.

Capítulo 10

Al día siguiente tuve que hacer malabarismos para poder coger mi reloj y comprobar estupefacto que faltaban pocos minutos para las once de la mañana. Había muchas cosas que hacer y ningunas ganas de levantarme de la cama. Mario dormía a pierna suelta tendido boca abajo y me quedé observándole. Tenía un culo perfecto y me sentí tentado de acariciarlo. Por primera vez en mi vida me pertenecía un cuerpo como aquel, podía disfrutarlo cuando me apeteciera y me dejé llevar por el entusiasmo. Comencé a tocarlo, provocando que se despertara plácidamente.

—Qué gusto… Esto sí que es una buena forma de despertarse. Puedes seguir y luego continúas por el resto.

—¡De eso nada! ¡Levántate, holgazán! Es muy tarde y tengo que hacer el equipaje.

—Tranquilízate. A ver si te vas a llevar la casa también. Imagino que tendrás que llevarte el piano, y tantas cosas no van a caber en mi apartamento de Pozzuoli.

—¡Dios mío! Me había olvidado por completo de él. Tengo que hablar con Assunta para organizarlo todo…

—¿Assunta? ¿Quién es esa?

—Mi vecina. Ella se encargaba de mantener la casa limpia; vive aquí al lado. Tengo que decirle que vendrán los del piano. ¡Uf! Habrá que desmontarlo, llevarlo a Pozzuoli, volverlo a montar, afinarlo y todavía no he llamado a la compañía que se encarga de eso.

—¿Quieres que te acompañe?

—Mejor no, prefiero que vayas duchándote. Cuando llegue, tienes que ayudarme a hacer el equipaje.

Assunta, cuando me vio, tuvo tanta alegría que casi me come a besos. Me hizo pasar a su casa para preguntarme qué tal me había ido durante aquella semana de vacaciones.

—¿Pero en serio te vas a ir a vivir a Nápoles? —me dijo al explicarle mis planes.

—Sí, Assunta. Me han ofrecido trabajo como pianista en un hotel de Capri. Hoy mismo me iré cuando termine de hacer el equipaje y quisiera pedirte un favor.

—Dime, ¿qué necesitas?

—Tengo que llamar a una empresa para que me traigan el piano. Vendrán a desmontarlo para poder llevárselo. Solo quiero que les abras y que estés pendiente. Ya te avisaré cuando vayan a venir.

—Por eso no te preocupes, pero esta casa se quedará muy vacía

sin tu padre y ahora sin ti. Te echaré de menos, pero comprendo que el trabajo es lo más importante. ¿Quién sabe si no te harás famoso?... En Capri vive gente muy importante.

—No tan importante como tú.

—¡Venga, adulador! Y lo del piano, déjalo de mi cuenta.

Assunta se quedó en el quicio de la puerta mientras nos despedíamos con un beso. La anciana se llevó el pañuelo a los ojos, enrojecidos por la emoción y me saludó con la mano.

Cuando entré en casa, oí ruidos que bajaban del ático. Seguramente Mario estaría peleándose con alguna maleta que intentaba bajar del altillo. Subí de dos en dos los escalones y lo encontré subido a una silla, intentando hacerse con un par de bolsas de viaje para poder meter la ropa que ya había sacado del armario y que se amontonaba sobre la cama.

—¿Dónde vas con todo eso? Ya te dije que esperaras a cuando volviera.

—Solo quería adelantarte el trabajo, pensaba que ibas a tardar más… Pues ya que estás aquí, vamos empaquetando. Coge lo imprescindible.

—¡Qué estúpido soy! —dije cuando me acordé de algo importante—. Todavía no he confirmado lo del trabajo… ¿Te importaría llamar a Letto para decirle que acepto su oferta?

—Tranquilo, ya me he encargado de todo. Espero que no te enfades, pero acabo de llamarlo… Por cierto, empiezas este mismo jueves. Trabajarás de jueves a domingo, tarde y noche. Luego, dependiendo de cómo vayan las reservas, solo los fines de semana.

—¿Has hablado de lo que me van a pagar?

—Me ha dicho que en principio serían unos quinientos euros a la semana, propinas aparte. El hotel dispone de habitaciones para empleados dentro del complejo, pero no tendrás que pagar nada por ella y podrás comer en la cocina del hotel.

Más tranquilo por haber atado los últimos cabos que me quedaba y cuando aquel terrible sol de julio comenzó a caer, terminamos de cargar el último paquete en el maletero. Íbamos hasta las trancas de bultos, como los inmigrantes que atravesaban la península para embarcarse hacia los puertos de Túnez. Ya quedaba menos para llegar a casa, mi casa. Qué extraño sonaba eso pero, a partir de ahora, aquel ático de Pozzuoli sería mi nuevo hogar.

Capítulo 11

Durante toda la semana estuve tan atareado intentando hacer hueco para mis cosas, que apenas tuve tiempo de prestarle atención a Mario. Él no paraba de tranquilizarme, restándole importancia a la responsabilidad que me había caído encima. No se cansaba de repetirme que debía ser natural y centrarme solo en el piano.

Por fin llegó el momento temido y esperado a partes iguales. Aquel jueves salimos juntos hacia Nápoles y Mario me dejó en el puerto, justo enfrente de las taquillas para embarcar. Me bajé con mi maleta y un par de trajes, lo necesario para pasar aquel largo fin de semana. Entonces Mario me susurró unas palabras al oído.

—No tengas miedo. ¡Ah!... y ve por la «sombra».

—¿Por la sombra?

—Me ha costado mucho encontrarte y no me gustaría que ningún sinvergüenza me robara lo que es mío.

—Pierde cuidado. Solo voy a tener ojos para mi piano, te lo aseguro.

Cuando subí al ferry no me sentía solo, sabía que alguien me esperaba a la vuelta y me veía capaz de enfrentarme a los desafíos de aquel nuevo reto. Me sentí poderoso, ocupando un lugar entre los ricos y disfrutando de sus migajas.

En la misma explanada del puerto tomé un taxi; iba demasiado cargado como para subirme en el funicular repleto de turistas. Al llegar al hotel, al verme con los bultos, salió un botones dispuesto a aligerar mi carga y me sentí avergonzado; yo también era un empleado como él. Le agradecí su amabilidad y me presenté.

—Disculpa, no soy un cliente, soy el nuevo pianista. Tengo que hablar con Carlo Venturi, el director.

—No se preocupe, ahora mismo le llamo, pero deje que le ayude con el equipaje. Se lo guardaré en la recepción hasta que hable con él.

—Por favor, tutéame. Ahora vamos a ser compañeros… Me llamo Stefano Baldi.

—Encantado. Yo me llamo Umberto… ¿Vas a quedarte mucho tiempo?

—Espero que sí. Letto… perdón, Carlo, me dijo que me hospedaría en el mismo hotel, en una de las habitaciones que hay para el personal.

—No te preocupes, aquí todos lo conocemos por ese diminutivo y, por cierto, yo también me hospedo allí. En realidad son habitaciones que compartimos, aunque están en una casa contigua.

Somos una pequeña familia y espero que te encuentres a gusto entre nosotros. Si te parece, llevaré tu equipaje a casa. Creo que lo único que queda libre es una cama en mi habitación, si no te importa compartirla.

—Tranquilo, estaré encantado de dormir contigo… Disculpa, quería decir compartir habitación.

Umberto se sonrió por el lapsus y cargó la maleta para llevarla al apartamento.

—Por cierto, Stefano, Letto está en el comedor... —dijo Umberto —. Luego te digo cómo funciona todo.

—Gracias.

Me dirigí hacia donde estaba el director y me presenté.

—Buenos días, jefe. Estoy a tu disposición. ¿Cuándo quieres que empiece?

—¡Hola Stefano! Me alegro de que formes parte de la gran familia del Hotel Palma. Bueno, ya sabes dónde está el piano y poco más puedo decirte que no hayamos hablado ya. Generalmente realizarás sesiones de veinte minutos y puedes tomar un pequeño descanso para estirar las piernas, aunque puedes distribuirte el tiempo como quieras, eso es cosa tuya... Comenzarás sobre las cuatro de la tarde y tu jornada se repartirá en tres bloques. El primero es a la hora del té. A esa hora nos interesa captar la atención de residentes y clientes ocasionales, que suelen gustar de las típicas canciones italianas fácilmente reconocibles. Si se sienten atraídos por la música, realizarán consumiciones en la terraza. El segundo bloque es la cena, generalmente sobre las siete de la tarde, pero tienes que estar pendiente de a qué hora se reúna más gente en el comedor, ya te irás familiarizando con las costumbres de los huéspedes, que van variando dependiendo de su procedencia. Entonces conviene un tipo de música más suave, como si fuera de fondo, para que les permita hablar de sus cosas durante la cena y no les distraiga. Por último, está la hora de la velada. Es un ambiente más relajado, pero a veces alguna pareja se arranca a bailar. Necesitamos una música más internacional, pero sin estridencias. Puedes cantar, pero nada popular, nada que se parezca a una feria de pueblo.

—Espero recordarlo todo.

—No te preocupes, lo harás de maravilla. Si tienes alguna duda o necesitas algo, recuerda que yo siempre estoy por aquí… Solo quería decirte algo y espero que no te lo tomes a mal. Aquí nos comportamos con mucha naturalidad y permito que los empleados me llamen Letto pero, de cara a la clientela, siempre seré el señor

director. Conviene dar una imagen de respeto, ¿lo has comprendido?

—Perfectamente, señor director.

—No hace falta que te lo tomes al pie de la letra… Bueno, dime, ¿qué tal os va juntos?

—Pues creo que bien, aunque esta mañana, cuando me dejó en el puerto, Mario se quedó un poco triste.

—Nunca lo hubiera imaginado… Mario enamorado. Lo siento, pero jamás lo vi así con nadie. Sin duda lo has embrujado y me alegro. Ya era hora de que ese lobo solitario tuviera un poco de compañía. Cuídalo bien, lo quiero como a un hermano.

—De momento todo va sobre ruedas: nueva casa, nuevo trabajo y sobre todo un hombre maravilloso… ¿Qué más podría pedir?

—No te entusiasmes demasiado. La vida es muy «cabrona» y ni siquiera con buena voluntad funcionan las cosas. Yo he tenido muchas parejas y, casi siempre, la relación se ha ido a pique por las mismas cosas. La convivencia jode mucho, pero más fastidia no verse durante días. Al final se aburren de esperarte y acaban encandilándose de otros que tienen más a mano… Vale, ya está bien de cháchara. Acomódate en tu habitación, almuerza pronto y prepara tu vestuario. Hoy debutas ¡Suerte!

—Gracias por tus consejos. Voy a buscar a Umberto para que me acompañe a la habitación.

Dejé a Letto supervisando la intendencia del día y di una vuelta por las instalaciones. La decoración del hotel, algo cursi para mi gusto, le daba una cierta apariencia de tarta de boda, aunque tenía su encanto, sobre todo para aquellos que buscaban precisamente esa estética en una isla como Capri. También los empleados participaban de aquella orgía merengona, con sus impecables chaquetas cortas y, para no ser menos, mi piano también era de color blanco.

Por fin encontré a Umberto, que vino a rescatarme de aquel universo albino para llevarme a mi habitación. Salimos por un patio al que se accedía a través de las cocinas y subimos una estrecha escalera.

—En el primer piso están las chicas —me fue indicando Umberto—. La mayoría proceden de la zona. En la segunda planta vivimos los chicos, también de la región, además de un inglés y un etíope.

—Será muy entretenido vivir aquí…

—No creas. No tenemos mucho tiempo libre y el poco que tenemos es para descansar, así que casi siempre estamos cada uno

en su cuarto, excepto si hay partido de futbol. Cuando libramos, la mayoría cogemos el transbordador y nos vamos a Nápoles. Hay mucho movimiento.

Umberto abrió la puerta y me hizo pasar dentro. Se accedía a un comedor con una pequeña cocina americana. Sobre un mueble estaba la televisión y detrás había un gran ventanal que se abría al mar con unas vistas inmejorables.

—Te gusta, ¿verdad? A veces, cuando el día está claro, se ve el Vesubio. Cuando no puedo dormir, me siento en este sillón y veo las luces de Nápoles a lo lejos, me fumo un cigarrillo y me relajo con la brisa que se cuela por la ventana.

—La verdad es que yo haría lo mismo.

—Ven. Te voy a enseñar nuestro cuarto. Como verás no es muy amplio, pero estaremos cómodos. Esa de la derecha es tu cama y aquí está el armario… Solo hay uno y lo tendremos que compartir, por cierto, te he colgado tus trajes; imaginaba que serían los de las actuaciones y no quería que se arrugasen. En la puerta de al lado está el baño; también es comunitario. Nosotros nos levantamos muy temprano, así que no te extrañe vernos corretear desnudos de aquí para allá para llegar a tiempo. Una vez pasado ese revuelo, el baño será todo tuyo, como el resto de la casa. ¡Ah! Si quieres desayunar, comer o cenar, puedes hacerlo en las cocinas del hotel, con nosotros. Los cocineros son un encanto, les puedes pedir lo que sea, excepto en las horas punta. Entonces van como locos y no atienden a razones, suelen pasarse todo el tiempo maldiciendo e insultándose. Es muy divertido cuando empiezas a cogerle el truco a todo esto… Ahora tengo que irme, hay mucho trabajo y no quiero que me riñan. Te dejo un juego de llaves por si quieres salir.

Umberto se marchó a toda prisa. Yo me senté sobre mi cama y pensé que hacía menos de un mes me encontraba en Torgiano, con el único afán de irme de vacaciones y ahora estaba aquí, en Capri, con un nuevo trabajo. Apenas había podido digerir aquello, pero el tiempo corría tan deprisa que no me dejaba más opción que seguir hacia adelante.

Todavía era temprano y no quería estar como un gato encerrado dentro del apartamento. Seguí la sugerencia de Umberto y me fui a dar una vuelta, volviendo a pasar por las cocinas. Allí estaban, cocineros y pinches, preparando el almuerzo.

—¡Eh, tú!... Sí tú, el pianista… Ven aquí —dijo el que parecía mandar en aquellos fogones—. Espero que toques el piano mejor que comes. Estás muy delgado y en la cocina de Lorenzo no se pasa hambre… Soy Lorenzo Ottolenghi, aunque aquí todos me conocen

como Lorenzo *Il Magnifico.*

—Encantado, yo me llamo Stefano Baldi.

—¡Susana! Prepárale un buen plato de pasta con tu salsa especial… El chico tiene cara de querer comer… Bienvenido, Stefano.

No es que tuviera mucha hambre pero, por no hacer un desprecio, me senté en un rincón de aquella cocina enorme. Entre el sonido de sartenes rebotando por los fogones, cuchillos cortando tomate para los sofritos y el aroma de lasaña gratinada, me comí un buen plato de *fetuccini* aliñado con una jugosa salsa *ai funghi porcini e tartufo,* que era lo más cerca que había estado nunca de un orgasmo culinario. Una vez llené mi estómago, empecé a sentirme como en casa. Las pocas dudas que albergaba se esfumaron con el último fetuccini, así que salí de aquella caótica cocina donde lo único que hacía era estorbar. Les agradecí sus atenciones y me marché dispuesto a fumar un cigarrillo por los alrededores del hotel.

—¡Stefano, Stefano! —me llamó Letto desde la recepción cuando me vio salir—.Tienes que venir un momento a mi despacho, todavía no has firmado los papeles de tu contrato.

Entré un momento en su despacho, que se encontraba detrás del mostrador de recepción. Era discreto, más bien modesto y funcional. Después de atender una breve llamada telefónica, sacó una carpeta con los papeles de mi contrato y después de firmarlos, me entregó una copia y los papeles de la seguridad social.

—Ahora sí. Ya eres oficialmente empleado del Hotel Palma de Capri… ¿Ibas a salir?

—Sí. Los de cocina me han agasajado con una estupenda comida y me disponía a dar una vuelta para fumarme un cigarrillo… Llamaré a Mario y luego iré a cambiarme.

—Muy bien, así te vas familiarizando con el entorno. Si hablas con Mario, dale recuerdos de mi parte y dile que tengo muchas ganas de verlo.

—Claro, pero ¿por qué no te vienes a casa unos días?

—No creo que pueda. Ahora estamos a tope de trabajo y yo prácticamente no salgo de aquí hasta finales de septiembre, pero si pudiera cogerme algún día libre, lo primero que haría sería visitaros, te lo prometo... Bueno, no te entretengo más. Ve a dar esa vuelta, te vendrá bien antes de empezar.

Me dejé llevar por la pendiente de la calle y bajé hasta llegar a los pequeños jardines de *Augusto*. Si alguna vez hubo algún resto imperial en aquel lugar, ahora estaría debajo de unos magníficos

macizos de flores que adornaban el promontorio que se asomaba a unos desafiantes acantilados, desde los que se divisaban los *Faraglioni* y un enjambre de yates a su alrededor. Me senté en un banco bajo un árbol frondoso y llamé a Mario.

—¿Qué tal te va por Capri? —me preguntó.

—Fenomenal. Hay un ambiente familiar y creo que me sentiré muy a gusto aquí.

—¿Es bueno tu alojamiento?

—Son unos apartamentos que están al lado del hotel. Comparto la habitación con un botones llamado Umberto.

—Vaya. No llevamos ni un día separados y ya te has buscado a otro para compartir la cama. Ten cuidado con ese Umberto, no sea que se abalance sobre ti.

—¡Qué tonto eres! No creo que haya ningún peligro.

—¿Y Letto?

—Me trata muy bien. Ahora mismo acabo de firmar el contrato y te manda muchos recuerdos. Me ha dicho que te diga que tiene ganas de verte. Lo he invitado a venir, pero dice que tiene mucho trabajo, aunque lo intentará.

—Por cierto, ¿cuándo debutas?

—A las cuatro… Tendré que darle al repertorio clásico.

—Bueno, te dejo, ahora entra un cliente… Ánimo y mucha «mierda», como se dice en el teatro. Y sobre todo, no te vayas a olvidar de mí.

—Gracias, ya te llamo luego.

Después de sortear de nuevo la cocina, patios y escaleras, llegué a mi habitación. Todavía no había colocado mi equipaje en el armario, así que me puse a ello. No había demasiado hueco así que coloqué mis zapatos debajo de la cama y mi ropa interior en un cajón que había vaciado Umberto. Allí, olvidada, había la foto de una joven con una tierna dedicatoria: *Mi cariño ya lo tienes. La foto es para que te acuerdes. Sofía.* Era una deliciosa jovencita de unos veinte años, con una candorosa mirada. No sabía qué hacer, si le devolvía la foto, tal vez pensara que había estado registrando sus cajones pero, por otro lado, me parecía poco ético que se devanara los sesos buscándola. La casualidad quiso que aquel momento se anticipara cuando me disponía a entrar en el baño. Umberto entró como una exhalación, profiriendo toda clase de exabruptos. Venía con la chaquetilla y la pechera manchadas de vino. Al verme, ambos nos quedamos cortados. Yo iba completamente desnudo y él no espera verme allí.

—Lo siento, Umberto… Iba a tomar una ducha y no me ha dado

tiempo a cubrirme.

—No te preocupes… Vengo a cambiarme, ya ves cómo me ha dejado el inútil de Giorgio. Ha tropezado conmigo y me ha derramado una botella de vino tinto… ¡Esto no habrá manera de quitarlo! Y encima la chaqueta es blanca. Voy a ponerla en remojo y mañana la enviaré a la tintorería. Me cambio rápidamente y me marcho.

—Por cierto —le interrumpí—. He encontrado una foto en el cajón que me has dejado libre… Supongo que será tuya.

—¿Una foto?

—Sí, es de una chica joven.

—¡Ah, sí! Sofía.

—¿Es tu novia?

—Lo fue, pero esa historia ya se acabó, me dejó por otro. Pensaba que me había deshecho de la foto pero, por lo visto, se quedó en el fondo del cajón… Puedes tirarla.

—Como quieras… Si me disculpas, voy a ducharme.

—Yo me cambio y me marcho. Luego nos vemos.

Al disponerme a enfundar el traje de las actuaciones, un tembleque empezó a recorrer mis piernas. Esta vez sentía una gran responsabilidad, era la primera vez que mi nombre se publicitaba como una atracción y tenía el típico pánico escénico: miedo a equivocarme, a tropezar o a quedarme sin voz. Aquello no era un espectáculo de Las Vegas, ni mi nombre era lo suficientemente reconocido como para tener que ser presentado a bombo y platillo, así que me senté sin más al frente de aquel piano blanco donde, inevitablemente, el único que destacaba era yo con mi impecable traje negro. Siguiendo el plan de Letto, eché mano del repertorio napolitano, tan rico en canciones melódicas que todo el mundo podía tararear. Después de los primeros compases me abandoné a la interpretación. No quise respetar las necesarias pausas para desentumecer mis músculos, simplemente estaba a gusto, como si estuviera tocando en el ático de mi casa y cuando finalicé, justo antes de cenar, me dolía todo el cuerpo, así que me vino bien descansar junto a Umberto y el resto de camareros en la cocina de Lorenzo, donde dimos buena cuenta de un filete de ternera con patatas antes de reanudar el último tramo de la actuación.

Eran más de la una de la madrugada cuando bajé la tapa del teclado y estaba francamente cansado. Mi primer día de trabajo me había reportado una gran satisfacción y, por las felicitaciones recibidas, había cubierto las expectativas que todo el mundo había depositado en mí. Cuando recogí mis partituras y subí al

apartamento, solo quería echarme en la cama para descansar. Entré con gran sigilo para no despertar a nadie y me senté en el salón para fumarme un cigarrillo antes de acostarme. Abrí la ventana y me asomé para que la estancia no se llenara de humo. Una brisa salada me golpeó la cara. Se podía oír el rumor de las olas batiendo sobre los acantilados y hasta distinguir las pequeñas luces titilantes de la cercana costa. Al otro lado de aquel estrecho de agua estaba Mario que, tal vez, también estaría pensando en mí. Apagué el cigarrillo y me desnudé allí mismo para evitar despertar a Umberto, que hacía rato se había retirado. Al entrar lo vi gracias a la poca luz que se colaba por la ventana. Su aspecto era indolente, tendido sobre la cama y completamente desnudo. Cuando me acosté, lo estuve observando, tenía un culo respingón. No había tenido ocasión de compartir habitación con nadie, excepto con Mario, y aquella situación me excitaba. Últimamente estaba descubriendo facetas de mi sexualidad que me estaban sorprendiendo y la de mirón contumaz era una de ellas.

A pesar de llevar puestos los calzoncillos, me «calenté» tanto que tuve que disimular mi erección. Hubiera deseado aliviarme, pero no me atrevía a levantarme para no hacer ruido. Cuando Umberto se movió, me asusté tanto que el corazón casi se me sale por la boca.

—Stefano… ¿ya has venido? No te oí llegar —dijo Umberto susurrando.

—Siento haberte despertado.

Umberto se levantó para ir al baño sin encender la luz y gracias a la penumbra, pude comprobar que tenía un cuerpo perfecto. No esperé a que volviera para levantarme, yo también necesitaba ir al aseo. Al salir nos cruzamos por el pasillo. Nos rozamos lo suficiente para que yo sintiera en mis piernas el tacto de su miembro. Él pasó sin darle importancia y yo entré raudo, abrí el grifo y me eché un poco de agua en la cara para aliviar la «calentura». Me sentía como un criminal y volví a acostarme dispuesto a dormir, pero mi compañero se había despejado y tenía ganas de hablar.

—Stefano… ¿Tienes pareja?

—¿Por qué lo preguntas? —le contesté, perplejo ante aquella pregunta a bocajarro.

—No, por nada… Simple curiosidad.

—Por algo lo dirás…

—Está bien, es que me ha parecido que habías ido al baño para… ya sabes —me dijo haciendo un movimiento de vaivén con la mano.

Yo me quedé callado, muerto de la vergüenza y opté por

contestar con otra pregunta.

—¿Tú nunca lo haces?

—Sí, claro. Paso mucho tiempo aquí solo, por eso me he imaginado que a ti te pasaría lo mismo… Lo siento, soy muy indiscreto. No tenía que haberte preguntado nada… Bueno, pero al final no me has dicho si tienes novia.

—Duérmete. Otro día hablaremos del tema.

—Buenas noches, Stefano.

Capítulo 12

El fin de semana transcurrió con excesiva tranquilidad. Umberto no volvió a intentar sonsacarme cosas, mis actuaciones funcionaron a las mil maravillas y la clientela subió.

Aquel domingo era el último día de mi primera semana en Capri. Después de cenar, me preparé para la *soiré*. Quería despedirme con algo especial que pudieran recordar los huéspedes que, probablemente, no volvería a ver. Me senté al frente de mi piano y me abandoné a la emoción con las primeras notas de una canción que popularizó Sandro Giacobbe a mediados de los setenta. No reparé en la cantidad de público que me escuchaba y solo canté para mí. En un momento de mi recital, se acercó Giorgio, uno de los camareros de la terraza y dejó una copa de champán sobre el piano. Con un movimiento de mi cabeza, mientras tocaba, le pregunté el motivo de aquel detalle y Giorgio se acercó para susurrarme al oído.

—Aquel señor del final me ha pedido que te traiga la copa. Desearía hablar contigo cuando termines la actuación.

No dije nada y seguí tocando. Después de los aplausos me levanté y tomando la copa, hice el ademán de brindar por todos los clientes e hice lo propio mirando al señor que había tenido la gentileza de invitarme. Era un hombre de tez morena, pequeña estatura y porte elegante, que realzaba sus rasgos inequívocamente árabes. No lo conocía, pero supuse que sería alguien importante e intenté corresponder las atenciones que había tenido conmigo. Me acerqué, más por curiosidad que por gratitud e imaginé que sería para recibir un halago.

—Muchas gracias por el detalle… Me ha dicho el camarero que quería hablar conmigo —le dije.

—Siéntese, señor Baldi, por favor. Es para mí un honor conocerlo personalmente. Estoy fascinado por su música. Hacía tiempo que no me habían cautivado de esa manera.

—Me halaga usted, señor…

—Katurshian, Adnan Katurshian. Un devoto admirador suyo.

—Encantado de conocerlo, señor Katurshian…

—Pero sírvase un poco más de champán… Le he hecho llamar porque me ha impresionado gratamente y desearía hacerle una propuesta.

—Una propuesta… ¿laboral?

—¡Claro! ¿Qué, si no?

—Verá, no me gustaría ser desconsiderado, pero acabo de empezar a trabajar aquí y no me parecería ético dejarlos nada más

haber firmado el contrato.

—Este hotel está muy bien pero, francamente, espero que no haya pensado en terminar su brillante carrera en este sito, seguro que puede aspirar a algo más. Por el dinero no se preocupe, solo diga cuánto quiere ganar por trabajar en exclusiva para mí. Tengo olfato para los negocios y sé muy bien dónde invertir mi dinero.

—Le prometo que lo pensaré, aunque hay demasiadas cosas que me atan a este sitio y no precisamente el dinero.

—Comprendo, aunque todo se puede solucionar. Tal vez se pueda ampliar la oferta a alguien más si ese fuera el problema.

En aquel momento se acercó a la mesa un tipo cuya cara me sonaba. Era el mismo que nos saludó a Mario y a mí cuando visitamos Capri por primera vez.

—Por cierto, señor Baldi, le presento a Esposito, un gran amigo.

—¡Stefano! Un placer volver a verte… —gritó Luciano Esposito cuando me vio.

—Ah, pero, ¿ya se conocían? —dijo Katurshian con tono sarcástico.

—Sí —contesté—.Tenemos amigos comunes.

—¡Magnífico!... Entonces, estaremos en contacto. Cualquier cosa que necesite puede pedírsela a Esposito y cuando digo cualquier cosa, puede tomarlo al pie de la letra. Él es mi mano derecha aquí… Bueno, ahora tengo que retirarme. Les dejo por si quieren hablar. Ha sido todo un placer, señor Baldi. Volveremos a vernos.

Un vehículo recogió a Katurshian en la misma puerta del hotel y a mí me dejó con Luciano, que no paraba de sonreírme.

—¿Qué tal?, Stefano. Desde la última vez que nos vimos han cambiado mucho las cosas, ¿no?

—No creo que haya sido casualidad este encuentro ¿verdad?… ¿Qué tienes que ver con ese hombre?

—¿Katurshian? Ya te lo ha dicho él, le llevo ciertos asuntos. Es un importante hombre de negocios libanés y le has caído en gracia. Eso no suele suceder muy a menudo. Está acostumbrado a lo mejor y no suele aceptar un no por respuesta.

—No soy ninguna mercancía. Tal vez deberías recordárselo.

—Vamos, Stefano, no dramatices. Solo te ha hecho una oferta de trabajo, muy generosa por cierto… ¿No será Mario el motivo de tus reticencias? Eso también se puede solucionar.

—¿Qué te hace pensar que Mario tenga algo que ver conmigo?

—No te hagas el mojigato. Si soy algo, no es precisamente ingenuo. Conozco perfectamente a Mario y no fue casual que os viera juntos.

—Eso no es de tu incumbencia.

—Cierto, pero tal vez deberías hablar con él. Katurshian puede ser muy generoso si aceptas ir a Líbano.

—¿A Líbano?... ¿Estás loco? ¿Qué se me ha perdido en Líbano?

—Piénsalo y ya me darás una respuesta, ahora tengo que marcharme. Ha sido un placer volvernos a ver.

Yo regresé al pequeño escenario y terminé como pude el resto de mi concierto; estaba indignado. No podía entender cómo había tipos como aquellos, capaces de comprar voluntades utilizando cualquier recurso a su alcance.

Cuando me fui a descansar, no pude pegar ojo en toda la noche. Me sentía abrumado y a la vez tentado de dar el salto a algo mejor, pero había algo más imperecedero que el reconocimiento y el éxito y debía sopesar muy bien qué me importaba más para ser feliz. Además, estaba ese tipo, Esposito, que me sacaba de mis casillas y eso todavía me indignaba más.

Al día siguiente me levanté puntual para coger el ferry. Tenía sueño, pero me encontraba feliz por volver a ver a mi amor. Cuando llegué al puerto de Nápoles llamé a Mario. Eran las nueve de la mañana y había que aprovechar aquel magnífico día. Me pidió que le esperase en algún lugar cercano al puerto y en tan solo media hora se plantó delante de mí. Estaba guapísimo y de la forma más natural me dio un beso en la boca.

—¿Cómo estás?

—Creo que me quedo corto si te digo que soy el hombre más feliz del mundo. Todo ha ido fenomenal. Por lo visto he gustado mucho y se han cubierto las expectativas que Letto había depositado en mí.

—¿Y ese tal, Umberto? ¿Cómo te ha ido con él?

—Fenomenal. Es un chico encantador y me ha ayudado mucho para adaptarme a la rutina del hotel.

—Me alegro. Además, hoy me encuentro inspirado y me gustaría hacer algo excitante para celebrar nuestro reencuentro.

—Viniendo de ti, la palabra excitante me da mucho miedo. ¿Qué tal algo más cariñoso como hacer el amor?

Me subí en el coche y me relajé hasta llegar a Pozzuoli. Cuando entramos en casa, me sorprendió al pedirme que cerrara los ojos.

—No mires todavía… Ábrelos cuando yo te diga.

Mario me fue guiando como un lazarillo hasta el centro del salón y cuando me tuvo en la posición deseada, me pidió que los abriera.

—¡No puede ser! —exclamé—. ¡Ya han traído el piano!

—Y perfectamente afinado. El sábado se pasaron todo el día montándolo y ayer vino el afinador.

—¿Cómo es que no me habías dicho nada?

—Quería que fuera una sorpresa. La verdad es que me quedé extrañado de la rapidez con que lo trajeron. No veas el revuelo que se armó en el barrio cuando la grúa lo subió hasta el ático. Todos los vecinos estaban asomados a las ventanas, como si no hubieran visto nada igual.

—Te debo una…

—Me la voy a cobrar ahora mismo. ¡Desnúdate! Siempre deseé hacer una cosa así… Túmbate sobre el piano.

Sentí un morbo especial al hacer el amor sobre el piano y me dejé llevar intentado disfrutar del momento, pero tuve miedo de que, cuando se acabara aquel repertorio amatorio, todo se convirtiera en pura rutina y el sexo dejara de tener para mí el más mínimo aliciente.

Mientras nos duchábamos no paraba de rondarme por la cabeza la propuesta del libanés. Tenía claro que no iba a aceptar, pero me apetecía contárselo.

—Ayer pasó algo en el hotel…

—Vaya, así que tenemos un «secretillo».

—Es una tontería. Cuando estaba a punto de terminar mi sesión nocturna, un camarero me trajo una copa de champán. Intrigado, pregunté de quién procedía. Un tipo extranjero, de apariencia sofisticada, se presentó como Adnan Katurshian. Por lo que dio a entender, era un hombre de negocios y, después de unos interminables halagos, me ofreció un suculento contrato para trabajar con él en exclusiva.

—Parece que últimamente tienes la fortuna de cara. ¿Y qué contestaste?

—Evidentemente le dije que no, pero…

—Siempre hay un pero… Esto se pone interesante.

—No creas. Lo del libanés me pareció halagador y hasta exótico. No hubiera pasado de la mera anécdota si en ese momento no llega a aparecer aquel conocido tuyo, Esposito, que por lo visto trabaja para él. Me pareció todo un complot.

—¿Qué dices?

—No sé, pero ese tipo, una vez solos, insinuó que mis reticencias podían deberse a que estaba contigo y que no habría ningún problema para incluirte en el paquete del contrato… Me pareció vomitivo.

—¡Menudo cerdo! ¿Quién se ha pensado que es?

—También me recalcó que el libanés estaba acostumbrado a conseguir lo que quería.

—No conozco a ese tal Katurshian, pero si tiene algo que ver con Esposito, no será trigo limpio.

—¿A qué te refieres?

—Esposito siempre ha trabajado de intermediario. Algo gordo le habrá permitido tener contactos de tan altos vuelos.

—Podríamos acudir a la policía.

—¿Estás loco? Eso podría firmar nuestra sentencia de muerte. No podemos ni intuir las ramificaciones que pueden tener esa clase de negocios.

—Pero esto es como dejarse chantajear y yo no estoy dispuesto.

—Prométeme que te mantendrás al margen. Prefiero que te tomen por tonto para que te dejen tranquilo.

—De todas maneras, ya les he dicho que no me interesaba la oferta. El trabajo en el hotel colma todas mis expectativas y quizá Katurshian no siga insistiendo.

—Creo que ya es demasiado por hoy. Este tema te ha trastornado un poco y quiero proponerte una cosa…

—¿El qué?

—Que tocaras un poco el piano. Desde que has llegado no le has hecho ni caso. Me gustaría saber qué debió sentir ese tal Katurshian para ofrecerte un contrato de campanillas. Mientras te preparas, voy a abrir una botella de champán que guardo en la nevera para ocasiones especiales como esta.

Me senté al piano y sin esperar a que regresara Mario con las copas, me puse a tocar; me sentía romántico.

—¿Qué música es esta?

—«Sueños de amor», de Liszt.

—Pensaba que solo tocabas música actual, pero esto me gusta.

—La verdad es que mi formación es más clásica. Lo de la canción ligera solo es un divertimento, aunque afortunadamente es lo que me da de comer… Ahora quiero que escuches una de mis favoritas, *Moldava.* Siempre que la tocaba en casa, mi padre se colocaba al lado para sentirse transportado a momentos más placenteros. Era como un bálsamo para su melancolía, evocando imágenes como el aroma fresco del agua atravesando verdes prados salpicados de flores blancas, así lo definía él. Venga, vámonos a la cama. Me apetece dormir abrazado a ti —le dije, para romper con aquella melancolía que empezaba a embargarme.

Terminamos nuestras copas y nos fuimos a la habitación. Esa noche no hicimos el amor, ya nos habíamos amado lo suficiente sin

tener que tocarnos.

Capítulo 13

El tiempo pasó tan deprisa que, cuando me quise dar cuenta, ya era hora de regresar a Capri.

—Ten mucho cuidado y llámame todos los días —me dijo al dejarme en el puerto—. No quiero que hables con Esposito ni con ese maldito libanés.

—Sabes que no puedo permitirme ser grosero con los clientes.

—Me da igual. Esa gente es peligrosa.

—Gracias, pero creo que sabré capear el temporal. Venga, dame un beso y vete. Ya está llegando el barco y no me gustan las despedidas.

Cuando llegué a la isla, ya no sentí la fascinación del primer día. Actué como uno de tantos trabajadores que acudían a diario y comencé a fijarme en otros aspectos que suelen pasar más desapercibidos a los ojos del turista que llega por primera vez. Fui andando hasta el hotel. Esta vez no iba excesivamente cargado y me pude permitir callejear sin prisa. Observé los escandalosos escaparates, que exhibían impúdicos artículos de un valor insultante como si fueran bombones en una pastelería. Era un lujo descarnado, que se ofrecía en las esquinas como las putas en un callejón. Nunca abominé de aquello, es más, me divertía, pero me molestaba el trampantojo en que se había convertido Capri.

Todavía estaba con aquellos pensamientos cuando salió Umberto a mi encuentro, en la misma puerta del hotel.

—Hola, Stefano. ¿Quieres que te ayude?

—Descuida, hoy no llevo casi nada. Yo mismo lo dejaré en la habitación… Dime, ¿alguna novedad?

—Aquí solo hay vidilla los fines de semana. Desde que llegaste, esto se ha animado bastante y ahora estamos al completo. Quizá tengas algo que ver en eso.

—No será para tanto. Ahora estamos en temporada alta.

—No te subestimes, cuando se corre la voz de que algún hotel tiene novedades, otros intentan hacer lo mismo, es la competencia.

—Gracias. Eso es que me ves con buenos ojos… ¿Y tú?, ¿cuándo regresas a Nápoles?

—Si no pasa nada, me iré contigo el lunes próximo.

—A lo que nos demos cuenta, ya se habrá pasado el fin de semana —le dije.

—¿Has estado con tu novia?

—No seas cotilla… Venga, ahora nos vemos.

Otra vez con la dichosa pregunta. Lo veía muy determinado a

averiguar cosas de mí. Estaba convencido de que le resultaba fascinante, aun así no podía arriesgarme a lanzarle a bocajarro mis intimidades. No quería complicarme más y me fui al apartamento para descansar un rato hasta la hora de comer.

Estuve todo el rato solo y acabé por aburrirme cuando me encendí el segundo cigarrillo mientras miraba por la ventana. Decidí que era hora de descolgarse por las cocinas para reencontrarme con Lorenzo y su batallón de pinches. Allí estaban casi todos los que no eran imprescindibles en aquel momento, esperando las migajas del cocinero. Umberto se sentó a mi lado; tenía ganas de disculparse.

—Lo siento, Stefano. Otra vez he vuelto a ser inoportuno. No hace falta que me digas nada y, si me paso, me mandas a la mierda.

—Tranquilo, no es para tanto. En realidad no me importa que me preguntes lo que quieras, si considero que es demasiado privado, no dudaré en darte largas. ¿Te parece bien?

—Trato hecho. Además, voy a proponerte algo… ¿Qué te parece si mañana hacemos una pequeña excursión? La isla es pequeña y no nos llevará mucho tiempo.

—¿No tienes que trabajar?

—Llevo muchos días seguidos. La dirección nos suele dar alguna mañana de respiro. Si no podemos volver a Nápoles, lo tomamos para hacer un poco de deporte o alguna excursión.

—Me encantaría y ¿dónde piensas llevarme?

—Se me había ocurrido hacer una visita al Palacio de Tiberio y a Villa Lysis. Seguro que te gusta.

—¿A qué hora salimos?

—Mejor temprano, para que el calor nos pille ya de bajada. A las siete sería una buena hora.

—Me parece bien. Ahora vamos a comer, si no, éstos nos dejarán sin nada.

Afortunadamente, los jueves no eran propicios para el esparcimiento de los millonarios como Katurshian, que pernoctaban en sus propios yates o en suntuosas mansiones y aquello me dio un cierto respiro. Acabé mi recital más tarde de la una, por culpa de un grupo de alemanes que se resistían, cerveza en ristre, a abandonar la terraza. Agradeciéndoles su atención, me despedí para poder retirarme a dormir. Entré sigiloso como de costumbre y me desnudé en la habitación, donde mi compañero estaba entregado al maravilloso placer de dormir.

Pensé que solo había transcurrido un instante cuando alguien me zarandeó. Una tenue claridad entraba por la ventana, pero yo

todavía no estaba lo suficientemente despejado para saber por qué me despertaban de aquella manera tan inoportuna.

—Stefano, Stefano… Venga, levántate —dijo Umberto sin levantar la voz.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Son las siete de la mañana y nos vamos de excursión.

—¿De verdad vamos a ir de excursión a estas horas?

—¿No te acuerdas? Anda, no seas remolón y ve a despejarte.

A regañadientes, y con los ojos medio cerrados, me dirigí como un autómata hacia el baño. Umberto me siguió y cerró tras de sí. Mientras yo me despertaba bajo el exiguo chorro de agua, él se lavó los dientes y, antes de que yo pudiera salir, ya lo tenía metido dentro de la ducha.

—Hombre, Umberto, podrías haber esperado a que terminara —le dije.

—¿Te sientes incómodo?

—No es eso, pero así no puedo ni enjabonarme.

—Si quieres te enjabono yo…

—Anda, quita, quita… Yo ya he terminado.

Umberto se me estaba insinuado descaradamente y no sabía qué hacer, así que opté por no darle mayor importancia.

—Umberto, ahora no te recrees —le dije—. Yo ya estoy listo, solo tengo que vestirme.

—Ahora mismo salgo.

Nos pusimos ropa cómoda para andar y salimos sin hacer ruido. En pocos minutos estábamos camino de Villa Tiberio.

—¿No desayunamos antes?

—Tranquilo, no tardaremos más de hora y media en llegar.

Tomamos una carretera ascendente que, entre recodos, hizo más penosa la caminata. Empezamos con buen ritmo pero, al alcanzar la cumbre, nuestra cadencia fue disminuyendo. Decidí hacer unas cuantas paradas para coger fuerzas y disfrutar de unos paisajes tan singulares que, a cada lado del camino, luchaban por captar nuestra atención, perfumándolo todo con aromas a hierbas que se confundían con el aire fresco del mar. La naturaleza no era cicatera y se regalaba lo mismo al rico que al pobre.

Cuando llegamos a nuestro destino, tuve que hacer un esfuerzo de imaginación. Por mucho que Umberto intentara, sin éxito, que yo recreara en mi mente el magnífico palacio del excéntrico Tiberio, los pocos vestigios que quedaban me devolvían solamente la imagen de la ruina en la que acababan los empeños humanos. Relató truculentas historias de vicios y excesos de aquel emperador y yo

traté de visualizarlo copulando con distintos amantes antes de despeñarlos desde las estancias más cercanas al acantilado. Invariablemente, toda la isla estaba conectada con el hedonismo, pero esas ruinas solo eran el pálido recuerdo de la fugacidad del placer. Entre las ruinas me sentía feliz, porque me recordaban que nada malo dura eternamente. Solamente permanece la naturaleza que precede y sucede a la huella del hombre y que reina, como una verdadera diosa, sobre la faz de la Tierra.

Reconozco que, durante un buen rato, hice caso omiso a mi compañero, que luchaba por obtener mi atención. Yo tenía la rara cualidad de abstraerme igual que cuando me ponía al frente del piano y, en aquel momento, estaba siendo invadido por una sinfonía de sensaciones que, como en un pentagrama, me hacía fluir entre corcheas de enebro y fusas de mirto.

—Stefano… Pareces ausente. ¿Quieres que vayamos a Villa Lysis o prefieres quedarte un rato más aquí?

—Disculpa, Umberto, me había quedado absorto… Veamos esa villa, a ver si vale la pena tu insistencia.

—Tiene una bonita historia de amor que no creo que te defraude.

Descendimos unos cuantos metros desde lo más alto del acantilado y desviándonos por un camino, llegamos a las inmediaciones de una espléndida mansión de corte neoclásico.

—No está mal… ¿Qué tiene esta casa que no tengan las que hemos visto por el camino?

—Espera a ver su interior.

Llegamos a la puerta y allí nos recibió una estupenda señorita que nos proporcionó datos precisos sobre aquel fantástico lugar, indicándonos amablemente que pasáramos por caja. La mansión, de un blanco prístino, tenías unas hechuras modernistas, francamente decadentes. La señorita, que nos acompañó por el recorrido, fue contándonos la dramática historia del poeta francés Jacques d'Adelswärd Fersen, que hizo construir la casa allá por 1905, como refugio mediterráneo para huir de los escándalos sexuales que rodearon su vida. Este vividor, tras verse inmerso en diversos procesos penales, relacionados con jóvenes escolares, tuvo que marcharse hacia al exilio. Aquí convivió con su amante, Nino Cesarini, transformando la villa en un homenaje a su persona. La casa se convirtió en lugar de encuentro de diversos artistas de moralidad laxa que, por los mismos motivos que Fersen o llevados por el esnobismo, frecuentaron a los dos amantes, cayendo rendidos ante la belleza del protegido al que, alguno de ellos, inmortalizó en

unos magníficos cuadros y sugerentes fotografías que ahora embellecían las paredes de aquel templo dedicado al amor homosexual. A la muerte de Fersen, la propiedad pasó a manos de su amante que, incapaz de mantener la casa, acabó vendiéndola a los herederos del poeta. La decadencia de la villa acabó con su adquisición por parte del Estado italiano, que la restauró, con mayor o menor éxito, para deleite del turista que se acercaba hasta el lugar.

Tras la interesante visita, Umberto y yo volvimos al camino para marchar hacia Capri. No quise decirle nada hasta que la incontinencia verbal de mi amigo me dio pie para aclarar un tema que iba coleando desde hacía tiempo.

—¿Te ha gustado la Villa?

—Mucho. Ha sido muy reveladora… Me imagino que no me habrás llevado hasta aquí por pura casualidad, ¿me equivoco?

—No sé a qué te refieres…

—No hace falta tener muchas luces para darse cuenta de que el sitio es un poco peculiar.

—Es un lugar turístico, de lo más visitado en la isla. Viene en todas las guías como lugar destacado.

—No lo dudo… ¿Y tú qué piensas de la relación de Fersen con su amante Nino?

—No sé, no me parece mal… Si se querían.

— Sí, claro, ¿pero tú qué opinas realmente de eso?

—Yo… Pues que dos hombres tienen el mismo derecho a quererse que una pareja normal.

—¿Normal? ¿Es que dos hombres enamorados es algo anormal?

—No tergiverses mis palabras. Quiero decir que…

—Ya sé lo que quieres decir. Has estado todo el tiempo tirándome de la lengua para que te contara cosas sobre mí. Ahora me traes a este sitio y me imagino el porqué.

—No te enfades. Te prometo que no hay ninguna intención en eso… La verdad es que no te entiendo.

—Está bien, tienes razón —dije moderando el tono—. Creo que me estoy pasando, pero voy a dejarte una cosa clara... Sí, soy gay, y ahora estoy con un hombre con el que vivo y soy muy feliz… Ya está, el secreto se ha desvelado. ¿Qué opinas ahora?

—¿Qué quieres que te diga? Me alegro por ti.

—¿No te da apuro? ¿No temes que pueda meterte mano?

—No. ¿Por qué dices eso? Yo te aprecio mucho.

—Yo también estoy encantado contigo, pero notaba cierto interés por tu parte que me inquietaba…Te gusto, ¿no es cierto?

Umberto se quedó callado durante un momento que me pareció eterno. El sol comenzaba a golpear intensamente, haciendo aquel instante ciertamente desagradable. Se sentó en un recodo del camino y se tomó su tiempo para contestarme.

—Nunca me hubiera imaginado algo así. He tenido algunas novias pero, desde que apareciste, no sé, algo se despertó en mí. La primera noche sentí algo por dentro que me excitó y desde entonces no he hecho otra cosa que pensar en ti. Me da mucha vergüenza admitirlo.

—No te preocupes, no quiero que te sientas incómodo. Ahora tendremos un pequeño «secreto» en común.

—Sí, pero tú tienes a tu «novio» y yo no sé qué va a ser de mí…

—No dramatices. Además, no sabes si verdaderamente eres... Tal vez te hayas dejado llevar por la admiración o por una fantasía.

—¿Tú crees?

—No lo sé. Es una cosa que tendrás que descubrir por ti mismo.

—¿Podría probar contigo?… Me das seguridad y sé que si no funciona, tampoco me rechazarías.

—Pero si yo ya tengo pareja…

—No tiene por qué enterarse. Sería como una prueba. Te juro que no te comprometería a nada.

—Me gustaría ayudarte, pero no creo que de esta manera te hiciera un favor. Anda, vamos a bajar, tengo un poco de hambre y todavía no nos hemos tomado nada desde que salimos.

—Por eso no te preocupes. Cuando lleguemos, te invito a lo que quieras.

—Vale, acepto la invitación, pero no te saldrá barato. Ahora mismo me zamparía una pizza entera.

—Tranquilo, conozco un sito estupendo. Se llama *Scialapopolo*.

—Lo conozco. Mario me llevó la primera vez que estuvimos en Capri.

—¿Mario es tu novio?

—Sí.

—¿Cómo lo conociste?

—Te va a parecer gracioso... Vine a Nápoles de vacaciones a mediados de julio, después de un periodo muy malo para mí. Me alojé en el hotel donde trabajaba y allí me echó el «lazo».

—¡Qué curioso! También lo conociste en un hotel.

—Sí y no sé cómo me enredó, pero la verdad es que ahora estoy viviendo con él, en Pozzuoli.

—¿Y qué es lo que más te gustó de él?

—Es un madurito muy bien cuidado, pero lo que más me gusta

es su manera de… Bueno, la verdad es que no sé por qué te estoy contando todo esto. Dejémoslo estar. Hace un calor espantoso y si no bajamos rápidamente, creo que me voy a desmayar.

Ya no volvimos a hablar hasta que alcanzamos las primeras casas de Capri. Tras atravesar varios callejones, dimos con *Scialapopolo* y Umberto comenzó a pedir platos que, rápidamente, se vaciaron; estábamos hambrientos. Después del café, nos fuimos directos hacia el apartamento para tomar una ducha. Cuando nos desnudamos, la mirada de Umberto me devolvió a la realidad. Allí estaba, deseando que tomara la iniciativa. Me quedé paralizado cuando se abrazó a mí, para recorrerme después con sus manos. Buscó mi boca y nuestras lenguas se encontraron, experimentando con toda la intensidad de que fuimos capaces. Me abandoné a mis instintos, dejándome llevar solamente por el placer que estaba sintiendo, mientras disfrutaba de su cuerpo joven y entregado. Aquel sentimiento de posesión me hizo sentir superior. Umberto estaba tan extasiado, que a punto estuvo de desmayarse cuando se abandonó. Lo tomé por la espalda, lo acosté sobre la cama y empecé a besarlo por todo el cuerpo, notando sus espasmos cuando rozaba su cuerpo. Aquel fue su «bautismo» y mi primera infidelidad. No sé qué clase de sentimientos pasarían por su cabeza, pero yo sentía miedo y culpa a partes iguales. Tenía la necesidad de abrazarme a él, buscar un cómplice y Umberto solo pudo susurrarme una cosa al oído.

—Te quiero, Stefano...

—Shhh. No digas nada, solo abrázame —le dije para que no estropeara el momento.

Afortunadamente, no había nadie en el apartamento y pudimos vivir un momento mágico de libertad que solo nos pertenecía a los dos. Nos levantamos para irnos de cabeza a la ducha y mientras nos enjabonábamos, proseguimos con las caricias, pero al fin llegó el momento de volver a la realidad.

—Lo que ha pasado… —dije yo.

—Ha sido maravilloso —me contestó Umberto sin darme tiempo a continuar.

—Sí. Ha sido muy bonito, pero nada ha cambiado. Quiero que seas consciente de que sigo teniendo pareja.

—Lo sé. Solo deseo que, en algún rincón de tu corazón, tengas un hueco para mí.

—Eso siempre. Ahora ya tienes la experiencia que me pedías. Espero que eso te sirva de algo. En el futuro, para mí siempre serás un amigo extraordinario.

—Después de ti me será muy difícil encontrar a alguien.

—Déjate de tonterías. Yo no soy ningún modelo a seguir. Búscate algún chavalito que te vuelva loco y ahora vístete… Aquí no ha pasado nada, solamente hemos jugado un poco y esta noche, nada de tonteo, ¿vale?

—No te preocupes.

Umberto se marchó y yo me puse una toalla a la cintura para salir al salón. Allí me fumé un cigarrillo asomado a la cristalera, mientras dejaba volar mis pensamientos. Estaba preocupado por si debía contarle este «desliz» a Mario o bien sería más prudente callarme y hacer como si no hubiera pasado nada. En realidad, Umberto no significaba nada para mí, más allá de una simple amistad y un deseo pasajero.

Capítulo 14

El sábado llegó y mi tan temido encuentro con aquellos tipos aún no se había producido, aunque no lo descartaba por completo. Aquel era un día propicio para que se dieran una vuelta por los mejores locales de la zona.

Después de comer, como hacía todos los días, salí a dar una vuelta por Capri. No tenía predilección por ningún sitio, así que fui a la *Piazzetta* para tomar un café. Como si el azar hubiera determinado que no podía escapar de mi destino, en el momento de sentarme alguien a mis espaldas me abordó llamándome por mi nombre.

—Stefano… ¡Qué casualidad! ¿Puedo sentarme? —dijo Esposito, alto y claro para que lo oyera todo el mundo.

—Hubiera preferido tomar mi café tranquilamente —le contesté.

—¡Venga hombre! Sé que no despierto grandes simpatías, pero somos casi viejos amigos, ¿no?

—No cuento a mis amigos entre gente como tú.

—No hace falta ser desagradable, solo he venido a charlar un poco.

—No tengo nada que hablar contigo, así que di lo que quieras y luego vete.

—Está bien, no busco intimar, eso ya lo haces bien con otros… Solo quiero saber si has valorado la oferta de Katurshian.

—Puedes decirle a tu «amo» que no me interesa. Ahora, ya puedes irte, no tengo nada más que decir.

—Te equivocas. No conoces el poder de persuasión de ese endemoniado libanés. Como ya te dije, no es una persona acostumbrada a recibir un no, pero hay otras maneras de ser más convincente.

—¿Me estás amenazando?

Se hizo un silencio tanto o más inquietante que sus palabras hasta que, levantándose, me dijo.

—Puedes seguir con tu café tranquilamente. ¡Ah! y dale un saludo a Mario de mi parte.

Cuando se marchó, el café se me agrió en el estómago. Ese «perro» sabía tocar muy bien las fibras sensibles, sembrando la sospecha de que algo malo podía suceder. Regresé al hotel de inmediato, pues me parecía el único lugar en el que podía refugiarme en aquellos momentos, pero allí estaba de nuevo, sentado en una mesa de la terraza con una copa en la mano y dispuesto a hacerme un férreo marcaje. Cogí tal cabreo, que entré

como una exhalación.

—Stefano, Stefano… —me llamó Umberto con voz fuerte para que le prestara atención.

—Disculpa, Umberto… No te había visto.

—¿Qué te pasa? Tienes la cara desencajada, como si hubieras visto un fantasma.

—Tienes razón. Es ese tipo de la terraza, el de la barba con pinta de dandi.

—Le acabo de servir un whisky con soda... ¿Lo conoces?

—Sí, aunque hubiera preferido no tener ningún contacto con él. Además, no nos quita la vista de encima y no me apetece que nos relacione.

—¿Quién es ese tipo?

—Es mejor que no sepas nada, créeme.

—Pero, Stefano…

Dejé a Umberto con la palabra en la boca y me marché al apartamento para darme una ducha. Me sentía sucio con solo haber cruzado unas palabras con él.

Cuando regresé para realizar mi trabajo, Esposito todavía permanecía en el mismo lugar, pero esta vez le acompañaba un pequeño grupo de personas alrededor de una cubitera con un buen champán. Había varios tipos elegantes y dos mujeres despampanantes que lucían joyas ostentosas y unos vestidos ridículamente cortos. Me parecieron un par de furcias intentando complacer a sus fulanos. Entre ellos estaba Katurshian que, por la manera de reír, era indudable que celebraba el cierre de algún trato importante.

Umberto fue requerido en más de una ocasión para atender la mesa y, desde mi piano, pude observar cómo le halagaban por su presteza y la generosidad con la que le obsequiaban con espléndidas propinas. Al cabo de un rato, Umberto me trajo una copa de champán, que dejó sobre el piano.

En un momento de la tarde, justo cuando estaba a punto de finalizar mi actuación, comprobé extrañado que era el mismo director del hotel el requerido y que no podía excusarse ante unos clientes que se desprendían de su dinero tan alegremente. Lo sentaron a su mesa y estuvieron un buen rato charlando. La curiosidad me corroía, seguro de que al final me vería involucrado en el resultado de aquellas conversaciones.

Al terminar, me retiré al interior del hotel. No quería saber nada de aquellos tipos, pero Umberto no pudo reprimirse y vino a buscarme.

—Stefano… ¿Qué te pasa? Sigues estando muy raro. ¿Quieres que subamos al apartamento y me cuentas?

—Sí, salgamos de aquí.

Nos sentamos en el salón y encendimos un par de cigarrillos que consumimos compulsivamente.

—¿Qué te han dicho los de la mesa del champán? —le pregunté.

—Han pedido unas cuantas botellas de *Belle Epoque*. No sé mucho de champanes, pero me parece que es uno de los más caros que tenemos en la bodega. Cada botella cuesta unos mil doscientos euros.

—Supongo que te habrán dado una buena propina…

—¿Cómo lo sabes? Me han dado cien euros y me han felicitado por ser tan buen profesional para lo joven que soy. Además, me dijeron que no debía desperdiciar mi vida trabajando como camarero. Jamás me habían dicho una cosa así.

—No te dejes embaucar por esos cantos de sirena, esa gente no es buena. Yo de ti, me alejaría de ellos.

—Soy botones y camarero, no puedo hacerle un feo a la clientela. Además, propinas como estas son lo que necesito.

—Umberto, nunca me has hablado de tus planes… ¿Qué te gustaría hacer en el futuro?

—Siempre deseé establecerme por mi cuenta. Montar una cafetería en mi pueblo… ¿Conoces Caserta?

—No, no he estado nunca allí.

—Es un sitio precioso. Allí está uno de los palacios más bonitos del mundo, que no tiene nada que envidiar a Versalles. Por lo demás, allí me he criado y tengo a toda mi familia.

—Me gustaría conocerlo, seguro que es tan bonito como lo pintas.

—¿Por qué no te vienes algún día?

—Ya sabes que no puedo, mejor dicho, no debo. Dejemos las cosas como están.

Umberto se abalanzó sobre mí para besarme y yo no me aparté. La verdad es que su juventud y osadía me volvían loco. Era como vampirizar su impulso incontrolado y todo el vigor que a él parecía sobrarle.

—Tenemos que volver, si no te van a echar una buena bronca —le dije para refrenar su impulso—. Es la hora de las cenas y tienes trabajo. Yo también tengo que cenar antes de la actuación.

Cuando bajamos nos encontramos de cara con Letto.

—Umberto… Creo que te están buscando en la cocina —le dijo el director—. Y tienes que ayudar en la mesa tres… Venga, no

pierdas el tiempo.

Cuando nos quedamos solos, Letto me hizo un aparte para poder hablar conmigo.

—¿Cómo va todo?... Veo que has hecho buenas migas con Umberto. Compartís habitación, ¿no?

—Sí. Ha sido muy amable conmigo… Su retraso ha sido culpa mía, acabamos de fumarnos un cigarrillo en el apartamento.

—Yo quería hablarte de otra cosa... Me han propuesto organizar una fiesta para gente muy importante, en Villa Lysis, para más de trescientos invitados. Asistirá la flor y nata de Capri que, en este momento del año, no es ninguna tontería.

—Eso es fantástico, pero ¿qué tengo que ver con eso?

—Me han pedido que actúes. Quieren algo selecto, con un repertorio clásico al principio y luego un toque más ligero para amenizar la velada.

—¿Quién?... ¿Katurshian y sus amigos?

—Sí. Insistieron mucho para que actuaras.

—¡Ni hablar! No quiero saber nada de esos tipos.

—Stefano… Ya sé cómo es esa gente y me repugnan tanto como a ti, pero son unos clientes muy importantes y no me he podido negar. Te lo estoy pidiendo como amigo, no me puedes dejar en la estacada. Además, sin ti no habrá trato, así me lo han hecho saber. Esta es una oportunidad importante para el hotel y también para ti.

—Está bien. Te has portado muy bien conmigo y sabes que no me puedo negar.

—Gracias, Stefano... Será el próximo fin de semana. Es curioso, pero también han pedido que Umberto fuera uno de los camareros, por lo visto se han encaprichado de él. La verdad es que es bastante guapo y tiene encanto, ¿no te parece?

—¿Qué quieres decir?

—No, nada… La verdad es que tengo un ojo clínico para contratar buenos profesionales.

El tono de aquellas palabras no era para nada inocente. Por su sarcasmo, creo que se olía algo y poco faltó para que tuviera que recurrir al chantaje para hacerme cumplir con el encargo. Para un «perro viejo» como Letto, no hacía falta estar en medio para darse cuenta de que los ojos de Umberto iban pregonando a los cuatro vientos nuestra relación.

Ahora estaba atrapado en una encrucijada de la que tenía que hacer necesariamente partícipe a Mario. Tuve que llamarlo, necesitaba oír su voz e insistí varias veces hasta que por fin pude hacerme con él.

—Stefano… En estos momentos estaba terminando de hacer las cuentas del día. Pensaba que ya no me ibas a llamar.

—Tienes razón, me he retrasado un poco. Hoy ha habido mucho trabajo y casi no he tenido tiempo de relajarme.

—¿Pasa algo? Te noto un poco raro.

—No, tranquilo… Estoy bien.

—¿Seguro? Me alegro, porque tengo que darte una noticia.

—¿Una noticia?

—No sé cómo decírtelo… Verás, hoy he recibido una llamada. Era de mi hijo.

—¿Alessandro?

—Sí. No lo esperaba. Es la primera vez que me llama. Imagínate mi sorpresa, oír su voz después de tanto tiempo.

—¿Y qué te dijo?

—Pues que tenía muchas ganas de conocerme y…

—¿Y?... Me tienes en ascuas.

—Pues que le gustaría venir a Italia para ampliar sus estudios y me preguntó si podría vivir conmigo durante un tiempo.

—¿Y qué le has dicho?

—Le he contestado que lo tenía que pensar… Que ahora estaba viviendo con alguien y que tenía que consultarlo. La verdad es que ha sido todo muy precipitado y no he podido darle una contestación.

—¿Pero él sabe cómo eres?

—No. Al menos yo nunca se lo he dicho… He tenido que hablar con su madre y le he explicado lo que había. Se ha quedado un tanto sorprendida, pero creo que lo ha entendido. Le pedí que hablara con él, para que lo fuera preparando y he quedado que el lunes lo llamaría para decirle algo, si es que no había cambiado de opinión.

—Está bien… Si Alessandro no tiene ningún tipo de prejuicios, a mí me parece bien. En todo caso, eres tú el que tiene que decidirlo. Es tu hijo y no voy a ser yo el que se oponga a que conozca a su padre.

—Pero tú sabes lo que significa eso… Va a suponer un cambio radical en nuestra manera de vivir.

—Lo comprendo y sabré adaptarme a las circunstancias pero, por otra parte, vas a tener una cosa que yo no podría ni soñar, estar con tu hijo.

—Gracias, Stefano… Es muy importante para mí. Tengo ganas de conocer a ese chaval, saber qué piensa.

—Bueno, tengo que dejarte. He de cenar y luego tengo otra

actuación. Ya hablaremos mañana.

—Gracias otra vez, Stefano. Te quiero.

—Yo también.

Cuando colgué, me dio la sensación de que todo mi mundo se derrumbaba. Indudablemente aquella era una buena noticia, pero nada estaba saliendo como lo habíamos planeado y yo ni siquiera me había atrevido a insinuarle a Mario la presión a la que estaba siendo sometido. La noche no había terminado y todavía me aguardaba alguna sorpresa más. Cuando me dirigía hacia la cocina para cenar, Umberto me asaltó con un recado que parecía importante.

—Stefano. Los de la mesa tres me han pedido que les acompañes en la cena. Han insistido en que pusiera un cubierto más para ti… ¿Qué hago?

—Está bien, me sentaré con ellos a cenar —le dije resignado.

—¿Estás seguro?

—Sí. Todo sea por el hotel.

Me dirigí hacia la mesa de Katurshian, donde Esposito y las furcias habían comenzado a degustar unos entrantes que harían palidecer al mayor de los sibaritas.

—Buenas noches… ¿Me esperaban para cenar? —les dije cuando me presenté.

—¡Siéntese, siéntese, Baldi! Nos alegramos de que haya aceptado nuestra invitación —dijo Katurshian, encantado de salirse con la suya.

—La verdad es que no tengo mucha hambre, pero será un placer compartir mesa con ustedes, aunque tendrán que perdonarme si no me quedo hasta el final, tengo una obligación con mi público.

—Perfecto, perfecto… Pero coma algo. Aquí tenemos un poco de caviar para abrir el apetito. No puede hacerle ascos a algo tan rico.

Mientras tomaba un canapé, una de las fulanas, que no paraban de reír, se dirigió a mí.

—Así que es pianista… Adnan me ha dicho que sería capaz de enloquecer a cualquiera con su música. ¿Qué canción me recomendaría para hacer perder la cabeza a un hombre?

—Si están con usted, es que sin duda la han perdido ya… —le espeté sin pensar.

—¡Muy bueno, muy bueno! Tiene usted, sin duda, un humor muy agudo —contestó Katurshian

Todos rieron con mi ocurrencia, aunque, por su cara, aquella señorita no estaba acostumbrada a que le recordaran su condición.

—Han pedido mis servicios para amenizar una fiesta que

piensan dar la semana que viene… —dije para cambiar de conversación.

—Cierto, cierto. Vamos a reunir a lo más selecto de la isla. Será una buena manera de que todos aprecien su arte. Por cierto, ¿ha pensado ya en lo que le dije?

—Todavía lo estoy meditando.

—No pasa nada, la próxima semana puede darme la contestación. Solo le diré una cosa, en Líbano, después de tantos años de guerra, nos hace falta gente como usted. Alguien de su exquisita sensibilidad nos podría abrir las puertas de las fortunas más grandes de mi país, gente rica que venera todo lo que procede de Europa. Son tan *snobs*, que no dudarían en vaciar sus bolsillos para contar con alguien de su valía.

—Me halaga, señor Katurshian, aunque no tengo ningún afán por engrandecer mi ego. Ahora, si me disculpan…

Me levanté para dirigirme al baño y pasé por delante de las cocinas en el momento que salía Umberto cargado con una bandeja de marisco con destino a la mesa del libanés.

—¿Qué tal, Stefano? Te vas a poner las botas. Ahora mismo voy a servir unas langostas a tu mesa.

—Por lo visto, a ti también te han tentado con un trabajo en la fiesta que organizan...

—¿Cómo lo sabes? Me lo acaba de decir Letto.

—Porque yo también entro en el lote. Creo que nos están comprando, aunque no podamos hacer nada por evitarlo.

—No te preocupes, nos forraremos a su costa… Ahora disculpa, voy a servirles esto.

—Tranquilo, luego nos vemos.

Tan pronto entré en el baño, alguien se introdujo conmigo. En la posición en la que estaba, frente al urinario, no pude evitar que Esposito se pusiera a mi lado.

—Vaya, vaya, que callado te lo tenías. Resulta que tienes un «amiguito» especial... ¿Lo sabe Mario?

—Eres despreciable.

—No me ofendes. Han sido muchos años labrándome esta fama, aunque creo que estás siendo injusto conmigo. Todos tenemos un precio y yo no soy peor que los demás.

Cuando acabé, esperé a Esposito. No quería dejar pasar la oportunidad de tener unas cuantas palabras con él.

—No creas que te has salido con la tuya. No es por ti por lo que he aceptado tocar en la fiesta de Katurshian.

—No me importan tus razones. Imagino que te habrá obligado

ese «maricón» de Letto. Es una oferta que ningún hotel podría dejar escapar. Ya te dije que solo se trataba de una cuestión de dinero.

—Tocar a cuenta del hotel es una cosa, pero todavía no he aceptado ir a Líbano.

—Ya veremos… Por cierto, ¿ya te ha dicho Mario que su hijo tiene intención de visitarlo?

—¿Cómo sabes tú eso?

—Digamos que tienes un novio con una gran incontinencia verbal. Una vez que se cuenta algo, nunca sabes la rapidez con la que se difunden este tipo de noticias.

—Ya veo que no se te escapa ningún detalle y que, últimamente, estás demasiado interesado en la vida de Mario.

—Tengo que asegurar mis inversiones. En estos momentos tú eres de mi interés y me «apasiona» todo lo que te concierne.

—¡Habla claro, Esposito!

—Está bien, no me voy a ir con rodeos. Quiero que aceptes el ofrecimiento de Katurshian o…

—¿O qué?

—Digamos que tal vez no sea tan agradable el reencuentro de Mario con su hijo… Luego está el tema de Umberto.

—¿Qué pasa con el camarero?

—¿Ahora es un simple camarero? Imagino que no te gustaría que un chico tan joven y guapo viera truncado su futuro de repente.

—Eres una rata. ¡Ni se te ocurra tocar al chico!

—Tranquilo, mi interés por él es puramente comercial.

Ese cerdo había puesto sobre mis espaldas un peso tan grande, que maldije el día en que llegué a Nápoles. Me devané los sesos pensando cómo se habría enterado de cosas tan íntimas, pero no me cabía la menor duda de que contaba con una red de soplones que incluía familiares y amigos.

No tenía más remedio que volver a la mesa. No podía permitirme el lujo de la descortesía, ni mucho menos darles a entender que me daban miedo.

—Siento mucho tener que dejarles, pero la obligación me llama. Ha sido un placer... —les dije al despedirme.

—¡Lástima, señor Baldi! Ni siquiera ha probado la langosta… En fin, lo comprendemos. No se preocupe, nosotros disfrutaremos un rato más con estos manjares. No nos falle en la fiesta, Baldi —dijo Katurshian.

La cena se me había agriado y antes de ponerme al frente de mi piano, fui corriendo a la cocina a por un poco de bicarbonato que me hiciera digerir aquel caviar de los demonios.

—¿Te encuentras mal, Stefano? —me preguntó Lorenzo, el cocinero.

—Solo tengo el estómago algo revuelto.

—¿Te ha sentado mal la cena?

—No ha sido tu comida lo que me ha revuelto las tripas.

—Son esos tipos que han encargado el festín, ¿no? Algo me ha dicho Umberto… Llevo muchos años en esta cocina y, de cuando en cuando, se descuelgan «mamarrachos» forrados de dinero con un pésimo gusto para elegir los platos. Todos piden lo mismo: caviar, ostras y langosta. ¡Qué originales! En fin, no te preocupes, tú a lo tuyo. En el piano eres un dios, ¿sabes? Cuando puedo me asomo para oírte. Es una delicia poder disfrutar de tu música.

—Gracias, Lorenzo. La primera pieza te la dedicaré con gusto.

Cuando terminé el concierto, me percaté de que ya se habían marchado los de la mesa tres y respiré tranquilo antes de retirarme a mi habitación, pero Umberto todavía estaba por allí, recogiendo las últimas copas que quedaban en la terraza.

—¿Ya estás más tranquilo? —me preguntó.

—No lo sé. Ha sido una noche complicada.

—Si quieres, podemos hablar antes de subir a dormir. ¿Quieres que demos una vuelta?

—Te lo agradezco. Necesito despejarme y fumarme un cigarrillo.

—Recojo todo y vamos.

Fuimos paseando sin rumbo fijo por los alrededores. Al principio no articulamos palabra, quería ser prudente, aunque la situación era tan embarazosa que no sabía si podría evitar hablar más de la cuenta.

—Siento haberte preocupado, Umberto. Esa gente me saca de mis casillas, han estado presionándome demasiado.

—No creo que sea para que te preocupes tanto… Si no te interesa, díselo.

—Me temo que haya algo sucio en todo esto. Han estado averiguando circunstancias de mi vida, de mi relación con Mario y las están utilizando para que acepte.

—¿Te están haciendo chantaje? Quizá se hayan enterado de que eres gay y...

—Ojala fuera eso. Me da igual si lo difunden a los cuatro vientos. Además, ¿a quién le importa?, tampoco soy tan conocido. Hoy ha sucedido algo todavía más grave.

—¿Estás seguro de que quieres contármelo?

—Sí. Necesito desahogarme. No sé cómo se ha enterado Esposito, pero sabe que Mario tiene un hijo y que, probablemente se

venga a vivir con nosotros.

—¿Pero te ha dicho algo claro?

—No. Ese es el problema, que no habla claro. Solamente deja caer las cosas. Ahora no sé si hablar con Mario o pasar del tema. No me gustaría que se preocupara; estaba muy ilusionado con la llegada de su hijo.

—Me estás asustando… Será mejor que regresemos a casa.

—Umberto…

—¿Qué?

—Esposito también nos ha estado observando.

—¿Y qué?

—Nada de especial, pero te prevengo para que estés atento. A partir de ahora no debemos mantener en público más que una relación estrictamente laboral. No quiero que por mi culpa te involucren en esta historia.

—Disculpa si te he metido en un aprieto. No volverá a suceder.

Mientras regresábamos al apartamento, el semblante de Umberto se había mudado. Se notaba preocupado, quizá se había enredado su historia personal en aquella trama, pero en esos momentos solo podíamos esperar a que los acontecimientos se fueran sucediendo. Ya en la habitación, nos desnudamos el uno al otro. Yo lo agarré por la cintura y lo besé impetuosamente. No lo amaba, pero en ese momento necesitaba sentir cariño. Umberto se dejó hacer, pasando así toda la noche hasta que, a su hora habitual, se levantó para acudir a sus obligaciones. Yo me quedé remoloneando en la cama hasta más tarde.

Capítulo 15

El domingo fue un bálsamo para mí. Aquellos tipos no aparecieron en todo el día y Umberto cumplió con lo pactado. Yo me centré en mi trabajo y no quise pensar demasiado, ya lo había hecho suficientemente el día anterior.

Todo iba bien hasta que recibí la llamada de Mario a media tarde. Estuve evitándolo todo el día, porque no me sentía con fuerzas para mentirle. Mi conciencia no estaba limpia y ese sentimiento de culpabilidad me impedía comportarme con normalidad. No quería decirle nada del asunto que me traía de cabeza, pero las amenazas eran demasiado graves para obviarlas, estaba en juego la vida de su hijo y eso me corroía por dentro. Cuando descolgué, me cercioré de que realmente estaba solo; ya no me fiaba de nadie.

—Hola Stefano… Por fin puedo hablar contigo. Ayer te olvidaste de mí por completo, aunque yo también tuve la noche movida.

—¿Has sabido algo de Alessandro? —le pregunté a bocajarro.

—No, todavía no lo he llamado y la verdad es que ya estoy nervioso. Tengo ganas de saber qué opina.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Sí, claro.

—¿Hablaste de esto con alguien más? Me refiero a si comentaste que tu hijo podría venir a vivir contigo.

—Bueno, se lo dije a mi primo Genaro. Estaba tan excitado, que necesitaba contárselo a alguien y en ese momento no podía llamarte. ¿Por qué lo dices? ¿Pasa algo?

—No, nada. No te preocupes.

—Venga, Stefano. Creo que me ocultas algo. Has vuelto a ver a Esposito, ¿no es así? ¿Qué te ha dicho?

—Tranquilo. No hay nada de qué preocuparse, de verdad.

—No sé por qué no te creo. ¿Hay alguien ahí contigo?

—No. Estoy solo. Mañana vuelvo a Nápoles, es mejor que hablemos entonces.

—Está bien, como quieras. Mañana te recogeré en el puerto. Te quiero

Cuando colgué, me dio la sensación de haber embrollado todavía más el asunto. Mario sospechaba y yo nunca deseé tanto como entonces que el día acabara para poder reunirme con él, pero ahora tenía que solucionar el tema de Umberto. No podía proseguir eternamente dándole alas para que al final acabase enamorado de mí. Era un chico demasiado sensible como para malearlo de aquella

manera y a pesar de haberle dejado meridianamente clara la situación, había sucumbido a su juego y aquello se estaba convertido en una rutina difícil de parar. Aquella misma noche tuve que rechazarlo dos veces, cuando intentó meterse en mi cama para hacer el amor. No era momento para más explicaciones ni para tener ninguna discusión, pero creo que al final lo comprendió cuando regresó a su cama sin rechistar. Yo no podía dormir y tuve que levantarme varias veces a fumar. Por primera vez me sentía incómodo compartiendo espacio con él y demoré mi vuelta hasta que, finalmente, me quedé dormido en el sofá.

Cuando la primera claridad del lunes asomaba tímidamente por la ventana, me desperté bruscamente y entré en la habitación donde Umberto ya estaba levantado.

—Has dormido en el comedor, ¿verdad? —me preguntó.

—Sí. No tenía sueño y no quería despertarte, pero al final me quedé «frito» en el sofá.

—¿Estás enfadado conmigo?

—No, no es eso. Lo que pasa es que…

—No hace falta que te disculpes, lo comprendo. La culpa ha sido mía. Ya sé que lo más importante para ti es tu relación con Mario. No te preocupes, no te pondré en ningún compromiso. Tampoco hace falta que le expliques nada de lo sucedido. Solo ha sido un «juego» como dijiste y así se quedará entre nosotros.

—Lo siento, Umberto.

—En realidad me has dado más de lo que te había pedido. Gracias a ti he conseguido aclarar mis ideas y lo he pasado bien… ¿Amigos?

—Eso siempre. Es mejor así, ya lo verás. Tú encontraras a un buen tío que te haga feliz y yo seguiré con mi vida.

—Qué suerte tiene ese Mario. Me encantaría conocerlo, seguro que es un buen tipo.

—Hoy vamos a ir juntos de regreso y él me estará esperando a la llegada, será un placer presentártelo.

—No me gustaría ponerte en un aprieto.

—Tranquilo. Compórtate con naturalidad, pero vamos a darnos prisa si no queremos perder el transbordador. Todavía tenemos que hacer el equipaje y bajar hasta el puerto. ¡Venga!

Cuando los demás compañeros abandonaron el apartamento, nos aseamos y preparamos las bolsas que nos íbamos a llevar. Nos dirigimos apresuradamente hacia el funicular que debía llevarnos al puerto. Entre risas y con la lengua fuera, todavía nos dio tiempo de adquirir los billetes para Nápoles, cuando la mayor parte de los

pasajeros habían embarcado. Nos dejamos caer rendidos sobre unas butacas que habían quedado libres en la última fila, cuando apareció Esposito por la puerta de la cabina. Estábamos predestinados a tropezar con él en los momentos más incómodos y la paranoia de sentirme observado por aquel tipo empezó a arruinarme el día. Como no podía ser de otra manera, se nos acercó para vomitar algunas palabras que, en su boca, siempre sonaban sucias.

—¡Hola parejita! Qué casualidad. Veo que también os dirigís a Nápoles. Siempre es agradable viajar en buena compañía. Yo odio viajar solo, ¿no os pasa lo mismo?

—¿Qué quieres? —le pregunté enfadado.

—Veo que no se aplaca tu malhumor, ni siquiera el día de descanso. Vamos, anímate, seguro que Mario te estará esperando para llevarte a casa.

—No creo que le haga mucha gracia verte.

—Tranquilo, seré discreto. Si quiero, puedo camuflarme entre la gente sin ser visto.

—No me cabe la menor duda, eres como las serpientes.

—Vale, vale. Ya veo que no soy bien recibido. Haré un discreto «mutis» y subiré a cubierta. Por cierto, ¿Umberto también se irá con vosotros?

—No es de tu incumbencia —le dije harto de sus impertinencias.

—De acuerdo. Solo pretendía ser amable. Es más, si quiere, puedo acercarle hasta Caserta. Tengo ciertos negocios por allí y no me costaría nada llevarlo.

—Sé ir solo, no necesito a nadie —le contestó Umberto.

—Bueno, hasta la vista «parejita».

Esposito se marchó de la misma manera que había entrado, desconcertándonos. Nos quedamos sin saber qué decir, mirándonos a la cara y con un sudor frío recorriéndonos la frente.

—¿Cómo sabe que vives en Caserta? —le pregunté a Umberto, que mostraba ciertos signos de rubor.

—El otro día, en la cena, estuvieron haciéndome preguntas. La verdad es que no entiendo nada de todo esto.

—Todo gira en torno a mí y tú eres una víctima colateral. Está estrechando el cerco para presionarme, pero hay algo que se me escapa y es el interés que tienen en que les acompañe hasta Líbano. Mucho me temo que lo del piano es una excusa.

—¿Y qué podemos hacer?

—Tú nada, desde luego. Es una cosa de la que me tengo que ocupar yo solo. Intenta mantenerte al margen todo lo que puedas.

Con aquellas preocupaciones, el trayecto nos pareció más corto de lo normal y, sin darnos cuenta, el barco atracó en el muelle destinado a los transbordadores. Bajamos la pasarela y de un golpe de vista divisé a Mario, que nos hacía señales con la mano.

—Mira, aquel es Mario.

—Es un «tiarrón». Muy guapo, aunque parece un poco mayor. Ahora entiendo que te volvieras loco por él.

—Ven, te lo presentaré. Mario, quiero que conozcas a Umberto.

—Es un placer —le dijo mientras le tendía la mano—. Stefano me ha hablado mucho de ti.

—Espero que haya sido bien.

—Se ha deshecho en elogios. Pero, disculpa, ¿han venido a buscarte? ¿Quieres que te acerquemos a algún sitio?

—No os preocupéis. Aquí mismo puedo coger un autobús que me llevará a la estación.

—No es ninguna molestia. Nosotros te acercaremos, tal vez consigas coger un tren para llegar más pronto.

Antes de subir al coche, me di la vuelta para comprobar si todavía estaba Esposito por los alrededores. Tal como dijo, se había escabullido entre la multitud, pero en el fondo sabía que nos estaría observando sin perderse ningún detalle de nuestros movimientos.

No tardamos ni cinco minutos en llegar a la estación y el muchacho se despidió con rapidez para tomar su tren rumbo a Caserta.

—Que te diviertas —le deseé al marcharnos—. ¿Volveremos juntos el viernes? A mí me han dado un día más por lo de la fiesta.

—¡Qué más quisiera!... Yo tengo que estar antes. El jueves tengo que regresar. No te preocupes, te estaré esperando en la puerta del hotel cuando llegues.

Mario arrancó el coche y dejamos atrás aquella bulliciosa estación que tantos recuerdos me traía.

—Es «mono» el chaval —dijo Mario.

—Sí, es todo un encanto.

—¿No te lo habrás tirado?

—¿Qué dices? Pero si es un crío…

—Lástima, porque no es tan pequeño como dices. Ya sabe para qué la tiene. Además, me he fijado en su culito, es magnífico.

—Vicioso… Debería darte vergüenza, pareces un pederasta.

—Bueno, si alguna vez se te insinúa, ¡yo me lo pedí primero!

A pesar de aquella aparente frivolidad, no estaba dispuesto a descubrirme. Tal vez no era más que una trampa para que confesara algo que solamente podía enturbiar nuestra relación. Bastantes

problemas tenía ya para añadir uno más.

—Ahora que ya estamos solos… —continuó diciendo Mario— ¿me vas a explicar qué te ha pasado durante estos días en Capri? Y sobre todo, ¿qué tiene que ver esto con lo que me preguntaste ayer sobre Alessandro?

—La verdad es que no sé por dónde empezar.

—Habla claro.

—Katurshian ha vuelto a pedirme que me vaya con él para hacer una especie de gira por Líbano, hasta ahí todo normal. Por supuesto le he dado largas y eso solo ha conseguido que tu «amigo» Esposito se interese más por mí y por los que me rodean. No ha llegado a formular directamente ninguna amenaza, pero ha dejado caer cosas, como lo de tu hijo…

—¡Miserable! —dijo Mario, notablemente irritado, dando un golpe fuerte sobre el volante que hizo sonar el claxon.

—Ahí no queda todo. El sábado se reunió con un grupo de altos vuelos. Iban acompañados de una fulanas y cenaron en el hotel; el champán corría como el agua. Me invitaron a sentarme y tuve que acceder a regañadientes. Unos instantes antes, Letto me reunió y me dijo que esa gente pensaba dar una fiesta para lo más granado de la isla y contaban con que el hotel la organizara y, por supuesto, querían que yo entrara en el lote para amenizarla. Letto me pidió que fuera amable con ellos y no me pude negar, me lo pidió con insistencia.

—¿Le contaste algo a Letto?

—No me atreví. No quería preocuparlo, se veía en la obligación de velar por los intereses del hotel. Es más, también me dijo que habían pedido expresamente que Umberto sirviera en la fiesta.

—Eso es algo que no me cuadra. ¿Por qué querrían a un chavalito como él? Deberías advertirle de que fuera con cuidado.

—Ya lo he hecho, pero él tampoco puede negarse, forma parte de sus obligaciones. Además, el otro día le dieron sustanciosas propinas y para alguien como Umberto, ganar un dinero extra supone bastante.

—Necesito saber cómo se han enterado de lo de mi hijo. Yo solo se lo dije a Genaro. No creo que él sea un soplón, aunque, en esta ciudad, todo es posible. He visto demasiadas cosas a las que no darías crédito.

—¿Has hablado ya con Alessandro?

—Todavía no, pero le diré que no venga, aunque esta hubiera sido una buena oportunidad para conocernos.

—No te preocupes, ya se nos ocurrirá algo. No podemos huir

eternamente de los problemas. Además, a esta gente le da igual que tu hijo esté en Pozzuoli como si está en Ginebra… Al que quieren es a mí.

—¡Ni hablar! No estoy dispuesto a que claudiques con esos hijos de puta. Si es preciso, llamaremos a la policía.

—Todavía peor. Tú mismo lo dijiste.

—Dejemos el tema. Estoy empezando a agobiarme y ahora lo que más quiero es estar contigo.

Decidí sumarme a aquella propuesta de positividad, dejando para más tarde los problemas.

Salimos a celebrar no se sabe muy bien el qué. Todavía quedaba prácticamente una semana hasta que me reincorporara al trabajo y mucho tiempo por delante para estar juntos. Hicimos planes, a pesar de que Mario no dejó de trabajar durante aquellos días en los que se preveía la máxima afluencia de turistas, pero conseguí olvidarme de las presiones y también de Umberto. Sabía que era un breve paréntesis y que, tarde o temprano, la realidad vendría a mi encuentro, pero Mario me hacía sentir seguro y con eso me bastaba.

Solo el día de antes de volver a Capri sentí un vacío en el estómago que se apoderó de mí. Cuando desperté el viernes por la mañana, a punto de ir al puerto, todo aquel algodón dulce de feria en el que había envuelto aquella semana se desvaneció como la niebla al ser calentada por el sol.

Capítulo 16

Era tarde cuando aparecí por la puerta del hotel. Sabía lo que me iba a encontrar aquel fin de semana y maldije el día en que salí de Torgiano.

Me extrañó no ver a Umberto, que siempre salía a recibirme cuando intuía que iba a llegar. Fui directo a nuestra habitación, esperando encontrarlo, pero no había ni rastro de él, ni su cama estaba deshecha. Dejé mi equipaje y bajé corriendo a la cocina para preguntar a Lorenzo, pero nadie supo decirme nada. Un pálpito me corría por dentro que no era presagio de nada bueno. Encontré a Letto cuando entré al comedor y no dudé en preguntarle.

—Buenos días, Letto. ¿Qué tal todo por aquí?

—Hola, Stefano. ¿Sabes algo de Umberto?

—No. Precisamente venía a preguntarte por él.

—Pues no se ha presentado a su trabajo, ni tampoco ha llamado para excusarse. Me tiene preocupado, jamás había faltado por nada.

—¿Cuándo tenía que haber llegado?

—Ayer. Pensé que, como os habíais ido juntos, sabrías qué planes tenía.

—No me comentó nada. Iba a Caserta con su familia.

—Es muy raro. Espero que se presente, ya sabes que mañana tenemos lo de la fiesta y me hace muchísima falta.

—¿Lo has llamado por teléfono?

—Me he hartado de hacerlo, pero no he querido llamar a su casa, por no intranquilizar a su familia.

—¿Quieres que lo haga yo?

—Te lo agradecería…

—Descuida, yo me encargo de todo.

Letto me facilitó sus teléfonos, pero mucho me temía que aquella desaparición no había sido casual. Salí del hotel y di un pequeño paseo para estar solo. Marqué el número de Umberto, pero no recibí respuesta, su teléfono estaba apagado. Me armé de valor y llamé a sus padres.

—Buenos días… Me llamo Stefano, soy compañero de Umberto. ¿Podría hablar con él?

—Lo siento, Umberto se marchó ayer.

—¿Entonces no está ahí con ustedes?

—No. ¿Ha pasado algo? Me ha dicho que era compañero suyo, ¿acaso no ha ido a trabajar?

¿Qué podía decirle a su madre? Decidí salirme por la tangente y terminar con aquella llamada de la mejor manera posible.

—Discúlpeme señora, no quería asustarla. Tal vez se haya ausentado para hacer un recado y vuelva enseguida. No se preocupe, cuando lo vea le diré que les llame para tranquilizarles.

Cuando colgué, no me llegaba la camisa al cuello. Por lo visto, Umberto se había esfumado por el camino. No tenía más remedio que indagar qué le había pasado y regresé para contarle a Letto el resultado de mis averiguaciones. A pesar de su preocupación, no podía dejarse dominar por aquel contratiempo e intentó movilizar a otros empleados para suplirlo. Aquel fin de semana era demasiado importante y necesitaba a todo su personal para no desatender el hotel. Yo no sabía qué hacer y subí al apartamento para descansar; algo se me ocurriría.

Mientras me fumaba un cigarrillo asomado al mirador pensé en Mario, tal vez él supiera qué hacer en un caso como este y no tardé ni un minuto en llamarlo. Cualquier cosa me parecía poco para dar con el paradero de Umberto.

—Mario… ¿Te pillo en mal momento?

—Un poco sí pero, dime. ¿Qué pasa?

—Umberto ha desaparecido.

—¿Desaparecido? ¿Estás seguro?

—He llamado a su casa y he hablado con su madre. Me dijo que salió ayer de Caserta, pero no se ha incorporado al trabajo. Letto también está preocupado, pero necesita atender el hotel y no puede perder mucho tiempo en indagar. Ya te dije que esta semana era muy difícil por el tema de la fiesta.

—¿Y qué quieres que haga?

—No sé. Tú tienes conocidos en Nápoles, gente que podría decirte algo…

—¿Es que sospechas que puedan tenerlo retenido?

—Llámalo intuición, pero sé que algo malo le ha pasado. ¿Me harías ese favor?

—Lo intentaré, pero no te garantizo nada… Ahora tengo que colgarte, vienen clientes.

—Gracias, Mario. Ya te llamaré.

Era consciente de lo difíciles y comprometidas que podían ser ciertas averiguaciones, pero no podía dejar escapar la única vía que tenía a mi alcance, aunque también había otra. Sabía que Esposito no tardaría en dejarse caer por allí, como el buitre sobre la carroña.

Entré en la habitación para cambiarme y en aquel momento me invadió la curiosidad. Instintivamente empecé a revolver los cajones de Umberto, por si encontraba algo que arrojara un poco de luz a esta historia. Salvo su ropa interior y algún par de calcetines mal

casados, poco más había. Reparé en que sobre el armario había unas cajas de cartón y me aupé para cogerlas. En una de ella había unos cuantos papeles: su contrato de trabajo, documentos de la seguridad social y alguna hoja manuscrita sin importancia. Me sorprendió ver, debajo de todo, lo que parecía una carta de su puño y letra que había roto en cuatro trozos. Intenté casar los pedazos para leer lo que había escrito. Estaba a medio terminar y completamente llena de borrones; seguramente la escribió en un momento en que necesitaba desahogarse. Al ver mi nombre en el encabezamiento, mi corazón dio un vuelco, sabía de lo que se trataba y sentí que estaba violando su intimidad.

Querido Stefano, sé que nunca leerás esta carta, pues te prometí que no te molestaría más. Me has dado mucho, más de lo que piensas, dejando que descubriera lo que sentía*, pero esto no ha hecho sino aumentar mi angustia. Después de haberte conocido, creo que me será muy difícil poder encontrar a otra persona como tú. Contigo fue sencillo, casi por casualidad, pero ya sabes lo complicado que puede ser tener que dar la cara.*

A pesar de lo feliz que me siento de ser tu amigo, se me hace cuesta arriba tenerte a mi lado y no poder estar contigo. El otro día, Esposito, aquel tipo que estaba con los millonarios, me hizo una oferta que estoy sopesando aceptar. No quise decirte nada porque sé que no lo soportas, pero tal vez sea mejor poner tierra de por medio. Aún no lo he decidido y quiero saber primero de qué se trata y para cuánto tiempo.

Allí se cortaba el manuscrito que, posiblemente, no le dio tiempo a terminar o se dio cuenta de lo inútil de hacerlo. Tal vez fuera el borrador de una carta que me dejara como despedida si finalmente aceptaba marcharse con Esposito. Estaba hecho un lío y de la misma rabia e impotencia arrugué el papel y me puse a llorar. No cabía la menor duda de quién estaba detrás de todo.

No podía hacer más que bajar para tomar algo que me hiciera ver las cosas de otra manera. Cuando entré en la cocina, Lorenzo se percató de mi estado y, acercándome una buena taza de café, se sentó a mi lado para hablarme.

—No hace falta que digas nada, lo llevas escrito en la cara. Anda, tranquilízate y tómate el café. Las noticias corren como un reguero de pólvora y lo peor es que con ellas también se difunden toda clase de rumores y chismorreos. Es muy raro lo de Umberto y a mis pinches ya los he amenazado con echarlos si siguen haciendo comentarios sobre su ausencia.

—Tengo miedo de que le haya pasado algo malo.

—No adelantes acontecimientos, seguro que todo tiene una

explicación y el muchacho acabará por aparecer. Ya sé que le habías cogido cariño, incluso yo le tengo aprecio, a pesar de las veces que le grito.

—Gracias por el café… He de irme, tengo que ensayar para la fiesta.

Mientras saboreaba el último sorbo, intenté cambiar mi actitud y tragarme la rabia que sentía. Hice un esfuerzo antes de salir, para mostrar la mejor de las caras sin que nada denotara lo que estaba sintiendo. Afortunadamente, la música conseguía abstraerme de mis preocupaciones.

Al llegar la sesión de noche, desde mi posición privilegiada al frente del piano, pude ver cómo Esposito acudía fiel a su cita como un pájaro de mal agüero. Se expuso, seguro de sí mismo, en una mesa lo más cercana a mí. Su sonrisa, al mirarme, denotaba que no era ajeno a mis pensamientos. Nos entendíamos a la perfección; yo sabía que era un hijo de puta y él me tenía cogido por los huevos.

En uno de los descansos de la *soirée*, me acerqué con descaro hasta su mesa y me senté sin ser invitado. Esposito mostró el mismo talente irónico que le caracterizaba.

—Baldi… Iba a invitarte para que te sentaras conmigo, pero veo que te has adelantado. Me alegro de que vayas perdiendo la vergüenza. ¿Quieres tomar algo?

—Pídeme un whisky con hielo.

Un camarero trajo una copa y esperé a que me la sirvieran para ir directo al grano.

—A tu salud… —me dijo Esposito, haciendo gala de una falsa elegancia que me desquiciaba.

—No pienso brindar con un «mierda» como tú. Vamos a poner las cartas boca arriba. ¿Qué has hecho con Umberto?

—Menudos modales. Veo que aquel chico modosito de Umbria se ha maleado con unos cuantos días en Nápoles. Está bien, si quieres que vayamos al grano, no me iré con rodeos, Umberto está bien. Digamos que vino a mí por su propia voluntad, pero todo depende de cómo se desarrollen los acontecimientos.

—¿A qué te refieres?

—Sabes que tenemos un negocio entre manos. Si aceptas, nadie saldrá perjudicado.

—Supongamos que acepto. ¿Qué garantías tengo de que no le haréis nada?

—Te daría mi palabra, pero no creo que la aceptaras. Supongo que no tendrás más remedio que fiarte de mí.

—Tengo una duda. ¿Por qué yo? ¿Qué habéis visto en mí para

que os resulte imprescindible? No creo que sea por mis habilidades al piano.

—Voy a serte franco, aunque no puedo revelarte mucho más hasta que no esté plenamente seguro de que aceptas «voluntariamente». En realidad nos caíste como llovido del cielo. Ni en el mejor de los sueños pensamos que alguien de tus «características» pudiera aparecer de repente. Eres un excelente pianista, no obstante, fueron tus estudios de lenguas lo que nos decidió a contactarte. Eres la «tapadera» perfecta.

—Así que eso era todo. Debí suponerlo. No hay tanta gente que domine el árabe para vuestros negocios. ¿De qué se trata? ¿Armas?... ¡Qué si no! ¿Me equivoco?

—Siento frustrar tus ansias de averiguarlo todo, pero comprende que no te pueda desvelar los detalles. Es demasiado lo que está en juego para dejar escapar una oportunidad como esta, sobre todo para mí. Me juego mucho con este negocio y no puedo permitirme que nada salga mal.

—Está bien. Antes de decidirme, quiero ver a Umberto, si no, no hay trato.

—No creo que estés en posición de establecer los términos del acuerdo. Digamos que puedo ser condescendiente contigo y, si aceptas, dejaré que lo veas.

—Pero… lo dejaréis libre, ¿no?

—Él vino en busca de un cambio en su vida, parecía muy desesperado. Lo «vuestro» no funcionó, ¿me equivoco?

—¡Rata!

—A estas alturas, como comprenderás, no me ofendes. No te voy a decir nada más, simplemente esperaré. Durante la fiesta, Katurshian te preguntará acerca de tus intenciones y yo estaré cerca.

—No te rindes nunca, ¿verdad? Alguna vez recibirás tu merecido. Solo espero ser yo quien te ponga en tu sitio.

—Creo que tienes que volver al escenario… Te deseo el mayor de los éxitos.

Esposito terminó su copa y se levantó sin volver la vista atrás. Yo me quedé anclado en el butacón de mimbre como si un inmenso imán tirara de mí. Estaba en sus manos y la sensación de impotencia me revolvía las tripas. No tenía madera de mártir, pero incluso los primeros cristianos habían tenido que ir a la fuerza al encuentro de sus verdugos.

Reanudé mi concierto hasta que el último de los clientes abandonó la terraza. Aquella noche no me hubiera marchado,

necesitaba tocar desesperadamente para que mi ira se escurriera entre las teclas. Toqué violentamente, cambiando mi repertorio habitual por piezas que me hicieran descargar todos mis sentimientos. Hasta Letto se dio cuenta de que el cambio de registro no era lo que esperaba un auditorio acostumbrado a baladas sencillas que amenizaran una charla con música de fondo.

Se mascaba en el ambiente una tensión que afectaba a todos los empleados. Cuando bajé la tapa de mi piano, enfilé las escaleras hasta el apartamento y me fumé un cigarrillo donde solía hacerlo siempre. No llamé a Mario, no me sentía con fuerzas para hacerlo. Sabía que mi destino me iba a llevar lejos y decidí ir cortando amarras con la única persona a la que de verdad quería. Mi futuro ya estaba marcado.

Me acurruqué vestido sobre la cama y recé. Recé como solía hacerlo de niño, pensando en Umberto y el miedo que estaría pasando allá donde lo tuvieran. Era un ser desvalido, cuya vida solo le importaba a los suyos que, a estas horas, estarían preocupados sin tener noticias de él. Era demasiada carga para una persona sola y lo que más sentía era que no podía compartir aquello con nadie.

Capítulo 17

A regañadientes tuve que levantarme. No tenía ningún motivo agradable para hacerlo, pero me debía a la gente que confiaba en mí para realizar mi trabajo. Sabía que la incertidumbre duraría poco y estaba deseando que pasaran las horas para hacer efectiva mi elección.

Aquella mañana de sábado sentí que me había transformado en otra persona. El odio y la impotencia me habían corrompido y la venganza, ese plato que se sirve frío, empezaba a cocinarse en los fogones de mi corazón. La mentira y el engaño se convertirían en un ardid de supervivencia y la paciencia sería el arma definitiva que me permitiera salir airoso de aquel desafío. Atrás había quedado aquel pusilánime músico de Umbria que llegó con la ilusión puesta en una nueva vida y que de golpe se encontró con otra que no soñó. No iba a esperar a que otros lanzaran mi vida por la borda, yo mismo me desharía de las últimas trazas de Stefano Baldi para vencer, con sus mismas armas, a aquellos que ahora intentaban presionarme.

Ensayé toda la mañana y poco antes de comer, me dirigí hasta el centro de Capri. Me apetecía dar una vuelta para entretenerme viendo el comportamiento de aquella gente que solo se dedicaba a gozar, despreocupada, de los placeres de la vida. Al pasar por una tienda de *Ferragamo*, descubrí un estupendo traje azul que, desde el maniquí, me llamaba con insistencia para que me lo enfundara. En otro momento hubiera pasado por delante sin reparar en aquel escaparate, pero estaba determinado a perpetrar hasta la última locura que se me ocurriera. No miré el precio, simplemente alargué la tarjeta para que el empleado se cobrara y le indiqué que, a mi vuelta, pasaría a recogerlo. Pensaba estrenarlo aquella misma noche.

Me acerqué hasta la *Piazzetta* y me senté en una de sus animadas terrazas. Era la hora de comer y en un arrebato de cursilería pedí media docena de ostras que me sirvieron bien frías, acompañadas de un buen champán. Cuando estaba atacando ese sabroso manjar, divisé a la altura de la iglesia la inconfundible figura de Katurshian, acompañado esta vez por una dama más acorde con su edad. En cualquier otra ocasión hubiera intentado hacerme el despistado, pero mi situación no iba a mejorar intentando evitarlo y levanté la mano para hacerle una señal. Automáticamente se acercó para saludarme.

—Veo que se cuida bien, *monsieur* Baldi… Querida, voy a

presentarte al magnífico pianista que amenizará la velada de esta noche. Señor Baldi, mi esposa.

—Encantado de conocerla, *madame* Katurshian —la saludé acercándome su mano a los labios.

—Llámeme Nashwa. Es todo un placer. Adnan me ha hablado tanto de usted, que estoy deseando oírle tocar. No sabe lo pesado que se pone cuando algo le entusiasma.

—Pero, por favor, siéntense.

—Sentimos interrumpir su almuerzo. Nashwa se empeñó en que diéramos una vuelta por las tiendas y ya sabe cómo son las mujeres, tienen que estrenar algo en cada fiesta.

—Lo comprendo, yo mismo he estado de compras. ¿Me permiten que les ofrezca una copa de champán? Está delicioso y nunca me ha gustado beber solo —le dije en un alarde de cinismo.

Hice que trajeran un par de copas más y el camarero les sirvió con delicadeza.

—Veo que es usted un hombre refinado y de gusto exquisito. Brindemos por el éxito de la fiesta de esta noche. Y hablando de todo un poco, aunque sé que no es el momento apropiado pero, ¿ha meditado ya su respuesta?

—Sí, señor Katurshian, estoy decidido. Creo que será una estupenda oportunidad para mí.

—¡Excelente! —dijo sorprendido—. Veo que es una persona inteligente y con ambición. Le auguro un futuro lleno de éxitos.

—Juro que no sabía nada —dijo su esposa—. Mi marido me mantiene al margen de sus negocios, pero me sumo a la celebración. ¡Por usted, señor Baldi!

—Querido Baldi, le prometo que no se arrepentirá de su elección. Ahora tiene que disculparnos, nos esperan en casa de un amigo. Nos vemos esta noche. Allí tendré ocasión de presentarle en sociedad, seguro que habrá mucha gente que deseará conocerle.

Aquella pareja de pedantes se dio la vuelta dejándome solo con mis ostras pero, para entonces, ya se me había ido el hambre y pedí la cuenta para regresar al hotel. Subí a mi habitación para afeitarme y después me arreglé convenientemente. Antes de vestirme, me fumé un cigarrillo en el mirador. Cada vez que me asomaba me acordaba de Mario, pero hoy no tenía fuerzas para telefonear, afortunadamente él no sentía lo mismo y, por fin, recibí una llamada suya.

—Por lo visto, si no te llamo yo, no eres capaz de descolgar el teléfono —me dijo un poco contrariado.

—Lo siento, cariño. He estado muy ocupado con los ensayos.

—¿Te pasa algo? No sé, te noto la voz cambiada. ¿Has sabido algo nuevo de Umberto?

—No, estamos igual que al principio.

—Aquí nadie sabe nada y si lo sabe se calla. Por esta vía no conseguiremos nada. Bueno, cambiando de tema, ¿cómo se presenta lo de esta noche? ¿Has hablado con alguno de esos «maleantes»?

—Ahora mismo iba a vestirme. Tengo que estar a punto antes de que empiece. Letto me llevará en un convoy que sale con el catering. Respecto a Esposito y Katurshian, todavía no he tenido ocasión de verlos —le mentí.

—Acuérdate. Mándalos a la mierda si siguen agobiándote. Si es preciso, me presento allí y les reviento los morros, pero mantente firme.

—No te preocupes, no creo que sea necesario. Ahora reza para que todo salga bien. Un beso, me voy. Luego te llamo.

No me sobró mucho tiempo. Letto andaba como loco intentando organizar la intendencia y nos pidió que subiéramos de inmediato a uno de los coches. Imaginé a Lorenzo dando gritos a sus pinches, intentando empaquetar canapés y volovanes para que no se echaran a perder. Yo iba con las manos en los bolsillos, privilegio de ser pianista y no tener que ir con el aparato a cuestas.

Una vez llegamos a la fantástica mansión, había cientos de conjuntos florales adornando salones y escaleras, y su fragancia suave envolvía el ambiente en una cálida sensación de frescura y elegancia. Sobre pequeñas ménsulas, fantásticos jarrones de cristal tallado acogían soberbios ramos, ofreciendo un aspecto salvaje y natural. Aquel ímprobo trabajo decorativo transmitía un aspecto de hogar, como si, de repente, el barón Ferhsen y su joven amante fueran a salir para recibirnos. Al final del salón principal se había dispuesto el piano. El sitio ofrecía una perspectiva excelente para controlar la entrada y los movimientos de los invitados.

Cuando los camareros encendieron los hachones para iluminar el camino, entré; era el aviso de que los anfitriones no tardarían en aparecer. Empecé a tocar mientras los camareros colocaban con esmero los últimos canapés y copas rebosantes de burbujeante champán sobre bandejas forradas con blondas de hilo. Todos iban impecables: *smokings* con pajarita para ellos y sensuales uniformes con mandil y cofia a juego para ellas; todo muy clasista.

Al momento entró Katurshian, acompañado de su estupenda esposa y un séquito de «lameculos» entre los que se contaba su esbirro Esposito. Yo, desde mi piano, les dediqué la mejor de mis sonrisas. *Madame* Nashwa estaba exuberante, con un vestido de

satén malva y su extravagante aderezo de diamantes y amatistas. Había que mirarla con unas potentes gafas de sol para no quedar deslumbrado por el refulgente brillo de sus joyas. La anfitriona me dedicó un galante movimiento de cabeza que aprobaba, sin recato, mi aspecto de pianista bohemio. Después, se dirigieron hacia la puerta para esperar al resto de sus invitados, que no tardaron en llegar.

Los caballeros, siempre discretos y en un segundo plano, dejaban que sus acompañantes se lucieran en una competición sin precedentes por exhibir las alhajas más ostentosas y los vestidos de los atelieres más prestigiosos. Algún que otro hombre se descolgaba con impactantes trajes, lucidos con afectación y que hacían volver la vista tras sus pasos. La fiesta se desarrollaba en un ambiente distendido, donde todos se conocían, dejando rienda suelta a los más inverosímiles aspavientos y muestras de afecto con poses estudiadas. Pude reconocer, desde el rabillo del ojo, a algunos actores y diseñadores italianos, aristócratas monegascos y un millonario archifamoso, que resultaba inconfundible por su exposición masiva a los medios.

Katurshian y esposa se movían como peces en el agua entre aquellas celebridades que comenzaron a ocupar el grandioso y extravagante espacio de Villa Lysis. A pesar de no pertenecer a aquel universo exclusivo, todos parecían reconocer como propio al libanés, que abría con prodigalidad sus bolsillos para agasajarlos. En este tipo de ambientes sofisticados jamás se pregunta sobre la procedencia del dinero, simplemente se usa para tejer redes de poder. Muchos fingían conocerse entre sí, formando círculos en amena conversación mientras caían las copas una tras otra.

En uno de los descansos, me dejé caer en medio de aquella gente estupenda. Cuando Katurshian me vio con una copa en la mano, enseguida vino para arrastrarme a su selecto y animado círculo.

—Querido Baldi, ha estado soberbio. Permítame que le presente a alguno de mis más notables invitados… Queridos amigos, este es mi último descubrimiento musical, Stefano Baldi, un pianista de gran talento, que ha tenido a bien aceptar mi proposición para que nos acompañe a Líbano donde, con toda seguridad, se convertirá en una gran estrella. A pesar de todo lo que se escucha, los libaneses somos gente sensible, que sabe apreciar los grandes talentos.

Katurshian fue presentándome, uno a uno, a sus «íntimos», entre los que se contaban políticos, empresarios y miembros de alguna que otra casa real que o bien había perdido la corona o directamente los modales. Era divertido codearse con tipos tan

finos. Si pudieran verme en Torgiano, seguramente sería la comidilla de todo el pueblo.

Madame Nashwa se me acercó para tener un *tête à tête* conmigo. Se mostró halagadora y solo faltó que me ofreciera sus bragas como prenda de su interés.

—Fabuloso, señor Baldi, simplemente fabuloso. Me tiene rendida a sus pies.

—No es para tanto, *madame*. Solo hago mi trabajo.

—Veo que es usted un apasionado de la moda, el traje de Ferragamo le sienta como un guante.

—Quería ir lo más elegante posible para estar a la altura de la fiesta.

—Lo está, querido, lo está… Y dígame, ¿ya le ha hablado mi marido de los conciertos y ciudades que va a visitar?

—Pues la verdad es que no. Todavía no he tenido tiempo de concretar ni mi trabajo ni mis honorarios.

—¡Imperdonable! Disculpe a mi marido, seguro que lo tendrá todo previsto, pero es un hombre tan ocupado…

—No me cabe la menor duda. Estoy convencido de que durante esta semana ha tenido que solucionar múltiples negocios —le contesté con ironía.

—Bueno, dígame Stefano. Un hombre tan apuesto como usted. ¿Tiene a alguien que le eche de menos? ¿Tal vez una chica? —se insinuó la «zorra» mientras sobaba delicadamente la solapa de mi chaqueta.

—Sí que tengo a alguien, pero no es una chica. Se llama Mario y es un tipo estupendo. Debería ver la de cosas que hace en la cama —le dije, susurrándoselo al oído—. Ahora, si me disculpa…

Me marché dejándola boquiabierta y sin capacidad de reaccionar. No pensó que le saldría con aquellas, pero ya estaba harto de aguantarla. Intenté localizar a Esposito, pero no lo veía por ningún lado. Supuse que estaría en el jardín, mientras fumaba uno de esos cigarrillos nacionales baratos que tanto apestaban. Justamente, detrás de una de las columnas del porche, se veía una estela de humo y me acerqué por detrás.

—Hola Esposito. Veo que las fiestas no son lo tuyo, al menos las de la alta sociedad.

—En cambio, tú te desenvuelves en ellas con toda naturalidad. Me preguntaba qué te ha sucedido para dar ese cambio tan radical en solo veinticuatro horas. Ayer no querías ni verme y hoy has venido a buscarme.

—Te aseguro que no es por ganas. Como sabrás, he decidido

aceptar la oferta de Katurshian. Ahora quiero, como prometiste, que me expliques con pelos y señales en qué va a consistir mi papel en esta «mierda» y, sobre todo, quiero ver a Umberto.

—Ten un poco de paciencia. Este no es el momento, tal vez el lunes…

—No puedo esperar tanto, al menos tengo que saber que Umberto está bien. Mañana mismo necesito tener una prueba de vida.

—Está bien. Mañana, a mediodía, quiero que estés en el puerto para tomar una lancha que nos lleve a Nápoles.

—No intentes jugármela.

—Tranquilízate. Jamás le haría una faena a un «amigo».

—Nunca lo hemos sido. Yo los elijo.

Me giré y lo dejé con la palabra en la boca; tenía que continuar con la actuación. El ambiente de la fiesta estaba mucho más distendido y la gente había ido acomodándose en los sillones que, a esas horas, rebosaban humanidad después de horas guardando la compostura. Las bandejas de *delicatessen* comenzaban a quedarse vacías y las copas usadas se acumulaban en las atestadas bandejas, mientras otras tantas aparecían llenas para ocupar las sofisticadas manos de aquellos personajes con una pulsión innata hacia la dipsomanía.

Antes de hacer lo que pensaba, necesitaba ir al baño para refrescarme un poco. Al abrir la puerta, noté que algo me impedía el paso y como estaba un poco furioso, la empujé con todas mis fuerzas. Cuál no fue mi sorpresa al pillar a una pareja conocidísima «jodiendo» sobre el lavabo. Con el ímpetu debí forzar una penetración que profundizó más de la cuenta, por el grito que lanzó la mujer. Menos mal que su marido, que se había abandonado a los placeres del champán, no estaba para darse cuenta de su «coronación». No me molesté en pedir disculpas y entré en el baño contiguo donde, sin recato, unos afeminados diseñadores cortaban unas cuantas «rayas». Yo me encaré a uno de los urinarios, mientras intuía las miradas lascivas que aquellos lerdos me dispensaban y cuando terminé, me acerqué como si tal cosa.

—Hola chicos. Supongo que después de mirarme el culo me invitaréis a una...

—Uy, claro. No sabíamos si los músicos podían tomar nada estando de «servicio» —dijeron al unísono con sus risas afectadas.

—Seguramente yo atinaré con la tecla del piano —les dije—. En cambio, vosotros no podríais hacer ni un sobrehilado. —Cosa que les hizo mucha gracia.

Me acerqué hasta el lavabo y le cogí a uno de esos tipos un billete de veinte euros enrollado para esnifar una de las tantas rayas que tenían cortadas. Nunca me había hecho ninguna y, salvo un cosquilleo, no noté nada. Los miré descaradamente y salí del baño como si tal cosa. Cuando regresé a mi piano, los efectos eufóricos de la coca empezaron a notarse. Me sentía despejado, miré fijamente las teclas y ellas me susurraron lo que debía tocar. Comencé a interpretar canciones que animaron el «cotarro». Al oír mi voz, algunos de los que todavía permanecían en el interior de la villa se acercaron con sus copas y los más atrevidos se pusieron a bailar. Pronto volvió a llenarse el salón y a correr el champán. *Monsieur* Katurshian estaba encantado, le había salvado su *petite fête,* que empezaba a decaer. Esposito, que también se había acercado como el resto, se marchó, no sin antes lanzarme una mirada más próxima a los celos.

Al final había conseguido mi propósito, ser el centro de atención y, cuando todos se marcharon, me acerqué a Letto, que supervisaba los detalles del desmontaje del sarao.

—Letto, ¿podría hablar un momento contigo?

—Claro… Por cierto, tengo que felicitarte por tu soberbia actuación. Al final, creo que todos se han divertido.

—Pensé que necesitarían animarse un poco, solo fue eso. De todas maneras, quería hablarte de otra cosa.

—Tú dirás.

—Necesito que me des el día libre, tengo cosas importantes que hacer mañana.

—Desde luego. No hay ningún problema, es más, pensaba dártelo de todos modos. Quiero agradecerte lo que has hecho por el hotel. Desde que trabajas con nosotros, las cosas nos han ido muy bien. Es justo que correspondamos y, cuando vuelvas la semana que viene, me gustaría hablar contigo de una pequeña gratificación.

—Te lo agradezco, pero no es necesario. Solo necesito el día libre para ocuparme de un asunto personal.

—¿No le pasará algo a Mario?

—No, no se trata de Mario. Disculpa, pero no puedo decírtelo.

—Está bien, como quieras. Si te parece, podemos regresar al hotel. Ya son más de las dos de la madrugada.

Cuando llegué a mi apartamento, colgué con cuidado mi traje nuevo, programé la alarma de mi teléfono y me tendí desnudo sobre la cama, quedándome con los ojos como platos. Sin duda algo tendría que ver aquella raya funesta que me había metido y que seguramente me mantendría en vela toda la noche. No sé cómo,

pero acabé por quedarme traspuesto después de oír sonar las cinco de la mañana.

Capítulo 18

Eran las diez de la mañana cuando me desperté sobresaltado por el infernal ruido de la alarma. Me levanté de un salto y me metí en la ducha. Aquella mañana tenía una cita demasiado importante que no admitía demora.

Metí toda mi ropa en la maleta. No sabía qué iba a ser de mí a partir de aquel momento, ni si regresaría algún día, pero lo que más me costaba era tener que renunciar a Mario, era la única cosa que todavía no había resuelto y no sabía cómo hacerlo. Necesitaba hablarle o tal vez escribirle una carta donde explicarle lo que pasaba, pero no tenía fuerzas para ponerme al teléfono o enfrentarme a una cuartilla en blanco. ¿Qué podía decirle sin que sonara a falso o escaso?

Una vez lo tuve todo listo, bajé como todas las mañanas a la cocina. Allí Lorenzo seguía peleándose con sus pinches a grito pelado. Me sirvió el café en el mismo tazón de todos los días y me habló de las mismas cosas. Se extrañó de verme con la maleta dispuesto a irme y me preguntó. Como a todos, tuve que mentirle y él aceptó mis explicaciones de la misma manera que el resto. En aquel momento sonó el teléfono, era Mario. Sabía que tarde o temprano me llamaría, pero no pudo elegir un momento más inoportuno, cuando el tiempo se me estaba echando encima.

—Hola Mario. ¿Qué tal estás? —le pregunté como si nada.

—¿Cómo estuvo la fiesta? No sabía si llamarte ahora o esperar hasta más tarde, pero no he podido resistirme… Bueno, desembucha.

No me apetecía hablar, pero debía referirle algunas pinceladas para disimular. Para gente corriente como nosotros, suponía algo excitante y fuera de lo normal, así que le conté lo del *affair* del baño con aquella pareja desemparejada y lo que supondría si alguna vez llegaba a saberse; reímos juntos con el episodio de los mariquitas «rayados» y de cómo «chupaban» litros y litros de carísimo champán como si fuera agua del grifo; de los canapés de caviar auténtico, que hicieron hueco en las bandejas y de las insinuaciones de *madame* Katurshian, que tuvieron una pronta respuesta por mi parte.

—Veo que lo has pasado de maravilla, aunque no sé si tendrían tiempo de apreciar tu música.

—No creas, al final tuve que dar un «golpe de teclas». La música clásica no fue una elección apropiada para un evento como aquel y decidí que era más conveniente un repertorio más ligero. Cuando

me puse a cantar, se lo pasaron en grande.

—Me alegro… Bueno, ya tengo ganas de verte, aunque no sé si podré ir a recogerte mañana al puerto, tengo turno de tarde y no creo que nadie pueda cambiármelo. No te enfadarás ¿verdad?

—No te preocupes por eso. Sabré encontrar el camino solo. Hasta mañana.

Cuando colgué, me quedaba el tiempo justo para acudir a la cita que tenía con Esposito. Tuve que tomar un taxi, al que le di indicaciones de que me llevara lo más pronto posible hasta el puerto. Un trayecto que normalmente solía disfrutarse como un recreo, se convirtió en una tortura. No sabía exactamente dónde tenía que ir, ni en qué parte del muelle me estaría esperando aquel hijo de puta. Le pregunté al taxista si sabía dónde atracaban las pequeñas embarcaciones y me tranquilizó, dándome toda clase de explicaciones.

Efectivamente, nada más llegar, divisé a lo lejos la figura de aquel tipo fumándose un cigarrillo al borde del muelle donde estaba atracada la lancha. Cogí la maleta y me acerqué con parsimonia. Cuando me encontré cara a cara con él, también encendí un cigarrillo y, sin mediar palabra, tomó mi maleta y se la pasó al capitán de la embarcación, que la acomodó en la trasera. Con una indicación me invitó a subir a bordo, dándome la mano para que no me cayera y arrancó la nave camino de la bocana del puerto. Intenté relajarme y tomé asiento mientras nos introducíamos en mar abierto que, aquella mañana, se mostraba tan calmado como la superficie de un espejo.

Curiosamente, a medida que nos acercábamos a la costa, hubiera deseado que aquel momento no llegara nunca. Era el desenlace inevitable de aquella locura y, tal vez por eso, no deseaba que se materializase. Atracamos en un pequeño muelle alejado de la zona donde se cogen los transbordadores. Al bajar, había un vehículo esperándonos en las inmediaciones, conducido por un tipo impecablemente vestido llamado Greco, que no abrió la boca en ningún momento. Nos llevó por las inmediaciones del centro y pude reconocer la misma plaza donde una vez estuve con Mario, muy cerca de San Gregorio Armeno.

Accedimos a un edificio mimetizado con su entorno: gruesos desconchones en la fachada y la herrumbre de sus balcones, que le daba un aspecto de abandono. Entramos en la vivienda del bajo, a la derecha del lúgubre pasillo de la entrada, cuyo interior no estaba mucho mejor: los baldosines del suelo comenzaban a bailar a cada paso que dábamos y los escasos muebles acumulaban polvo de

meses, dándoles una pátina que, sumada a sus años, no invitaba a acomodarse en ellos. Al entrar en una alcoba destartalada, me di cuenta de que aquello no era sino una tapadera que escondía la entrada a un lugar mucho más siniestro. Tal como me había descrito Mario, el subsuelo napolitano estaba excavado de tal manera que lo convertía en un laberinto interesante para gente sin escrúpulos, pues ofrecía un buen escondite donde nadie pondría sus narices si se quería ocultar algo.

Descendimos por una estrecha escalera, camuflada por una trampilla de madera y alguien encendió unas luces que iluminaban pobremente el estrecho pasillo excavado en la roca viva. Experimenté la misma claustrofobia que el día que bajé con Mario hasta su pequeño santuario arqueológico, cuando Esposito me pidió que me parara y colocó una venda sobre mis ojos. Él sabía lo difícil que era orientarse en un lugar así, pero tomó precauciones como lo haría con toda persona ajena que se adentraba en las tripas de la ciudad.

Tras unos minutos caminando, oí cómo abrían un portón metálico por el que me hicieron pasar con cuidado, para cerrarlo después de entrar. Nuevamente comenzamos a caminar, pero esta vez notaba cómo íbamos descendiendo por una especie de rampa. El frío se hacía patente a cada paso que dábamos y el aire se enrarecía dificultando la respiración. Cuando paramos de caminar, me quitaron la venda, habíamos llegado al final del trayecto. Otra gruesa puerta metálica nos separaba del lugar donde iba a resolverse toda la trama. El portón chirrió al abrirse, como el de un submarino y nuestro acompañante se adelantó para encender el cuadro de luces que nos permitió ver una estancia no demasiado amplia, pero de apariencia confortable. Unos tubos fluorescentes iluminaban la sala con una intensa luz blanca que, con el blanco de las paredes, dolía a la vista. En medio había una robusta mesa de madera con unas cuantas sillas a su alrededor, que ocupaba la totalidad de la habitación.

Esposito indicó que me sentara, pero ya no podía más, tanto secretismo me incomodaba y me atreví a hablar.

—¿Dónde está Umberto?

—Todo a su tiempo, Baldi, todo a su tiempo. Ahora tengo que explicarte los pormenores de la operación. Deberás recordar cada una de las palabras que iré diciéndote. Todo debe salir a la perfección, porque cuando salgas de estos túneles estarás solo, no podrás recurrir a nadie, ni nadie te echará un cable si fracasas. ¿Lo has entendido?

—Sí. No soy ningún estúpido. Ahora quiero ver a Umberto, si no, no hay trato.

—Está bien… ¡Greco, trae al muchacho!

Aquel personaje salió de la habitación y, en escasos minutos, volvió con Umberto maniatado y con los ojos vendados. Lo sentó en una silla y yo me puse a su lado para quitarle la venda. Umberto se deslumbró por la luz excesiva y permaneció con los ojos cerrados durante unos segundos. Greco le desató las manos, sujetas con una gruesa y áspera cuerda. Cuando recobró la visión, frotándose los ojos, me reconoció de inmediato, quedándose tan impactado que apenas pudo reaccionar.

—Stefano —dijo balbuceando.

—No te preocupes. He venido para ayudarte.

—He sido tan estúpido… —me dijo casi sin fuerzas.

—¿Estás bien?

—Estoy asustado.

Umberto se echó a llorar y yo lo abracé para intentar calmarlo.

—Siento estropear una escena tan tierna, pero no tenemos mucho tiempo. Tengo que contarte los pormenores de la operación.

—Está bien, habla ya.

—Hoy mismo embarcarás en un yate que está amarrado en uno de los muelles de la *Calata della Marinella.* Nuestros hombres controlan aquella zona y ya tendrán cargado todo lo necesario. Viajarás con pasaporte falso y tu nueva identidad será Luca Montorfano, un pianista milanés de gira por Oriente Medio.

—¿Y qué se yo de mi nueva vida? ¿Cómo podré convencer a los demás si me preguntan por los detalles?

—Tienes casi una semana para inventarte algo. Seguro que serás de lo más convincente. Bien, continuemos… Atracarás en el puerto de Naqoura. Allí se encuentra la base de la fuerza de Naciones Unidas, que está comandada por el ejército italiano. *Monsieur* Katurshian se habrá encargado de contactar con los altos mandos para ofrecerles generosamente una actuación del prestigioso pianista Montorfano en honor de los soldados italianos. Ese día se habrán cursado invitaciones a miembros destacados de la población local. La zona es un feudo de Hezbollah, una de las facciones chiíes que controlan Líbano y que, en estos momentos, apoyan al gobierno de Siria. A pesar de ser considerado como un grupo terrorista, las autoridades italianas intentan guardar un precario equilibrio con sus dirigentes y no harán nada que ponga en peligro el delicado *status quo* de la zona. Contactarás con Samir Mugniyah, líder de la facción de la zona y *sheikh* de la población. Al día siguiente

invitarás a Mugniyah a tu yate y allí se formalizará la transacción de un cargamento de lanzamisiles rusos *RPG-29*.

—¿Así de sencillo? ¿Y para esto has tenido que jodernos la vida?... Cualquiera podría hacer lo que dices.

—No es tan fácil. Samir desconfía por naturaleza de los occidentales y nos desprecia de igual forma. Tu habilidad como políglota nos será muy útil para granjearte su confianza. Además, cualquier tipo de movimientos en la zona está muy controlado por los servicios secretos norteamericanos e israelíes. Solo alguien «blanco» como tú sería capaz de burlar los controles. Una vez realizada la entrega, viajarás a Beirut, te alojarás en el hotel *Phoenicia,* donde tienes firmada una semana de actuaciones y allí recibirás nuevas instrucciones. Líbano, en estos momentos, es un auténtico polvorín y Katurshian trata, por todos los medios, de tener contentas a las distintas facciones que se reparten el poder en la zona. Él es un miembro destacado de la comunidad maronita, una minoría demasiado frágil entre bandos islamistas que, a pesar de odiarse, buscan el mismo fin, islamizar el país. Su estrategia es debilitar a los distintos bandos, intentando enfrentarlos, por eso, otra parte de la entrega se hará al grupo *Fatah Al-Islam*. Éstos son palestinos, enemigos irreconciliables de *Hezbollah* y enfrentados con ellos en la actual guerra siria…

—A la vez que amasa una gran fortuna a costa de la guerra —interrumpí.

—Veo que nos vamos entendiendo.

—Los cristianos nunca han estado al margen de las luchas en la zona… —añadí—. Todavía recuerdo el papel de las milicias falangistas durante la guerra civil libanesa, por no hablar de las matanzas de Sabra y Chatila…

—Los motivos de unos y otros no son de nuestra incumbencia. Limítate a tu papel de mero intermediario. Créeme, es mejor no involucrarse demasiado. En esta lucha no hay inocentes y nosotros solo buscamos un mero interés económico. Si no lo hacemos nosotros, otros se beneficiarán, ¿entiendes?

—Está bien ¿Y qué hay de lo mío?

—¿Lo tuyo?

—Claro, mis honorarios. ¿O es que no pensáis pagarme por esto?

—Por supuesto Baldi, o debería decir Montorfano. Aquí tienes tu nuevo pasaporte, los contratos de tus actuaciones y la reserva del hotel *Phoenicia*. En este sobre hay cien mil euros en metálico y una tarjeta de crédito que no te dará problemas. No dudes en comprar voluntades si las cosas se ponen feas. Cuando completes la misión se

hará un ingreso a tu nombre en el banco *BSI* de Lugano. No hace falta que cargues con ningún equipaje, en el yate tienes de todo, también un piano. Como verás, nos hemos tomado muchas molestias.

—Ya lo veo. ¿Y si me hubiera negado?

—Nunca hemos contemplado esa opción. Como te he dicho, siempre nos aseguramos de que todo salga como lo planeamos.

—Ahora, ¿soltaréis a Umberto?

—¿Soltarlo? Desde luego. Lo vamos a «liberar» de inmediato. ¡Greco! Ya sabes lo que tienes que hacer.

Mientras metía en mi bolsillo la documentación que me habían entregado, Greco se situó detrás del muchacho y agarrándole por el pelo, lo degolló delante de mis narices. Fue todo muy rápido.

Grité desesperado mientras Esposito me retuvo. Vi caer a Umberto sobre la mesa, mientras un reguero de sangre salía de su garganta. No llegó a enterarse de nada, ni tan siquiera articuló palabra. Yo no daba crédito a lo que estaba viendo.

—¿Por qué?... ¿Para qué? —No paraba de repetir mientras caía sobre mis rodillas llorando desconsoladamente.

Estaba tan impactado que ni me di cuenta de cómo Greco sacó el cuerpo de Umberto de la habitación. Había tanta sangre que, si no hubiera sido por eso, no hubiera creído lo que había pasado, todo parecía fruto de una alucinación.

—¿Acaso pensabas que íbamos a dejarlo libre? —dijo Esposito —. Hubiera ido corriendo a contárselo a todo el mundo. Te vuelvo a repetir que nos hemos tomado muchas molestias.

—¡Hijo de puta! ¡Juro que te mataré! Esto me lo vas a pagar —le dije llorando y con toda la rabia de la que fui capaz.

—Te estabas comportando casi como un profesional, no la vayas a «cagar» ahora. Esto lo hemos hecho para que sepas que vamos en serio y que no toleraremos ninguna jugarreta por tu parte. Si quieres que esto funcione ya sabes lo que tienes que hacer, de lo contrario, otros como Umberto pueden pagar las consecuencias de tu tozudez. Creo que el hijo de Mario se iba a venir a vivir con su padre, ¿no es así?

—¡No intentes hacerles nada, «cabrón»!

—Tranquilízate… Si cumples con tu parte, todo irá bien. Cuando vuelvas de Líbano serás un hombre rico y podrás «desaparecer» con tu novio o hacer lo que quieras, pero yo estaré aquí para vigilar que todo sale según hemos acordado.

No había nada que pudiera añadir, sino acatar obedientemente el chantaje al que estaba siendo sometido.

Para salir, Esposito no puso ninguna venda sobre mis ojos, pensó que ya no hacía falta tanta precaución y nos adentramos en los túneles para salir al exterior pero, en uno de los recovecos del laberinto, creí ver algo que me resultó familiar: unos frescos romanos que todavía se podían ver en las paredes a pesar de la poca luz. Me detuve ante ellos y me quedé pensativo.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Esposito—. ¿Desde cuándo te interesan los garabatos en las paredes?

Enseguida reconocí aquellas pinturas, eran las mismas que, poco tiempo atrás, me había mostrado Mario cuando me llevó a visitar su excavación.

—Vamos, «Montorfano», nos están esperando.

Me costó reconocerme en mi nuevo apellido, pero callé y le seguí hasta que, tras varios minutos, volvimos a acceder a la calle, saliendo por aquella casa destartalada que servía como tapadera. Durante esos instantes, intenté retener en la memoria todo el recorrido que había hecho. El crimen de Umberto no podía quedar impune, pero no estaba en situación de vengarlo, sólo esperaba que la vida fuera generosa conmigo, permitiéndome volver para aplicar la única justicia posible con estos criminales: el ojo por ojo.

Capítulo 19

Al despertar en el camarote del yate, mi corazón dio un vuelco. No sabía dónde me encontraba y me levanté sobresaltado. Encendí la luz y recordé por qué estaba allí. El día anterior no quise saber nada cuando alguien de la tripulación intentó explicarme dónde estaban las cosas. Me metí en la habitación y me tomé unas pastillas para dormir, el botiquín del baño estaba bien surtido y yo deseaba huir de aquella realidad.

Dejé caer el agua de la ducha para despejarme. Sentía asco de mí mismo, pero no pude sacarme esa sensación a pesar de frotarme la piel con toda la fuerza de que fui capaz. Estaba desnudo y sin nada adecuado para subir a cubierta. No había nada que se asemejara a un armario, tan sólo una habitación presidida por una gran cama y las paredes paneladas de roble. Desconcertado, me apoyé sobre una de ellas y al notar un ruido extraño, descubrí que, tras ellos, se escondía el mayor ropero que pudiera imaginar. Había decenas de trajes, incluidos algunos de gala para las actuaciones; camisas de distintos colores y pantalones a juego, apropiados para distintos momentos. Mientras me decidía, abrió la puerta del camarote un muchacho joven de no más de veinticinco años, pelo rubio y vestido impecablemente con una especie de uniforme marinero.

—Buenos días, señor Montorfano, le traigo su desayuno.

—Discúlpeme por no estar presentable —dije sobresaltado—. Acabo de levantarme y…

—No se preocupe. ¿Quiere que le ayude a escoger algo adecuado?

Aquel chico no mostró ningún rubor al verme desnudo, simplemente se dedicó a colocar la bandeja sobre la mesa que servía de escritorio. En ella traía un zumo, una taza de café, tostadas y un platito con mantequilla y mermelada para untar. Como a él no parecía importarle mi aspecto, me senté para tomar lo que con tanta delicadeza me había traído.

—Gracias, ya elegiré alguna cosa antes de subir… —le dije, esperando que desapareciera pronto—. Por cierto, ¿cómo se llama?

—Tommaso. Seré su asistente durante todo el tiempo que dure la travesía.

—Gracias, Tommaso. ¿Puedo pedirle un favor?

—Sí, claro.

—Es la primera vez que viajo en un yate y no tengo ni idea de cómo funciona todo esto. Ni siquiera conozco a la tripulación.

—No se preocupe. Cuando se vista, le acompañaré a dar una vuelta para que se familiarice con todo.

—Por cierto, ¿cuándo zarpamos?

—¿Zarpar? Salimos ayer por la noche. Ya estamos en alta mar.

—¿Cómo?

—Seguimos el plan establecido, pensaba que estaba al corriente.

—Sí, sí, discúlpeme, creo que todavía estoy desorientado. Me tomé unas pastillas para dormir y no recuerdo gran cosa.

—Está bien, señor. Tal vez se encuentre más cómodo con una ropa informal. Si me lo permite, le sugiero estos pantalones blancos y el polo celeste para subir a cubierta —me dijo mientras descolgaba la ropa, dejándola sobre la cama—. Por cierto, la ropa interior se encuentra en los cajones del armario. Se encontrará mucho mejor con ella puesta.

Acto seguido, desapareció de la misma manera que había llegado. Su manera de hablar me resultaba un tanto impertinente, aunque no le faltaba razón. Mostrarse desnudo ante desconocidos podía resultar de lo más incómodo si no existía la complicidad suficiente y Tommaso lo había dejado meridianamente claro, por eso no lo apeé del tratamiento.

Me vestí con el atuendo seleccionado y subí a cubierta por unas majestuosas escaleras forradas con una mullida moqueta beige. Todo era lujoso en aquel barco: desde los apliques de luz a las exquisitas litografías que colgaban en las paredes de exóticas maderas. Me sorprendí de no haber reparado en ello a mi llegada, aunque mi cabeza no estaba para admirar aquella jaula de oro en la que me llevaban al matadero.

La organización me había procurado un nuevo teléfono con el que, a partir de ahora, me comunicaría con el resto del mundo, así que debía, siguiendo sus indicaciones, deshacerme del antiguo, en el que guardaba los teléfonos que mantenían a Stefano Baldi anclado a su antigua vida y comprendí que debía lanzarlo al mar. No lo pensé dos veces y al tirarlo dejé caer el único lastre que ponía en peligro todo el tinglado. Me puse unas gafas de sol y me dispuse a adoptar mi nuevo papel. No tuve que dar ni dos pasos cuando Tommaso me localizó para ponerse a mi servicio.

—Bienvenido a bordo, señor Montorfano. Si me lo permite, le acompañaré para enseñarle todo. Este barco es un megayate del modelo *Gitana,* fabricado en los astilleros *Baglietto* de Livorno. Está todo pensado para su confort y disfrute. La tripulación consta de cuatro personas: el capitán, el piloto, un cocinero y el sobrecargo, que soy yo. Es una tripulación muy reducida y todos tenemos que

ocuparnos de todo: el piloto funciona como técnico de máquinas y telecomunicaciones y entre el cocinero y yo nos encargamos del servicio y de la carga.

—¿La carga?

—Sí, señor Montorfano, la que usted mandó subir a bordo.

—Claro, claro. Creo que el mareo me está jugando malas pasadas… Por cierto, ¿conoce a un tal Esposito?

—No. ¿Debería? Usted ha alquilado el yate para que le llevemos hasta Naqoura, en Líbano, donde desembarcaremos el material sanitario y escolar donado por distintas organizaciones humanitarias para la población local y que se encuentra en la bodega. Por lo que sé, usted es un pianista que está de gira por Oriente Medio y hasta que lo desembarquemos en el puerto de Beirut, nuestra misión es hacer su travesía lo más cómoda posible.

Con toda aquella información, no me atreví a seguir preguntando. Debía adoptar una postura más verosímil, acorde con una persona superficial y olvidadiza que solo se preocupaba de sí misma.

—Está bien, está bien… No me atosigue con tanta explicación. Como comprenderá, yo no puedo ocuparme de todo, para eso tengo a gente como usted. ¿Le importaría servirme una copa de champán? El movimiento del mar me causa una terrible jaqueca y…

—Pensaba que le gustaba navegar.

—Me horroriza volar y yo no voy sin mi piano. Necesito ensayar y puede imaginar lo difícil, por no decir imposible, que es meter semejante instrumento en uno de esos horribles cacharros.

—Si es tan amable de seguirme, en la cubierta superior hay un lugar estupendo para que pueda relajarse. También hay un pequeño jacuzzi donde puede tomar el baño.

La cubierta superior era simplemente perfecta. Una pequeña pérgola cubría de la excesiva exposición al sol, un banco corrido con mullidas colchonetas y unas comodísimas hamacas que se encontraban alrededor de la mesa donde Tommaso me sirvió al instante la prometida copa de champán y unos deliciosos canapés. De improviso, apareció Vincenzo Laquinta, el regordete capitán de la embarcación. La cara de bonachón y su grueso mostacho blanco, le daban un aspecto de personaje navideño. Me agradeció que confiara en su compañía para realizar el viaje y me invitó a que accediera a la cabina de mandos cuando quisiera, incluso me dejaría guiar la nave para que experimentara el placer de manejar un «trasto» como aquel. Le pedí que me acompañara para tomar una copa, pero se excusó amablemente, aduciendo su necesidad de

estar en perfectas condiciones.

Antes de marcharse me comentó que el jueves, a media tarde, llegaríamos al puerto chipriota de Limassol, donde tendríamos que esperar instrucciones de la comandancia de Naqoura para poder atracar en el puerto. Una vez me explicó el plan de ruta, se despidió con un toque de dedos en la gorra, dejándome disfrutar de la intimidad de aquel espacio pensado para el relax.

Dudé mucho si la tripulación pertenecía o no a la organización que lideraba Katurshian, pero parecían profesionales dedicados a esto y no observé nada que me indicara lo contrario. Aquello me daba un margen de respiro y a pesar del papel que debía representar, podía permitirme algún que otro desliz sin sentirme controlado constantemente.

Cuando terminé mi aperitivo, me entraron unas ganas horrorosas de probar el burbujeante jacuzzi, que pedía a gritos sumergirse en él. Tommaso había dejado todo lo necesario para que disfrutara: una mullida toalla, unas chancletas, una gorra para que el sol no me diera de lleno en la cabeza y un bañador por si me decidía a ponérmelo. Me repelían sus formas correctas y, sobre todo, me fastidiaba su aspecto juvenil tan próximo a un muñeco *Ken*. Todo en él me parecía una tremenda impostura y no tardé en cogerle ojeriza.

Me introduje, sentándome en las profundidades de aquella bañera más parecida a una olla a punto de hervir. Cerré los ojos e intenté relajarme, pero me fue imposible. Hubiera querido no pensar, pero todavía guardaba un atisbo de conciencia, la suficiente para torturarme con preguntas del tipo: ¿Qué coño hacía allí? y ¿Por qué colaboraba con aquellos asesinos? Pensé en aquel instante que Mario, desesperado, habría llamado a Letto para descubrir que ni estaba en Capri ni había vuelto a Nápoles. Las sospechas más siniestras se confirmarían cuando descubrieran el cadáver de Umberto tirado en cualquier descampado, aunque lo más probable es que lo hubieran hecho desaparecer y ya nunca más se supiera de él. Mario acudiría a la policía, pero mi rastro se habría perdido en el momento de llegar al puerto de Nápoles. En poco tiempo formaría parte del pasado, de ese reino más cruel que la muerte que se llama olvido. La sangre de Umberto clamaba sorda y yo no podía ofrecer más que el triste papel de bufón que me tocaba representar en esta comedia.

Tras el turbado baño, me coloqué el pequeño bañador de competición y el polo azul. Me calcé las chancletas y me dediqué a descubrir los recovecos de aquella nave. La travesía era calmada y

nada me impedía adentrarme en el yate para explorarlo. Al cruzar una puerta, descubrí un maravilloso mundo de aromas expandiéndose con el vapor que salía de las humeantes ollas. Eran las cocinas, pero el aspecto del cocinero distaba mucho del de un chef refinado. Parecía un viejo lobo de mar con sus brazos tatuados y un pañuelo negro para recoger las greñas llenas de canas que luchaban por salir de él.

—Buenos días. Disculpe si le interrumpo, estaba dando una vuelta y…

—Pase, pase. Usted debe ser el «ricachón» que se pasea como un rajá en este cascarón… —me dijo en tono socarrón.

—Mi nombre es Luca Montorfano… Y sí, debo ser ese «ricachón» del que habla. Por cierto, huele de maravilla.

—Mejor sabrá. Es un *Spezzatino di vitello al vino rosso*, aunque si prefiere algo más especial...

—No, no, me chiflan los estofados. Hace mucho tiempo que no como uno. Todavía recuerdo el que preparaba mi madre.

—¿Es usted milanés? El guiso es típico de allí.

—Por eso lo digo. Cuando mi madre hacía estofado, me asomaba a su cocina para ver cómo lo hacía. Me encantaba el aroma a cebolla y laurel y sobre todo ese olor a campo cuando le añadía una ramita de romero y luego lo ponía sobre una cama de puré de patatas.

—Me alegro de que le guste. Creo que haremos buenas migas, al menos el tiempo que pase aquí. Me llamo Giacomo Rinaldi, aunque todos me conocen como «Rinuccio».

—Es un placer Rinuccio. Es agradable encontrar alguien que dice lo que piensa.

—No hace falta que diga más. Se refiere a Tommaso, ¿no? Parece que siempre esté enfadado. Le digo que se comporte de una manera más natural, que diga «mierda» varias veces al día, pero nada, no me hace caso. Es muy correcto, pero da asco.

—Dígamelo a mí. Esta mañana me ha pillado en «pelotas», recién salido de la ducha. Ni se ha inmutado, eso sí, me ha sugerido muy educadamente qué ropa tenía que ponerme por si se me ocurría salir a cubierta.

—Sí, es así, tal como lo ha descrito.

Nos reímos un buen rato a costa de Tommaso, mientras partíamos un trozo de pan recién horneado para mojar en el fondo del puchero la sabrosa salsa de verduras del guiso.

—¿Hace un buen vino para acompañar? —preguntó Rinuccio, encantado de poder compartir aquel espacio con alguien que

comprendía los verdaderos placeres de la cocina.

—Por supuesto, eso ni se pregunta.

—*Salute* —dijo mientras brindábamos.

En aquel momento entró el «estreñido» de Tommaso, pillándonos a los dos en francachela y, a tenor de su mirada, no debió de gustarle.

—Señor Montorfano, su habitación está lista. Si quiere ensayar, el piano se encuentra en el salón. No le molestaremos hasta la hora de comer.

—Gracias, Tommaso, es usted muy eficiente. Veo que no tengo más remedio que retirarme a mis aposentos. Gracias por el vino, Rinuccio.

Bajé hasta el salón, que estaba abierto de par en par. Al fondo, pegado a una chimenea simulada, estaba un fabuloso piano de media cola dispuesto para ser tocado. Cambié el bañador por una ropa más adecuada para sentarme ante el instrumento y cerré las puertas; quería estar solo con mi música. Era el único espacio que me pertenecía. Ante el piano seguía siendo Stefano Baldi y no aquel impostor en el que me había convertido. La música hablaría por mí cuando mi boca callara o tuviera que mentir para salir airoso, por eso debía entregarme al ensayo y sacar lo mejor de mí mismo. Sería la música de Baldi la que se escuchara, luego, entre bambalinas, Montorfano ocuparía su lugar para ser el vendedor de muerte en aquel mercado de odio.

El día pasó entre ensayos y momentos de descanso para estirar las piernas, que aproveché para subir a cubierta y fumar algún cigarrillo mientras contemplaba aquella extensión de agua que no tenía fin. Adoraba el mar pero, sin ninguna referencia, consiguió agobiarme lo suficiente para que dejara de interesarme.

Se acercaba la hora de cenar y no me apetecía, como en el almuerzo, tener que hacerlo solo, pero me presté al juego y seguí encerrado en aquella especie de torre de marfil donde solo entraba Tommaso que, más que ayudarme, me provocaba desazón.

Antes de dormir, salí por última vez a cubierta para fumar. No se oían ruidos y me di una vuelta por el yate aprovechando la oscuridad, pero no estaba solo. La silueta recortada de Rinuccio, sobre la cubierta superior, me hizo acercarme hasta allí. Era la única persona con la que me apetecía hablar. Estaba bebiendo una cerveza mientras, con la otra mano, se acercaba a la boca un porro de marihuana que perfumaba con su inconfundible olor los alrededores del *deck*.

—Buenas noches. —le dije—. No creo que a tu compañero le

hiciera mucha gracia verte fumando uno de estos…

—Hola, Montorfano. ¿Quiere una calada?

—No gracias, aunque tal vez me ayudara a dormir mejor.

—Pruébelo. Esto no es como esa mierda del tabaco. La marihuana relaja, me ayuda a pensar.

Le di una calada y me senté a su lado para esperar a que surtiera el efecto prometido.

—Qué, ¿le gusta?

—Por favor, tutéame. No está mal, pero creo que no voy a darle otra calada. No me gustaría que tuviera que venir Tommaso para ayudarme a bajar hasta el camarote.

—¡Menudo imbécil! Cualquier día lo tiro por la borda o hago un guiso con él. Me tiene hasta las pelotas.

—Venga, Rinuccio. Habrá que darle un margen. Tal vez, con los años, se dé cuenta de lo estúpido que es.

—Es tonto del culo y ni siquiera lo sabe. Le haría falta la mitad de mi vida para entender algo de la suya.

—Por lo que se ve, tienes mucho corrido, ¿no?

—Ya he perdido la cuenta. Menos dinero, he hecho de todo y ahora, ya me ves, de cocinero para gente que no sabe en qué gastar el dinero.

—Sí, como yo.

—No quería ofenderte. La verdad es que no eres como otros «memos» que hemos llevado en este barco. Me caes bien, tienes un no sé qué que me gusta.

—Gracias. Tú también me caes bien. Pero dime, aparte de este trabajo que se te da tan bien, ¿cómo ha sido tu vida?

—Nací en Ferrara. Allí aprendí la mayor parte de lo que sé de cocina. Mis padres tenían un pequeño *pastificio* y con el tiempo monté una Osteria que me daba lo suficiente para vivir y mantener a mi familia. Un buen día mi mujer me dejó, pero se quedó con todo: la casa, mis hijos y el restaurante y yo me marche a Milán. Por supuesto, no le pasé ni una lira a esa «golfa», que pronto se lio con un tipo de Bolonia, mucho más guapo e interesante que yo, así que perdí todo contacto con lo que quedó de mi familia. Trabajé como cocinero en distintos sitios, incluso en un hotel de cuatro estrellas, pero me cansé de andar entre fogones; no sabes lo cansado que resulta comenzar de nuevo a cierta edad y sin ilusión. Me marché a Génova y allí me enrolé en un mercante. Me apetecía conocer mundo, además, nadie esperaba mi regreso. Estuve así durante mucho tiempo. Recorrí Indonesia, Malasia, Filipinas y casi todo el sudeste asiático… Allí tenía mucho éxito entre las

«chinitas», que decían que la tenía muy larga y se volvían locas por acostarse conmigo. Bien es verdad que se hubieran acostado con cualquiera que les hubiera pagado, pero a mí no me importaba. Follaba, bebía y pude disfrutar de sitios que muy pocos han visitado.

—Suena bien. Parece sacado de una buena novela.

—No fue todo tan bonito. En esos países todo funcionaba a base de contrabando y los «chinos» están locos. Tienen muy mala baba y por menos de un céntimo te metían una bala entre los ojos. Los tatuajes que ves en mis brazos me los hice allí, infundían respeto y hacían que me vieran como un tipo duro sin miedo a nada. Estuve a punto de casarme con una filipina que se llamaba Erlinda y era la hija del cacique de una pequeña aldea de la península de Zamboanga, en Mindanao. En unos enfrentamientos con el *Frente Moro,* murió mucha gente del poblado, entre ellos Erlinda, desde entonces no puedo ver a los musulmanes. Desengañado, regresé a Italia y encontré este trabajo, menos arriesgado y mejor pagado.

—Vaya. Se nota que has vivido intensamente.

—Pero a ti te ha ido mejor, ¿no? Cuéntame, ¿cómo hiciste tu primer millón?

—La verdad es que no me puedo quejar. Mi vida no ha sido tan azarosa como la tuya y puedo decir que he sido afortunado. Nací en un hogar de clase media. Vivíamos en Milán, en *Porta Ticinese*, muy cerca de los *Navigli*. Estudié piano en el Conservatorio Giuseppe Verdi. Mi padre decía que tenía mucho talento y siempre me animó a continuar. Era hijo único y supongo que eso me condicionó bastante. Recibí excesivos mimos y crecí en un ambiente sobreprotegido. Luego intenté rebelarme y me fui al extranjero. Estuve en Berlín, Viena y París, eso me dio una perspectiva diferente de la vida y me ayudó a madurar como músico. Luego vinieron los triunfos y la fama.

—¿Y de tías qué? Un tipo tan guapo como tú y con tanta «pasta», no me digas que no ligabas. Con dinero, hasta el más feo toca «cacho», dímelo a mí.

—La verdad es que no he tenido demasiado tiempo para eso.

—Tonterías. Las mujeres acuden al olor del dinero, es automático y no hace falta ir a buscarlas. Bueno, a no ser que te guste otra cosa…

—¿El qué?

—¡Los tíos, «coño»! Lo mismo te pone un buen «maromo»… En el mundo del artisteo hay mucho gay, como dicen ahora.

—¿Pero qué dices? ¿Estás loco?

—Pero si no pasa nada. Yo, sin ir más lejos, he tenido alguna que otra experiencia. Ya sabes, en las largas travesías, con barcos repletos de tíos jóvenes y «salidos» es lo más normal. Hay que desahogarse y si no tienes un buen «chochete» a mano… Eso sí, ya que te lo haces con un tío, por lo menos que la tengan bien larga, ¿no?

Al final me eché a reír. Rinuccio era un tipo muy agradable y con un fino sentido del humor. Era casi imposible no caer rendido ante él y tuve que confesarme.

—Sí, Rinuccio, me van los tíos y, como tú dices, mejor que la tengan larga y bien gorda.

—¡Este es mi Luca!... Anda, dale otra calada al porro y tómate una cerveza. Invita la casa.

Le di la última chupada a aquel canuto y por poco me quemo la boca, luego bebí un buen trago de cerveza que acabó por aflojarme las piernas. Estaba deliciosamente mareado y excesivamente locuaz para lo que yo hubiera querido. Rinuccio fue indagando más sobre mi vida. A pesar de su aspecto duro, no dejaba de ser una «portera» cotilleando a través del visillo.

—Entonces, ¿habrás tenido algún novio?

—No hace mucho encontré al que creía el hombre de mi vida, pero no salió bien.

—¿Te hizo una jugarreta?

—No, qué va. Era arqueólogo y lo conocí por casualidad en un hotel de Nápoles. Nos enamoramos. Todo parecía perfecto, hasta que un día tuvo noticias de que su hijo pretendía vivir con él. No tenía elección.

—Tíos, tías… ¿Qué más da? Siempre es igual. Cuando se mete por el medio uno de esos «cabroncetes» se jode la historia. Ya ni los «maricones» están tranquilos… ¡Menuda fiebre le ha dado a todo el mundo con tener hijos! ¡Con lo bien que se está libre!

—Bueno, creo que ya he hablado más de la cuenta… Será mejor que me marche a dormir. Espero que repitamos otra vez, lo he pasado muy bien.

—Yo también. Y tranquilo, esta conversación no saldrá nunca de aquí.

—Gracias, Rinuccio. Eres un buen tío.

—Que descanses, Luca.

Los porros comenzaron a hacer su efecto y me sumieron en un plácido estado de tranquilidad, como si estuviera en un limbo que impedía que otros pensamientos más turbadores pudieran entrar subrepticiamente en mi mente. Me quité la ropa y dejé uno de los

ojos de buey abiertos para que el frescor de la noche corriera a través de él.

Capítulo 20

Subí hasta la cubierta más alta, donde podía disfrutar de mayor intimidad. Tommaso hizo lo imposible por localizarme, realizando un estrecho marcaje que me hacía sentir incómodo.

—Hola, Tommaso. Me preguntaba dónde te habrías metido.

—Disculpe, he venido de inmediato.

—No te gusto, ¿verdad? —le pregunté.

—No me pagan para que me gusten las personas. Me limito a ser correcto y satisfacer sus deseos.

—No es tarea fácil… ¿No sería mejor intentar llevarse un poco mejor con los clientes? A fin de cuentas tenemos que pasar muchas horas aquí. Comprende que resulta difícil disfrutar de un viaje tan largo con alguien que solo se comporta «correctamente»… Tommaso, ¿por qué no te subes una botella de champán y dos copas?

Tommaso no me contestó, bajó complaciente, como siempre, y al cabo de unos minutos trajo la cubitera con las copas.

—Ahora sirve el champán.

El sobrecargo lo hizo sin rechistar y me acercó una de las copas.

—Te he hecho traer la otra copa para que te la tomes conmigo.

—Disculpe, estoy de servicio.

—No seas ridículo. Solo se trata de una copa, no puede hacerte ningún daño. Además, me has dicho que estás para complacerme y me apetece que te la tomes conmigo.

Tommaso cogió la copa, pero no se atrevió a beber.

—Venga, no seas tímido, no voy a hacerte nada. Solo espero que pases un rato agradable, que te relajes y que te comportes de una manera natural.

Por fin se decidió a acercarse la copa a los labios y se forzó a beber un trago.

—¿Qué? ¿Está bueno? —le pregunté para que se animara a seguir la conversación.

—Sí. Está realmente bueno…

—Venga, siéntate conmigo y dime ¿qué planes de futuro tienes? ¿Qué esperas hacer en la vida? Eres muy joven y creo que tienes cualidades suficientes para desenvolverte donde quieras.

—No sé, no lo había pensado. Este trabajo me gusta. Se gana bastante y puedo viajar a sitios que de otra manera no podría.

—Vamos, sé sincero. Está claro que no soportas a la gente que tienes que servir. ¿Por qué no disfrutas con tu trabajo?

—No me gusta sacar a relucir mi vida, prefiero que quede al

margen de mi trabajo.

—Hagamos una cosa. ¿Por qué no me tuteas? Quizá así te sea más fácil poder relacionarte conmigo.

—Disculpe, pero no sé si podré…

—Tonterías. Me has visto en «pelotas», ¿qué mayor intimidad que esa? Venga, prueba. Tal vez te sea más fácil de lo que piensas.

—Está bien. Ya que me das esta oportunidad, quiero que me contestes a una pregunta… ¿Estás intentando insinuarte?

—¿Insinuarme?... ¿Pero qué dices?

—No sé. Lo del otro día, cuando me recibiste desnudo en la habitación… Ahora con las copas de champán…

—Si ese es tu temor, puedes estar tranquilo. No me apetece tener ningún «rollo» contigo pero, si has sacado esta conclusión, es porque te ha pasado esto antes, ¿no?

—Sí, no es la primera vez.

—Lo siento y te prometo que intentaré hacerte la travesía lo más sencilla posible. No quiero que te sientas incómodo conmigo.

Una vez terminó la copa, Tommaso se excusó. Comprendí que aquella primera conversación ya no daba más de sí. Me sentía satisfecho intentando reconducir la relación en beneficio de los momentos que estábamos obligados a compartir en aquel cascarón.

Hasta nuestra llegada a Limassol, el viaje transcurrió en un ambiente menos crispado y pude dedicarme con mayor entusiasmo al piano. Raras veces abandoné el interior del camarote, excepto por las noches. Rinuccio y yo establecimos un pacto para vernos a escondidas, compartiendo cervezas y buenos momentos de conversación entre colegas.

El día que el capitán anunció que lo que se adivinaba a lo lejos eran las costas chipriotas, mi corazón dio un vuelco. Se había cursado solicitud a la base para atracar en Naqoura, notificando por fax los datos de la carga que estaba destinada a la ayuda humanitaria. El momento era complicado, sobre todo cuando se envió copia de mi pasaporte falsificado. Yo, en mi ignorancia, jamás sospeché que fuera tan fácil poder burlar los controles militares, pero una buena labor por parte de los hombres de Katurshian me brindó la posibilidad de franquear las trabas burocráticas con éxito. En ese momento fui consciente de que no estaba tratando con delincuentes aficionados. Los trámites eran relativamente sencillos, pero era práctica común retrasar un par de días la respuesta, impidiendo que muchos atracasen antes de recibir el correspondiente permiso. De paso, les daba tiempo a organizar el registro de naves y personas, evitando pasar por alto cualquier

pequeño detalle. Ese era el aspecto que más me preocupaba; no me quedó lo suficientemente claro cuando me encomendaron la misión.

Todavía me quedaban un par de días por delante y no tenía ni idea de lo que se podría hacer en una ciudad como Limassol. Esperaba que, en esta ocasión, Tommaso me ayudara a organizar una estancia más provechosa. Me armé de valor y cuando localicé a Tommaso por una de las cubiertas, le invité a bajar a mi camarote para pedirle el favor.

—Dígame, señor Montorfano.

—No sé por dónde empezar. Esto resulta un tanto embarazoso para mí… Me apetecería visitar Limassol, pero en un plan un poco más privado. Ir a sitios donde conocer gente ¿entiendes?

—Creo que sí. Vamos, que quiere que le averigüe algunos sitios donde «ligar». Y ya me imagino qué clase de sitios le gustaría frecuentar… Deme un poco de tiempo y le haré un listado.

—Gracias, Tommaso.

—¿Necesita que le acompañe?

—Imagino que podré encontrar esos sitios solo. Además, no me gustaría ponerte en una situación incómoda.

—Podría llevarle y, a una hora indicada, recogerle…

—Está bien. Ahora, consígueme esa lista.

Reconozco que, cuando se marchó Tommaso, sentí vergüenza de mí mismo. Me había comportado como si necesitara «desahogarme» desesperadamente, pero era la pura verdad. Una vez atracamos en el puerto viejo de Limassol, me vestí desenfadadamente y bajé del barco. No había andado ni dos metros, cuando Tommaso me llamó desde el barco, haciéndome señas con un papel en la mano; era la información que estaba esperando.

—Siento haber tardado tanto —se disculpó—. Menos mal que le he encontrado a tiempo.

—Gracias, pero soy yo el que no tiene espera. Ya me iba para encontrar un sitio donde comer.

—También le he puesto una lista de restaurantes donde sirven comida típica.

—Perfecto, es justo lo que necesitaba… Por cierto, ¿por qué no te vienes conmigo? Seguro que lo pasaremos bien. Siempre tengo que comer solo y me apetece tener buena compañía.

—Será mejor que me quede...

—Venga, deja por un momento las obligaciones. Soy tu jefe, ¿no?, pues te necesito. No te preocupes, solo iremos a comer. Lo «otro» lo dejo para luego.

—Está bien, supongo que podré tomarme un rato libre.

Estaba contentísimo. Yo era una persona muy sociable y necesitaba hablar más que comer. Tommaso parecía enterado de por dónde moverse y deduje que no sería la primera vez que había estado allí, ya que no consultó el mapa en ningún momento, moviéndose como pez en el agua por las intrincadas calles del centro histórico. Mientras andábamos, me comentó que había una taberna que tenía fama de servir los mejores platos chipriotas y no se me ocurrió preguntarle por ninguno más.

Tommaso era más bien parco en palabras e intenté forzar una conversación, pero era prácticamente imposible que articulara más de tres o cuatro palabras seguidas sin que yo tuviera que hacerle una nueva pregunta. Esperaba que, cuando nos sentáramos alrededor de una buena copa de vino, su lengua se soltara y se sincerara conmigo.

Por fin llegamos al *Meze*. Era un lugar animado y estaba repleto de gente dispuesta a dar buena cuenta de un menú que, por lo que se veía, tenía una pinta estupenda. Tommaso pidió una mesa para dos. Cuando nos dieron la carta, tuvo que ser él el que la interpretara para mí; el inglés no era mi fuerte y el galimatías del alfabeto griego me parecía indescifrable.

Tommaso ordenó el menú. Empezamos con un mix de entremeses típicos que jamás había que dejar de pedir, una verdadera delicia. Luego perdí la cuenta de la cantidad de cosas que sirvieron: el *tzatziki*, una ensalada de queso y pepino; la *moukentra*, berenjenas guisadas con ajo y tomate, lentejas con arroz y cebolla y un *stifado*, buey con cebollas, aceitunas negras y verdes y todo regado con abundante vino tinto. Para poder tragar toda aquella comida, pedimos un vino de la zona. Cuando había algo sobre la mesa que realmente me gustaba, mis modales dejaban mucho que desear y noté, sin poder hacer nada por evitarlo, que Tommaso se dio cuenta de que detrás de mi fingida sofisticación, se escondía un auténtico paleto.

—¿Qué te hace tanta gracia? —le pregunté sorprendido, al mostrarse, por primera vez, sonriente conmigo.

—Tendrás mucho dinero, pero eres un verdadero desastre.

—¿En qué lo has notado? —le dije mientras intentaba recoger los restos de una berenjena que había caído encima de la mesa.

Por fin había conseguido que el estirado de Tommaso se relajara, aunque fuera a costa de hacer el payaso involuntariamente.

—Dime una cosa… ¿De dónde eres? —le pregunté—. No, no me lo digas, a ver si lo adivino. Eres del norte… Apostaría que, por tu

carácter tan serio, eres piamontés.

—Frío, frío…

—Con una mente cuadriculada como la tuya, tal vez seas de Alto Adige.

—¿Tan alemán me ves?... Casi aciertas, pero soy de Verona.

—Verona... Una ciudad impresionante.

—¿La conoces?

—Por supuesto. Nunca me pierdo su festival de ópera. Incluso una vez actué en una de sus galas.

—¿Cómo solista?

—No. Formaba parte de la orquesta. Fue en los comienzos de mi carrera.

—Eres muy joven. Tienes que ser un fuera de serie para haber llegado tan alto con tu edad.

—Gracias. Simplemente he tenido mucha suerte… ¿Y tú? ¿No tienes ninguna afición a parte de tu trabajo?

—La verdad es que no tengo demasiado tiempo libre. Tal vez si tuviera otro tipo de trabajo, podría interesarme por otras cosas.

—¿Tienes novia?

—La tuve, pero me ha sido imposible conservarla.

—Es natural. Las mujeres siempre esperan tener una estabilidad, una residencia fija y a su pareja lo más cerca posible.

—Cuando mis padres se separaron, me fui a vivir con mi padre a Génova. Él era marino mercante y yo comencé a estudiar arte en la universidad. La situación era perfecta, con libertad para hacer lo que quisiera, pues pasaba la mayor parte del tiempo solo. Mi madre se quedó en Verona, en la casa familiar, pero su actitud controladora me resultaba agobiante. De ella aprendí los buenos modales y una actitud asertiva que me ha granjeado no pocos malentendidos, pues todo el mundo lo confunde con la mala educación.

—Ya se nota…

—Terminé mis estudios a trancas y barrancas, más pendiente de las chicas que de los libros y al final me encontré sin oficio ni beneficio. No me faltaba el dinero, pero iba de cabeza a un camino que no me iba a traer nada bueno. Mis padres consultaron entre ellos y pronto se impuso el capitán, que me echó un sermón de los que hacen época. Mi padre me buscó este trabajo pensando que lo desempeñaría a las mil maravillas... No me disgusta, pero tengo otras aspiraciones. Como verás, mi vida no es para echar cohetes. A ciertas personas puede que les deslumbre, pero a una persona como tú, acostumbrada a moverse por todo el mundo, puede parecerle de

lo más aburrido.

—No creas… Si no llegas a acompañarme hoy, me hubiera perdido en una ciudad como esta. Ha sido toda una suerte tener a una persona como tú para ayudarme.

—¿Y qué pasa con tus ligues? Te he preparado una lista de lo más completa.

—Mentiría si dijera que no tengo verdadera necesidad… Me imagino que eso también te ocurrirá a ti. ¿Cómo lo solucionas?

—Me da un poco de vergüenza hablar de ello, pero supongo que como todo el mundo que está solo. Siempre que tenemos la noche libre, salgo a alguna discoteca, pero no veas lo complicado que es conocer a una chica sin poder llevártela a tu casa porque, en mi caso, la casa es el barco y no puedo hacerlo.

—Sí, lo tienes difícil.

—¿Y tú? ¿Has tenido pareja?

—Sí. Se llamaba Mario y era arqueólogo. Fui muy feliz con él.

—¿De Nápoles?

—¿Cómo lo sabes?

—No sé, simplemente lo he deducido. Como subiste allí.

—Sí. Era un napolitano guapo. Un poco mayor que yo, pero a mí me gustan más bien maduritos.

—¿Por qué se terminó?

—Digamos que fueron las circunstancias las que nos obligaron a separarnos.

—Lo siento. A veces un hijo puede interferir en la relación.

—¿Cómo sabes que tenía un hijo? —le pregunté estupefacto cuando mencionó aquello.

—Yo… no sé… —contestó nervioso—. Al sugerir que otras personas tuvieron algo que ver con la separación, me imaginé que…

—Veo que tienes demasiada imaginación. Nadie sabría algo así si no conociera a Mario.

—Discúlpame. Creo que he dicho una inconveniencia.

—No. En realidad, creo que te has delatado. Sabes demasiado y por eso querías guardar las distancias. Sospechaba que en este viaje no iba a estar solo, pero nunca hubiera imaginado que fueras tú el tipo que me controlara.

—Está bien, tienes razón. Me han asignado la misión de vigilarte para que todo llegue a buen término. Reconozco que hasta ahora has interiorizado muy bien tu papel y que todo estaba transcurriendo según el plan. El problema es que eres impredecible y la organización quería asegurarse de que no la cagaras.

—Eres un cerdo. No eres mucho mejor que el hijo de puta que

me metió en esto. Me imagino que también será mentira toda la historia que me acabas de contar.

—La mayor parte es verdad. Lo único que me he reservado es que, por encima de todo, lo que me gusta es el dinero y trabajando honradamente jamás llegaré a conseguir lo que quiero.

—Espero que valga la pena, para tirar tu vida por la borda. Me das mucha pena.

—Lo siento. Empezaba a divertirme contigo. Si te sirve de consuelo, te diré que eres la mejor persona a la que he tenido que «servir». No eres mal tipo, pero me temo que tendremos que terminar esta misión de la mejor manera posible; ambos nos jugamos mucho… Será mejor que me marche, en estos momentos, no creo que tengas muchas ganas de estar a mi lado.

Tommaso se marchó dejándome perplejo. Mi ánimo estaba por los suelos, sobre todo al ver que la maldad podía tener la cara más amable y cándida. La vida me la había vuelto a jugar. Necesitaba reaccionar de alguna manera y pedí una copa para animarme. Cuando saqué mi billetera para pagar, cayó al suelo el papel donde estaban anotados los lugares poco recomendables que quería visitar. Uno de los camareros lo recogió del suelo y, sin poder evitarlo, leyó de pasada su contenido.

—Disculpe, señor. Se le ha caído este papel.

—Gracias. ¿Sería tan amable de traerme la cuenta?

—Enseguida se la traigo.

Al cabo de unos minutos, regresó con una pequeña carpetilla en cuyo interior se encontraba la cuenta detallada. No había sido muy caro y le dejé una buena propina.

—Gracias, caballero. Es usted muy generoso. ¿Le gustaría tomar un licor? Invita la casa.

—Está bien. Tráigame una copita.

Al momento me trajo el tradicional *Ouzo*. Mientras me lo servía, el camarero se atrevió a decirme algo.

—Le recomiendo la *Thermos Spa*…

—¿Qué? —pregunté sorprendido.

—La sauna… La tenía apuntada en el papel que se le cayó. Disculpe, no pude evitar leer lo que ponía.

Yo me quedé estupefacto sin saber qué decir, preso de la vergüenza. El camarero se dio cuenta y me sirvió otra copita de *Ouzo*. No me atrevía a mirarlo, pero él continuó hablándome.

—No se preocupe, son unas instalaciones magníficas. No es ningún lugar sórdido.

—Entonces, ¿tú las frecuentas? —le pregunté.

—Alguna que otra vez… Mi nombre es Nikolaos, Niko para los amigos.

En aquel momento me fijé en él. Llevaba una barba excesivamente poblada, que me recordaba a los mendigos, a pesar de que estuviera tan de moda. Su pelo era rizado y lo tenía alborotado, casi cardado, dándole un aspecto cuidadamente descuidado. Cuando atiné a ver más allá de los pelos, descubrí unos preciosos ojos verdes y una sonrisa agradable y limpia. No tendría más de veinticinco años, pero aquel gusto excesivo por el pelo le confería un aspecto más maduro que no me desagradaba.

—Me llamo Luca Montorfano —le dije para presentarme.

—¡Spaghetti!... Vienen muchos italianos por aquí. Me encanta Italia. El año pasado estuve en Sicilia… *Molto bella!*

—Lo celebro.

—¿Pasará mucho días aquí?

—Desgraciadamente no. En dos días me marcho.

—Lástima.

—Bueno, ahora tengo que irme, seguiré tus sugerencias.

—Está en el 13 de *Agios Georgiou Street*… Será mejor que tome un taxi, está un poco lejos.

—Gracias, Niko… Hasta la vista.

Por la manera de mirarnos se notaba que nos gustábamos (él estuvo quieto sin moverse, observándome mientras salía y yo me giré varias veces, incrédulo por aquel encuentro). No sabía qué hacer, pues una oportunidad como aquella no se presentaba todos los días, pero mis pies respondían por mí y me alejaron de aquel restaurante.

Anduve sin rumbo fijo por unos estrechos callejones. Estaba un poco aturdido y en mi cabeza se acumulaban excesivos conflictos que me impedían pensar con orden. Habían sucedido demasiadas cosas desde que atracamos en Limassol y era incapaz de procesarlo todo, así que me decidí a tomar un taxi y desplazarme hasta aquella sauna que tan amablemente me había recomendado el camarero.

—Agios Georgiou… ¿Allí no hay una sauna de esas? —dijo el taxista cuando le enseñé la dirección.

—Precisamente voy allí… ¿Tiene algún problema?

El taxista ya no osó abrir la boca hasta que me dejó en la misma puerta de la *Thermos*.

El local no destacaba del resto de la calle. Solo el rótulo envuelto en una greca indicaba que había llegado. Tal como me sugirió Niko, el sitio no parecía sórdido. Frente a la puerta estaba el mostrador de la recepción, una ventana abierta en mitad de

impolutas paredes con el nombre del local escrito sobre ella y flanqueada por un póster de un chulazo de torso tableado y las normas de la casa enmarcadas como si fueran un diploma. Me acerqué hasta un hombre de mediana edad con aspecto de turco: tez oscura y un gran mostacho que tapaba su boca. Me atendió con suma amabilidad, intentando hacerme entender, en un batiburrillo de lenguas, las normativas de la casa. Lo importante era la llave de la taquilla para dejar la ropa y el resto ya lo descubriría por mi cuenta. Con la llave me entregó una toalla grande y otra de mano mucho más pequeña, unas chancletas envueltas en un plástico protector, indicándome por señas el pasillo que debía recorrer hasta llegar al vestuario. Aboné los treinta euros, que incluían una consumición en la cafetería y me dispuse a iniciar mi tour sexual.

Mientras me desnudaba, colocando cuidadosamente mi ropa en la estrecha taquilla, oí una suave música de fondo que salía de los altavoces integrados en el techo. Había una climatización perfecta, que hacía agradable moverse desnudo por el local, pero me coloqué la toalla en la cintura para empezar el recorrido. No sabía de cuántas «atracciones» constaba aquel parque temático, pero todo consistía en abrir puertas y ver qué especialidades se ofrecían tras ellas.

Todavía no había visto ni un alma cuando entré en la sauna finlandesa. No soportaba el calor, pero era mejor empezar el recorrido por algo ya conocido. Cuando entré, saludé a mis compañeros de cabina, que se sentaron para hacerme hueco. La situación era un poco embarazosa, a fin de cuentas aquello no era un club social y aquí se venía a «lo que se venía», pero no podía soportar la mirada de aquellos tíos que se me comían con la vista. Tras un tiempo prudencial, me fui de cabeza a las duchas para refrescarme. Me sequé con la toalla y con ella al hombro me di una vuelta por las otras instalaciones. Me asomé a la sala de televisión y vi un grupo numeroso hablando ruidosamente mientras se entretenían, cerveza en mano, con una película que, por lo que pude ver, les estaba poniendo «cachondos». Después de aquella sala, el pasillo se alargaba con una serie de cabinas a ambos lados, que desembocaba en una zona cuya función quedaba bien a las claras; era el Cuarto Oscuro. Solo asomé la cabeza y sentí la presencia de bastantes personas jadeando. Se podía intuir que, arrimados a las paredes, aquellos hombres dejaban un pasillo para que el que pasara solo tuviera que alargar la mano y tomar lo que le apeteciese sin el engorroso trámite de tener que presentarse. Estaba dispuesto a entrar para tener una excitante experiencia, cuando oí a mis

espaldas la entrada de una remesa de «carne fresca».

—¿Luca?... —dijo Niko, el camarero del *Meze*.

—Pensaba que no volvería a verte —le dije sorprendido—. Te has dado mucha prisa en recoger el restaurante y llegar hasta aquí.

—El local es de mis padres y simplemente les he dicho que tenía una cita.

Desde que lo vi, mi vista no pudo apartarse de su cuerpo. Hubiera preferido descubrirlo poco a poco, en un momento de intimidad, pero aquel lugar era tan directo, que no había que esforzarse demasiado para lanzarse al grano. Cuando se cansó de ser observado, tiró de mi brazo y me condujo a una de las cabinas.

—Ya está bien de mirar, *Spaghetti* —me dijo—. Ahora quiero que me demuestres lo que sabes hacer.

Niko me rodeó con sus brazos, besándome apasionadamente. Nos echamos sobre la colchoneta y empezamos a jugar. Cuando terminamos, desaparecido el tabú del sexo, pudimos dedicarle tiempo a conocernos. Le invité a una copa y comenzamos a intimar.

—Eres bueno, *Spaghetti*… Se nota que tienes experiencia en estos ambientes.

—Te vas a reír, pero es la primera vez que piso un antro de estos. Lo que pasa es que he tenido un buen instructor.

—¿Un novio?... ¿Por qué no te lo has traído? Si es como dices, se lo hubiera pasado de maravilla con nosotros.

—Ya no estoy con él.

—Lástima. Yo, en cambio, nunca he tenido. Por lo que veo, las relaciones siempre acaban igual. Al final la gente se cansa, necesitan una polla nueva y luego vienen los celos.

—No es eso lo que nos pasó, pero es una historia muy larga y no me apetece hablar de ello… Bueno, Niko, cuéntame cosas de ti.

—Vale… Tengo veintisiete años y no quise seguir estudiando, así que empecé muy pronto a trabajar con mis padres en el restaurante familiar. Vivo con ellos, aunque tengo un pequeño apartamento que utilizo los fines de semana para vivir mis pequeñas aventuras, ya sabes… Ahora te toca a ti.

—Yo soy pianista y estoy de gira. Mañana tengo que marcharme a Líbano para recorrer varias ciudades y…

—¡Un pianista! Nunca había estado con uno. ¿Y eres importante? Me refiero a si tienes discos y esas cosas.

—Los pianistas no solemos grabar discos y no tengo tanta fama como los cantantes de moda. Yo me muevo en otro tipo de circuitos más clásicos, de aforo limitado, pero toco todos los palos, de hecho, voy a la base militar de Naqoura para ofrecer un concierto a los

soldados.

—Umm… A mí me pondría estar delante de toda esa tropa, con sus uniformes… Me los «tiraría» a todos.

—No son soldados de pega, de los que salen en las películas. Estos son de verdad, de los que pegan tiros.

—¿Te puedo acompañar?

—No me importaría llevarte en mi barco si solo fuera de recreo, pero va a ser imposible; está todo muy controlado.

—¿Tienes un barco? Entonces eres un tío con «pasta». Ya me gustabas *Spaghetti*, pero ahora todavía más.

—Niko, por favor… ¿Cómo puedes ser tan superficial con lo estupendo que eres? Toda esa pose insustancial no es más que una fachada que no te pega.

—¿Tanto se me nota? En realidad me divierte mucho comportarme así, aunque la «pluma» solo la saco cuando vengo por estos sitios. En el restaurante soy más formal, ya me viste, pero tú resultaste facilón. Cuando se te cayó la hoja donde tenías apuntados los «garitos», me pareciste un tipo que iba pidiendo guerra.

—Eso es verdad, necesitaba desahogarme, pero doy gracias por haberte encontrado a ti.

—Luca… ¿Quieres quedarte esta noche en mi casa?

—¿Estás seguro? Mira que, si decido quedarme, no te librarás de mí tan fácilmente.

—No creo que dejaras tirados a tus soldaditos del Líbano… No sé, me apetece estar contigo, a solas. Creo que, aparte de pianista, eres un poco psicólogo y ves más allá de las apariencias.

—¿No tienes que volver al restaurante? —le pregunté mientras meditaba la respuesta.

—No. Hoy me he tomado el día libre, privilegios de ser el dueño... Bueno, tal vez me acerque, pero solo para coger algo de cena para esta noche. ¿Para qué voy a cocinar teniendo la mejor comida de todo Limassol? ¿Te apuntas?

—Me encantaría probar esa cena contigo.

La elección estaba hecha pero, al margen de los encantos de Niko, que eran muchos, había otra razón de peso para que aplazara mi regreso al yate. No tenía las más mínimas ganas de ver a Tommaso. Aquella noche, con mi joven amigo chipriota, sería un bálsamo de libertad que me permitiría recuperarme.

Una vez apurada la copa, poco más podíamos hacer allí, así que nos vestimos y salimos. Niko había traído su coche y con él nos trasladamos hasta su casa, un pequeño pero acogedor apartamento del centro, en un edificio antiguo.

—Luca, si me disculpas, me voy a acercar hasta el restaurante para traer la cena. ¿Quieres algo en especial?

—Sorpréndeme. No tengo ni idea y por lo que he probado este mediodía, creo que me gustará todo.

—No te me vayas a escapar, ¿eh?

—No tenía intención, puedes estar tranquilo. Cuando vuelvas seguiré aquí. No me perdería esta cena.

En aquel momento sonó mi teléfono. Era la primera vez que recibía una llamada desde que me lo endosaron y mi agenda no recogía ningún nombre.

—¿Diga? —contesté imaginando de quién partía la llamada.

—Baldi. ¿Se encuentra bien?

—Tommaso… Me preguntaba cuánto tardaría en llamarme. Por cierto, veo que ya prescinde de mi nombre ficticio y eso que empezaba a sentirme cómodo con él. Me imagino que querrá saber dónde estoy, pero no le voy a dar ese gusto. Tendrá que esperar hasta mañana… Le prometo que seré puntual.

—Más le vale. Acabamos de recibir el *placet* de Naqoura. Partimos a las dos de la tarde, justo después de comer.

—Allí estaré… Ahora, deje de tocar las «pelotas» y váyase a dormir —le colgué contrariado.

No transcurrió demasiado tiempo hasta que Niko volvió cargado con tres fiambreras y un par de botellas de vino. Cuando dio a la comida un simple golpe de calor en el horno, la casa se llenó de múltiples aromas, todos ellos perfectamente reconocibles. Pude distinguir el dulzor de la cebolla, el picante del ajo, el queso curado mezclado con la fragancia de las hierbas aromáticas y el toque penetrante de la pimienta. Solo un buen vino podría redondear el placer de degustar platos confeccionados desde el cariño y los ingredientes más frescos del mercado.

Con la tenue luz de las velas, se creó un ambiente sugerente, el momento propicio para el acercamiento. Con la excusa de un brindis, las rodillas fueron rozándose y las manos superponiéndose. Me quedé mirándole a los ojos que, en la penumbra, reflejaban la palpitante llama de las velas, confiriéndoles un brillo próximo al del cristal; era realmente bello. Aquel instante me pareció el momento más hermoso de mi vida, irrepetible como el paso de una estrella fugaz. Fuimos acercando nuestros labios, hasta que se juntaron delicadamente para expresar todo el deseo que sentíamos.

No sé quién empezó a desnudar al otro, ni qué camisa cayó primero, dejando nuestros torsos a merced de las caricias que nos hacían temblar con el paso delicado de las yemas de los dedos.

Nuestras lenguas, juguetonas, buscaron provocar el estremecimiento detrás de las orejas, para bajar suavemente por el cuello y volver a buscar la boca, que esperaba entreabierta para recibirla. Cuando nos tendimos desnudos sobre la cama, empezamos a redescubrir nuestros cuerpos con la sensualidad de un tacto tímido y susurramos palabras que sabían a belleza y felicidad. Húmedos de amor, terminamos abrazados, abandonándonos al placer de dormir sin pensar en el mañana.

Capítulo 21

Era tal el silencio que envolvía la casa, que me costó despertar. Ya no sentía el peso de los brazos de Niko descansando sobre mí, pero podía notar su presencia a mi lado. Deduje que era temprano, porque la luz de la mañana, tamizada por las cortinas, no consiguió darme una referencia, pero al fijarme en el reloj de la mesilla, comprobé horrorizado que ya pasaban de las once. Tenía que apresurarme si no quería que Tommaso se pusiera nervioso. Desperté a Niko, que a duras penas pudo articular palabra y mucho menos abandonar la postura de dejadez que había adoptado, ocupando la totalidad de la cama.

—¿Qué hora es? —me preguntó mientras intentaba abrir los ojos.

—Es tarde y tengo que irme.

—Quédate un poco más… Ven —dijo mientras se desperezaba complacido restregando sus ojos, que no conseguía mantener abiertos—. No te preocupes, yo mismo te llevaré al puerto. ¿Quieres desayunar?

—No me vendría mal un café.

—Marchando un café para un *Spaghetti* con prisa… —contestó burlándose.

Niko se metió en la cocina mientras yo tomaba una ducha que me pusiera las pilas. Me vestí y salí al salón para desayunar.

—¿Volverás? —me preguntó Niko mientras se bebía el café.

—No lo sé… Me esperan muchos días por delante y todavía no sé cuándo terminará mi gira por Líbano.

—Lástima, quizá contigo me hubiera planteado cambiar de vida.

—¿En serio?... Tal vez sea mejor así. Una vez me dijo mi padre: «Hijo, ten cuidado con lo que pides, pues tal vez te sea concedido…»

—¿Y qué pediste?

—Darle un cambio radical a mi vida. Ojalá me hubiera quedado mudo.

—Anda, vámonos, pero antes me gustaría darte algo. Es un amuleto contra el mal de ojo; te será útil. Además, mi abuela tenía un hechizo y decía que era más efectivo que el mismo ojo azul…«To mati sou ston kolo sou».

—*¿Y qué significa?*

—«Métete el ojo por el culo»… ¿A qué es gracioso? Los chipriotas somos así.

—No soy supersticioso, pero te prometo que lo repetiré nada

más subir al yate. Hay alguien a quien le tengo ganas y espero que todo su mal se le vuelva en contra.

Cogimos el coche y, en un momento, aparecimos en el muelle donde estaba atracado el barco. Todavía faltaba un buen rato para la hora que me habían marcado como tope y Niko me acompañó hasta la misma escalerilla de subida. Hacía un día espléndido y las gaviotas chillaban revoloteando sobre nuestras cabezas. En cubierta estaba Tommaso, observándonos discretamente y cuando llegó el momento de despedirnos, miré hacia arriba para asegurarme de que nos estaba viendo. Abracé a Niko y le besé apasionadamente durante unos interminables minutos. Cuando subía las escalerillas, él tiró de mí y me dijo:

—Sé que volverás… Y yo estaré aquí, esperándote.

No pude contestarle y continué mi camino. Ya no volví a asomarme hasta que partió la nave y comprobé que todavía permanecía en el puerto, apoyado sobre su coche, contemplando cómo me alejaba por el horizonte. Suspiré e intenté mandar su recuerdo al archivo del olvido. Había sido feliz durante unas horas, pero no quería gozar del tormento de su memoria en mis interminables noches.

Tommaso se acercó por detrás, cuando Limassol ya solo era una pequeña línea apenas visible en el horizonte.

—*¿Se ha divertido?*

—Sí. Ha sido una experiencia maravillosa…

—*¿Ese chico no era uno de los camareros de*l *Meze*?

—Creo que te confundes. A este lo conocí en la sauna… ¿Sabes?, deberías haber venido conmigo. Hubieras gozado como una «perra» mientras te daban por el culo.

Tommaso se dio media vuelta y comenzó a caminar con la cabeza gacha. Me apetecía ser desagradable con él, descargando toda mi ira con la persona que focalizaba todo el odio que sentía. Rinuccio, que no se había perdido el festival de improperios que le había dedicado al sobrecargo, se acercó para preguntarme.

—*¿Qué te ha pasado?* Te has despachado a gusto con ese tonto.

—Nada. Solo ha sido una «pequeña» discrepancia con su manera de comportarse y acabo de ponerlo en su sitio.

—Me alegro. Ya era hora de que alguien le cantara las cuarenta a ese gilipollas. Yo me voy a mi cocina, no sea que acabe pagando los platos rotos. Si quieres, esta noche podemos vernos en cubierta.

—Un momento, Rinuccio… ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro, dime.

—*¿Sabes lo que llevamos en la bodega?*

—Yo solo soy un viejo cocinero. Se supone que mi misión es preparar la comida y procurar que no falte nada en la despensa, pero no soy tonto… ¿Por qué me lo preguntas? Se supone que eres *tú el que* lo transporta a Naqoura.

—Sí, tienes razón. Solo es material humanitario para la zona.

—Y yo soy el Papa de Roma… Mira, con el tiempo he aprendido a cerrar el pico, pero te diré que el propio Tommaso se encargó de hacer subir a bordo esas cajas mucho antes de que tú subieras. Sea lo que sea, no es nada bueno, pero si tú lo dices, seguro que son lapiceros para los niños.

A pesar de que aquella misión era absolutamente secreta, todo el mundo parecía saber qué se cocía en aquel viaje y yo quedaba como el tonto útil en caso de que todo saliera mal. Solo esperaba hacer un papel digno cuando tuviera que entrevistarme con el *líder de Hezbollah*, al que debía hacer entrega de aquellos «lapiceros» mortales.

Bajé a mi camarote para cambiarme de ropa y ponerme algo cómodo para ensayar con el piano. Nada más sentarme frente al instrumento, cuando ya había empezado a interpretar una sonata como calentamiento, Tommaso entró en el salón.

—Vaya, veo que no puedes vivir sin mí —le dije con sarcasmo.

—*¡Basta de tonterías! He venido a* revisar contigo cómo se hará la entrega.

—Así que has venido a repasarme la lección... *¿No querrías* hacerlo acostado sobre este piano? Seguro que así no se me olvida nada de lo que tengas que decirme.

—*¡C*alla, maricón! —dijo Tommaso mientras me colocaba un pistola en la sien—. Veo que todavía no te has dado cuenta de con quién te la estás jugando. No me costaría nada apretar el gatillo y...

—No me cabe la menor duda. Te creo muy capaz, pero sin mí no hay misión.

—Sería toda una contrariedad, pero no te creas tan listo. Las armas se entregarán de igual modo, aunque nos cueste más. Solo tengo que hacer una llamada a Nápoles y en poco tiempo te reunirías con el cadáver de tu novio...

—Está bien, habla. Tengo mucha memoria y todo saldrá como está planeado.

—Mañana, a mediodía, llegaremos a Naqoura. Al norte de la población hay un pequeño puerto, utilizado indistintamente por pesqueros y barcos de recreo. A nuestra llegada, nos recibirán miembros de la seguridad de la base para comprobar nuestra documentación y examinar la carga. No te preocupes, lo

«interesante» está camuflado en un doble fondo y es prácticamente indetectable en una inspección ocular. El motivo oficial de tu llegada es ofrecer un concierto para los soldados de la base, en especial para los italianos que detentan la jefatura de las fuerzas. Después continuarás con tu gira por Líbano. Los contratos están firmados y se ha entregado un informe sobre tus actuaciones en el país. Como deferencia, serás invitado a alojarte en el mismo campamento de la base. Nosotros nos quedaremos en el yate y tú tendrás que ventilártelas solo.

—*¿Cuándo tendré que actuar?*

—Mañana por la tarde, en el centro social de la base, llamado Casa Italia. Es una especie de lugar de encuentro para soldados y oficiales. Se cursará invitación a miembros destacados de la población civil local y tendrás que mostrarte sociable y encantador. Te presentarán a Samir Mugniyah, recuerda bien su nombre. Es…

—Sí, ya lo sé. Es el *sheikh* de Naqoura y líder de *Hezbollah*… Esposito me lo dijo antes de salir de Nápoles.

—Me alegro de que recuerdes todo lo que se te dice. Mugniyah no es ningún islamista enloquecido. Antes de pertenecer a *Hezbollah,* era considerado uno de los más prestigiosos abogados del país. Formado en la Sorbona, domina a la perfección al menos cuatro idiomas, entre ellos el italiano, de cuya cultura se consideraba un devoto admirador, aunque ahora no estaría tan seguro de ello. Se radicalizó durante la última guerra israelo-libanesa, la del 2006. Los israelitas respondieron a los continuos ataques de la milicia chií, que hostigaban la frontera con el lanzamiento de misiles *Katiusha*. En uno de esos ataques murieron algunos miembros de su familia, entre ellos sus padres y su hermano pequeño. Dejó su bufete de abogados en Beirut y se enroló en *Hezbollah*, cosa que dio un gran impulso a la organización. Se hizo con el control del partido y con él se recrudecieron los combates en la zona. Permaneció preso por el ejército israelí cuando éste invadió el sur de Líbano, hasta que se decidió la interposición de las fuerzas de Naciones Unidas, luego fue liberado y todo volvió a la normalidad. Mugniyah fue elegido *sheikh* de Naqoura y a pesar de que *Hezbollah* está considerada como una organización terrorista por la mayor parte de los países occidentales, los responsables de la misión intentan mantener unas buenas relaciones con la población civil.

—Pero si son terroristas…

—Por eso mismo. Aquello es un avispero y cualquier pequeño conflicto puede desencadenar un infierno.

—¿Cómo contactaré con Mugniyah? Es decir, ¿cuándo le entregaré las armas?

—Él desconoce tu verdadera identidad, para Mugniyah eres Luca Montorfano, un pianista que, como italiano, se acerca a saludar a los soldados de su país. De cara a los demás hará ver que está encantado contigo y te invitará a su casa. Además, has traído material humanitario para la población local y querrá agradecértelo. Irá al barco a recogerte, acompañado de miembros de su milicia personal. También habrá soldados de la ONU destinados a la seguridad de la nave, éste será el momento más crítico. Organizarás previamente un *lunch* de bienvenida mientras el personal del *sheikh* descarga las cajas con los lanzamisiles en las propias narices de todos. Luego os iréis juntos a la escuela local, donde harás entrega del material camuflado. Las armas se almacenarán allí y tu misión habrá terminado. Al día siguiente, partiremos hacia Beirut.

—Es mucha información, pero creo que me acordaré de todo.

—Más te vale… No la «cagues». Si no, seré yo quien te dé por el culo.

Aquella conversación me dejó con mal sabor de boca. Durante todo el día no salí del camarote, ni siquiera después de cenar. Me duché y luego me tumbé en la cama esperando descansar, pero de pronto se oyeron unos nudillos golpeando en mi puerta.

—Adelante —dije resignado pensando que sería Tommaso.

Se abrió la puerta, pero esta vez era Rinuccio, que traía una botella de whisky para compartirla conmigo. Se me alegró la cara; era la única persona que me apetecía ver en aquel momento.

—Discúlpame, no sabía si estarías durmiendo… Al no encontrarte en cubierta, pensé que estarías aquí. He traído una botella de este escocés que es una verdadera delicia. Vale más de cien euros y, ya que vamos a llegar, habrá que acabárselo, si no, el capitán y el tocapelotas del oficial se quedarán con lo que sobre…

—¿Estás preparado para mañana? —me preguntó Rinuccio.

—Uno nunca está suficientemente preparado —dije resignado.

—Mira, Luca. Si te sirve de consuelo, nadie es libre del todo para hacer lo que quiere, aunque aceptarlo no te hace necesariamente más feliz.

—Rinuccio, no quiero que sigas llamándome Luca. Mi verdadero nombre es… Es Stefano Baldi. Quiero que lo sepas, por si acaso me pasa algo. Me gustaría que al menos alguien me recordara por mi verdadero nombre.

—Eres un poco inconsciente; acabas de descubrirte

innecesariamente... Prefiero seguir llamándote Luca, no me gustaría meter la pata poniéndote en un aprieto. Imagina por un momento que perteneciera a un servicio de inteligencia extranjero y que me hubiera introducido subrepticiamente en la organización para controlarla… Ahora estarías muerto. Afortunadamente no soy más que un viejo, pero tengo experiencia suficiente para conocer de qué va todo esto.

—Tal vez tengas razón, pero yo no elegí estar aquí, ¿me comprendes? He sido invitado, por decirlo de una manera sutil, a hacer de intermediario en una sucia compraventa de armas y, a estas alturas, no estoy seguro de que vayan a cumplir su parte del trato.

—¿Con qué te chantajearon?

—Con mi vida y la de mi novio. También retuvieron a un amigo, Umberto, un camarero del hotel donde trabajaba como pianista en Capri.

—¿Y qué fue de él?

—No tuvo tanta suerte. Lo degollaron sin piedad delante de mí, para que supiera que esto iba en serio.

—¿Qué pintaba el chico en todo este tinglado? ¿Tuviste algo con él?

—Sí. Fue una relación breve, pero pensaba que nadie se había enterado. Fue tan fugaz que la di por terminada nada más empezar.

—Caro le salió el «polvo»… Lo siento. Entonces, ¿tampoco eres pianista?

—Sí, eso sí. Es lo único de verdad que hay en mí, aunque no me eligieron por eso exactamente. Como tapadera no estaba mal, pero les interesaban más mis conocimientos sobre árabe.

—¿Hablas árabe?

—Sí, lo estudié en la universidad.

—Vales una mina. Pareces hecho adrede para este trabajo. Te voy a dar un consejo… Intenta complacer a estos tipos y cuando termines el trabajo, coge a ese novio tuyo y lárgate donde no puedan localizaros. Imagino que te pagarán bien. Suelen ser bastante generosos y con eso tendréis suficiente para vivir.

—Si salgo bien de esta, lo que más me gustaría sería volver a mi vida de antes, por mucho que me pareciera aburrida y sin ningún aliciente.

—Que tengas mucha suerte. Tengo que dejarte para que descanses. Mañana será un día muy duro para ti.

Rinuccio se marchó con la botella y yo volví a tenderme sobre la cama, esperando que esta vez el sueño me encontrara más

receptivo.

Capítulo 22

Tal como predijo Tommaso, eran poco más de las once de la mañana cuando comenzamos a divisar la delgada línea de la costa libanesa. Aunque fuera imperceptible al ojo humano, allí se encontraba una de las fronteras más calientes del planeta.

La antiguamente llamada «Suiza de Oriente Próximo» poco tenía que ver con su homónima alpina. Aquel estado fallido, fruto de una descolonización burda, se veía sometido a las injerencias de los estados limítrofes, que ejercían su tutela, armando hasta los dientes a distintas facciones que funcionaban como peones en un damero sangriento. Ahora, la cercana guerra civil siria amenazaba con propagarse hasta aquí y ni siquiera aquellos partidos que tenían un mismo fin, conseguían librarse de las tensiones. Un nuevo frente se abría entre sunitas y chiitas y para armarse utilizaban organizaciones clandestinas, que obtenían pingües beneficios con las transacciones y que ofrecían coartadas perfectas a los verdaderos causantes de la desestabilización. Allí estaba yo, como última pieza de este terrorífico engranaje. Un personaje incapaz de ser rastreado por los más sesudos servicios de inteligencia, una «bicoca» que les había caído llovida del cielo y que les aseguraría unas cuantas entregas antes de que se supiera la verdad. Cuando los satélites se colocaran sobre la vertical de Naqoura, solo hallarían el yate de un pianista maricón y excéntrico. Nadie se interesaría por saber la verdad, ni averiguarían que detrás de Luca Montorfano se escondía un «paleto» italiano con nociones de música.

Tenía un pálpito, que cada vez iba cobrando mayor fuerza en mi mente. Estaba prácticamente convencido de que, cuando todo finalizara, de un modo u otro, intentarían deshacerse de mí; sabía demasiado como para que me dejaran ir sin más. No sabía exactamente qué era lo que podría hacer, pero debía empezar a encontrar otras salidas para que, en el peor de los casos, pudiera escapar de la tela de araña en la que estaba enredado. Debería estar atento a mis interlocutores, adivinar cómo pensaban y hasta dónde eran capaces de llegar para conseguir sus fines. En poco tiempo empezarían las apuestas y, como suele decirse en los casinos, *Rien ne va plus*.

Conforme fuimos acercándonos, pude comprobar que no existía un puerto como tal. Un lago muelle, donde por fin atracamos, daba paso a un modesto refugio para los barcos pesqueros de menor calado y a unas pequeñas instalaciones que funcionaban al mismo tiempo como lonja y tinglados para depositar todo tipo de

mercancías.

Dada la envergadura de nuestra embarcación y la lejanía del edificio que se utilizaba como improvisada aduana, tuvo que acercarse hasta nosotros un transporte con un par de miembros de la policía militar. El oficial bajó la escalerilla para que los soldados pudieran subir al yate y realizar las comprobaciones *in situ*. El capitán los hizo pasar al puente de mando, donde les entregó pasaportes y papeles oficiales del material que transportábamos. La comprobación no les llevó más de un par de minutos, para luego descender hasta la bodega, donde se desprecintaron varias cajas para cerciorarse de que lo que contenían se correspondía con la documentación entregada. Durante la media hora que duró el registro, una calma tensa invadió la zona de cubierta, donde Rinuccio y yo encendimos un cigarrillo tras otro bajo la atenta mirada de un inexpresivo Tommaso, que permanecía hierático en su puesto.

Por fin subieron a cubierta y tras despedirse de la tripulación, se dirigieron a mí para invitarme a que les acompañara hasta la base.

—¿Está todo en regla? —les pregunté.

—Todo correcto, señor Montorfano. Quiero agradecerle en nombre del general Brunetta su escala en Naqoura para ofrecer una actuación a los miembros de las fuerzas de la ONU. Ahora, si lo desea, será un honor acompañarle hasta la base internacional para que sea nuestro huésped.

Tommaso ya había preparado una sencilla bolsa con lo necesario para pasar un día, así como un par de trajes para mi actuación. Bajé del yate y con un leve movimiento de cabeza, me despedí de Rinuccio, que me saludó con la mano para desearme suerte.

Tan solo tardamos diez minutos en llegar a Green Hill. Una vez traspasamos la entrada, protegida por una valla con doble alambrada de concertina, continuamos por una especie de avenida principal, a cuyos lados se iban desplegando toda clase de edificios de diferente índole. Separado de ellos y rodeado nuevamente de una valla metálica, se encontraban las instalaciones de alta seguridad y al final de todo el complejo, unos enormes paneles solares que alimentaban con su energía a toda la base. Antes de alcanzar el núcleo principal de Green Hill, el vehículo torció hacia la derecha y, al final del recorrido, enfrentado con el mar, estaba lo que los militares reconocían como el verdadero corazón del complejo, el lugar de encuentro llamado *Casa Italia* y que funcionaba tanto de cantina como de improvisado teatro de actuaciones. Ese espacio había sido construido por las fuerzas

italianas como una manera de conservar un cachito de patria en un lugar tan hostil como aquel.

Había un jardín no muy grande que separaba la cantina del bar. Sobre un prado de césped, crecían las adelfas y unos pequeños macizos de flores que daban un aire menos grave al sitio. Sobre un *deck* de madera, se disponían unas mesas para tomar algo al aire libre y desde allí partía un pequeño sendero que llevaba hasta un horno de piedra para cocer pizzas; un pequeño *must* que invariablemente se reproducía allá donde había un contingente italiano. Era un remanso de paz, donde se podía olvidar, por un momento, el motivo de la existencia de la base. Allí mismo encontré al general Brunetta, que me saludó con gran efusividad para, posteriormente, presentarme a la plana mayor de la oficialidad.

—Bienvenido a Green Hill, señor Montorfano. Nos es grato recibirle en nuestra base.

—Es un placer, general. Tengo que admitir que no imaginaba que pudieran existir unas instalaciones tan impresionantes, además de este sito tan bonito y acogedor. ¿Es aquí donde tendré que actuar?

—Sí. Se puede acondicionar la cantina o puede tocar en el jardín. Como usted prefiera.

—Mejor aquí, sobre la hierba. Así podremos disfrutar de una noche magnífica.

—¡Excelente! Ahora, el teniente Maro le acompañará a su habitación y, si lo desea, le enseñará la base. Usted se alojará con los oficiales… Yo tengo que acudir a mi puesto, supongo que se hará cargo de las múltiples obligaciones de un general. Hasta luego, señor Montorfano. Nos vemos a las siete en su debut.

El general me dejó con el teniente Maro y dimos un paseo hasta el edificio de oficiales. Por fuera no se distinguía de los demás, pero por dentro la cosa cambiaba. Se notaba un cierto lujo en los detalles que, a buen seguro, no tenían los barracones de soldados. Antes de despedirse, el teniente Maro me preguntó si quería visitar el resto de instalaciones, pero decliné su invitación. Prefería echarme un rato antes de la actuación. Antes de hacerlo, le pedí un favor.

—Discúlpeme teniente, ¿podrían facilitarme un diccionario árabe?

—Sí, cómo no. Ahora mismo se lo traigo.

En pocos minutos, Maro regresó con el diccionario y un pequeño vocabulario de jerga y modismos que pensó que también me sería de gran ayuda.

—Muchas gracias, teniente. Me gustaría refrescar algunas

palabras que tengo olvidadas.

—¿Sabe usted árabe?

—Sí.

—Interesante. Si no estuviera de gira, tal vez sería conveniente que trabajara para nosotros; nos sería de gran ayuda.

—Se lo agradezco, pero no estoy hecho a la vida castrense.

—Lo comprendo… Bien, le dejo descansar. Volveré a por usted poco antes de la actuación.

Estaba tan cansado por la tensión acumulada que no me costó dormirme. Al sonar la alarma, no sabía dónde me encontraba ni qué hora era. Tuve que hacer un verdadero esfuerzo para incorporarme y, casi sonámbulo, me metí de cabeza en la ducha antes de que viniera el teniente a por mí.

Al llegar a *Casa Italia*, ya se oía el rumor de los cientos de soldados que se agolpaban en las inmediaciones para disfrutar de la gala. No creo que a la mayoría les gustase el piano, pero un acontecimiento como aquel suponía un cambio en la rutinaria diaria del cuartel. Daba igual que fuera un prestidigitador, una compañía de teatro o un músico como era el caso, los italianos vitorearían igualmente a uno de los suyos.

El general Brunetta se dirigió hacia el improvisado escenario donde lucía el flamante piano que habían colocado para mí. Tomó el micrófono y se dirigió al respetable.

—Buenas noches a todos. Quisiera agradecer, en primer lugar, la asistencia del excelentísimo *sheikh* de Naqoura, *monsieur* Mugniyah, así como a miembros destacados de la población que nos acoge. Quiero dar las gracias a los oficiales de Green Hill y por supuesto a todos vosotros, queridos soldados, que sois la base de nuestra labor en la zona. Ahora quiero que saludéis con un fuerte aplauso al magnífico pianista italiano, Luca Montorfano, que ha hecho un hueco en su apretada agenda para venir a tocar aquí.

Todos se pusieron en pie, aplaudiendo mientras accedía al escenario en mitad del griterío. No quise añadir más palabras; la gente no había venido a escuchar discursos. Cuando me senté en la butaca, no pude más que echar un vistazo alrededor. Al lado del general estaba Mugniyah, con un impecable traje gris y una camisa blanca sin cuello para no tener que usar corbata, muy al estilo chiita. Era una manera de distinguirse de los occidentales, a los cuales detestaba sin perder la compostura.

Sin más preámbulo comencé el concierto. Opté por piezas más o menos populares que recordaban a la patria, para que flotara algo de Italia en el ambiente cuando escuchasen los primeros compases.

Desde mi atalaya me fijé en el *sheikh*, para ver si algún movimiento de su cabeza delataba sus sentimientos. Si era como me habían contado, un ser refinado, tal vez el concierto lograra destapar algún resorte que me permitiera empatizar con él pero, de momento, seguía mostrándose hierático y frío. Habría que probar otra táctica.

Empezaba a notar a mi auditorio un poco cansado por las constantes idas y venidas de la tropa al bar. Era hora de cambiar el repertorio y amenizar la velada con piezas más populares. Esta vez vinieron a socorrerme los ya clásicos cantantes pop italianos, cuyas canciones eran tarareadas de una punta a otra del planeta. Cuando finalizó mi actuación, todo el mundo parecía estar contento, a tenor de la cantidad de aplausos que recibí de un auditorio tan poco común. Era la primera vez que me escuchaba tanta gente y aunque ya estaba acostumbrado a actuar en público, aquello era nuevo para mí. El general Brunetta se levantó para felicitarme nada más bajar del escenario. Estaba entusiasmado y sus grandes ojos marrones le daban saltos en las órbitas.

—¡Excelente, Montorfano! Nos ha robado el corazón. Tenía mis dudas acerca de una actuación como la suya, pero lo de hoy ha sido sublime. Hacía tiempo que no nos divertíamos tanto y la tropa no regala fácilmente sus aplausos… Pero, por favor, venga, quiero presentarle a alguien.

Brunetta me cogió del brazo y me llevó ante Mugniyah, haciendo los honores como anfitrión de la base.

—Señor Montorfano, le presento a *monsieur* Samir Mugniyah, *sheikh* de Naqoura y un amigo de la base.

—Encantado de conocerle, señor Mugniyah —le dije en árabe.

—Muchas gracias. Es usted muy amable —me contestó.

El general se quedó un poco perplejo al oírnos hablar como si fuéramos dos viejos amigos que acababan de encontrarse. La cara de Mugniyah se iluminó por completo; debió considerar todo un honor que alguien que venía de Europa, hubiera hecho el esfuerzo de hablarle en su propia lengua. Mientras el general nos indicó que le siguiéramos a la cena de oficiales, Samir y yo continuamos nuestra pequeña conversación, aunque hablamos de todo menos del verdadero motivo de mi estancia en la base; eso era algo que debíamos reservar para el día siguiente. De momento había salvado con nota la primera parte de la comedia.

—Me ha dejado sorprendido, *monsieur* Montorfano. ¿Dónde aprendió a hablar tan bien nuestra lengua? —dijo Mugniyah.

—La estudié en la universidad.

—Y dígame… ¿De dónde es usted?

—De Milán, *sayyid*.

—Amigo Montorfano, no hace falta que me llame «señor» continuamente, eso lo dejo para la gente con la que deseo guardar distancias… Entonces, es de Milán. Ciudad interesante, la conocí en uno de mis viajes, aunque prefiero lugares mucho más pequeños como Florencia.

—¿Conoce Umbria?

—¿Es una región italiana?

—Sí. Es muy pequeña y la única sin salida al mar, en cambio, tiene lugares de una belleza increíble y unos pueblos pintorescos llenos de historia.

—Lamentablemente no la conozco. Me limité a visitar los lugares más conocidos y no creo que las circunstancias actuales me lo permitan… Bueno, ¿qué le parece nuestra modesta ciudad?

—No he tenido ocasión de verla. Espero que, como anfitrión, me permita conocerla. Sería todo un honor para mí.

—Eso está hecho, Montorfano. Mañana mismo le acompañaré personalmente una vez recojamos el cargamento que nos ha traído. Ahora, deberíamos integrarnos con el resto. Podemos hablar en la lengua que usted prefiera, creo que si seguimos con la mía, su reputación puede verse afectada.

—No me importa. En realidad nunca le he encontrado ninguna utilidad a la reputación, creo que podría prescindir de ella durante toda mi vida.

—Es usted una persona fascinante… Tal vez le gustaría pasar algún tiempo entre nosotros.

—No es el primer ofrecimiento de ese tipo que he recibido hoy, por eso será mejor que tome mi propio camino.

—No solo fascinante, *monsieur*; además es inteligente.

Dejamos aparcada nuestra conversación para poder participar de otras charlas más banales con los mandos de la base. Sin saberlo, había logrado mucho más que todas las fuerzas de interposición; poner de buen humor al jefe de Hezbollah era todo un logro.

Ya era tarde para las costumbres del lugar y, tras tomar un té al estilo libanés, el alcalde se excusó amablemente para retirarse junto a otros miembros de su séquito. Todos nos levantamos por deferencia y Mugniyah, antes de abandonar el comedor de oficiales, se dirigió al general.

—General, le agradezco esta magnífica velada. No hay muchas ocasiones de disfrutar de un concierto en una ciudad tan pequeña como Naqoura… Y a usted, *monsieur* Montorfano, espero verle mañana. Iremos a su barco para recoger lo que tan amablemente

nos ha hecho llegar procedente de la «solidaria» Italia. Será un placer acompañarle hasta Naqoura y enseñarle la ciudad... Por cierto, general, ¿contaremos con la inestimable ayuda de sus soldados para descargar el cargamento del barco de *monsieur*?

Brunetta se quedó desconcertado. Las ordenanzas indicaban claramente que cualquier mercancía que se descargara en la zona debía ser supervisada por los hombres de la base y Mugniyah lo sabía. La pregunta era capciosa y fue lanzada con toda la ironía de la que fue capaz. Brunetta debió pensar que tal vez fuera más interesante saltarse por una vez las normas y así garantizarse unos buenos lazos de vecindad y finalmente reaccionó.

—Nuestros soldados ya lo han inspeccionado nada más atracar. Creo que no hará falta estar presente, a no ser que necesiten ayuda.

—Mis hombres serán suficientes. Una vez más, gracias general. Es usted un fantástico anfitrión.

El «señor de la guerra» abandonó el lugar. Se sentía tan seguro, que caminaba envarado cual príncipe de una taifa. Era un personaje más temido que admirado, un superviviente.

El general sentía mucha curiosidad por saber de qué habíamos estado hablando, gracias a mis cualidades como interlocutor.

—Jamás hubiera imaginado que tuviera unos conocimientos lingüísticos tan interesantes, señor Montorfano. Ni que decir tiene que una persona como usted nos sería de gran utilidad.

—Lo mismo piensa el teniente Maro y también Mugniyah…

—Verá, Montorfano, tenemos suficientes traductores pero, solo son eso. Nos haría falta alguien con su empatía, precisamente lo que no sobra en la zona y una cultura lo suficientemente amplia para desenvolverse.

—Me regala los oídos. Estoy seguro de que aquí solo sería un estorbo. Afortunadamente, Dios nos ha puesto a cada uno en su camino pero, no obstante, me alegro si le he sido de utilidad durante mi breve estancia en la base.

—¡No sabe usted cuánto! La tropa contenta, Mugniyah contento… Bueno, no quiero robarle más tiempo, supongo que estará cansado y le apetecerá retirarse a su habitación. Yo tengo que madrugar y usted tendrá el día ocupado con el *sheikh*. De todas maneras, tenga mucho cuidado y no se olvide de quién es en realidad: para los suyos es un líder pero, para la mayoría, no deja de ser un terrorista sanguinario.

—Lo tendré en cuenta, general. Buenas noches.

Estaban pasando muchas cosas en mi vida a un ritmo vertiginoso y no me daba tiempo a procesarlo todo. Me sorprendió lo

fácilmente que el *sheikh* había conseguido desembarazarse de la tutela del general, en cambio, Brunetta se mostró indeciso e hizo dejación de sus funciones. Imagino que a causa de la profunda impotencia de alguien que no forma parte del conflicto pero que está para recibir todos los golpes. En todo caso, aquello nos favorecía, evitando sorpresas de última hora.

Capítulo 23

Procuré que me despertaran a una hora conveniente para regresar a mi barco y ultimar los detalles. Eran las siete de la mañana y el campamento bullía de actividad cuando un transporte militar se presentó en la puerta de mi dormitorio para recogerme.

Cuando llegamos al borde de la escalerilla, la detestable figura de Tommaso me estaba observando desde cubierta. No le dirigí la palabra al subir y después de despedirme de los soldados, pasé por delante de sus narices para encaminarme a la cocina, donde sabía que, desde buena mañana, estaría Rinuccio trabajando.

—¡Rinuccio! Ya estoy de vuelta.

—¿Qué tal te ha ido en la base?

—Fenomenal. El trato ha sido exquisito y los militares encantadores.

—¿Y la actuación?

—¡Un éxito! Nunca me hubiera imaginado que gustara tanto.

—Me alegro. ¿Y el *sheikh*?

—Cuando le hablé en árabe se alegró y a partir de entonces todo fue a las mil maravillas… Fíjate si fue bien, que tanto el general como Mugniyah me han tentado para que me quede a trabajar con ellos.

—Tienes un talento fuera de lo normal. No me extrañaría que te llovieran más propuestas… Ahora, si me disculpas, tengo que terminar el *lunch*, si no quiero que Tommaso venga a tocarme los cojones.

Antes de abandonar la cocina, Rinuccio intentó decirme algo.

—Luca…

—Dime.

—No, nada. Solo quería que… Ten cuidado.

—Tranquilo. Bien, bajo a cambiarme.

Mientras elegía qué ponerme, comencé a darle vueltas a lo que había querido decirme. Nos apreciábamos mutuamente y no entendía esa manera de hablar, era como si supiera que iba a pasar algo. No era psicólogo, pero podía captar cuándo la gente transmitía sentimientos de inseguridad y al volver a subir a cubierta me pasé de nuevo por la cocina. Tenía que aclarar con Rinuccio lo que había intentado decirme.

—¡Qué elegante estás, Luca! —me dijo, mientras colocaba los canapés en una bandeja.

—Gracias. Hay que estar presentable para recibir a los invitados. Además, tendré que acompañarles a visitar el pueblo.

—Vas a darte un baño de multitudes, pero por nada del mundo iría contigo.

—Ya lo sé… Oye, Rinuccio, ¿qué has querido decirme antes? Te has quedado a medias y…

—Nada, nada, cosas de viejo. Me preocupas y no me gustaría que te pasara nada malo.

—¿Qué me podría suceder? No creo que Mugniyah fuera a degollarme en mitad de la plaza del pueblo. ¿Qué te inquieta?

Rinuccio se mostró nervioso y con la excusa de terminar, intentó evitarme en todo momento, desviando el tema de conversación. Aquello empezó a mosquearme, pues no era su forma de comportarse. Había algo más que no se atrevía a contarme y yo no pensaba irme sin que desembuchara lo que sabía.

—Rinuccio, a mí no me engañas. Sé que intentas prevenirme de algo. ¿Es por Tommaso? Siempre he sospechado que no le temblaría el pulso para deshacerse de mí a las primeras de turno y…

Él seguía a lo suyo, sin levantar la cabeza de los fogones. Me harté de aquella situación y lo cogí por los brazos para que me mirara a los ojos y dijera lo que callaba.

—¡Habla, cojones! Di algo…

Rinuccio entornó los ojos y sin poderme mirar a la cara, me espetó lo que iba a pasar.

—A las doce en punto, cuando esté ese hijo de puta, el barco saltará por los aires…

Me quedé sin habla. Solté a Rinuccio y noté cómo me quedaba sin aire en los pulmones. Tuve que apoyarme sobre la mesa de la cocina e instintivamente busqué una silla para sentarme. Durante unos segundos, se hizo el silencio más absoluto y un frío me recorrió la espalda poniéndome la carne de gallina. Por si no tenía bastantes problemas, ahora tenía que sumar uno más.

—¿Por qué sabes todo eso? ¿Qué tienes tú que ver?

—Lo siento… No puedo decirte más, solo quiero que estés atento y escapes a una indicación mía.

—No puedes hacerme esto…

—La orden es volar el barco con todos dentro, incluido tú.

—¿Orden?… ¿Para quién trabajas? —le pregunté, mientras lo agarraba por la camisa, preso de un ataque de rabia—. ¿Para los israelíes? ¿O tal vez para Al-Qaeda?… Ya no puedo fiarme de nadie.

—Tranquilízate, es mejor así… ¿Sabes acaso lo que podría hacer Hezbollah con todo este armamento? ¿Te has parado a pensar la suerte que correrán tus soldaditos si se reactiva el conflicto?

—¡Canalla!… Confié en ti.

—La decisión está tomada y no puedo hacer nada por evitarlo, ni siquiera depende de mí. Tú y yo solo somos peones en un tablero mucho más grande y ni siquiera conozco los detalles de esta operación. De todas maneras, voy a decirte una cosa… No eres mucho mejor que yo, ni siquiera que Tommaso, cada uno se mueve por sus propios intereses.

Respiré profundamente para asimilar aquellas palabras, que explotaron como una bomba dentro de mi cabeza e intenté reflexionar.

—Tienes razón… A la fuerza o no, también he contribuido a este horror —dije mientras desinflaba mi ira y volvía a sentarme para no caer.

Mi cabeza empezaba a darme vueltas y mis oídos empezaron a zumbar igual que cuando se desciende rápidamente desde una gran altura. Me llevé las manos a las sienes para intentar aliviar el incipiente dolor de cabeza que me provocaba aquella tensión y una angustia en la boca del estómago se sumó a mi malestar. Rinuccio era consciente de que, por querer salvarme, se había puesto en peligro, pero no era dueño de las circunstancias y nada podía hacer para revertir la situación.

—Escúchame, Luca, Stefano, o como demonios te llames. No es la primera vez que se utilizan estos servicios para fines similares. Esto levantó las sospechas del Mosad, que intentó ponerse en contacto conmigo; necesitaban a alguien infiltrado en la organización para que les suministrara información. Al principio me negué. No quería verme envuelto en intrigas que no iban conmigo, pero fueron seduciéndome a base de insistencia. Sabían de mi odio visceral por los musulmanes y el trabajo solo consistía en ofrecer información puntual de lo que se llevaba a bordo y de las distintas escalas del viaje, nada más. Era sencillo, hasta un viejo como yo podía hacer algo así sin «cagarla». Este viaje iba a ser más de lo mismo, pero apareciste tú y me di cuenta de que no eras como el resto; solo una víctima más de la trama. Intenté advertir a mis contactos pero, para ellos, no dejamos de ser títeres sin importancia. Esta mañana, antes de que llegaras, me han confirmado la voladura del yate con todo el material dentro… ¡Van a ser unos fuegos artificiales cojonudos! No podía dejar que acabaras como el resto, por eso intenté prevenirte.

—Pero, ¿cómo lo harán?

—No lo sé. Simplemente recibiré una llamada diez segundos antes de que todo estalle, pero son gente que hace trabajos muy limpios y no suelen dejar rastro… Procura que, cuando suene mi

teléfono, estés lo más cerca de la barandilla para lanzarte al agua.

—¿Y si lo descubro todo?

—Podrías hacerlo, pero te encontrarías en una situación muy incómoda. Tendrías que explicar cómo te enteraste y por qué iban a volar un yate de recreo. Nadie te creería y los que ahora tanto te adoran, se convertirían en tus peores enemigos… Hazme caso, no te conviene. Ahora será mejor que salgas, seguro que Tommaso se habrá puesto nervioso y estará buscándote por todas las cubiertas.

Salí aturdido. Rápidamente tuve que ponerme las gafas de sol para que la luz no me cegara y mis ojos no me delataran. Estaba aterrorizado y tenía la sensación de que cualquiera que me viera notaría el peligro en mi rostro. Intenté pasar desapercibido, pero se suponía que era el anfitrión y debía estar pendiente. No tardó mucho en aparecer Tommaso para reclamar mi presencia en la cubierta de popa, donde se había instalado una mesa para agasajar a Mugniyah.

—¿Qué hora es, Tommaso?

—Son las once pasadas…

—No creo que tarde mucho en llegar el *sheikh*. Me dijo que sería puntual.

—Es extraño, pero los soldados no han acudido para la supervisión de la carga —constató Tommaso extrañado.

—Has tenido suerte. El general Brunetta declinó realizar la inspección, gracias a las dotes de persuasión de Mugniyah y a mi buena labor.

No dijo nada, pero se le notó más relajado a partir de que supo que no habría injerencias que pudieran dar al traste con la operación y regresó a la cocina para apremiar a Rinuccio con los preparativos. Poco podía imaginar que, en pocos minutos, todo volaría por los aires, incluido él. Estábamos sobre una bomba de relojería a punto de estallar y, a pesar de estar avisado, no tenía la garantía de que fuera a salir indemne. Me apoyé sobre la barandilla y, aunque no supe precisar cuántos metros me separaban del agua, me eché a temblar solo de pensar que debía lanzarme al mar. Di un trago a la copa que estaba bebiendo y poniéndola en la vertical del barco, la dejé caer hasta que se hundió en las aguas sin que apenas se hubiera notado. Irremediablemente morirían todos y tal vez fuera mejor así: el capitán y el oficial perecerían sin saber nada de lo que se cocía en sus bodegas; Tommaso recibiría su merecido y finalmente Mugniyah acabaría a manos de sus principales enemigos. Sin duda aquella pérdida sería recibida con grandes festejos en muchos lugares. No habría nadie que mereciera ni un

atisbo de piedad, ni tan siquiera yo.

Estaba absorto en aquellos pensamientos, cuando oí el rumor de un coche acercándose por el muelle grande, era Mugniyah seguido por varias furgonetas que le servían de escolta. Me dirigí hacia la escalerilla de estribor para recibirle como se merecía. Descendió del automóvil con un impecable traje oscuro. Llevaba unas grandes gafas de sol que disimulaban sus ojos, ocultando cualquier expresión. Supuse que aquel personaje mantenía permanentemente su hermetismo para transmitir respeto a sus seguidores, que lo veneraban como a una especie de líder religioso.

Cuando llegó a mi altura, nos saludamos abrazándonos sutilmente, lo que, en la etiqueta árabe, significaba un trato cordial entre iguales.

—*Salam aleikum*.

—*Aleikum as salam* —me respondió con una sonrisa.

—Por favor, *sayyid*, acompáñame. Hemos dispuesto un pequeño refrigerio para usted y los suyos en la cubierta de popa.

—No quisiera causarle ningún contratiempo.

—Es un gran honor recibirlo en mi barco. Así podremos hablar un poco antes de ir a Naqoura.

—Como guste, *monsieur* Montorfano.

Una vez que hicimos los honores, nos sentamos sobre unos butacones con sendas copas de zumo de frutas. El resto de los invitados permanecieron en un discreto segundo plano, dejándonos un espacio privado que yo agradecí. Estaba nervioso, sabía lo que iba a acontecer en breve, pero no podía hacer nada e intenté darle normalidad al momento. Debía mantenerme frío hasta el instante crucial en el que tendría que tomar una decisión y mantuve el temple. No podía permanecer callado y tuve que sacar un tema de conversación para que aquel extraño *lunch* no se convirtiera en una mera transacción comercial.

—*Sayyid*, fue toda una suerte que el general no enviara a sus tropas para supervisar esta operación.

—Reconozco que el general Brunetta se encuentra en una posición delicada. Situarse frente a nuestros enemigos es difícil.

—Tampoco ustedes facilitan esa labor.

—Es usted muy perspicaz, aunque debo recordarle que nosotros nos encontramos en nuestra tierra. Lo único que hemos hecho siempre es defender su integridad, por mucho que eso les duela a los occidentales. El islam forma parte de nuestra cultura y jamás renunciaremos a nuestra fe, a pesar de que eso se considere radical por gente que desconoce nuestra realidad.

—*Sayyid*, ¿no teme que se pueda descubrir el asunto que llevamos entre manos?

—Creo que la organización a la cual pertenece ha tomado las oportunas precauciones. Usted lo sabrá mejor que nadie...

—Es verdad, yo me he convertido en la tapadera perfecta.

—No sé cómo una persona de su sensibilidad ha podido verse involucrada en esto, pero la verdad es que me sorprendió gratamente. Estoy acostumbrado a tratar con gente de pocos escrúpulos, que se venden por dinero y no creo que sea una cuestión monetaria la que le ha traído hasta aquí, ¿me equivoco?

—No puedo revelarle nada, pues están en juego demasiadas cosas, pero puedo decirle que es un placer hablar con una persona tan inteligente como usted, con la que las palabras no son precisas.

Casi había perdido la noción del tiempo con aquella conversación y lamentablemente había dejado de controlar cuánto tiempo nos quedaba. Mientras hablaba con Mugniyah estuve mirando a mi alrededor para advertir el momento en que todo llegara a su fin. Rinuccio estaba en su puesto, detrás del mostrador, sirviendo bebidas a los presentes y Mugniyah se percató de mi creciente nerviosismo.

—¿Le sucede algo, amigo Montorfano?

—Disculpe, *sayyid*. Estaba pendiente de que nada faltara a los invitados… Por cierto, ¿podría decirme qué hora es?

—Faltan pocos minutos para las doce. Creo que va siendo hora de que descarguemos las armas. Tendremos que ir a Naqoura, donde le espera un buen recibimiento en la escuela.

—¿Sería tan amable de acompañarme? Me gustaría comentarle algo en privado.

—Ya estamos en privado. No creo que nadie pueda enterarse de lo que decimos.

—Toda precaución es poca, créame.

Nos levantamos para colocarnos muy cerca de la barandilla. Yo no sabía por dónde salir, pero tenía que hacer algo para garantizarme que me encontraría en el borde del barco para poder saltar cuando dieran el aviso.

—Dígame, *monsieur*… ¿Qué es lo que quería decirme? —dijo Mugniyah.

—Quiero confesarle que… que mi verdadero nombre no es Luca Montorfano.

—No hace falta ser muy agudo para saber que tomarían precauciones al respecto. De todas maneras, ha demostrado ser un buen pianista.

—Eso es lo único real… Me llamo Stefano Baldi y no nací en Milán. Soy de un pequeño pueblo de Umbria.

—¿Por eso ayer me sugirió que conociera su pequeña pero bella región?

—Sí. Es un lugar precioso —dije entrecortando las palabras mientras controlaba a Rinuccio.

—¿Por qué se ha metido en esto *monsieur* Baldi?

—Me obligaron. Amenazaron con matar a una persona que yo quería y tuve que sacrificarme.

—Lo siento. Aprecio en usted una nobleza poco común y detesto que se haya visto involucrado en algo que no le concierne. No todos son como usted. Estoy acostumbrado a tratar con gente sin escrúpulos como ya le dije y…

En aquel momento sonó el teléfono de Rinuccio. Tan solo me quedaban diez segundos para saltar. En esos breves momentos tomé la decisión que mi moral me dictaba y ante la estupefacción de los presentes, me abracé al sorprendido *sheikh,* para lanzarme con él hasta que impactamos en el mar. Al mismo tiempo el barco estalló brutalmente, llevándose por delante a todos los que permanecían en cubierta. El estruendo y la consiguiente bola de fuego se pudieron sentir en Naqoura y en la misma base de Green Hill.

La onda expansiva nos alcanzó de lleno mientras luchábamos por intentar salir a flote y yo sentí que algo impactaba sobre mí, dejándome aturdido para desmayarme a los pocos segundos.

Mis sentidos se apagaron en una especie de muerte súbita, de la que no fui consciente hasta despertar. Una especie de cosquilleo me recorrió el cuerpo y pronto empecé a sentir un agudo y punzante dolor en la boca del estómago que me hizo vomitar. Durante los breves segundos que duró la náusea, no puede o no quise reconocer dónde me encontraba, ni por qué me sentía tan cansado y dolorido. Nadie me hablaba y yo no conseguí abrir los ojos para saber si me encontraba solo. Mi paulatino retorno a la vida fue esclareciendo en mi cabeza los motivos de verme postrado de aquella manera. Era indudable que me había salvado de la explosión del barco y fui recordando la última escena en la que Mugniyah y yo caímos al agua.

Intenté palparme con la mano para descubrir el foco de mis dolores, pero el brazo me pesaba horrores y no conseguí levantarlo más de un palmo de la cama. Hice el mismo intento con mi mano derecha y esta vez sí conseguí levantarla por encima de mi cabeza, notando el grueso vendaje que cubría gran parte de ella, inclusive los ojos. Intenté tocar mi abdomen y sentí, al tacto, la presencia

rugosa de un apósito. Continué mi pequeña exploración manual y llegué hasta el brazo izquierdo, no sin varias exclamaciones de dolor para descubrir lo que ya imaginaba, la fría y áspera superficie de una escayola. Esto era lo peor que podía ocurrirme.

Mentalmente confeccioné un mapa de lo que me sucedía, en el que no quedaba muy bien parado. Hubiera preferido perder las piernas antes que mis manos y mi única obsesión, a partir de entonces, fue que alguien se acercase para decirme que aquella lesión no revestía ninguna gravedad, que podría volver a tocar el piano sin que mi carrera se viera truncada. Tal vez me preocupé demasiado por ello y dejé de lado las otras heridas que, a buen seguro, eran mucho más serias.

Sentía una gran sequedad en la boca. Tenía la garganta encallecida y me era imposible articular palabra sin sentir una molesta carraspera. Busqué a tientas alguna cosa para hacerme notar y al topar con una especie de cable, tiré de él por si eso provocaba alguna clase de ruido. Así fue, cuando un sonido de cristales rotos alertó a una enfermera que acudió presta en mi auxilio.

—Señor Montorfano… ¡Oh, Dios mío! Ha roto la botella del suero… Tranquilícese, acaba de salir de la operación.

—¿Qué operación? —pregunté con voz muy débil—. ¿Dónde estoy?

—Está en la base militar… ¿Recuerda el accidente?

—Todo estalló… Caímos al agua.

—Está bien, no debe excitarse. Tiene que descansar. Más tarde vendrá el doctor para ver cómo se encuentra.

—Tengo sed.

—Relájese, por el momento no podemos darle nada, tal vez más tarde. Si necesita llamar, hay un timbre de botón… Espere un momento y se lo acercaré.

Peor que mi situación, ya mala de por sí, era no saber lo que realmente había ocurrido. Desconocía la suerte que había corrido todo el mundo, en especial la de Rinuccio y Mugniyah. Por el momento bastante tenía con recuperarme, pero mi cabeza comenzaba a maquinar entre tinieblas y ya me anticipaba pensando la cantidad de preguntas que tendría que responder cuando estuviera mejor.

Percibí un fuerte olor a yodo que, al ir tomando consciencia, fue impregnándolo todo a mí alrededor. Aquello solo podía significar una cosa, la cantidad de heridas que laceraban mi cuerpo. Comencé a sentir gran somnolencia y supuse que, con el cambio de gotero,

me suministraron algún tipo de sedante que me vino bien para no agobiarme. Estando adormilado, noté que alguien repetía mi nombre de una manera sosegada, poniendo sus manos sobre el brazo escayolado.

—Señor Montorfano, señor Montorfano…

Seguía sin ver a causa de la venda sobre mi rostro, pero no tardé en percatarme de que probablemente fuera el médico el que me estaba llamando. Volvió a insistir para cerciorarse de que estaba despierto.

—Señor Montorfano, soy su médico… ¿Cómo se encuentra?

—Dolorido… Por tanto debo estar vivo, ¿no?

—Veo que no ha perdido su sentido del humor. Eso está bien. Si me permite, voy a quitarle la venda de la cara para ver cómo está.

Con sumo cuidado retiró las gasas que estaban adheridas a mi piel a causa de los ungüentos que tenía en los ojos. Tras unos breves momentos de observación, el facultativo me contó cómo estaba el estado de mi cara.

—No está mal… Tiene múltiples rasguños que no revisten importancia y un fuerte hematoma en la zona de sus ojos… Será mejor que no se mire en el espejo durante unos días, no creo que lo que viera le gustara, pero no se preocupe, volverá a tener la cara de antes. Los derrames se reabsorberán y no creo que le queden cicatrices.

—¿Y mi brazo? ¿Volveré a tocar el piano?

—Lo hará, lo hará, y tan maravillosamente como el otro día. Se trata de una rotura limpia y manteniendo la escayola durante un tiempo, quedará como nuevo… Lo que más me preocupa es el bazo.

—¿El bazo?

—Le hemos tenido que operar para extirpárselo… Menos mal que llegamos a tiempo y no ha sufrido más daños. De todas maneras, hay que ser cautelosos y tomar todas las precauciones posibles para no tener complicaciones.

—Doctor… ¿Qué me pasará sin el bazo?

—No se preocupe, podrá hacer una vida normal. Se trata de una pequeña víscera cuya principal misión es la de fabricar anticuerpos para luchar contras las infecciones, por eso hay que tener cuidado después de la operación. Luego, como el cuerpo es muy sabio, el hígado tiende a realizar sus funciones.

—¿Cuánto tiempo estaré aquí?

—Lo mantendremos durante una semana, aunque debería permanecer en reposo al menos durante un mes o mes y medio pero, por ahora, no debe preocuparse por eso… Esperaremos a ver

cómo evoluciona.

—Gracias, doctor.

—No hay de qué. Ahora le diré a la enfermera que le entre algo ligero para ver cómo lo tolera, pero no espere pollo o filete… De momento, tendrá que conformarse con un caldo. Ahora tengo que irme, mañana por la mañana regresaré para ver cómo se encuentra… Procure descansar.

—Disculpe, antes de que se marche… ¿Podría decirme que ha sido del resto?

—¿De los que se encontraban con usted en el barco?

—¿Qué les ha pasado?... ¿Han muerto?

—No debe preocuparse por eso, no le hace ningún bien.

—Por favor, dígamelo. Prefiero saberlo a estar con esta angustia.

—Murieron todos… No se ha encontrado mucho, pero todavía están buscando.

—¿También ha muerto el *sheikh*?

—No. Ha sido el único que ha tenido suerte y se encuentra perfectamente… Ha insistido en verle pero, por el momento, no dejamos que entre nadie. Le diré que ha preguntado por él. Cuando les trajimos, nos dijo que le había salvado la vida y que hiciéramos todo lo posible por usted. Estaba profundamente afectado.

—¿Y Rinuccio?

—¿Quién?

—El cocinero del yate.

—Supongo que habrá corrido la misma suerte que el resto. Aquí solamente llegaron el *sheikh* y usted. A él le dimos el alta inmediatamente, solo tenía heridas superficiales.

Al cabo de un rato, la enfermera me entró una taza de caldo y me incorporó para que pudiera tomarlo a pequeños sorbos con una pajita. Mientras tomaba aquel brebaje, que saboreé como el mejor de los manjares, la sanitaria cambió la bolsa de suero y pinchó varios calmantes en él para ayudarme a descansar. Me sentí más tranquilo y por fin podía ver. No era mucho, pero al menos no tenía la sensación de aislamiento total. Intentaría seguir a pie juntillas las indicaciones del médico para poder salir de allí cuanto antes.

La operación se había ido al garete y las armas no se habían entregado; el barco, con todos los que había en él, se había ido literalmente a la mierda y aquellos que me habían sometido al chantaje más abyecto, estarían deseando encontrarme para pedirme toda clase de explicaciones, ni que decir tiene que el general Brunetta también pediría un *tête a tête* conmigo si se realizaba una investigación exhaustiva y se encontraban restos de los

lanzagranadas que almacenábamos en el yate. Por otro lado, estaba Mugniyah. No se me escapaba que lo había lanzado al vacío, momentos antes de la explosión. La verdad es que estaba vivo, cuando perfectamente podría haberlo dejado morir. No sabía si eso tendría algún valor o podría volverse contra mí.

Capítulo 24

Durante aquella semana que permanecí en el hospital, el cuerpo médico me tuvo protegido tanto física como mentalmente. Al margen de evitar las infecciones, también lo hicieron con cualquier tipo de conversación inoportuna que pudiera afectarme.

El primero que acudió cuando se abrió la veda fue el general. No sé qué le diría el médico, pero se mostró encantador, incluso más de lo que solía ser habitual en él.

—¡Querido Montorfano! Me alegro de su recuperación. Supongo que habrá tenido momentos mejores, pero le veo estupendamente.

—Muchas gracias, general. Es un placer volver a saludarle, sobre todo después de lo que ha pasado.

—¡Terrible, terrible, amigo Montorfano! Créame si le digo que, aunque estamos acostumbrados a estas cosas, nos ha pillado por sorpresa… Ha sido una tragedia.

—¿Se sabe algo de los autores?

—Si ha sido un atentado, nadie lo ha reivindicado todavía. El que lo hizo se tomó muchas molestias para que apenas quedaran rastros de sus huellas. No pudimos encontrar ningún cuerpo completo y el peritaje de los restos del barco es prácticamente imposible.

—¿No han quedado indicios?

—Todo el mundo cree que es fácil juntar cuatro trozos y en cinco minutos descubrir al culpable. No disponemos de laboratorios sofisticados, ni agentes de criminalística. Aquí llevamos una labor de campo muy rudimentaria y tenemos que depender de los servicios secretos de nuestros países para atisbar por dónde nos vienen las bofetadas, esa es la triste realidad. Por probabilidades, los que tienen todas las papeletas son los israelíes o tal vez algún grupo sunita vinculado a Al-Qaeda, pero ya le digo que nadie ha dado la cara. Son muchos los que desearían ver muerto al *sheikh* y nosotros damos gracias al cielo porque no haya ocurrido. Esto nos pondría en una situación muy comprometida y eso se lo debemos a usted. Jamás podremos agradecerle lo suficiente que protegiera con su vida la de él. Ha sido todo un acto de heroicidad por su parte.

—No hay nada que agradecer. Ni yo mismo sé lo que pasó. En aquellos momentos estaba a mi lado y reaccioné instintivamente, eso fue todo.

—No se subestime. Ya le dije en una ocasión que usted era una persona excepcional. Tiene un don difícil de encontrar y me sentiría muy tranquilo si la seguridad de mis hombres estuviera en sus

manos… Por cierto, aquí fuera está Mugniyah y está deseando poder hablar con usted. No ha dejado de venir todos los días para saber cómo se encontraba. Se alegrará de verle, si usted quiere, claro.

—Lo estoy deseando… Por favor, hágale pasar y, si no es demasiado pedir, me gustaría hacerlo a solas.

—No hay ningún problema, ahora mismo le digo que entre.

Brunetta salió de la habitación y en unos segundos apareció Mugniyah vestido como acostumbraba, siempre impecable y discreto, pero con una sonrisa en el semblante que le confería una cercanía rayana en lo familiar. Se quedó parado en la puerta sin saber si entrar y acercarse hasta mi cama.

—Por favor, *sayyid*, acérquese —le dije.

Mugniyah caminó despacio, observándome como si fuera a desvanecerme. Cuando estuvo a mi altura, tomó mis manos y las besó.

—Por favor, esto no es necesario —le dije ruborizado.

—Le debo la vida, amigo mío… Y, por favor, no me llame más *sayyid*. Entre hermanos no deben existir tratamientos.

—Entonces, deberíamos empezar a tutearnos, ¿no te parece?

—Claro, pero, ¿cómo debería llamarte?

—¿No te entiendo?

—Tal vez no recuerdes nuestra última conversación. En ella me confesaste que tu verdadero nombre era Stefano, Stefano Baldi…

—La verdad es que será mucho más seguro para ambos si sigues llamándome Luca… Tendría que dar muchas explicaciones si alguna vez se nos olvidara.

—Como quieras, aunque para mí siempre serás mi hermano, te llames como te llames… Pero dime, ¿cómo te encuentras?

—El médico me ha dicho que he salido de peligro, pero todavía debo guardar reposo.

—Estaría muy honrado si vinieras a mi casa para que pudiéramos cuidar de ti. Hoy mismo hablaré con el general. No creo que ponga impedimentos para tu traslado.

—No me gustaría causarte ninguna molestia. Me imagino que serás una persona muy ocupada y yo solo sería un estorbo para ti.

—De eso nada. Alguien que ha hecho lo que tú, merece todas las atenciones por mi parte. Mi pueblo estará encantado de recibirte; no estamos acostumbrados a que alguien se juegue el pellejo por uno de los nuestros… No se hable más, ahora mismo lo dispondré todo para que puedas venir conmigo.

—¿No quieres hablar de lo que pasó?

—Tendremos tiempo para hacerlo. No es necesario hablar más de la cuenta y menos aquí… De todas maneras, lo importante es lo que hiciste por mí. No me importa tanto el porqué ni el cómo.

—Gracias Samir, eres muy generoso.

—Te equivocas, yo nunca he sido generoso. Siempre he comprado voluntades cuando no he tenido que presionar para conseguirlas, pero jamás he conocido una persona como tú, capaz de sacrificarse a cambio de nada, teniendo tanto que perder. Soy yo el que tengo una deuda contigo.

Samir salió apresurado para hablar con el general. Ya lo tenía todo dispuesto a falta de que me mostrara de acuerdo con trasladarme a Naqoura. La enfermera entró con una silla de ruedas para ayudarme a salir, aunque yo estaba convencido de poder hacerlo por mi propio pie. En vista de mi tozudez, me acercó una equipación deportiva para que me vistiera, ya que toda mi ropa se había perdido en la explosión y literalmente no tenía nada que ponerme. En aquel momento fui consciente de que era un indocumentado y que sería un verdadero problema conseguir un nuevo pasaporte con mi falsa filiación. Después de todo, no era tan mala solución trasladarme con Mugniyah, quizá él haría todo lo posible para que pudiera salir airoso de aquel contratiempo.

Gracias a una muleta que me servía de sostén, salí andando de la habitación con una bolsa de medicamentos por único equipaje. El *sheikh* me acompañó hasta su coche y, con un poco de paciencia, consiguió que me sentara en la parte trasera junto a él. Tras despedirnos del general, partimos rumbo al pueblo.

El trayecto era corto pero, a pesar de ello, el poder contemplar un cielo azul tan intenso, que casi hacía daño, me devolvió a la vida. Tan pronto como abandonamos el recinto, situado en una pequeña colina que le daba nombre, empezaron a mezclarse distintos aromas: el inconfundible olor de los olivos, cuyos frutos empezaban a oscurecerse a medida que ganaban tamaño y el de otros cultivos más exóticos y tropicales como la banana. Un sinfín de pequeñas granjas ocupaba el paisaje, hasta confluir en la pequeña ciudad que se extendía a lo largo de su costa, en una pequeña franja de no más de dos o tres calles. Atravesamos Naqoura por su avenida principal, verdadera espina dorsal, donde se desarrollaba cualquier actividad, ya fuera económica, lúdica o festiva. Al paso del coche del *sheikh*, la gente se paraba reverencialmente para saludarle, así, hasta que llegamos a la puerta de su casa. No se trataba de una residencia espectacular, pues no difería demasiado de la del resto de sus convecinos, incluso parecía

demasiado modesta para la importancia de su dueño. La mayoría de las casas estaban a medio construir e iban creciendo a medida que sus propietarios disponían de dinero para invertir en ellas. Las fachadas que lucían mejor aspecto, como la de Mugniyah, estaban rematadas con un revestimiento de piedra color crema y adornadas con buganvillas que daban un toque alegre de color.

Al atravesar una verja de hierro, vi a varios hombres uniformados que pululaban por el sitio. Cuando paró el coche, frente al domicilio, uno de ellos, de aspecto delgado y muy moreno de piel, me abrió la puerta a indicación de su jefe y me ayudó a bajar. Samir se adelantó para abrir la puerta y me cogió al entrar. Quedé fascinado por el aspecto interior de la casa, que en nada tenía que ver con el exterior. Sabía del proverbial gusto de los árabes por la decoración ostentosa y su discreción para mostrarla, pero no pude imaginar que me iba a encontrar con algo así.

Lo primero que llamaba la atención era el fantástico suelo de mármol, cuyo brillo me hizo temer alguna caída nada más pisarlo. Estaba tan pulido y limpio que se hubiera podido comer en él. Una araña de cristal se situaba en el centro del gran vestíbulo. No había más motivos decorativos, salvo dos plantas de gran porte que se situaban a cada lado de una escalera que daba acceso a la primera planta, donde supuse que estarían las habitaciones y a ambos lados del vestíbulo, diversas estancias con unas puertas de madera cerradas a cal y canto. Mugniyah despidió a todos sus hombres, que cerraron la puerta principal tras de sí. Por fin estábamos solos y se acercaba el momento de las confidencias. Me hizo pasar a un salón presidido por una inmensa fotografía de la mezquita de Kerbala, verdadero icono del islamismo chiita y por la bandera amarilla de *Hezbollah*. Los muebles de madera eran excesivamente clásicos, con profusión de volutas y dorados de todo tipo, pero se notaba su calidad. Me hizo sentar en uno de los butacones y pude comprobar la multitud de fotografías que descansaban sobre una mesa auxiliar, probando fehacientemente lo bien relacionado que estaba con líderes religiosos y políticos.

—¿Te apetecería tomar un té? —me preguntó para romper el hielo.

—Nada me gustaría más.

Samir se levantó para tocar un pequeño timbre camuflado en el escritorio y al momento entró un miembro del servicio, una muchacha joven. Samir le encargó el té y al momento lo trajeron, como si ya lo tuvieran preparado, dejándolo sobre una pequeña mesita de taracea para que nosotros mismos nos sirviéramos. A

pesar de que en ningún momento noté que Samir ejerciera un poder despótico con sus empleados, pude constatar la misma admiración reverencial que le profesaba el resto de habitantes de Naqoura.

—Bien, amigo Stefano… Puedo llamarte así, ¿no? He dispuesto lo necesario para que te encuentres cómodo entre nosotros. Te hemos preparado una habitación en la planta baja para que no tengas que subir escaleras. Solo tienes que pedir cualquier cosa y Jasmín o su marido te atenderán enseguida. Tienes ropa nueva en el armario y todo lo necesario para tu aseo… Es lo menos que puedo hacer por ti.

—Te lo agradezco pero, ¿no quieres que hablemos de lo que pasó?

—Estoy deseándolo, pero antes de que empieces a contarme, quiero que sepas que, digas lo que digas, no dudo de tu sinceridad.

—Verás… Todo transcurría según lo previsto. Teníamos que tomar el *lunch* y luego íbamos a descargar las armas pero, poco antes de que llegaras, alguien me advirtió de que, sobre las doce, el barco estallaría llevándose por delante a todos los presentes y si quería salvarme, debía estar prevenido. Todo se precipitó en segundos. Tú llegaste con el tiempo justo y tuve que improvisar hasta el momento en que nos lanzamos al agua. Eso fue todo.

—¿Sabes quién está detrás de todo?

—Sí. Los servicios secretos israelíes…

—¡Esos mal nacidos! ¿Cómo pudieron enterarse de la operación? Me confirmaron que se habían tomado toda clase de precauciones. Tú mismo eres la prueba de ello… Según me dijiste, se aseguraron bien de conseguir que te hicieras cargo de todo.

—Había un «topo» en el barco… Trabajaba para el *Mosad*, aunque de una manera discreta. Solo informaba de lo que se transportaba y de los lugares donde se hacía la entrega. No era la primera vez que ese barco realizaba un trabajo similar y a pesar de que mi identidad debió despistarles al principio, sabían perfectamente qué transportábamos y cuál era el destino… El resto debió ser fácil.

—¿Quién era ese topo?

—Qué más da… Han muerto todos.

—¿Todos?... ¿Estás seguro? Me imagino que el que te advirtió no sería tan estúpido como para quedarse y morir.

Me quedé estupefacto. La lógica de Samir era aplastante y yo había sido un ingenuo al dar por buenas las afirmaciones del general de que nadie había escapado a la deflagración.

—El general Brunetta me dijo que no se había encontrado a

nadie más y que no quedaron restos humanos que pudieran reconocerse…

—Vuelvo a insistir… ¿Estás seguro?

—En estos momentos ya no estoy seguro de nada… Solo sé lo que te he contado. Fue muy poco tiempo el que tuve para tomar la decisión que tomé.

—¿Por qué me salvaste? Apenas me conocías y, según todo el mundo, soy un terrorista.

—Si quieres que te sea sincero, no lo sé. Por mi cabeza pasaron toda clase de cosas. No te voy a mentir, también pensé que no se perdía nada con tu muerte, pero algo en mi interior me dijo que no merecías morir y simplemente me dejé llevar.

—Pero no te importó que murieran los miembros de tu tripulación, ni tan siquiera el que te advirtió…

Sospeché que Samir sabía algo que todavía no me había revelado y tenía que pensar rápido. Tal vez Rinuccio se había salvado y estaba en su poder. Debía improvisar algo si aquello se confirmaba, es más, tendría que anticiparme para prever que algo malo fuera a pasarle.

—No me caía especialmente bien… Se trataba de Tommaso, el sobrecargo, no recuerdo su apellido. No sé por qué lo hizo, aunque tengo mis sospechas… —le dije a Samir, mintiendo como un bellaco.

—¿Cómo era?

—Era un jovencito rubio, aunque no excesivamente simpático. Era mi ayudante durante la travesía. Se encargaba de servirme la comida y elegirme los trajes.

—Estaríais muy unidos, ¿no?

—Más de lo que yo hubiera querido…

—¿Qué quieres decir?

—Que se me insinuó un par de veces. Debí gustarle y, en el último momento, intentó salvarme la vida… Una debilidad que le costó cara. Ahora estará sirviendo de alimento para los peces.

—¿Estás seguro de que fue ese tal Tommaso?

—¿Por qué lo dices? ¿Acaso sobrevivió?

—Encontramos a un muchacho como describes, muy cerca del puerto… Estaba herido e intentó llegar hasta el pueblo cuando lo encontraron mis hombres. Sospechamos de él. Era prácticamente imposible que se hubiera salvado si no estaba advertido de lo que iba a pasar y lo retuvimos. No queríamos que cayera en manos de los soldados de la base para que éstos nos escamotearan la información. Le curamos las heridas, pero no nos cuadraban las

cosas que nos decía… Según él, formaba parte de la organización que trasladaba las armas y era el supervisor de que todo funcionara bien, pero no nos ha sabido decir por qué acabó todo de aquella manera, es más, no ha hablado muy bien de ti, precisamente.

—¿Qué ha dicho?

—Te acusó de… de homosexual. Dijo que tuvo que ponerte una pistola en la sien para asegurarse de que ibas a cumplir tu parte del trato, pero que no se fiaba de ti.

—Con que eso te dijo… No voy a entrar en discusiones absurdas sobre quién dice la verdad, me parece inútil. Imagino que intentará salvar el pellejo echando «mierda» sobre los demás… ¿Qué piensas hacer con él?

—No lo sé. Los israelíes jamás reconocerían que trabaja para ellos y a estas alturas tampoco podemos entregarlo a los militares. Dispón tú lo que quieras…

—Me gustaría verlo.

—¿Ahora?

—Cuanto antes mejor. Lo que ha hecho no admite demora. No podría dormir pensando que se encuentra todavía vivo. Hemos estado a punto de morir por su culpa y ha comprometido la seguridad de gente que me espera en Italia y que depende de que esto llegue a buen puerto.

—¿De qué serías capaz?… —me preguntó—. Jamás te pondría en el brete de que tuvieras que mancharte las manos… Si haces lo que sospecho, será una prueba más de tu lealtad hacia nosotros.

Mugniyah se levantó y yo le seguí hasta el exterior. Dio una serie de órdenes a sus hombres, que se adelantaron mientras nos acercábamos pausadamente a causa de mi estado. Fuimos hacia un almacén que se encontraba en el lado más recóndito del recinto. Parecía una especie de cobertizo techado de uralita, con toda clase de artilugios y herramientas en su interior. Uno de los esbirros del *sheikh* abrió una portezuela de madera que se ocultaba en el suelo. Tras ella, unos escalones descendían hasta una bodega con una puerta camuflada tras una vieja estantería. Pasamos por un estrecho pasillo húmedo, pintado con restos de cal que se habían desconchado con el paso del tiempo. Al final había otra puerta, a la cual llamaron con los nudillos para anunciar que iba a entrar el jefe. Un miembro de las milicias, armado con un Kalashnikov, abrió y pudimos ver al fondo a Tommaso maniatado y sentado en una silla. No tenía muy buen aspecto y su cara, con hematomas, no dejaba lugar a dudas de que había sido torturado para que soltara lo que sabía, pero todavía conservaba su altivez cuando me vio aparecer

por la puerta.

—Vaya, si es el maricón del pianista... Anda, diles la verdad. Diles que yo soy su verdadero amigo y que tú eres el traidor…

—¡Cállate! ¿No has tenido bastante con volar el barco? —le dije —. Eres repugnante… No solo me amenazaste, también tenías que cargarte la operación para deshacerte de todos. Te habrán pagado bien, ¿no?

—¿Pero qué dices?... Tu capacidad de invención no tiene fin. No sé lo que ha pasado, ni tan siquiera sé si estás implicado en todo esto, pero eres listo.

—No hace falta que sigas fingiendo —le dije—. Espero que te quede algo de dignidad para reconocer lo que has hecho y dejes de escupir más «mierda» por esa boca.

Sin dejar de mirarlo, alargué mi mano derecha y Samir comprendió al instante lo que quería. Le pidió a uno de sus hombres una pistola, que colocó sobre mi mano. Volvía a repetirse la escena, pero esta vez era yo quien iba a poner el arma en su sien.

—¿Te recuerda algo esto?

Vi la cara de espanto de Tommaso y reconozco que disfruté con aquella escena. Quité el seguro del arma y aquel ruido lo oyó tan fuerte y claro que acabó por mearse en los pantalones. Estaba aterrado y hubiera confesado cualquier cosa bajo esa presión. Yo lo sabía e intenté forzar la situación.

—¡Di la verdad, cabrón! —le grité.

—Está bien, está bien… Sí, lo hice yo… Pero no dispares, por Dios, no dispares… —dijo Tommaso llorando y humillado.

—Eres un cerdo con carita de niño bueno —le dije, mientras pasaba la pistola por su cara hasta metérsela por la boca—. ¿Sabes lo que les pasa a los cerdos con carita de niño bueno?

Tommaso balbuceó sin poder decir nada. Estaba temblando como un flan. Por mi cabeza pasaron escenas que cobraron de repente una viveza inusitada: imaginé a Mario desesperado buscándome, a Letto sorprendido por mi ausencia, las amenazas de Esposito y la terrible muerte de Umberto. Recordé las humillaciones que sufrí a manos del que ahora temía por su suerte y me sentí reconfortado al ser yo el que tuviera la sartén por el mango. Era una victoria de la que estaba disfrutando; la primera venganza que el destino había puesto en mis manos.

—Yo te diré lo que va a pasar… —continué—. Esta noche vas a cenar con Satanás. ¡Dale recuerdos de mi parte!

Me aseguré de que me miraba con sus ojos aterrorizados cuando le obligué a alzar la vista con mi pistola en su boca y descargué un

tiro que le reventó la cabeza, esparciendo sus sesos por toda la pared. Su sangre salpicó mi cara y yo la saboreé como el que disfruta de un postre después de una copiosa comida, con pesadez pero con gula. No me desmayé al contemplar su cráneo destrozado, en el que ya nada indicaba que aquello había sido un ser humano; era una masa informe que llegó a repugnar a todos los presentes.

El *sheikh* estaba impresionado. Había visto muchos cuerpos destrozados por impactos de misil, pero aquello superaba cualquier cosa que recordara. Mi frialdad y el aplomo que mostré al contemplar el resultado de mi acto, acabó por convencerle de que podía contar conmigo sin reservas. Había demostrado una valentía que no podía acreditar ninguno de sus soldados, ni tan siquiera él mismo.

—Deshaceros de esa «carroña» —ordenó Mugniyah mientras me acercaba una toalla para limpiarme—. Será mejor que regresemos a casa —me dijo con la voz entrecortada.

En aquel momento no hubiera podido responder acerca de mis sentimientos pero, al salir al exterior, la luz cegadora del sol de mediodía cayó sobre mi conciencia y un sentimiento de angustia se apoderó de mí.

—Estoy cansado, necesito acostarme… —le pedí a Samir.

—Por supuesto. Está todo preparado. Yo mismo te acompañaré… ¿Necesitas hablar?

—No, ahora no. No sabría qué decir...

Ni siquiera me fijé cómo era mi habitación cuando entramos en ella. Samir hablaba y hablaba, explicándome cosas que ni tan siquiera escuchaba. Intentó decirme dónde tenía la ropa y cómo debía hacer para llamar al servicio, pero era inútil, tan solo tenía ganas de quedarme solo. Lo último que recuerdo es que me dijo que volvería antes de la hora de cenar.

Me quité la ropa como pude y puse sobre mi escayola un protector para meterme en la ducha. No podía soportar el olor de la sangre que se había secado sobre mi piel y no pude remediar vomitar allí mismo. Caí de rodillas y me acurruqué en un rincón de la amplia ducha sin parar de llorar. La imagen del asustado Tommaso se hacía presente al cerrar los ojos. El horror de verme convertido en un nuevo Esposito hacía que mi desesperación fuera en aumento. Ahora era consciente de que existía una delgada línea que separaba a la víctima del verdugo. Uno es la persona que se mira en el espejo y el otro el que está en el fondo, solo depende de en qué lado nos situemos.

Me sequé con fuerza, dejando marcado todo mi cuerpo porque

seguía sintiéndome sucio, luego me introduje en la cama para quedarme dormido sin apenas darme cuenta. No soñé, porque los sueños pertenecen a los limpios de corazón, solo fue un fundido en negro. Así debí permanecer unas cuantas horas hasta que noté una leve respiración que delataba la presencia de alguien que me observaba desde muy cerca.

Cuando abrí los ojos, me sobresalté al ver a un ser diminuto mirándome fijamente sin pestañear. Era una niña de piel morena y un gracioso pelo ensortijado recogido con una coleta; no debía tener más de cuatro años. Llevaba un vestidito rosa que le hacía parecer una princesa.

—¿Eres el hombre que salvó a mi papá? —me preguntó a bocajarro nada más despertarme.

—¿Quién es esta princesita que ha venido a despertarme? —le contesté.

—Me llamo Noor…

—¿Y cuántos años tienes?

—Tres y medio…

En aquel momento entró por la puerta una mujer de unos treinta años, con la cabeza cubierta con un velo negro y un vestido que le cubría totalmente los brazos y las piernas. Vino persiguiendo a la niña.

—Noor. ¡Te he dicho que no podías entrar en esta habitación!... Discúlpela señor —dijo dirigiéndose a mí—. No queríamos molestarle.

—No se preocupe. Tiene una hija encantadora.

La situación era algo incómoda para hacer una presentación formal. Yo estaba en la cama y la señora Mugniyah era una respetable dama musulmana. Comprendí que no se acercara ni intentara darme la mano. La mujer cogió avergonzada a su hija y se retiró cerrando la puerta. Solamente había dormido un par de horas, pero me reconfortó abrir los ojos y ver el dulce rostro de aquella niña. Decidí que era hora de levantarse y me puse a investigar en el armario. No había ropa de boutique, pero era más que suficiente. Cuando me vestí, al verme en el espejo, escuálido como estaba y con el pelo largo, no me reconocí. Tenía que solucionar aquello y lo primero que iba a pedir a mi anfitrión, sería visitar al barbero del pueblo para que me diera un buen corte.

Todavía sentía un fuerte dolor en mi abdomen y tuve que regresar a por la muleta para ayudarme a caminar sin tener que contorsionarme. Eran alrededor de las cinco de la tarde y, como había podido comprobar, los niños habían vuelto del colegio.

Cuando entré en la cocina, estaban tomando la merienda en compañía de los sirvientes y al verme, comenzaron a chillar mientras corrían para abrazarme.

—¡Niños! Dejad tranquilo al señor, ¿no veis que está herido? —les recriminó Jasmín—. Venga, acabaos la merienda.

Los niños no sabían muy bien qué hacer, para ellos aquella situación era nueva y no estaban acostumbrados a tener en casa a nadie que no conocieran. La madre entró en la cocina para hacerse cargo de ellos y al verme allí se sorprendió de que me hubiera levantado.

—Lo siento, señor Baldi. No le hemos dejado descansar. Mi marido se enfadará mucho cuando…

—No le diga nada. No me gustaría que, por mi culpa, se disgustara con los niños.

—Disculpe que no me presentara antes. Mi nombre es Bahira.

Bahira, notablemente nerviosa por mi presencia, se dirigió a Jasmín para darle instrucciones para la cena. Yo no lo sabía, pero por lo que pude entender, aquella cena no iba a ser familiar precisamente. El marido de Jasmín apareció en aquel momento y yo vi el cielo abierto para dejar de parecer un convidado de piedra. Le pregunté dónde podría encontrar un barbero y mientras sonreía mirando mi gran mata de pelo, se ofreció amablemente a ser el improvisado *Fígaro* que me librara de aquella manta que tanto me hacía sudar. No estaba del todo convencido y le insinué que no la recortara del todo, ya que, según todos, era lo que me daba mi verdadera personalidad.

Hassan me llevó hasta el pequeño *office* que estaba al lado de la cocina y, tras unos minutos para buscar los bártulos, vino con lo necesario para cometer su particular «atentado». Respiré profundamente y, con cada mechón de pelo que iba cayendo, me fui liberando de todo lo que me recordaba a mi vida pasada.

—¿Qué? ¿Le gusta cómo ha quedado? —me preguntó al acercarme un espejo.

—Bueno… no está mal. Demasiado corto, pero te ha quedado muy igualado —dije resignado al verme como un talibán.

Pregunté a Hassan si aquella noche se esperaba algo fuera de lo normal y me confirmó que el *sheikh* había organizado una cena en mi honor, en la que se iba a congregar lo más granado de Naqoura. Asistiría el Ulema, la principal autoridad religiosa del pueblo, así como los máximos dirigentes de Hezbollah que, casualmente, también ocupaban los puestos más relevantes de la sociedad civil. A estas alturas, ya todo el mundo sabía lo que había pasado y estaban

deseando conocer a aquel italiano que hablaba en árabe y que había arriesgado su vida por el «jefe». Supongo que me había convertido en una especie de atracción irresistible.

Tan solo hubo que esperar un par de horas para que apareciera todo el séquito del *sheikh* que me fue presentado de uno en uno. La mirada de la gente era muy reveladora, entre desconfiada y curiosa.

Todo estaba preparado en el comedor: una gran estancia dispuesta para cenar cómodamente a ras del suelo, sobre comodísimas alfombras anudadas a mano y mullidos almohadones que recordaban a las jaimas del desierto. Sobre pequeñas banquetas decoradas con una suntuosa taracea, se dispusieron diversas bandejas con toda clase de exóticas viandas cuya exquisitez entraba por la vista. La cocina libanesa había conseguido una fructífera fusión entre platos turcos y árabes, pero con el toque distintivo de un aderezo a la francesa. Ver tanta comida junta quitaba el apetito y opté por repizcar de aquí y de allá, mientras intentaba llevar una conversación de lo más animada entre el ulema que tenía a mi izquierda y el *sheikh* que se había sentado presidiendo la cena. Para mi sorpresa, no se habló de política. La conversación fluyó por otros derroteros mucho más intelectuales y sorprendentemente delicados para lo que yo presuponía en unos hombres tan rudos. Nunca hubiera imaginado que Mugniyah fuera un amante de la poesía y escuché atentamente sus disquisiciones literarias con un versado ulema. Discutían sobre el compromiso de los poetas con los tiempos convulsos y la importancia de los versos como arma para sensibilizar a las masas.

—Los viejos poetas del Islam solo cantan las glorias de un tiempo que ya no existe. No tenemos referentes actuales que nos animen a reflexionar… No podemos seguir cantando a un tiempo de minaretes y cúpulas doradas en un Damasco califal, que hace siglos dejó de existir —dijo Mugniyah, quejándose de la desidia de los poetas contemporáneos.

—Solo la belleza puede rescatarnos, solo por ella vale la pena vivir. Es la belleza misma del paraíso de Alá la que buscamos en los pálidos reflejos de nuestra vida cotidiana. Es su búsqueda constante la que nos tiene que animar a seguir luchando —repuso el ulema, en un arranque de platonismo que hacía la réplica a un Mugniyah más comprometido.

Me moría de ganas de intervenir en una conversación tan interesante y gracias a mi pródiga memoria, recordé los versos de un antiguo poema andalusí, que venían al pelo para dar mi punto de vista.

—Si me disculpan, me gustaría decir algo…

—Cómo no, amigo Montorfano —dijo el *sheikh*—. ¿Qué opina de la poesía?

—Ambos tienen razón. El arte por antonomasia dentro del Islam son las mismas palabras que recrean, como bien dice el ulema, el paraíso de Alá. El misticismo siempre ha estado ligado a la palabra, pero la palabra es el arma misma de la guerra. Con la palabra se miente, se ofende y se difama o bien se ensalza, se protege y se ama. Recuerdo un bellísimo poema del poeta andalusí Ibn al-Abbar. Vivió en el aciago tiempo en que se perdió Valencia a manos de la cristiandad, una de las perlas del Islam en España. En sus versos cantaba a la belleza perdida. Es esa misma belleza el arma arrojadiza que lanza al infiel como un dardo envenenado, consciente de que la nueva civilización carece de la sensibilidad que ha llevado a convertir su tierra en un vergel…

¡Venid hacia Valencia con vuestros jinetes!
Allá, nuestras gentes han caído en desgracia.
En las mezquitas, ahora iglesias, la llamada a la oración
se ha hecho volteo de campanas. ¡Cuánta pérdida!
¿Cómo revivir el pasado? ¡Solo son ruinas
los colegios aquellos donde todos recitaban el Corán!
El jardín que con deleite encantaba nuestros ojos,
las arboledas verdeantes, ya se han secado y endurecido.
Los parajes de los alrededores ya no existen,
aquellos que al viandante invitaban a permanecer o pasear.
Un infiel ha venido a borrar tanta belleza;
designado por el destino para traerle perdición,
deshacerla quiere a pedazos, y ni duerme ni reposa.
¡Venid hacia Valencia con vuestros

jinetes!

Para siempre ya adiós a la tierra amada…

Se hizo un silencio casi sepulcral y de pronto me sentí observado por todos como si hubiera lanzado una *fetua.* Sus ojos asentían complacidos al recital de un poema que, tantos siglos antes, reflejaba con nitidez la misma actualidad que a ellos les había tocado vivir.

—Nunca conocí una sensibilidad tal en un poema, ni a alguien que entendiera tan bien su significado —dijo el ulema—. Señor Baldi, la gracia de Alá también brilla en su corazón… ¿Sabía usted que los chiitas somos llamados los «poetas del islam»?

—Lo desconocía, es más, me ha sorprendido mucho que se hablara de un tema tan refinado como la poesía en una cena con líderes políticos.

—Ojala que todos los occidentales tuvieran su sensibilidad, muchos problemas desaparecerían, sobre todo la incomprensión. Somos deudores de una cultura que siempre se ha visto relegada por la lucha secular que hemos mantenido para no desaparecer como comunidad. La sangre de nuestros mártires nos reclama, pero nuestra fe también nos habla de amor y de pasión por la vida.

La mayoría de los presentes guardaban un silencio reverencial para no dejar al descubierto su ignorancia. La cena se convirtió en una especie de conferencia a tres, con un público que asistía impertérrito. Menos mal que la costumbre local no permitía alargar demasiado aquellas reuniones y cuando el ulema hizo ademán de levantarse, todos siguieron su ejemplo y abandonaron educadamente la casa del *sheikh*.

Por fin nos quedamos solos Samir y yo. Mientras el servicio quitaba los restos de la cena, hizo traernos un té a su despacho, para poder hablar tranquilamente.

—Después de tu intervención te has ganado a toda mi gente —me dijo.

—¿Tú crees?

—También me has ganado a mí. Te has mostrado como un verdadero luchador. Lo de esta mañana ha sido de un valor increíble, pero esta noche me has demostrado una delicadeza que solo puede pertenecer a un ser extraordinario.

—Me sobreestimas, solo intento sobrevivir. Cualquiera en mi lugar haría lo mismo.

—Créeme, he visto a muchas personas en tu misma situación y la mayoría acabaron temblando muertos de miedo. No obstante, tu

saber estar no se improvisa. Tienes don de gentes y una persona así se convierte en un ser muy valioso para cualquiera.

—Por cierto, Samir, quisiera pedirte un favor.

—Lo que quieras. ¿Qué necesitas?

—No sé si Katurshian se ha puesto en contacto contigo, pero más tarde o temprano lo hará.

—No conozco personalmente a ese Katurshian. He oído hablar de él, pero nunca he tenido trato directo.

—Es el cabecilla de la operación que os suministraba las armas. Yo lo conocí en Capri, mientras trabajaba como pianista en un hotel de la isla. Al principio mostró un gran interés por mi música y me propuso una serie de conciertos, asegurándome fama y dinero si me iba con él. Por supuesto, no acepté; no me interesaban ese tipo de cosas pero, poco a poco, fue estrechando el cerco sobre mí. Algunos de sus hombres fueron presionándome hasta que se hicieron evidentes las amenazas para que aceptara ser su hombre de paja en este negocio. Después de entregarte las armas tenía que haber vuelto a Beirut. Allí, no sé de qué manera, tenía que hacer otra entrega, pero el atentando ha venido a frustrarlo todo.

—Está bien, te ayudaré. ¿Qué necesitas?

—Lo primero, un pasaporte nuevo; falso, por supuesto. Necesito tener la misma identidad que cuando llegué. Lo segundo es contactar con Katurshian, por lo visto tenía otros planes para mí antes de dejarme marchar.

—Ese Katurshian, ¿qué fe profesa?

—Creo que es maronita. Gran parte de su fortuna proviene de negocios ilícitos, entre ellos el de las armas, que os vende tanto a vosotros como a vuestros enemigos.

—No solo te apoyaré en lo de tu pasaporte. Si quieres, también te ayudaré a vengarte de los que tanto daño te han causado… Quizá, devolverte el favor, sea más provechoso para mí de lo que había imaginado.

—¿Qué has pensado?

—Solo tienes que aceptar lo que te proponga. Lo del pasaporte va a llevar algún tiempo y de momento tienes que seguir recuperándote; necesitamos que estés en plenitud de facultades. Mientras, intentaré recabar información sobre ese tal Katurshian y su entorno.

—¿Cómo contactaré con él?

—De eso nos encargaremos nosotros. No creo que se deshaga de ti, eres muy valioso. De esta manera podrás suministrarnos información para seguir sus pasos.

—Pero si habla con alguien de la base sabrá con quién estoy. A fin de cuentas, fue él quien lo organizó todo y no creo que se le escape lo que ha pasado.

—Tienes razón, debemos ser cautos… Regresarás a la base, dirás que hemos tenido una bronca y que ya no te encontrabas a gusto aquí. Te suministraremos un teléfono y te asignaremos un contacto seguro que no nos relacione.

—¿Y lo del pasaporte?

—No te preocupes. En la base dirás que ya iniciaste los trámites en la embajada italiana. Nosotros te haremos llegar el documento falso. Cuando lo tengas, será el momento de que vayas a Beirut.

—¿Cuándo tendré que marcharme de aquí?

—Mañana mismo, no conviene prolongar esta situación por más tiempo. En cuanto a los motivos, di lo que te plazca, que no soportabas las costumbres chiitas, que no conseguías adaptarte o que te repugnan los árabes.

Samir se giró mientras yo salía por la puerta, estaba sufriendo por la cantidad de sentimientos encontrados que en aquel momento confluían en su mente: una mezcla de agradecimiento y rabia a partes iguales. Se sentía unido a mí, no solo por haberle salvado la vida, pero podía más el odio que sentía por aquellos que intentaban poner en peligro su mundo. Al final, lo único que importaba era la supervivencia.

Cuando me acosté en mi cama, sentí en cierta manera un poco de alivio. El destino se había aliado conmigo para, una vez más, permitirme seguir adelante pero, por el camino, iba dejando retazos de mi alma impregnados en seres que me habían marcado para siempre.

Capítulo 25

La comedía tenía que ser perfecta y ya estaba todo preparado cuando Hassan me despertó. Me di una ducha mientras él hacía mi maleta y cuando terminé, le pregunté cómo tendría que irme.

—¿Hay taxi en este pueblo?

—No se preocupe señor, yo mismo le llevaré a la base. Siento mucho que se vaya.

—No te preocupes Hassan, no es culpa tuya. Tengo que volver con los míos.

Antes de tomar el camino de Green Hill, Hassan se desvió, parando enfrente de la última casa del pueblo.

—¿A dónde vamos, Hassan?

—El *sheikh* me dio instrucciones para que le llevase al fotógrafo. Me dijo que tenía que hacerse unas fotografías para algún tipo de documento.

—¡Ah! Ya recuerdo. Tengo que renovar mi pasaporte.

Por poco lo olvidé, sin las fotografías poco se podía hacer para tener un pasaporte, aunque fuera falso, así que entré y en un instante se las entregué a Hassan para que volviera con ellas.

El camino se me hizo eterno hasta la base; no sabía cómo reaccionarían cuando me vieran aparecer por Green Hill. El soldado que custodiaba la puerta le dio indicaciones precisas a Hassan para que se acercara hasta la residencia de oficiales. Una vez allí, bajé mi equipaje y me despedí de él. En aquel momento salió a recibirme el teniente Maro.

—Señor Montorfano… Nos alegramos de verle de vuelta. ¿Cómo se encuentra?

—Bien, bien, gracias. ¿Sabe por qué he vuelto?

—Esta misma mañana nos ha llamado el *sheikh*. La verdad es que no ha sido excesivamente claro, tan solo nos dijo que usted no se encontraba a gusto y que prefería regresar aquí para pasar su convalecencia. Para nosotros es un verdadero placer tenerle de nuevo entre nosotros.

—¿No ha dicho nada más?

—No, pero no hemos querido importunarle pidiéndole explicaciones embarazosas. Entendemos que no hayan congeniado; para nosotros también es complicado convivir con gente que nos siente como extraños.

—Lo intenté, pero no podía vivir con gente que no me entendía. Cuando me recupere pienso irme a Beirut. Tengo muchas cosas que hacer allí.

—Puede quedarse todo el tiempo que desee.

Para mí, regresar a la base no era ningún triunfo. Me parecía un tanto aburrida la milicia, en comparación con la vida entre chiitas, donde acababa de descubrir un mundo nuevo con matices interesantes. Todavía no podía tocar el piano y me iba a aburrir como una ostra hablando con los oficiales de temas intrascendentes. Así que, en cuanto dejé mi equipaje, me dirigí a *Casa Italia* para tomar un trago.

Me fui dando un pequeño paseo, viendo el trasiego de los soldados. Cuando llegué al bar me sorprendió ver lo animado que estaba. No tenía prisa hasta la hora de comer, así que me aposenté en una mesa debajo de la imponente palmera que presidía el jardín. En aquel momento recibí una llamada inesperada.

—Hola Stefano, soy Samir… ¿Estás bien? Espero que te hayan acogido con los brazos abiertos.

—No ha habido ningún problema. Gracias por todo.

—No hay de qué… Escucha bien, esta será la última vez que hablemos. Cuando vuelvas a recibir más llamadas, serán de tu contacto, él te dará las instrucciones a seguir. Después de colgar, borra todo rastro de mi llamada. Solo quiero que sepas que te voy a echar de menos y que espero que puedas regresar sano y salvo a tu casa.

—Yo también te echaré de menos.

—En un bolsillo de la maleta he dejado dinero para ti, supongo que será suficiente hasta que llegues a Beirut. Si necesitas más, solo tienes que pedírselo a tu contacto. Ya he hecho los trámites para lo de tu pasaporte; creo que solo tardará una semana. Me han dicho que esa gente es rápida y eficiente. Suerte.

Cuando colgué, sabía que había culminado una etapa de mi vida y que, a pesar de la distancia, en la otra punta del mundo había una persona que me comprendía y a la que yo podía entender, más allá de las atrocidades que cada uno pudiéramos cometer. Me quedé tan pensativo y absorto que no me di cuenta del resto del mundo. En aquel momento, apareció el médico de la base y se sentó a mi lado, sacándome de golpe de mis reflexiones.

—Señor Montorfano. Tiene muy buen aspecto, pero pensaba que no volveríamos a gozar de su presencia… ¿Tiene algo que hacer ahora?

—La verdad es que no, solo estaba haciendo tiempo hasta la hora de comer.

—¿Qué tal si me acompaña a la clínica? Hoy no hemos tenido ningún paciente, así le podré hacer una exploración exhaustiva.

Dejé la cerveza y me marché con el doctor. El cirujano era un pelirrojo de casi dos metros y su complexión delgada le hacía parecer mucho más alto, de modo que tenía que mirarlo levantando la cabeza. Tenía unas manos huesudas y largos dedos que hubieran valido tanto para el piano como para el bisturí. Siempre iba con aquella enorme bata blanca, que le caía como un abrigo y debajo una simple camiseta blanca con unos vaqueros y zapatillas de tenis. Fuimos hablando de la vida en el cuartel y de los casos más graves que se había encontrado mientras estuvo trabajando allí. A lo sumo solo tenía que tratar heridas comunes, como las que se producen en cualquier lugar de trabajo o las típicas gripes que caían como una plaga.

A lo que nos dimos cuenta ya estábamos en la clínica. Me tendí sobre la camilla, mientras él se colocaba unos guantes de látex para hacer una minuciosa exploración. El brazo soldaba bien y eso significaba que podría quitarme la incómoda escayola, sustituyéndola por algo mucho más cómodo. El examen había sido satisfactorio y, salvo paciencia, poco más había que añadir.

Cerré la puerta tras de mí y salí al exterior dando un fuerte respiro. Ya era la hora de comer y me dirigí a la cantina para reunirme con la plana mayor de la oficialidad. En la cola me encontré con el general Brunetta, portando su bandeja como los demás. Llevaba el típico uniforme de camuflaje, que le tiraba un poco donde empezaba a crecer su incipiente barriga. Se notaba que era buen comedor y que no haría los mismos remilgos que yo con la comida.

—¡Montorfano! ¡Qué alegría volver a verle!... ¿Qué? ¿Está bien instalado?

—Tengo la misma habitación del primer día, aunque espero poder marcharme pronto. El médico me ha dicho que mañana me cambiará la escayola por algo más ligero.

—Me alegro, eso es buena señal. Espero que pronto esté preparado para volver a tocar su piano. Por cierto, se puso en contacto con nosotros *monsieur* Katurshian, su representante.

Me quedé lívido, no sabía qué decir. No estaba preparado para algo así.

—¿Y qué le dijo? —pregunté con curiosidad.

—Llamó cuando se enteró del atentado, pero usted ya se había marchado con el *sheikh*. Le dijimos lo que había sucedido y nos hicimos eco de su heroicidad al salvar la vida de Mugniyah… Por cierto, ¿qué le ha sucedido para volver tan pronto? Ha sido todo tan repentino.

—Discúlpeme pero, por respeto a mi anfitrión, no me gustaría decir nada malo de él. Digamos que no estuve a la altura de lo que se esperaba de mí.

—Puedo hacerme una idea. Es un tipo difícil, a pesar de su cultura. Eso lo hace más peligroso.

—Me siento un poco mal por haber vuelto, después de haber aceptado la hospitalidad del *sheikh*.

—Tonterías. Puede quedarse con nosotros el tiempo que quiera.

—Muchas gracias, general, pero antes me gustaría que me facilitara el teléfono de Katurshian. Tenía muchos contratos firmados para actuar en Beirut y me imagino que los habrá tenido que cancelar.

—Hable usted con el teniente Maro, él le dará toda la información de que disponemos. Ahora, disfrute de su comida que, por cierto, es un poco frugal, supongo que por razones médicas, ¿no es así? Lo siento, es uno de los pocos placeres que podemos disfrutar aquí.

Cuando se marchó el general, yo también di por terminada la comida. Tenía que hacerme con el teniente Maro y averiguar cuanto antes cuál sería mi futuro. Era preciso ponerse en contacto con ese cerdo de Katurshian para reconducir la situación y me acerqué hasta el puesto de mando de la base. Me senté paciente en una silla, hasta que salió Maro con su habitual sonrisa.

—Señor Montorfano, acompáñeme si es tan amable.

Me hizo pasar a su despacho y, sentado frente a él, me habló sin muchos rodeos.

—Supongo que ya le habrá explicado el general que *monsieur* Katurshian nos llamó interesándose por usted. Lógicamente, siendo su representante, al enterarse del atentado se puso en contacto con nosotros. Le explicamos que era el invitado del *sheikh* de Naqoura, lo cual le extrañó bastante y nos dejó encargados de que le hiciéramos llegar su número de teléfono y el mensaje de que se pusiera en contacto con él lo más pronto posible, pero usted se nos adelantó al venir hasta aquí de una manera un tanto… precipitada.

—Sí. Le agradezco sus gestiones y tan pronto como el doctor me dé el alta, podré marcharme.

—Solo hay un pequeño problema… Imagino que, con la explosión, debió perder todas sus pertenencias, incluida la documentación. Habría que solicitar un nuevo pasaporte para usted y...

—Oh, no se preocupe. Mugniyah se está ocupando de eso.

—¿Mugniyah?... Pero, ¿no se habían peleado?

—A pesar de nuestras divergencias, me debía el favor. Tiene amigos influyentes en Beirut y cuando llegue allí solo tendré que pasar por la embajada italiana para recogerlo. De momento, me ha hecho una especie de salvoconducto para que pueda desplazarme por territorio libanés sin tener ningún problema.

La verdad es que como embustero no tenía precio. Por la cara que puso Maro, el teniente hizo profesión de fe para tragarse aquel cuento.

—Está bien, señor Montorfano… Solo me queda darle el teléfono de *monsieur* Katurshian —dijo Maro mientras me alargaba un papel con su número.

—Muchas gracias, teniente… Ahora me gustaría retirarme.

—Por supuesto… ¿Le veré en la cena?

—Claro. Hasta la cena entonces.

Salí deprisa de la comandancia; quería estar solo y me encerré en mi habitación. Tuve el teléfono en mi mano unos cuantos minutos, intentando retrasar el momento inevitable pero, a pesar del asco que me daba, sabía que tarde o temprano tendría que llamarle. Marqué impulsivamente, pero la primera llamada fue infructuosa. Encendí otro cigarrillo para calmar mis nervios y volví a marcar. Por fin sonaron unos tonos y al tercero alguien descolgó.

—¿Aló?

—¿*Monsieur* Katurshian?

—Sí. ¿Quién es?

—Stefano Baldi…

—¡*Monsieur* Baldi! ¡Qué alegría! ¿Cómo se encuentra?

—Bien, bien. Me dijeron que había llamado interesándose por mí.

—Siento por lo que ha tenido que pasar. Son contratiempos que suelen ocurrir en este tipo de negocios.

—Yo también lamento que no saliera como se había planeado.

—Oh, no se preocupe. Veo que no nos equivocamos de hombre. Ha resuelto la situación de una forma magistral, ganándose el favor del *sheikh*. Eso no nos deja en mala posición después de todo.

—*Monsieur* Katurshian… ¿Cuál será mi siguiente misión?

—Tranquilo, amigo mío. Ya hablaremos de ello cuando llegue a Beirut, por cierto, ¿cuándo podremos gozar de su presencia?

—No lo sé. Todavía tienen que darme el alta definitiva… Y luego está el tema del pasaporte.

—¿Qué le ha sucedido?

—Lo perdí todo cuando estalló el barco. El *sheikh* me está facilitando las cosas y en breve tendré la nueva documentación a

nombre de Luca Montorfano.

—Es una suerte tener amigos tan importantes —me dijo—. Estaremos en contacto. Cuando se encuentre con fuerzas para venir a Beirut, llámeme. Nos haremos cargo de usted de inmediato. Se alojará en mi casa hasta que esté en condiciones de realizar su última misión.

—¿En serio será la última?

—No se preocupe. Ya le he dicho que hablaremos de todo esto cuando llegue a Beirut… Ahora, recupérese. *Au revoire, monsieur Baldi*.

Al colgar me di cuenta de que mi futuro seguía siendo incierto, que tal vez jamás lograra librarme de aquella pesadilla, pero no podía hacer otra cosa que seguir adelante. En algún recodo del camino se hallaría la posibilidad de zafarse de aquellos chantajistas que me tenían cogido por los huevos.

Estaba mentalmente agotado y, cuando me tumbé sobre la cama, me quedé tan profundamente dormido que no sentí ni la llamada del hambre para levantarme a cenar. Al despertarme en mitad de la noche, simplemente me quité la ropa y me metí entre las sábanas para intentar dormir.

Capítulo 26

Unos golpes secos en la puerta me devolvieron al mundo real. La luz entraba por la ventana con una intensidad insultante y yo estaba completamente empapado en sudor. Había pasado una noche de perros y en mis pesadillas se asomaron todos mis espectros, que comenzaban a ser legión.

—Señor Montorfano… —insistió una voz femenina al otro lado de la puerta.

Como pude me cubrí, levantándome a trompicones para abrir. Era una de las empleadas de la residencia intentando darme un recado.

—Disculpe, señor Montorfano, el médico le espera en la clínica dentro de media hora. Nos ha recalcado que era bastante urgente.

—¿Qué hora es?

—Las diez y media de la mañana.

—¡Dios mío! Es muy tarde… Gracias por el aviso. Ahora mismo me arreglo. Dígale al doctor que estaré allí a la hora convenida. Si me disculpa, voy a darme una ducha.

Me metí bajo el agua y en un visto y no visto ya estaba saliendo por la puerta con la primera ropa que pillé a mano. Afortunadamente, la clínica estaba a un par de barracones de donde me encontraba pero, aun así, llegué con un palmo de lengua fuera. Una de las enfermeras me hizo pasar a la consulta sin tener que esperar. El doctor Ambros estaba recolocando todos los instrumentos que iba a necesitar para quitarme aquella pesada escayola.

—Buenos días, Luca. ¿Ha desayunado? Me gustaría hacerle unos análisis.

—Tranquilo, no he bebido ni una gota de agua.

—Perfecto… Primero le quitaré la escayola, así se encontrará más relajado para hacer el resto de pruebas.

El doctor sacó una especie de sierra eléctrica de pequeño tamaño y la enchufó a la corriente. El polvillo blanco se levantó al empezar a cortarla, quedando partida en dos como un cascarón. Mi primera reacción fue rascarme con contundencia hasta devolver el color sonrosado a un brazo que no había visto la luz en mucho tiempo. Ambros acercó una palangana metálica con un poco de agua tibia y una gasa. Con cuidado me fue lavando el brazo para retirar los restos de escayola que todavía continuaban adheridos hasta que quedó limpio.

—Esto está muy bien, no obstante, como le dije, le pondré una

férula mucho más cómoda, pero eso será dentro de un rato… Ahora traiga su brazo sano para hacerle una extracción de sangre.

Después de esperar más de una hora, regresó la enfermera con los resultados de mi analítica.

—Se encuentra fenomenal —dijo el médico—. Los niveles de triglicéridos y transaminasas están un poco altos, pero se estabilizarán con el tiempo. Dentro de unos días le volveré a repetir los análisis para estar más seguro. Ahora le pondré una férula más ligera y…

—¿Me dará el alta?

—Me gustaría esperar para estar más seguro, pero sí. Ya no voy a agobiarle más.

—Estoy esperando a que se solucione lo de mi pasaporte, es lo único que me retiene aquí.

—Avíseme antes de irse… Le haré un informe por si visita a otro médico.

Pasé varios días pululando por la base como perro sin amo, esperando una llamada que parecía no tener prisa. Al cuarto día, mis ruegos fueron escuchados; sonó mi móvil.

—¿Diga? —contesté con voz timorata.

—¿Señor Montorfano?

—Sí.

—Soy su contacto. Escúcheme bien, ya está arreglado lo de su pasaporte. Mañana, sobre las diez, deberá recogerlo en *Casa Italia*. Hablará con uno de los camareros libaneses que sirven allí. Él le entregará un sobre con todo lo que necesita.

—Ya me he puesto en contacto con Katurshian. Me espera en Beirut tan pronto como pueda emprender la marcha.

—Perfecto. Entonces deberá comunicar a las autoridades de la base su intención de irse. Pasado mañana volveré a llamarle para organizar su traslado a Beirut. Comunique también a Katurshian el día de su llegada.

Mi contacto no esperó más y colgó rápidamente. El verano estaba tocando a su fin y con él mi historia en aquel rincón del mundo. Tenía miedo, pero al mismo tiempo tenía ganas de irme. Imaginaba Beirut como un enclave de libertad en medio de una locura que me sobrepasaba.

Al día siguiente fui a la cantina. Pedí una taza de café para despejarme y con las vueltas, el camarero me deslizó un sobre que rápidamente introduje en el bolsillo de mi chaqueta. No intercambiamos ninguna palabra. Terminé el café y busqué un rincón tranquilo en la terraza para observar su contenido. A esa

hora, la actividad de la cafetería estaba a medio gas y confiaba en que nadie me interrumpiera. Abrí el sobre y en él estaba el pasaporte a nombre de Luca Montorfano. Nunca me había alegrado tanto de ver aquel nombre falso escrito al lado de mi fotografía en la que, por cierto, no me reconocía. En nada se parecía al glamuroso pianista que deleitaba a los clientes del selecto hotel Palma. Junto al pasaporte había un fajo de dinero, no menos de dos mil euros en billetes de cincuenta que, junto a los que me había puesto en la maleta, me permitiría llevar cierto desahogo hasta que Katurshian me pagara lo que me debía. También había una nota que no hacía falta decir que debía destruir nada más acabar de leerla. En ella había anotado un número de teléfono que memoricé de inmediato y que sería mi nuevo contacto cuando estuviera en Beirut. Sólo a él debía comunicar todos y cada uno de mis movimientos. Al día siguiente, sobre el mediodía, un transporte me estaría esperando en Naqoura.

Encendí un cigarrillo y aproveché la llama del mechero para prender fuego al papel. Me levanté para hablar de inmediato con el teniente Maro y, si fuera posible, con el mismo general.

Después de lidiar un buen rato con la policía militar que, a pesar de conocerme, todavía seguían comprobando mi identificación, pude entrar, por última vez, en el santuario. Me recibió Maro, haciéndome pasar a su despacho.

—Buenos días, señor Montorfano… No hemos sabido nada de usted en varios días. ¿Se encuentra mejor?

—Sí, muchas gracias, teniente. Creo que ya estoy recuperado y, precisamente, venía a comunicarle que mañana abandonaré la base para marcharme a Beirut.

—Me alegro por usted. ¿Solucionó el tema de su pasaporte?

—Sí. Hoy mismo he podido hablar con el *sheikh* y me ha dicho que ya está todo arreglado en la embajada. También me ha hecho llegar el salvoconducto por si pasara cualquier cosa en el trayecto.

—Estupendo… Por cierto, ¿cómo piensa desplazarse hasta la capital? ¿Necesita que le ayudemos? Sepa que los transportes en este país no son muy rápidos.

—No se preocupe, el *sheikh* lo ha previsto todo. Ya le dije que, a pesar de nuestras diferencias, haría todo lo posible por devolverme el favor… Ahora me gustaría hablar con el general. Es mucho lo que tengo que agradecerle y no me gustaría marcharme sin despedirme.

—Cómo no, ahora mismo le aviso para que le reciba de inmediato.

Me hicieron pasar hasta el despacho del general Brunetta, que

me acogió con los brazos abiertos, dándome un fuerte abrazo. Era cercano y afable para ocupar un puesto tan delicado en aquel impreciso engranaje de la diplomacia. Me hizo sentar y me ofreció una copa que acepté encantado.

—Querido Montorfano… Tengo que decirle que ha sido un placer hospedarle entre nosotros.

—También yo tengo mucho que agradecerle. Han pasado tantas cosas que, sin su ayuda, no hubiera podido superarlas.

—No tiene nada que agradecerme —me dijo mientras me servía una copa de whisky con un poco de soda—. Tal vez le haya parecido un poco simple para ser un general y reconozco que, con el tiempo, he tenido que cultivar esa faceta para salvar situaciones embarazosas que, en ciertos momentos, han puesto en peligro la vida de mis hombres. Ahora que se marcha es el momento de sincerarme con usted… No sé quién es en realidad, ni sé tampoco qué papel juega en esta historia. No soy estúpido, aunque a veces pueda parecerlo. Desafortunadamente, estamos aquí para que enemigos antagónicos dejen de matarse, pero no tenemos un mandato claro para intervenir. No sé qué le ha movido para venir hasta aquí pero, como habrá comprobado, no hemos intentado averiguarlo. Con su acción, el día del atentado, ha hecho mucho más de lo que piensa pues, de haber muerto Mugniyah, nuestra situación aquí se hubiera visto seriamente comprometida. Pero de la misma manera que le hemos acogido, le dejaremos marchar. Solo espero que tenga suerte y guárdese de sus «amigos» de Beirut. Si lo necesita, siempre podrá contar con nuestra ayuda.

—Gracias, general. Me alegro de que sea tan perspicaz, así no tendré que añadir nada más a lo que usted ha dicho. Como bien sabe, ninguno somos dueños de lo que el destino ha marcado para nosotros. Tan solo espero que recuerde de mí esa buena persona que ha descrito, aunque la realidad no se asemeje mucho. Si le sirve de consuelo, lo único auténtico de mi vida ha sido mi música. Piense en ella cuando le venga a la mente aquel pianista que pasó por su base.

Nos estrechamos la mano con contundencia y el general se cuadró al despedirse de mí, aunque fuera un reconocimiento que, en el fondo, yo no merecía. Luego, entré en la clínica y una de las enfermeras llamó al doctor para que me recibiera.

—Luca, no le he visto en todos estos días… ¿Se encuentra bien?

—Nunca me he sentido mejor. Venía a despedirme, mañana mismo me marcho.

—Por fin ha llegado el día, ¿no? Ya tenía preparado su informe

y con él, unos pequeños ejercicios de rehabilitación que deberá hacer a diario. No se preocupe, es algo sencillo que podrá hacer en casa. También le he dejado por escrito algunas cosas con las que tiene que tener especial cuidado, pero no es nada complicado.

—Bueno, pues ha llegado el momento de la despedida.

—Mucha suerte, Luca.

—Gracias por todo.

Tomé el informe y regresé a mi habitación para descansar. Tan solo me quedaba hacer mi equipaje hasta que, a primera hora, un transporte me acercara a Naqoura. Sin duda nada había salido como estaba planificado y yo todavía me esforzaba por olvidar la cara del aterrorizado Tommaso suplicándome que no apretara el gatillo.

Capítulo 27

No volví la vista atrás cuando se cerraron tras de mí las verjas de Green Hill y al llegar a Naqoura, pude divisar el coche negro del *sheikh* aparcado en la puerta de su casa. Conocía a su chófer y no hubo que hacer ninguna presentación, simplemente cargó mi equipaje en el maletero y yo subí en el coche.

—¿Le importa si pongo música? —me preguntó educadamente.

—Puede poner lo que quiera… Así será más agradable.

Pronto me arrepentí, detestaba la música pop árabe, me resultaba demasiado monótona y repetitiva, pero era mejor que intentar llevar una conversación con aquel tipo tan adusto.

—El *sheikh* ha dejado indicado que debo llevarle hasta el hotel *Phoenicia*, donde tiene reservada una habitación a su nombre —añadió el chófer.

No hubo respuesta, ni se terció ninguna otra conversación durante el trayecto. Durante dos horas y media me dediqué a observar el paisaje que se descubría a través de la ventanilla del coche. Pasamos por una interminable y estrecha franja costera donde se sucedían cultivos tropicales con otros más tradicionales, enmarcados por las últimas estribaciones de los Montes Líbano, que ofrecían su cara más desnuda. A pesar de ello, la luminosidad y el cercano mar hacían del conjunto una de las más bellas estampas de la región.

Cuando ya empezaba a revolverme en mi asiento, víctima del cansancio, el aspecto de la carretera empezó a mejorar. Algunos carteles publicitarios indicaban que nos acercábamos a la capital. Beirut languidecía víctima de los vientos de guerra que se llevaron su prosperidad, aunque el secular ímpetu de sus habitantes por levantarla, una y otra vez, había hecho que nuevos edificios dibujaran tímidamente su *sky line*. Aquella ciudad, de casi dos millones de habitantes, era lo mejor y más moderno que encontraría en la zona y pronto empecé a gozar de sus bulevares, que se iban sucediendo a medida que avanzábamos por su interior.

Al fin alcanzamos las inmediaciones del *Phoenicia*, un hotel mítico que guardaba la estética sesentera de la arquitectura racional, que en su tiempo debió suponer un bombazo estético y que hoy en día no destacaba sobremanera del entorno. Estaba muy cerca del puerto deportivo, en la punta más alejada de la pequeña península sobre la que se asentaba la ciudad. Cuando el chófer paró en la puerta, un portero de librea corrió para abrir la puerta del automóvil, mientras avisaba a uno de los botones para que se

hiciera cargo de mi pequeño equipaje. El conductor me entregó un sobre con la reserva y no esperó nada más para regresar a Naqoura.

—*Bonjour*... —me saludó uno de los empleados del hotel al entrar.

—Mi nombre es Luca Montorfano y tengo una habitación reservada.

—Un momento *Monsieur*, voy a comprobarlo… Efectivamente, tiene una reserva hecha a su nombre para una semana —dijo el recepcionista después de verificar los datos—. Si me permite su pasaporte, le haré el registro de inmediato.

—¿Puedo ir ya a mi habitación?... —le pregunté—. Estoy muy cansado por el viaje.

—Sin problema, *monsieur*. El botones le acompañará… Su habitación es la 513.

Indudablemente, las cinco estrellas del *Phoenicia* se hacían notar hasta en aquella habitación del montón: suelo enmoquetado de un limpio azul turquesa, con las cortinas a juego, detalles decorativos de nivel y un juego de cama blanco, como la luz insultante que penetraba por la ventana del balconcito que daba a una de las piscinas. Me asomé para fumar un cigarrillo antes de deshacer la maleta; corría una magnífica brisa y las vistas me devolvieron la imagen de una ciudad cómplice con el mar.

Tenía una semana por delante, pero no sabía muy bien para qué. Tampoco me apetecía permanecer en aquella incertidumbre durante mucho tiempo, así que busqué mi teléfono y marqué rápidamente el número de Katurshian.

—¡Querido amigo! Esperaba su llamada con impaciencia… Pero, ¿dónde se encuentra?

—Estoy en Beirut… En el *Phoenicia*.

—Eso es fantástico. Todavía le hacía en Naqoura.

—¿Podríamos vernos?

—Eso está hecho. ¿Qué le parece esta tarde para tomar el té?

—Perfecto. Entonces, a las cinco.

Poco antes de las cinco, me acerqué por una de las cafeterías del hotel. Era un lugar precioso, que se abría, mediante una cristalera, a una estupenda piscina donde algunos clientes intentaban tostarse sobre amplias y confortables hamacas con los últimos rayos de sol. Pronto llegó un camarero para tomar nota de lo que quería.

—Estoy esperando a alguien —le dije—. No obstante, ¿podría traerme un brandy?

—Cómo no, caballero, ahora mismo se lo traigo… ¿Alguna marca en especial?

—No sé… Sorpréndame.

No tardó nada en traerme una copa de aquel licor ambarino, que yo calenté con mi mano hasta que estuvo perfecto para saborearlo. El brandy siempre me infundió ánimo para afrontar pequeños retos, como cuando me examiné del último curso de piano… Todavía recordaba lo nervioso que estaba, pensando que me iba a hacer un lío con las teclas.

Quedaba algo en la copa cuando apareció por la puerta principal la oronda figura de Katurshian. Se acercó ufano, casi bailando. Abrió los brazos cuando llegó a mi altura y me dio un apretón.

—*Monsieur* Baldi, deje que le dé un abrazo —me dijo orgulloso.

—No sabe lo que agradezco que alguien me recuerde por mi verdadero nombre... —le contesté.

—Por supuesto, por supuesto…

—No han salido las cosas como planeamos —le dije para abrir la conversación.

—No se preocupe, Baldi. Estas cosas suceden, pero todavía nos quedan negocios importantes que nos resarcirán de las pérdidas… Por cierto, ¿cómo se encuentra? Ahora lo importante es que se recupere. Le necesito en plenitud de facultades.

—El médico me dio el alta y el brazo está prácticamente curado. Ahora debería reemprender mi actividad con una buena rehabilitación.

—Precisamente de eso quería hablarle… Estaría encantado de que se recuperara en mi casa, así tendríamos tiempo para conocernos mejor.

—Se lo agradezco, *monsieur*.

—No obstante, por culpa de los cambios que hemos tenido que aplicar al plan, necesito su ayuda cuanto antes. No tenemos demasiado tiempo y los acontecimientos en Siria se han desbocado de tal manera que nos urge su intervención.

—¿De qué se trata esta vez?

—Tiene que ponerse en contacto con uno de los líderes de *Fatah Al-Islam*... Es una facción muy beligerante y próxima a Al-Qaeda. Este grupo es uno de los principales sostenes de los rebeldes que luchan contra el tirano sirio y en estos momentos se está dilucidando el futuro de aquel país. Todavía no sabemos de qué lado caerá la balanza y sería terrible para mi país que Al-Assad ganara la guerra.

—Discúlpeme, pero… ¿qué sentido tendría venderles armas a los mismos que pueden desestabilizar el Líbano?

—*C'ést l'argent, monsieur*… De todas maneras, es conveniente

mantener el *statu quo* de la región. A la minoría cristiana no nos conviene que ninguno de los grupos islámicos enfrentados destaque notablemente. Es preferible que se exterminen los unos a los otros.

—No entiendo muy bien mi papel en todo esto. En realidad, jamás lo entendí.

—Es muy fácil, como usted mismo se habrá dado cuenta por su experiencia en Naqoura. Gracias a su poder de «seducción» se ganó el favor de Mugniyah y todo se ha podido reconducir de la mejor manera.

—¿Y por qué no se realiza la transacción aquí mismo?

—Somos demasiado conocidos y cualquier movimiento sería detectado de inmediato… Necesitamos un sitio alejado y discreto.

—En su casa...

—No es mi casa, exactamente… Naturalmente es una propiedad mía, pero mi familia no reside allí. El distrito de Baabda es una de las mejores zonas del país. Está rodeado de una naturaleza incomparable: grandes montañas y una vegetación exultante. Se trata de una pequeña mansión que eufemísticamente llamamos *l'Auberge de Notre-Dame,* al lado de un colegio católico de reconocido prestigio. Es un lugar discreto, perfecto para todo tipo de contactos.

—Pero podrían relacionarlo con usted…

—Está todo previsto. La propiedad figura a nombre del colegio y, en teoría, consta como un albergue, una residencia de jóvenes de buena posición, pero eso no creo que tenga importancia para usted, son detalles irrelevantes. Cuando esté preparado, mandaré un coche para que le lleve hasta allí.

—¿Estaré solo?

—Por supuesto hay gente de servicio que atenderá todas sus necesidades.

—No quisiera más espías como aquel hijo de puta de Tommaso, al que pusieron para vigilarme y que me hizo la vida imposible… Creo que he dado suficientes muestras de mi lealtad.

—Sin lugar a dudas, señor Baldi. Le prometo que esta vez no habrá más tutelas. Solo una cosa más… La casa es grande y confortable, podrá gozar de sus instalaciones, pero he de advertirle que hay ciertas zonas a las que no deberá acercarse, ni preguntar por ellas.

—¿Qué sucede en esa casa?

—Por favor… —contestó Katurshian encogiendo los hombros y abriendo los brazos, indicando la inconveniencia de la pregunta.

—Está bien, *monsieur*. Seré discreto.

—Muchas gracias, Baldi. Cuando esto termine será un hombre muy rico y podrá volver a Nápoles con los suyos. Ahora… ¿le apetece que tomemos el té?

—¿No sería mejor un buen champagne?

—*Excellent, monsieur*… Brindaremos por el futuro.

A una señal, Katurshian ordenó una botella de un espumoso carísimo y juntos brindamos por el buen destino de los negocios. Nuestra pequeña reunión terminó con la última copa, que aquel carcamal se dejó casi al completo.

Durante un momento, estuve sopesando la conveniencia de mudarme a aquella misteriosa mansión, en cuyas catacumbas se cocía algo que me atraía más que la miel a las moscas y a pesar de haberlo prometido, no tenía ninguna intención de permanecer al margen de los enigmas de la ridículamente bautizada como «Posada de la Virgen». De momento, me dispuse a utilizar el móvil para comunicar a mi contacto en Naqoura los últimos movimientos. Marqué ansioso el número aprendido de memoria, esperando que alguien me contestara, pero me llevé el enésimo chasco, abandonando a la espera de mejor ocasión. Decidí, entonces, dedicar mi tiempo a algo más provechoso. Tenía que procurarme un restaurante que estuviera por la zona para poder cenar. Me apetecía estirar las piernas para descubrir las animadas calles y quién sabe si también alguno de sus lugares más «ocultos». Después de algunas indagaciones, encontré el que me pareció mejor, el *Abu Naim,* un céntrico local a escasos metros de la comercial calle Hamra. Aquella noche actuaba una especie de bailarina exótica llamada Farah Deeb, que interpretaba la archiconocidísima danza del vientre para su selecta clientela.

Antes de que el crepúsculo se adueñara de la ciudad, salí del hotel para respirar el aroma marino que a esas horas campaba por los alrededores del centro. El *Phoenicia* lucía majestuoso con una iluminación imposible con colores ácidos sobre el impoluto blanco de su fachada. Era sin duda un reclamo interesante que, en aquellas horas, funcionaba más como faro que como hotel. Encendí un cigarrillo y me puse a pasear por los bulevares iluminados, parándome en los estupendos escaparates que ejercían un notable poder de atracción entre aquellos viandantes que frecuentaban las animadas calles. Tenía un pequeño plano de la zona y no tuve ningún problema para poder localizar el restaurante. Serían aproximadamente las ocho de la tarde y era conveniente acercarse al *Abu Naim* para no quedarme sin cenar.

No era un local excesivamente grande y nada más cruzar el

umbral, un camarero fue en mi busca para acomodarme. Pronto comenzó a llegar la gente: parejas distinguidas, a tenor de sus atuendos. Las mujeres lucían todo su glamur a cabeza descubierta y no se veían demasiadas botellas de agua por las mesas. En un rápido golpe de vista, me percaté de que era el único hombre desemparejado de toda la sala.

El espectáculo no se hizo esperar. La danzarina, una bella hurí, fue anunciada por megafonía, seguida por un fuerte aplauso que retronó en todo el local. Salieron los músicos y ocuparon una hornacina en la pared que hacía las veces de escenario. Cuando estuvieron listos, las luces del local se apagaron y un cañón de luz se encendió para iluminarlos. En un golpe de efecto, apareció Farah envuelta en unas teatrales «Alas de Isis», de las cuales se tuvo que desprender de inmediato para no lesionar a ninguno de los espectadores que, con los ojos desorbitados, seguían sus primeros movimientos. Ayudada de unos crótalos, que remarcaban sus contorsiones, fue recorriendo una a una las mesas del restaurante, haciendo hincapié en los hombres, con los cuales descargó toda su carga sensual en forma de movimiento. Jamás había visto un espectáculo de aquel tipo y me resultó gratificante. Aquella danzarina exótica era un bellezón racial: melena larga y rizada, formas redondeadas y una expresión exótica en su cara donde los ojos, remarcados por un perfilador, resaltaban como dos joyas engarzadas. Era cuestión de tiempo que yo acaparara su atención, para deleite de todos. Pudo mostrar todo su arte sin resultar incómoda para ninguna acompañante femenina. Movió sus caderas a escasos centímetros de mi cara y fue contorsionándose hasta descansar su espalda sobre mi mesa. Todos empezaron a batir las palmas, dándome indicaciones para que hiciera algo de lo que no tenía ni idea. Por fin, con algunas advertencias mímicas desde otras mesas, comprendí que debía colocar un billete en algún lugar de su escueto vestido. Revolví en mi bolsillo y deslicé un billete en el cinturón que sujetaba los velos y al notar el tacto sexy del dinero, se incorporó colocando sus brazos alrededor de mi cuello, así pude oler su perfume, que despertó en mí múltiples y deliciosas sensaciones. Realmente una mujer así podría volver loco a cualquier hombre.

Tras varios números consecutivos, Farah se retiró para realizar un pequeño descanso, que la gente aprovechó para pedir alguna que otra copa que animó el ambiente. De nuevo regresó para completar su espectáculo pero, esta vez, el respetable se entusiasmó más al ritmo frenético de los tambores, comenzando a desprenderse con

más prodigalidad del dinero que, en poco tiempo, llenó todos los recovecos de su exiguo vestuario. La cosa estaba llegando a su fin y Farah despidió su actuación con un número de lo más atrevido. A golpe de eróticos movimientos de caderas, fue desprendiéndose de sus velos, que iba dejando sobre las mesas. Cuando por fin sólo le quedaba el más interesante, la luz se apagó para dejarnos a todos con la miel en la boca. Yo noté cómo ese pañuelo caía sobre mi cara y una suave mano lo recogía, alargándose con una caricia que me hizo sentir afortunado. Con aquella acción desapareció del escenario, hasta que volvió la luz y el cuarteto de músicos se despidió con una melodía que hizo que la mayoría se arrancara a bailar en el centro de la improvisada pista.

Yo me sentía fuera de lugar entre aquellas muestras de folklore y decidí abonar mi cuenta haciendo un discreto mutis por el foro. Encendí un cigarrillo y volví a mirar el mapa que llevaba doblado en el bolsillo. Tenía marcados varios «garitos» con un círculo y me decidí por el más cercano. Aunque aquella ciudad era, poco más o menos, un paraíso gay dentro del mundo árabe, no había que lanzar las campanas al vuelo; se imponía la discreción y el disimulo.

Me decidí por *Bardo*, muy cerca de México Street. Estaba catalogado como gay-friendly, pero los clientes no dejaban lugar a dudas. Me senté en un rincón de la barra y pedí una copa, buscando el mejor ángulo para tener una visión perfecta. Había mucho jovencito imberbe que, entre risas, intentaba hacerse notar, pero el descaro había sido sustituido por increíbles movimientos de ojos que se cruzaban, invitando al acercamiento.

Estaba resignado a marcharme de allí al terminar mi copa, cuando apareció Farah, la atractiva bailarina del restaurante. Entró con uno de los músicos del espectáculo y se sentaron en una mesa cercana. El chico llegó hasta la barra para pedir dos copas y, mientras se las servían, me hizo un repaso ocular. Me reconoció de inmediato, igual que yo a él, pero regresó a la mesa con las bebidas sin perderme de vista. Yo repetí la consumición; quería alargar más aquel momento, hasta ver qué pasaba con aquella tensión contenida. Él susurró a Farah algo al oído y ella se giró para mirarme. Me excité con aquel jueguecito que comenzaba a ser lo más divertido de la noche. Con la excusa de acercarse al baño, la bailarina se levantó y se dio un paseo que le sirvió para mirarme fijamente a los ojos, pero yo seguía sin saber quién de los dos estaba más interesado en mi persona. Cuando Farah regresó a su mesa, me armé de valor y me acerqué hasta ellos sin ser invitado; no tenía nada que perder.

—Buenas noches. No he podido evitar acercarme para felicitarles por su estupenda actuación —me dirigí a Farah, a la cual besé la mano.

También saludé con un fuerte apretón de manos al músico, que intentó mantener largo rato su mano cogida a la mía.

—Mi nombre es Luca Montorfano.

—¿Italiano? —preguntó la artista, que me miró agradablemente con sus grandes y oscuros ojos.

—Sí, de Milán.

—¿Está de vacaciones en Beirut? —inquirió Farah.

—No exactamente. Soy pianista pero, lamentablemente, he sufrido un percance y ahora estoy recuperándome —les dije mientras les mostraba la férula que asomaba por la manga de mi chaqueta.

—¡Un músico! —replicó entusiasmado el joven—. Mi nombre es Bilal.

—Encantado, Bilal.

—Supongo que mi nombre no le será desconocido… —dijo irónicamente Farah.

—*Madame* Deeb, parece que su arte la hace tremendamente conocida. Igual que su belleza.

—Gracias. Sabía que los italianos eran galantes, pero nunca conocí a ninguno —dijo la diva con sus labios carnosos.

Estuvimos departiendo amigablemente durante unos minutos. Hablamos de temas intrascendentes, relacionados con nuestras facetas artísticas. Obviamos los temas más escabrosos, como el porqué de la presencia de los tres en el local. Yo estaba un poco cansado y la conversación no daba más de sí, así que me levanté para despedirme.

—Bueno, es tarde y yo debería retirarme a mi hotel.

—Espera, Luca… —saltó Bilal para intentar retenerme—. ¿Qué tal si vamos a mi casa a tomar la última?

Me quedé sorprendido por una invitación que, indudablemente, incluía a su amiga pero, en realidad, qué más podía hacer sino aceptar.

—Está bien… La última.

Juntos salimos de *Bardo* rumbo a un lugar desconocido. ¿Qué podía pasar que no me hubiera sucedido ya?, pensé. Dimos un pequeño paseo y Farah aprovechó para engancharme del brazo. Por fin, después de doblar un par de esquinas, Bilal nos indicó que ya habíamos llegado. Subimos hasta el tercer piso tomando un ascensor y cuando el anfitrión abrió la puerta, nos hizo pasar casi

haciéndonos una reverencia.

No era una casa modesta, aunque la decoración estaba un poco anticuada. Menos mal que había un mullido sofá en el cual Farah y yo nos aposentamos de inmediato, mientras Bilal nos preparaba unas copas para continuar con las libaciones. Encendió unas velas para dar un ambiente más íntimo y nos puso algo de música con ritmos *chill out* que invitaban a abandonarse.

Mientras Bilal se despistó, Farah aprovechó para hacerme una serie de preguntas mucho más íntimas y directas.

—Bueno, Luca… ¿Hay una señora Montorfano que te esté esperando en alguna parte?

—La verdad es que no. Actualmente mi corazón está completamente libre.

—Eso está bien… pero ¿qué te gustan más, las ostras… o los caracoles?

—Veo que eres una fan del cine clásico pero, contestando a tu pregunta, no recuerdo haber probado nunca las ostras…

—Vaya. Siempre se está a tiempo para probar experiencias nuevas, ¿no te parece?

—¿Y a ti?

No sé qué clase de embrujo tenían sus ojos y el hechizo de su voz sensual pero, a lo que vino Bilal, la lengua de Farah ya estaba explorando mi boca y mi mano sobando sus turgentes pechos. Lejos de lanzar aspavientos y lamentos, el joven se sentó justo a mi lado y pronto noté sus manos sobre mis muslos, subiendo lentamente hasta la entrepierna, que ya lucía abultada.

Tal vez se tratara de una encerrona o realmente la cosa surgió por casualidad, pero yo me encontraba como el salami entre el pan y la situación, lejos de ser incómoda, me estaba resultando excitante. Las hábiles manos de Bilal se afanaron en descordar mis pantalones, mientras yo me entretuve sacando los pechos de ella y lamiendo sus prominentes pezones. Sin guiones preestablecidos ni indicaciones innecesarias, acabamos desnudos sobre el sofá. Cuando me introduje en la bailarina, tuve una sensación placentera de suavidad, gracias a su estupenda lubricación, haciendo gozar a Farah, que ya lanzaba gemidos de placer. Pronto Bilal se unió a la fiesta y así estuvimos algunos minutos hasta que los tres tuvimos el merecido orgasmo que culminó aquella noche de placer.

Temía mi propia reacción después de haber follado con aquella extraña pareja y no sabía muy bien qué debía decir después. Primero se levantó ella para lavarse y nos quedamos los dos desnudos sobre el sofá. Bilal se atrevió a darme varios besos en la

boca. No dijimos nada; tampoco había mucho que añadir. Cuando apareció Farah, con su ropa interior puesta, ambos nos dirigimos a la ducha. Entramos juntos y nos ayudamos a enjabonarnos. Fue muy agradable pero, lamentablemente, a Bilal se le fue la lengua pidiéndome que me quedara.

—Luca… Eres increíble.

—¿Tú crees?

—¿Por qué no te que quedas conmigo esta noche?

Antes de contestar me quedé mirando su cuerpo. Era un muchacho delgado pero bien formado, sus carnes duras y oscuras eran toda una delicia para los sentidos. Su pelo rizado y rasgos árabes invitaban a contestar que sí, pero algo me decía que debía cortar allí mismo con aquella relación sin estrenar. No sabía lo que me ocurriría a partir de ahora, pero ya tenía experiencias suficientes como para añadir una más.

—Mira, Bilal… No niego que lo he pasado muy bien y tú eres muy atractivo, pero no voy a estar mucho tiempo aquí, mañana mismo debo irme y es mejor dejarlo como está. Eres un encanto, pero no puedo quedarme, ¿lo comprendes?

—Me temo que sí… En fin, ha estado bien.

Cuando salí de la ducha me vestí rápidamente. Farah también estaba vestida y me despedí de los dos con un beso en la boca. La verdad es que era mejor así. No hubiera sabido qué hacer a la mañana siguiente cuando despertara entre aquellas bellezas de sexos opuestos.

Capítulo 28

No sabía si había sido el polvo de la noche anterior, pero esa mañana vi las cosas de otra manera y me planteé la conveniencia de acudir a mi cita con el hampa. Llamé de nuevo a Katurshian antes de arrepentirme.

—¿*Monsieur* Katurshian?

—*Mon amie*… Imagino que llamará por lo «nuestro», ¿no es así?

—Usted siempre tan perspicaz… Creo que va siendo hora de iniciar ese último trabajo que queda pendiente.

—*Excellent*. Si quiere, ahora mismo mando recogerle.

Si le parece, a mediodía estaré listo.

—Perfecto. A esa hora tendrá un coche en la puerta del hotel.

—¿Vendrá usted?

—Me temo que no, *monsieur*, pero no se preocupe, permaneceremos en contacto. *Adieu*, *monsieur* Baldi.

Antes de que las doce sonaran en el estupendo carrillón de la recepción, ya me encontraba allí para cancelar la reserva. Al marcharme decidí repartir una suculenta propina entre botones y empleados de recepción, que se deshicieron en elogios mientras insistían en llevarme la maleta hasta el coche cuando anunciaron que un vehículo me estaba esperando.

El conductor tomó el equipaje y lo colocó en el maletero. Me abrió la puerta y me aposenté en sus mullidos asientos de cuero beige. Me entretuve viendo el paisaje que, al salir de Beirut, se volvió agreste y frondoso, sobre todo cuando empezamos a pasar por los distritos residenciales de la capital, donde se encontraban las mansiones de las principales fortunas del país. Cuando alcanzamos los aledaños del colegio *Notre Dame de Yarzeh*, tras sortear la montaña con una carretera mareante, accedimos por fin a aquella residencia que más parecía un palacio. Al abrirse la verja, subimos por un camino flanqueado por hermosos y altos cedros que hacían honor al lugar. Una plazoleta de grava daba acceso a la entrada principal, cuya puerta estaba presidida por un pórtico columnado que daba empaque al palacete. Al oírnos llegar, el personal de servicio salió a recibirnos. Un hombre y una mujer de cierta edad se hicieron cargo de mi equipaje y el que parecía el mayordomo se presentó invitándome a seguirle.

—*Bonjour, monsieur*, bienvenido al Albergue de Nuestra Señora, mi nombre es Jaldun. Por favor, acompáñeme y le mostraré su habitación. Mi mujer se llama Olga, ella se ocupa de la cocina y la limpieza.

—Muchas gracias, Jaldun, espero no importunarles demasiado. Por cierto, ¿soy el único residente de la casa?

—Sí, señor Montorfano, todo está a su disposición.

Cuando subimos al primer piso, a través de unas espectaculares escaleras, recorrimos un largo pasillo hasta llegar a mis aposentos, una habitación que podría haber albergado a toda una familia de clase media. Era una suite con una sala de estar presidida por un estupendo piano de cola y una habitación con baño contiguo, una especie de *spa* con acabados en mármol. Realmente no tenía nada que envidiar al *Phoenicia* y me alegré de haber cambiado una residencia por otra, aquí al menos podría tocar el piano sin ser molestado.

—Me retiro —dijo el mayordomo—. Si no dispone nada más, a las ocho se servirá la cena, a no ser que quiera hacerlo en su propia habitación.

—No, está bien. A las ocho estaré preparado. Gracias por todo.

No es que me resultara desagradable, pero siempre había odiado el servilismo aunque fuera bien remunerado, así que agradecí que aquel lacayo hiciera mutis por el foro. Empecé a mirar por todos los rincones buscando el dossier donde se especificaba toda la operación y que aquel hijo de puta había prometido que tendría en mi habitación. No había que ser demasiado sagaz para adivinar que estaría en el primer sitio que llamara mi atención, el piano. Cuando levanté la tapa y vi los papeles, los abrí en busca de respuestas.

En un primer folio estaba condensada la historia del movimiento *Fatah Al-Islam*, un grupo fundado a finales de 2006 por refugiados palestinos y que se había hecho fuerte en el norte de Líbano. Actualmente se le relacionaba con la siniestra corriente que capitalizaba Al-Qaeda a la par que apoyaban a los insurrectos sirios que luchaban contra el gobierno de Bashar Al-Asad. Uno de sus más sanguinarios dirigentes y con quien me tendría que ver las caras era Abdullah Al-Abassiri.

Los siguientes documentos hacían referencia a él. Sin duda era un personaje complicado pero, a tenor de la fotografía que acompañaba su biografía, no carecía de atractivo. Su cara ovalada estaba enmarcada por una barba muy cuidada, que remarcaba su mentón puntiagudo y unas cejas muy arqueadas y pobladas que daban cierta viveza a sus mortecinos ojos. Era como si con su expresión guardara el secreto de una gran verdad. Estaba muy bien relacionado con grupos *wahabíes* que financiaban sus actuaciones. Al final del documento tan solo un único número de teléfono al que debía llamar para iniciar las conversaciones. El resto de los papeles

mencionaban las armas puestas en almoneda y cómo se deberían hacer los pagos.

No quería precipitarme, pero me apetecía poner en conocimiento de Mugniyah mi nuevo cambio de domicilio, así como el que iba a ser el supuesto comprador de armas con la ayuda de mi intermediación. Saqué mi teléfono y marqué decidido el número.

—Soy Montorfano… —dije nada más descolgar.

—Dígame, señor Montorfano.

—Me gustaría hablar con el *sheikh*.

—Lo siento, en estos momentos no está localizable. Tendrá que contarme a mí lo que desea; yo se lo transmitiré.

—Está bien. Acabo de mudarme a una de las residencias de Katurshian. La llaman «l'Auberge de Notre-Dame», muy cerca de un colegio católico en el distrito de Baabda. He recibido un informe referente a la persona con la que tendré que contactar, se llama Abdullah Al-Abassiri, dirigente de *Fatah Al-Islam*.

—¿Cuándo se va realizar dicha entrevista?

—Todavía no lo sé. No he organizado la reunión; aún tengo que llamarlo.

—Por el momento es todo, nos mantendremos en contacto.

Al colgar me sentí defraudado. Esperaba algo más, algún tipo de conversación que me respaldara y que no me diera la sensación de ser un vulgar chivato. Solo deseaba que Mugniyah cumpliera con su palabra y me proporcionara una venganza que me dejara satisfecho.

Ahora solo me apetecía tocar el piano. Ya no llevaba aquella férula antiestética que había dejado tirada en la papelera de la habitación del *Phoenicia* y apenas sentía dolores. Fue un gran placer tocar aquellas teclas que vibraban a mi roce, dándome satisfacción sin pedir nada a cambio, pero tuve que interrumpir mi interpretación al oír unos ruidos secos y metálicos que se repitieron durante unos segundos. Intenté localizar el lugar del que provenían, pero la estancia era demasiado grande para hacerlo de un simple golpe de vista. De nuevo, se reanudaron los golpes y esta vez pude ubicarlos muy bien, procedían de la rejilla de la calefacción, en una esquina camuflada entre dos sillones. Me agaché apartando las butacas e intenté abrir aquella celosía de hierro forjado, pero estaba firmemente sujeta a la pared. Golpeé con insistencia el metal en busca de respuesta e incluso voceé a través del tubo, por si alguien me oía al otro lado, pero no obtuve contestación. Quizá solo fuera algún ruido provocado por los crujidos de las casas viejas, amplificado por el conducto que unía todas las estancias y volví de nuevo al piano por si, al oír la música, el ruido se repetía otra vez,

pero Beethoven no debió entusiasmar a mi ruidoso amigo. No intenté obsesionarme con aquello, pues desconocía los entresijos de la casa y simplemente me limité a gozar de mi música; por fin podía disfrutar de un piano después de tantas semanas sin tocar uno. Me enfrasqué tanto en el deleite que me producía, que pasé por alto las horas que estuve allí sentado, hasta que me percaté de que faltaban pocos minutos para bajar al comedor sin importunar a aquel extraño matrimonio que me causaba cierto repelús.

No me dio tiempo a cambiarme y bajé tal cual estaba para cenar. No sabía muy bien dónde se ubicaba el comedor pero, cuando descendí las escaleras, no tuve que andar mucho. Enseguida encontré a Jaldun terminando de poner los cubiertos.

—Buenas tardes, señor Montorfano, ya está lista la cena —me dijo con un tono totalmente inexpresivo.

—Gracias, Jaldun —le contesté mientras me sentaba en el único lugar que estaba habilitado—. ¿No van a cenar conmigo? —le pregunté.

—No, *monsieur*, nosotros ya lo hemos hecho… De primero hay consomé y luego codornices en salsa, aunque si prefiere otra cosa…

—No, no, está bien. Me gustan las codornices.

Estaba claro que aquella pareja no pretendía ganarse mi favor, ni tampoco intentaba intimar conmigo, lo cual me colocaba en una incómoda situación; me sentía un rehén vip lo mismo que un guacamayo en una jaula de oro y ese tipo de cosas no iba conmigo. Cené opíparamente, Olga era una cocinera estupenda y lo remató con un buen postre de tradición local. Después del café salí de la casa para fumar un cigarrillo por los alrededores y me sorprendió el frescor de la noche. Nos encontrábamos en una zona montañosa y llena de vegetación, lo que sumado al inicio del otoño, ya indicaba que el calor nos iba a abandonar definitivamente. Excepto algunas farolas del extenso parque, que se extendía más allá de la casa, nada estaba iluminado y una tenue bruma comenzaba a adueñarse del espacio que había entre los árboles, creando una escena fantasmagórica. Aun así completé el recorrido hasta situarme detrás de la casa. Desde allí se divisaba el cercano colegio, que estaba sobre la cima de una colina y que me permitió oír perfectamente el carrillón de su campanario dando las diez de la noche. Apagué el cigarrillo y en ese momento escuché un extraño ruido proveniente del sótano, al mismo tiempo que se encendía una luz que pude ver a través de uno de los ventanucos que estaban en el borde de la acera. Regresé hasta la puerta principal del edificio y entré por la puerta que había dejado a medio cerrar. Me encaminé hacia las escaleras

cuando comprobé que Jaldun todavía estaba quitando el servicio y me decidí a preguntarle.

—Jaldun, me retiro a mi habitación.

—Muy bien, señor, que descanse.

—Por cierto, he visto luces en el sótano...

—Será Olga, que habrá bajado a la despensa.

—Eso será… Buenas noches.

—*Monsieur* Montorfano. Le recomendaría que no se aventurara demasiado por el jardín, al menos por la noche. Estamos en una zona forestal y a veces se ven algunos animales salvajes merodeando.

—No se preocupe, tendré cuidado —le contesté, echándole una mirada de desconfianza mientras él esbozó una medio sonrisa que todavía me dejó más intranquilo.

Estaba un poco alterado por aquella casa y sus hieráticos guardeses. Sin duda estaba dando excesiva importancia a detalles que no los tenían y lo mejor que podía hacer era retirarme para descansar. Esa noche cerré la puerta con pestillo y ni tan siquiera abrí la maleta. Me acosté desnudo, envolviéndome entre las sábanas de hilo que olían de maravilla y así me quedé dormido durante la mayor parte de la noche.

Tuve muchas pesadillas y sobre las cuatro de la mañana me levanté sobresaltado. Me dirigí al baño para beber un vaso de agua y me pareció oír un sollozo procedente del salón. Era algo tenue, pero perfectamente reconocible y volví a asomarme a la rejilla de hierro para escuchar. No había duda, alguien, en algún lugar de la casa, estaba desesperado y sin consuelo.

—¡Oiga!... ¿Me oye? —repetí con insistencia con la boca puesta en el respiradero—. ¿Le pasa algo? —volví a preguntar.

No estaba seguro de que me oyeran, pero los llantos cesaron y una voz femenina, casi imperceptible, me contestó, pero no podía entender lo que me decía. En aquel momento alguien llamó a mi puerta y me dispuse a abrir, pero iba completamente desnudo y estaba lejos de la cama, así que intenté cubrirme con lo que tenía más a mano, tomando un cojín del sillón antes de entreabrir la puerta. Asomé solo la cabeza, comprobando que se trataba del mayordomo en pijama y le dejé entrar. Cuando penetró en la estancia me miró de arriba abajo, esbozando un mohín de desagrado al verme de aquella manera y yo aproveché para preguntarle a bocajarro.

—¿Qué está pasando, Jaldun?... ¿Ha oído las voces?

—Será mejor que se cubra, señor. En el armario hay una bata.

Mientras buscaba la dichosa prenda, el mayordomo me dio su singular explicación.

—Quería disculparme por no haberle advertido antes. Esta casa es antigua y ya se habrá dado cuenta de que, a través de los conductos de la calefacción, se escuchan toda clase de ruidos procedentes de la casa.

—He oído perfectamente cómo alguien sollozaba y luego una mujer me hablaba, pero no entendí lo que decía.

—De eso quería hablarle… Se trata de mi esposa, sufre un *TCSR* y ese es el motivo de los ruidos que ha escuchado.

—¿*TCSR*? ¿Qué es eso?

—Disculpe, lo llamo así por abreviar… Es un *Trastorno de la Conducta del Sueño REM*. Durante esa fase sufre de alucinaciones parecidas a lo que entendemos por pesadillas, pero más violentas y con gran actividad.

—Entonces, ¿es sonámbula?

—Parecido, pero más peligroso. Hace años que dormimos separados y debo encerrarla en su habitación para que no sufra ningún percance. Desde hace un tiempo, estos ataques se han vuelto más continuos.

—Lo siento…

—Estamos acostumbrados, pero debí haberle advertido.

—Me pareció desesperada, incluso me contestó, pero no pude averiguar en qué lengua me hablaba.

—Me imagino que hablaría en ruso… Olga nació en Rusia y en sus sueños suele hablar la lengua de su niñez.

—Entonces está todo aclarado, ¿no?

—Ruego que me perdone por haberle asustado. No debe hacer caso de los ruidos y sollozos que escuche, pero debo advertirle de una cosa, a la mañana siguiente no suele recordar nada de lo sucedido. Es mejor que no le pregunte, si no pensará que se está volviendo loca y no me gustaría que empeorara.

—Está bien, Jaldun… Nada de preguntas.

—Buenas noches, *monsieur*.

Realmente era una explicación plausible, pero no era demasiado tranquilizador pensar que, en algún lugar de la casa dormía una «loca» que, al día siguiente, me estaría preparando las tostadas del desayuno. Aquello me desveló y no sabía qué hacer. Me sentí afortunado cuando descubrí un mueble bar repleto de toda clase de licores y no dudé en servirme un buen lingotazo de whisky para relajarme. Costaba tragar aquello sin hielo, pero a sorbitos no estaba tan mal y mientras bebía se me fueron aclarando las ideas.

Lo mismo que yo podía oír extraños ruidos procedentes de la trastornada cocinera, también podrían escuchar cualquier conversación que yo llevara a cabo desde mi habitación; tendría que ser más cauto. De todas maneras había algo que me tenía inquieto y que no acababa de explicar la convincente historia de Jaldun. Por la tarde también oí ruidos y a esa hora Olga todavía estaba de servicio. Tal vez tuviera razón el mayordomo y los ruidos se debieran a cualquier otra causa, pero no las tenía todas conmigo.

Después de terminar el whisky me volví a acostar y dejé la horrorosa bata a los pies de mi cama por si se colaba algún invitado indeseado.

Capítulo 29

El resto de la semana se me pasó volando cuando llegó el domingo. El piano y la rehabilitación pautada por el médico, hicieron que me olvidara de por qué estaba allí. Nadie se preocupó en llamarme y yo aproveché para relajarme a pesar de que aquel ambiente claustrofóbico no invitaba a ello.

Eran cerca de las once de la mañana y no sabía si aquellos chalados me habrían preparado el desayuno o tendría que esperar hasta la hora de la comida para probar bocado. Me vestí con lo primero que encontré y bajé decidido a la cocina, allí estaba Olga enfrascada, llenando ollas con toda clase de hortalizas. Aquella mujer menuda, que rozaría los sesenta, seguía sin dar muestras de su extraña enfermedad, que ya no volvió a manifestarse, pero le había prometido a Jaldun no mencionar ningún detalle y me limité a saludarla como todos los días.

—Buenos días, Olga… —le dije con una amplia sonrisa.

—Buenos días *monsieur*. ¿Le apetece desayunar?

—La verdad es que tengo hambre, pero pensaba que ya se habría pasado la hora.

—No se preocupe. Hay café hecho y si quiere le preparo unas tostadas.

—Se lo agradezco.

—Olga… ¿Qué se puede hacer por aquí?

—¿A qué se refiere?

—No sé, me gustaría realizar alguna actividad aparte de tocar el piano.

—He estado escuchándole y toca maravillosamente.

—Muchas gracias.

—Bueno, respecto a lo que me ha preguntado, tenemos una piscina con solárium pero ya empieza a refrescar y, si le gusta andar, siempre puede realizar una excursión por los alrededores.

—Creo que me apetecería dar un vuelta… ¿Hay algún sitio bonito para ir?

—¿Es usted religioso? Hoy es domingo y quizá le gustaría ir a la iglesia del colegio, creo que a las doce hay misa.

—La verdad es que no mucho, pero me encantaría ir, aunque no sé si llegaré a tiempo. La carretera da muchas vueltas y…

—Por eso no se preocupe. Como sabrá, el albergue hace tiempo que no funciona como residencia; los alumnos y las hermanas viven en el propio colegio. A lo que iba, la casa y el colegio están comunicados por un pequeño sendero que atraviesa la montaña y la

valla que recorre el perímetro de este sitio tiene una cancela oculta cerrada con llave. Podría atajar por allí y en cinco minutos estaría en la misma explanada de la iglesia.

—¿Podría facilitarme esa llave?

—Espere un momento, creo que tengo por aquí un juego —me dijo mientras revolvía en un cajón de la cocina repleto de trastos—. Aquí está, es una llave que nunca se utiliza y por eso no se guarda con las otras. Tenga cuidado, son las únicas que tenemos.

—Muchas gracias, Olga… Me voy, si no quiero llegar tarde a misa.

Salí de la casa entusiasmado. Me parecía algo curioso todo aquello, casi como si fuera a vivir una aventura. No iba muy apropiado para asistir a un acto religioso, pero no me quedaba tiempo para arreglarme. Me encaminé hacia el lado sur de la casa, el más próximo al colegio y me introduje entre los árboles hasta dar con la valla que rodeaba el perímetro de la finca. Camuflada detrás de un inmenso cedro estaba la puerta, que permanecía cerrada con un grueso candado. Intenté abrirlo, pero la intemperie y el tiempo lo habían oxidado y me costó un poco que cediera la cerradura, pero al fin pude cruzar al otro lado. Después me esperaba un corto pero empinado caminito que tan apenas se intuía entre los árboles que, por su porte, no permitían que llegara la claridad hasta el suelo. Tal como me había dicho Olga, en pocos minutos me encontré en la explanada de *Notre-Dame de Yarzeh,* un bello templo neogótico con una esbelta torre apuntada que presidía la entrada del edificio en el que, entre contrafuertes, sobresalían los vitrales que tamizaban la potente luz, convirtiéndola en una fantasía de colores.

Cuando entré, ya había comenzado el oficio y el templo estaba repleto de feligreses que no solo pertenecían a la comunidad religiosa; también asistían los católicos del distrito de Baabda. La próspera comunidad maronita se mantenía fiel a su fe, intentando sobrevivir en un país que se veía arrastrado a la vorágine islamista, celebrando aquel oficio como una reivindicación de los valores que defendían. Yo no quise significarme y me senté en el último banco para no levantar ninguna curiosidad por mi presencia. Aquel era un espacio de paz y me vi transportado a aquellos días en los cuales tocaba en la catedral de Perugia. Oír aquella música era como realizar un viaje en el tiempo y a punto estuve de emocionarme pensando en la distancia que me separaba del momento en el que todavía conservaba la inocencia, pensando que el mundo era más sencillo y la gente más buena.

Antes de que el sacerdote concluyera, ya estaba en la explanada fumando un cigarrillo y esperé a que saliera la gente para que no me vieran en el interior como a un intruso. Una a una, todas las familias pudientes de la zona tomaron sus vehículos para regresar a sus casas y, por fin, los estudiantes con las monjas salieron para dirigirse hasta las instalaciones del colegio, que se encontraba en uno de los laterales del templo. Tenía que hacer tiempo hasta que todos desparecieran, para que no me vieran cruzar entre el bosque y pudieran sospechar cosas raras.

Cuando pensé que ya se habían ido todos, regresé por donde había venido, pero me sorprendió una monja rezagada que me vio emprender el camino del bosque.

—*Bonjour, monsieur*… —me dijo—. Creo que le será un poco difícil salir por ese lugar, tarde o temprano se encontrará con un cercado.

—Buenos días hermana —le contesté—. Discúlpeme, pero debo regresar por aquí. Me alojo en el albergue.

La monja se quedó sorprendida, no esperaba una contestación como aquella y ante la duda se presentó.

—Soy la hermana Madeleine, directora del colegio.

—Me llamo Luca Montorfano —contesté—. Aunque me temo que yo no tengo ningún cargo de relevancia para presentarme pero, si tengo que decir algo de mí, diré que soy pianista.

—Está bien, señor Montorfano, ser pianista siempre es una buena carta de presentación… Me ha dicho que reside en el Albergue, ¿no?

—Sí, aunque es una historia un poco larga. Tenía firmadas una serie de actuaciones en Beirut pero, lamentablemente, sufrí un terrible accidente y todavía me estoy recuperando gracias a un amigo que me ha procurado dicho alojamiento.

—Siento lo de su accidente, pero me alegro de que tenga tan buenos amigos. Precisamente tenemos muchos benefactores del colegio, uno de los cuales hizo donación del albergue, aunque en realidad no podemos disponer de él pero, a cambio, recibimos un sustancioso donativo en metálico de este filántropo anónimo… Señor Montorfano, me gustaría verle de nuevo, ¿quizá el próximo domingo?

—Sería un placer.

—Tal vez quiera tocar para nosotros cuando esté recuperado.

—Voy a proponerle una cosa, hermana… ¿Le importaría que tocara alguna vez el órgano de su iglesia? No carezco de experiencia. Fui durante muchos años organista de la catedral de

Perugia, en Italia.

—¡Eso sería fantástico! Precisamente necesitamos un relevo para la hermana Lucía, la pobre es mayor y la vista le va fallando, pero no encontramos a nadie para que toque en los oficios, me refiero a alguien con experiencia para dominar un instrumento tan complicado como ese.

—Eso está hecho. Por lo menos, el tiempo que permanezca en este sitio puede contar conmigo y así podremos darle un respiro a sor Lucía.

—Qué tal si viene mañana por la tarde, sobre las seis, después de las oraciones de vísperas. Tenemos un tiempo libre y puedo abrirle el templo para que practique… ¿Cuento con usted?

—Por supuesto. Mañana estaré puntual.

—Es usted una bendición, señor Montorfano… el Altísimo siempre provee lo que nos hace falta.

Tras despedirme de la hermana Madeleine desaparecí tras el bosque, pero aproveché la protección que me brindaba la naturaleza para poder hacer la llamada que tanto tiempo había aplazado. Marqué sin dudar el número de Al-Abassiri y esperé paciente entre los árboles a que me contestaran, pero no obtuve respuesta; quizá desconfiaran de un teléfono desconocido. Por un momento me vi perdido en mitad de las montañas de Líbano y sin nadie que me dijera nada. Llamé a Katurshian para aclarar el tema y, afortunadamente, esta vez me dejó algo más tranquilo.

—¡Querido Baldi!... ¿Qué tal se encuentra en el Albergue?

—Muy bien, *monsieur* Katurshian, aunque sus empleados son un tanto extraños.

—Lo sé, lo sé, pero créame, son muy fieles y dispuestos. No tiene de qué preocuparse… Pero supongo que no me habrá llamado por eso, ¿no es así?

—Acabo de intentar contactar con Al-Abassiri, pero no coge mi teléfono…

—Tiene que darle tiempo, nadie dijo que fuera fácil contactar con un grupo tan esquivo como *Fatah*, de todas maneras puede llamar desde el teléfono de la casa, quizá les resulte más seguro rastrear una llamada desde allí. Inténtelo, *monsieur* Baldi.

—Así lo haré, señor Katurshian. Que pase un buen día.

Cuando regresé a la mansión ya era la hora de comer y volvía a tener la mesa señorial preparada para un solo comensal. No subí a mi habitación por no hacerle un feo al matrimonio, en especial a Olga, que había preparado una suculenta comida, a tenor del olor que desprendía la fuente de porcelana donde se mantenía caliente a

la espera de que diera buena cuenta de ella. Sin duda era toda una deferencia hacia mí. Hacía tanto tiempo que no había tomado unos buenos tallarines en domingo que, por un momento, pensé que había regresado a casa.

Después del café solo tenía ganas de regresar a mi habitación para fumarme un cigarrillo y echar una buena siesta mientras pensaba si llamar o no a aquel sanguinario islamista.

—Jaldun, voy a subir a mi cuarto para descansar, no deseo ser molestado si no es necesario. Por si acaso me duermo, le rogaría que me despertara antes de la cena.

—Muy bien, señor.

Cuando entré en la habitación, volví a pasar el pestillo y taponé la rejilla por donde sospechaba que me podían estar espiando, tomé el teléfono inalámbrico que descansaba sobre una pequeña consola y llamé a Al-Abassiri. Unos cuantos tonos y cuando estaba a punto de colgar, alguien respondió a mi llamada.

—¿Diga?

—Me gustaría hablar con Abdullah Al-Abassiri.

—¿Quién es usted? —me contestaron tajantes.

—Mi nombre es Luca Montorfano y soy su contacto para la «entrega».

Se hizo un breve silencio al otro lado del auricular, que yo aproveché para decir algo.

—Les voy a dar mi teléfono móvil, es mucho más seguro. Si desean realizar cualquier contacto conmigo deberán llamar a este número —y después de asegurarme de que lo habían apuntado, colgué inmediatamente.

No deseaba desconcertarles, pero tampoco me apetecía que alguien pudiera espiarme; había demasiadas cosas en juego y quise evitar sorpresas como la de Naqoura. Un cigarrillo más y ya estaba recibiendo la contestación. El olor de las armas era tan poderoso, que unos terroristas como aquellos no pudieron evitar la tentación de devolverme la llamada.

—¿Señor Montorfano?

—Si… ¿Es usted Abassiri?

—Soy yo… Déjeme que le diga que, por su nombre, no hubiera sospechado nunca que se expresara tan bien en nuestra lengua, tal vez se trata de un nombre falso, ¿no?

—Esa es una larga historia. Digamos que soy un enamorado de su lengua, con eso basta.

—Está bien, ¿qué hay del tema?

—No tan deprisa, señor Abassiri, antes me gustaría tener una

entrevista con usted. Aquí, en mi casa de Beirut. Comprenda que es un tema delicado y necesito que los detalles los conozcamos solo los dos, es mucho más seguro.

—Me parece bien, pero de momento no podrá ser. Nosotros nos encontramos en el norte, muy cerca de Trípoli y nuestros movimientos están demasiado controlados… Le llamaré cuando podamos desplazarnos para esa reunión sin levantar sospechas.

—Esperaré su llamada.

—Una última cosa, señor Montorfano… Estamos especialmente interesados en el «Puño de Allah» y necesitamos una respuesta sobre ello.

—De acuerdo, veremos qué se puede hacer al respecto.

Me quedé sorprendido, no recordaba nada sobre eso en el informe que me había suministrado Katurshian. Inmediatamente fui a buscar el dossier, por si se me había pasado algo por alto, pero nada se mencionaba sobre un «Puño de Allah». Releí una y otra vez los textos referentes al armamento y, después de varios descartes, solo encontré unas siglas que en principio pensé que hacían referencia a algún modelo de arma, pero que aparecían solas al final del informe, *Is-17*. «¿Qué era *Is-17*?». Era la única referencia que no estaba ligada a algo en concreto y casi me volví loco encontrándole una explicación. Al final opté por olvidarme de ello hasta consultar con Katurshian, a fin de cuentas mi entrevista con Abassiri no se verificaría de inmediato y tendría tiempo suficiente para informarme.

Al día siguiente, fiel a mi cita con la hermana Madeleine, me dispuse a salir hacia la iglesia. Advertí a Jaldun para que no se volvieran locos buscándome y complaciente, como siempre, me sugirió guardarme la cena para no alterar sus estrictos horarios. Acepté encantado, así no tendría que verles la cara mientras cenaba solo como de costumbre. Les pedí una linterna para poder desplazarme por el bosque, pues anochecía cada vez más temprano y seguramente, a la vuelta, me sería necesaria para encontrar el camino entre los árboles.

La puerta de la iglesia estaba abierta y las monjas, que ya habían terminado sus oraciones, se levantaron camino de la puerta.

—¡Señor Montorfano! Veo que es usted muy puntual —me dijo la directora, que me esperaba en el templo.

—Jamás me perdonaría no serlo. Hace mucho tiempo que no toco un órgano y esto es todo un regalo para mí.

—Todo suyo… También encontrará las partituras que usa sor Lucía. Se limitan a la liturgia pero, si quiere, podría conseguirle

otras más profanas.

—Se lo agradezco, aunque sigo confiando en mi memoria. Fueron varios años de práctica en Perugia y creo que lo recordaré.

—Si no le importa, me gustaría quedarme para escucharle.

—Por supuesto, no me molesta. Esta música es una experiencia para compartir.

—Estoy segura de ello.

—Por cierto, hermana. Me gustaría hacerle una pregunta, aunque quizá le parezca una estupidez…

—Dígame.

—¿Le dicen algo las siglas *Is-17*?

—No estoy segura, pero bien podría tratarse de un capítulo del libro de Isaías… Empiece a tocar mientras me acerco a la sacristía para buscar una Biblia.

Me senté al frente de la consola del órgano. La cantidad de teclados y registros estimulaban mis sensaciones y me resultaban tan adictivos como la nicotina. Cuando los primeros compases de la *Cantata BWV 147* resonaron en el templo, el mundo se paró a mi alrededor y entré en una especie de éxtasis en el que dejaba de pertenecerme. Me sentía como el mismísimo Bach que, acuciado por sus penurias, se refugiaba en la iglesia de Santo Tomás de Leipzig para crear las más bellas obras del barroco. Durante algo más de una hora fui pasando por las mejores composiciones que se habían hecho para aquel instrumento, sin descuidar las partituras de sor Lucía.

Cuando finalicé mi última interpretación, sor Madeleine comenzó a aplaudir, indicando que daba por terminados mis ensayos de hoy. «¡Bravo, señor Montorfano, bravo!», le oí decir mientras su voz retronaba por toda la iglesia.

—Ha sido una magnífica actuación. Sin duda los feligreses sabrán apreciar todo su arte.

—Me alegro de que le haya gustado. Bueno, creo que ya es hora de que regrese… Se está haciendo tarde, sobre todo para usted.

—Un momento, *monsieur*. ¿No quería saber el significado de las siglas por la que me preguntó?

—Claro… ¿Eran de Isaías como dijo?

—Ahora lo comprobaremos. Veamos… —dijo sor Madeleine, mientras buscaba—. Aquí está, Isaías, capítulo 17.

Oráculo sobre Damasco:
Ved a Damasco borrada del número de las ciudades,
no es más que un montón de ruinas.

Sus ciudades, abandonadas para siempre,
serán para los ganados,
se tumbarán y no habrá quien los despierte.
Cesará de Efraín la fortaleza,
y de Damasco el reino.

—¿Le dice algo esto, señor Montorfano?…

—¡Dios mío!... Suena tan actual que parece como si hubiera sido escrito anteayer.

—La verdad es que da un poco de escalofrío leerlo, pero esto se escribió, aproximadamente, hace tres mil años… ¿no pensará que haga referencia a nuestra época?

—Da igual lo que yo piense, el problema es que lo crea alguien dispuesto a hacer una tontería.

—¿Insinúa usted algo, señor Montorfano?

—Lo siento, hermana, tengo que volver inmediatamente… Oh, no se preocupe, quizá alguien ha querido gastarme una pequeña broma.

Intenté tranquilizarla, pero mi rostro y mis palabras no sirvieron de nada. Con gran celeridad, regresé al bosque, en el que tropecé con varias ramas antes de percatarme de que llevaba encima la linterna, que encendí justo para poder abrir la verja que me daba acceso a la casa. Aquella noche no probé bocado. Subí a mi habitación sin pasar por la cocina y me metí en la cama para olvidarme de todo aquello, pero fue imposible. Varias veces tuve que levantarme a fumar o a tomar una copa para calmar unos nervios que me impidieron pegar ojo durante toda la noche. Al fin, el cansancio consiguió que me durmiera casi cuando la primera claridad del día asomaba por las ventanas de mi habitación.

Pasé aquella semana yendo y viniendo del colegio y por más que me encontré con la hermana Madeleine, no volvimos a sacar el tema. Lo hice por no comprometerme y, de paso, no salpicar a las religiosas. A pesar de ello, me faltaba paciencia para soportar, un día tras otro, que nadie se atreviera a dar el paso definitivo para salir de aquel atolladero en el que me encontraba desde que me mudé al Albergue. Tal vez aquella inquietud hizo que me refugiara, con la excusa de la música, entre los muros de aquella iglesia.

Por fin llegó el día de mi debut para la comunidad cristiana de Baabda. Me vestí con mi mejor traje y a las once y media de la mañana ya me encontraba amenizando la llegada de los fieles. Desde mi posición podía controlar perfectamente al oficiante, así

como a los miembros del coro. La misa se celebraba según el rito maronita, que no se diferenciaba sustancialmente del romano, pero que conservaba peculiaridades a las que me tuve que adaptar gracias a los sabios consejos de la hermana Madeleine.

Al terminar la celebración, algunos miembros de la comunidad se acercaron para conocerme y, entre ellos, un curioso personaje de pelo canoso que me presentó la misma directora del colegio.

—Señor Montorfano, me gustaría presentarle a alguien… Es *monsieur* Raï, un eminente teólogo de nuestra comunidad.

—Encantado de conocerle —le dije.

—Ha sido un verdadero placer escuchar su interpretación. Le voy a decir una cosa, escuchándole, uno se da cuenta de que esta fe es la verdadera.

—En todo caso deberíamos agradecérselo al mismísimo Bach, yo solo soy una pálida evocación de su música.

—Señor Montorfano… —interrumpió la hermana Madeleine—. Me he permitido la libertad de consultarle a *monsieur* Raï el significado del pasaje de Isaías, aprovechando que es un gran exégeta.

—Es usted una aduladora, hermana… Sor Madeleine me comentó que usted se había interesado por un capítulo del libro de Isaías, el que hace referencia a la destrucción de Damasco.

—Solo fue simple curiosidad… —dije al verme metido en una conversación tan comprometida.

—La verdad es que están muy de moda las profecías que hacen referencia al fin del mundo —siguió *monsieur* Raï.

—¿El fin del mundo? —pregunté sorprendido.

—Sí. Hay cientos de páginas por internet que utilizan este y otros pasajes similares para proclamar el «inminente» fin de los tiempos… Verá, casi todos los profetas tienen textos escatológicos en sus escritos: Amos, Daniel, Ezequiel y hasta el mismo Isaías, considerado el más grande de entre los antiguos. Este en concreto, el que hace referencia a la destrucción de Damasco, sería el precedente de la batalla entre Gog y Magog, que anticipa el advenimiento del Anticristo, el Armagedón y la Parusía.

—Hay términos que se me escapan… ¿Qué es Gog y Magog?... ¿Y la Parusía?

—La Parusía es la segunda venida del Mesías. Se trata de terminología griega que solemos utilizar los estudiosos de la Biblia… En cuanto a Gog y Magog, a veces hacen referencia a personas y otras tantas a pueblos, cuyo origen no está claro y que se situarían en la periferia de lo que hoy conocemos como Oriente

Próximo: Rusia, Irán o tal vez China, según explicaciones más modernas. También se hace referencia a esta batalla en el Corán, como precursora del fin de los tiempos.

—¿Y cuál sería el resultado de dicha batalla?

—No se sabe a ciencia cierta y difiere según las fuentes citadas, pero lo que queda claro es que será una batalla de los enemigos de Israel contra el pueblo elegido, aunque los musulmanes también se creen elegidos por Dios…

—Entonces estaríamos hablando del Apocalipsis final, ¿no?

—No exactamente. El Apocalipsis hay que tomarlo en su conjunto, estos hechos serían acontecimientos concatenados que culminarían, según nuestra versión, en la venida del Mesías, pero hay un largo periodo en el cual campará a sus anchas el Anticristo, donde se reconstruirá el Templo y, al final, ocurrirá la batalla de Armagedón, donde el Diablo y su acólito serán arrojados a un lago de fuego.

—Es inquietante.

—De todas maneras, señor Montorfano, no debemos tomar al pie de la letra todo lo que dicen los textos sagrados, ni tampoco existe una fecha concreta para que todo esto acontezca… Así que espero poder gozar de su música durante algunos domingos más. —Y se echó a reír para quitarle hierro al asunto.

Después de aquella ilustrativa conversación me despedí de mis contertulios para regresar a casa y, mientras me adentraba en la espesura del bosque, todo cobró sentido en mi cabeza. La actual guerra de Siria era el momento justo para desencadenar el particular fin del mundo soñado por las distintas facciones en lucha y que comportaría la destrucción del enemigo, cuya identidad se colocaba a conveniencia según el credo o religión. Empezaba a sospechar que aquel misterioso *Puño de Allah* fuera algo más que un arma convencional que permitiera provocar la destrucción de Damasco y el inicio de la última batalla. Un hecho de tal magnitud arrastraría a una guerra total a todos los países implicados y a sus aliados. Nadie permanecería al margen y, por fin, la balanza se decantaría definitivamente de un lado o de otro.

Antes de dar rienda suelta a mis fantasías, debía comprobar que aquello no respondía a elucubraciones ni malentendidos y llamé a Katurshian tan pronto como regresé. Me costó contactar con él y después de varias intentonas, por fin escuché su desagradable voz de falsete.

—Señor Baldi… ¿Qué nuevas le traen?

—Quisiera hablar con usted de un tema un poco delicado.

—Usted dirá, aunque le advierto que me están esperando para comer.

—No me llevará mucho tiempo. ¿Le dice algo el *Puño de Allah* o unas extrañas siglas que aparecen al final del informe, Is-17?

—Veo que ya se ha enterado… Tendré que explicarle convenientemente de qué va el asunto. En un principio se iba a hacer una entrega convencional de armas, al igual que se intentó con *Hezbollah*, pero surgieron contratiempos relacionados con la marcha de los acontecimientos en Siria. El bloque de la insurgencia estaba perdiendo terreno y había una gran amenaza de que su retroceso trajera consigo los enfrentamientos al mismo territorio libanés. Los miembros de *Fatah* comenzaron a contactar con otros intermediarios procedentes de antiguas repúblicas ex soviéticas y nos vimos obligados a introducir un elemento nuevo en la entrega. Se trata de una versión mejorada del antiguo *RA-115s* soviético; una pequeña bomba táctica, lo que comúnmente suele llamarse «maletín nuclear». He de decirle que nos ha costado mucho hacernos con un ingenio de este tipo pero, por fin, estamos en disposición de satisfacer a nuestros clientes.

—¿Pero sabe de lo que estamos hablando?... Se trata de una bomba nuclear.

—¿Qué esperaba, Baldi? Esto es mucho más que un lucrativo *bussines*… Estamos tratando de nuestro propio futuro, de nuestra supervivencia.

—¿Me habla usted de supervivencia? Si esos locos hacen estallar la bomba, todos nos iremos al garete.

—Escúcheme —me interrumpió contrariado—. Usted no sabe nada de los problemas de nuestro país. No deseamos esta guerra, pero la gente ya se está matando poco a poco en las calles de Damasco, Alepo o en la misma Beirut. ¿Qué diferencia hay entre morir lentamente o de golpe? El final es el mismo, tal vez así acabe todo de una vez.

—Es posible que no sepa nada de la realidad de su país, pero nunca pedí venir… Haré lo que tenga que hacer, pero ni yo ni nadie tenemos derecho a desencadenar una monstruosidad como esta. Tal vez no haya tanta diferencia entre ustedes y los que quieren destruir.

—Vamos a intentar calmarnos, Baldi… ¿Cuándo va a realizar ese primer contacto con Abassiri?

—Todavía estoy esperando que me llamen para concretar el momento.

—Muy bien, muy bien… Vamos a hacer lo siguiente, intente

relajarse mientras espera la respuesta de Abassiri. Distráigase y dese una vuelta por Beirut, seguro que encuentra algún entretenimiento mejor que asistir a misa… Es fácil encontrar muchachos atractivos y muy complacientes.

—Por lo visto sus servicios de inteligencia son mejor que los del *Mossad*.

—Comprenda que debo proteger mis inversiones.

—La verdad es que debería «liarse» conmigo. Usted me conoce mejor que yo y así me tendría vigilado permanentemente.

—¡Qué ocurrencias, Baldi! Veo que sigue conservando intacto su sentido del humor… Bueno, tengo que despedirme. Estaremos en contacto.

No habían pasado ni cinco minutos cuando volvieron a oírse los dichosos golpecitos en la rejilla de la calefacción. Era demasiado pronto para que Olga hubiera comenzado con sus desvaríos y aquello me inquietó. Tenía que averiguar qué significaba y no estaba dispuesto a tragar con excusas manidas sobre casas viejas y viejas locas.

—Me llamo Luca… —grité en la boca de la rejilla.

Los golpes cesaron y, tras unos segundos, pude oír perfectamente, aunque algo débil, una voz femenina que repitió su nombre.

—Soy Tatiana… —creí oír.

—Tatiana, tranquilízate… ¿Dónde estás?

Ya no oí nada más, pero ahora tenía la confirmación de que no era el único «invitado» en aquella casa.

Capítulo 30

Estaba determinado a averiguar los turbios negocios de Katurshian. En realidad, no conocía nada de él ni del origen de su supuesta fortuna, pero no tuve que esforzarme para averiguar la procedencia de aquellas voces femeninas. Sin duda aquella casa era algo más que una tapadera para la venta de armas, posiblemente ocultara una sucia trama de trata de mujeres. El único problema era qué hacer cuando diera con el paradero de las chicas pues, aunque aparentemente la casa estaba desguarnecida, no creo que un negocio de semejante envergadura fuera dejado al azar. Debía trazar un plan, pero para ello necesitaba la ayuda de alguien en quien pudiera confiar. No conocía a nadie, excepto a la hermana Madeleine. Debería apelar a lo más profundo de sus convicciones para lograr su apoyo incondicional para lo que pretendía hacer.

Como todas las tardes, me dirigí al colegio. La hermana Madeleine se había convertido en una ferviente admiradora, ocupando, junto a otras, algunos asientos de la iglesia para deleitarse con mis interpretaciones y aproveché el momento.

—Hermana Madeleine… ¿Podría hablar con usted un momento?

—Por supuesto, ¿de qué se trata?

—La verdad es que no sé muy bien cómo empezar… Verá, el albergue no es solo una residencia. Allí se desarrollan una serie de sucios negocios.

—¿De qué negocios está hablando?

—Armas… Esta es la razón de que esté aquí.

—No entiendo nada, Luca…

—Su dueño, el que tan desinteresadamente subvenciona su colegio, es Adnan Katurshian. Él vende armas a sus enemigos y, aunque parezca una contradicción, no lo es. Suministra tanto a grupos chiitas como a otros que apoyan abiertamente a Al-Qaeda y que están implicados en la guerra siria, con la esperanza de que se maten entre ellos y, de paso, sacar pingües beneficios… Pero sospecho que no son esos sus únicos negocios.

—¿Le parece poco? Estoy horrorizada con lo que me ha contado.

—Le aseguro, hermana Madeleine, que lo que voy a contarle es todavía más escalofriante y por eso que me he decidido a pedirle su ayuda.

—Siga, se lo ruego.

—Estoy convencido de que el albergue es una tapadera para un negocio de trata de mujeres.

—¡Qué horror! Pero, ¿qué podríamos hacer? No me gustaría que

el colegio se viera comprometido. Mucha gente podría estar en peligro.

—Tal vez necesitara de su colaboración para rescatarlas. Todavía no sé cómo voy a hacerlo, pero me gustaría saber si puedo contar con usted.

—No se preocupe, haré lo que esté en mi mano… Luca, me gustaría hacerle una pregunta…

—Dígame hermana.

—¿Tenía algo que ver esa cita de Isaías con todo lo que me está contando?

—Me temo que sí y, si no paramos esta locura a tiempo, puede convertirse en algo más que un oráculo con fecha indeterminada.

—Va a ser algo complicado lo que me pide, no obstante veré lo que puedo hacer.

—Le agradezco enormemente que al menos me haya escuchado. No sabe el peso que me ha quitado de encima.

Allí mismo dejamos la conversación y regresamos cada uno a sus quehaceres. Yo volví al bosque e intenté contactar con Naqoura antes de volver al albergue, donde me sería más complicado contactar sin ser espiado.

—Soy Montorfano y tengo un mensaje urgente para el *sheikh*.

—Puede hablar con toda confianza, yo se lo haré llegar…

—No. No quiero hablar con intermediarios. Puede decirle que no hablaré con nadie si no es con él en persona. Le prometo que se trata de un tema muy importante para la seguridad de todos. No dispongo de mucho tiempo, ya que en el lugar donde me encuentro estoy totalmente controlado. Espero su llamada.

Aguardé unos minutos antes de que Mugniyah se pusiera en contacto conmigo

—Dime, Stefano, ¿qué es eso tan urgente para romper nuestro pacto de silencio?

—La cosa es grave. Realicé el contacto con uno de los líderes de *Fatah*, un tal Abassiri. Por la conversación que mantuve, deduje que, con la entrega del armamento convencional, también estaba previsto suministrar una bomba nuclear. Detrás de este sinsentido hay una oscura profecía que se remonta a tiempos del profeta Isaías. En la Biblia se recoge su libro y en el capítulo diecisiete se habla de la destrucción de Damasco, la cual precederá al fin del mundo. Creo que el Corán también habla de algo así.

—¿Qué me estás diciendo?

—Quieren desencadenar una especie de holocausto y el primer paso es destruir Damasco.

—Gracias, amigo. Nunca te podré agradecer lo suficiente esta información. Te prometo que haremos lo que esté en nuestras manos para acabar con esos canallas.

—Una cosa más… Ese puerco de Katurshian tiene un negocio paralelo; se dedica al tráfico de mujeres.

—¿Y qué podemos hacer nosotros?

—Necesito algo de tiempo para descubrir dónde las retiene y de qué manera puedo ayudarlas. Si hubiera represalias por vuestra parte, no quisiera que se vieran implicadas.

—La cosa es seria, Stefano, y no podemos garantizarte nada. Es prioritario acabar con esa facción de *Fatah Al-Islam*. Me temo que tendrás que apañártelas solo para salvar a esas mujeres. En todo caso, tendremos que esperar a que nos confirmes el contacto. Tienes ese tiempo para averiguar cómo hacer tu «buena obra».

— Ahora tengo que colgar, regreso a casa. Ya hablaremos…

—Adiós, amigo mío. Que Allah te bendiga y guíe tus pasos.

Cuando entré en la casa, el matrimonio de guardeses me esperaba con las uñas sacadas. Me había retrasado demasiado y la cena aguardaba fría, pero yo todavía les reservaba una sorpresa más y, siguiendo los consejos de Katurshian, les espeté que, sintiéndolo mucho, me marchaba a Beirut a cenar. No me soportaban, se notaba demasiado, pero no dijeron nada cuando les pedí que llamaran a un taxi para que viniera a recogerme al albergue.

No sabía muy bien qué era lo que quería hacer en la capital, pero tenía que salir de aquel ambiente sofocante que me estaba consumiendo. Tenía la conciencia intranquila, sabiendo que en los sótanos de la casa había gente pasándolo mal mientras yo salía a divertirme, pero no podía hacer nada más que esperar hasta tener un plan claro para rescatarlas.

Cuando me monté en el taxi, todavía no había pensado qué dirección debía darle para que me llevara, así que le dije lo primero que se me ocurrió; el garito que había visitado mi primera noche en Beirut. *Bardo* estaba de lo más animado, pero con el mismo ambiente contenido de la primera vez que estuve. Estaba entretenido viendo a mis vecinos de barra, cuando alguien puso su mano sobre mi espalda. Me giré bruscamente y allí encontré a Bilal.

—¿Luca? —me dijo sorprendido.

—Bilal… ¡Qué sorpresa! —le contesté—. ¿Y Farah?

—Hoy no hay actuación, tenemos la noche libre. Creía que no nos volveríamos a ver nunca más. Te hacía de vuelta a tu país.

—He decidido quedarme un poco más. Beirut me parece una ciudad excitante, igual que sus hombres.

Bilal se sonrió mientras disimuladamente puso su mano sobre mis piernas.

—¿En tu casa o en la mía? —me contestó decidido.

—Me encantaría llevarte conmigo, pero estoy viviendo en casa de un amigo y no está cerca precisamente.

—Entonces vamos a mi casa, no puedo esperar tanto.

No enredamos más, ambos teníamos ganas de desahogarnos y no necesitábamos más preámbulos. Al entrar en su casa ya casi estábamos desnudos y juntando nuestras lenguas. Bilal me llevó hasta su cama, donde pudimos retozar sin miedo. Después de complacernos, ya estábamos preparados para las confidencias y, cigarrillo en ristre, Bilal satisfizo su innata curiosidad.

—Se nota que tienes experiencia. ¿Has tenido muchos amantes?

—En realidad no. He pasado toda mi vida sin nadie a mi lado. No sabía nada sobre el sexo hasta que conocí a Mario, mi novio… bueno, mi ex.

—¿Por qué os separasteis?

—Es un tema del que prefiero no hablar…

—Tal vez tengas razón. Bueno, dime, ¿qué haces en casa de tu amigo? —me preguntó a bocajarro.

—En realidad, aburrirme como una ostra. Menos mal que, ahora, colaboro con un colegio cercano. Toco el órgano de la iglesia.

—¿No será Notre-Dame de Yarzeh?

—¿Cómo lo sabes?

—Yo fui a ese colegio.

—¿Eres católico?

—No, aunque mis padres querían que tuviera una buena educación y el *Yarzeh* está considerado como uno de los mejores.

—¿Conoces a la hermana Madeleine?

—Sí, daba francés e inglés. Era una de las monjas más simpáticas del colegio.

—Ahora es la directora.

—Me alegro, imagino que con ella al frente todo funcionará mucho mejor para los alumnos.

—Por cierto, ¿sabes algo de un tal Katurshian?

—Sí. Es una persona muy influyente, aunque mi padre siempre decía que era un cerdo apestoso y que su mal ganada fortuna la había hecho a base de negocios sucios… ¿Por qué me has preguntado por ese tipo?

—Él me contrató para realizar una gira por el país. Ahora estoy alojado en una de sus casas.

—No me imagino a Katurshian metido a mánager musical. ¿Y dónde está esa casa?

—Es *l'Auberge de Notre-Dame*.

—¿El Albergue?… Cuando estudiaba en el colegio se decía que en aquel caserón pasaban cosas raras, pero no sabía que fuera una de sus propiedades.

—Pertenece al colegio pero, en realidad, Katurshian es su verdadero propietario… Aunque me interesa más lo que acabas de contar, ¿qué clase de cosas ocurrían allí?

—En realidad no sé mucho. Los alumnos fantaseaban: unos decían que si era un prostíbulo, otros que si allí torturaban a la gente... La verdad es que, a veces, se veían coches entrando allí, pero nunca nos acercamos lo suficiente para averiguarlo. Así que tú vives allí. ¿Y es tan siniestro como aparenta?

—Mucho más. Hay un par de guardeses que dan verdaderos escalofríos. Según dice el mayordomo, su mujer está medio loca y grita por las noches.

—Es terrorífico, no sé cómo aguantas allí. ¿Por qué no te vas a un hotel? ¿No estuviste en el *Phoenicia*?

—Es una larga historia...

—Vamos, no te hagas el misterioso. Tengo todo el tiempo del mundo para escucharte.

—No, de verdad, no quiero complicarte la vida con mis cosas.

—¿Qué pasa? ¿Ese tipo te tiene pillado por los huevos? ¿Es por un tema de drogas?

—No sigas —le contesté contrariado.

—Debe ser por algo gordo, si no, no te pondrías así… Puedes confiar en mí, soy una tumba. Insisto, cuéntamelo.

—¿Aunque con ello te pusiera en peligro? Mira, no te conozco. No sé nada de ti y he confiado en demasiada gente que luego me ha traicionado.

—No sé qué decirte. Es verdad que acabamos de conocernos, pero sabes cómo me llamo, dónde trabajo. No toda la gente se dedica a cosas raras, aunque esto sea Beirut. Creo que has visto muchas películas.

—Lo siento, no quería decir eso. Se trata de algo peligroso y he tenido que renunciar a demasiadas cosas por culpa de Katurshian.

—¿Qué tiene ese tío para obligarte a estar aquí?

—Tiene a gente amenazada y no dudará en eliminarlos si no colaboro.

—Entiendo, ¿tal vez a ese novio tuyo?

—Eres un chico muy listo. Solo voy a contarte algo que no creo

que te comprometa. No estabas desencaminado cuando decías que en el albergue sucedían cosas. No estoy seguro, pero creo que allí tienen retenido un grupo de chicas. Me gustaría hacer algo, pero estoy solo y controlado constantemente por los guardeses. No puedo dar un paso sin que se entere Katurshian.

—Es complicado, pero podría ayudarte.

—¿Cómo?

—No sé, ya se nos ocurrirá algo… Entre dos es mucho más fácil. Dame unos días para idear un plan. En el colegio teníamos que agudizar el ingenio para hacer nuestras fiestas privadas sin que las monjas se enterasen, incluso una vez nos fugamos para ir a casa de un compañero, aprovechando que sus padres estaban fuera. Éramos unos maestros del escapismo, hay que serlo cuando eres interno de un colegio religioso.

—La verdad es que necesito ayuda y cualquier plan que se te ocurra será bienvenido.

Aquella noche la pasamos entre cigarrillos y confidencias, hasta que el humo llenó la habitación y el sueño nos llegó en forma de bostezos. Nos acurrucamos en la cama y dormimos abrazados hasta la madrugada.

Capítulo 31

Aquella mañana, mientras tomábamos una taza de café, Bilal fue desgranándome un plan que me pareció de lo más descabellado, fruto de una excesiva imaginación o de las pocas horas de sueño. Él hablaba y hablaba, pero mi cabeza no estaba para prestarle excesiva atención.

—Escucha, Stefano… Lo primero que deberíamos hacer sería «cargarnos» a ese matrimonio que trabaja para Katurshian. Claro que, si son sus confidentes, este no tardaría mucho en enterarse de lo sucedido. ¿Y si pudiéramos presionarle de alguna forma? Podríamos secuestrar a alguien de su familia y…

—Calla un poco, Bilal. Me duele la cabeza de oírte hablar sin parar. Además, no quiero que te mezcles en esto. Bastantes preocupaciones tengo ya para sumar una nueva.

—Mira, Stefano, te veo muy perdido y a pesar de lo que dices, estoy decidido a echarte una mano. Siempre me han gustado este tipo de aventuras y ahora es el momento de poder hacer algo, ¿no te parece?

—Eres un inconsciente, pero no puedo luchar con un tozudo como tú… Averigua lo que puedas sobre el entorno de Katurshian: familiares, aficiones, lugares por donde se mueven. Tal vez podamos hacer algo con eso.

—Déjalo de mi cuenta.

—Una cosa más, Bilal. ¿Cómo podría hacerme con un arma?

—Veo que estás hablando en serio… No creo que me sea difícil conseguir una.

—Toma este dinero, creo que será suficiente. —Le entregué lo que llevaba en la cartera—. Dentro de unos días nos volveremos a ver, hasta entonces debemos ser cautos. Ahora tengo que irme. No quiero incomodar a los guardeses más de lo necesario.

Bilal se quedó contando el dinero, pero antes de abrir la puerta me dijo:

—¿Es que no me vas a dar un beso?

—Sí, claro… Tantos problemas hacen que me olvide de lo más importante.

Le di un beso como por compromiso. La verdad es que, a esas alturas, ya no tenía claros mis sentimientos, pero necesitaba desesperadamente su ayuda. Follar era una vía de escape que me permitía desahogarme, pero estaba seguro de que jamás me enamoraría de él.

Salí a la calle para tomar un taxi que me devolviera a mi

encierro dorado en las montañas, pero tener que volver no hacía sino aumentar mi hastío. La paciencia se me agotaba y ya ni el piano ni mis escapadas a la iglesia de Yarzeh me relajaban.

Estaba tan absorto con mis lamentaciones, que me sobresalté al oír mi teléfono mientras salíamos de la ciudad.

—¿Aló? —pregunté.

—Señor Montorfano, soy Abdullah Al-Abassiri.

No sabía qué hacer. Aquella llamada me vino de sorpresa, pero este no era un buen momento para hablar.

—Discúlpeme, *sayyid*… En estos momentos estoy en un taxi. Si es tan amable de aguardar, en unos minutos llegaré a mi casa y podremos hablar más tranquilamente. Yo le llamaré.

—Está bien. Confío en usted.

Cuando colgué, le urgí al taxista para que pisara al máximo el acelerador, prometiéndole una gratificación si no se demoraba demasiado en llegar al albergue. Al olor de la propina, el conductor puso el coche al máximo de revoluciones, sorteando las curvas como un kamikaze. Cuando llegamos a casa me di cuenta de que no tenía ni un céntimo en la cartera y ante la cara de cabreo del hombre, que se había jugado el pellejo por una sustanciosa carrera, tuve que pedirle a Jaldun un anticipo para poder pagarle.

Cuando se marchó el taxista, profiriendo toda clase de maldiciones, yo me despisté por el jardín para devolver la llamada a Abdullah. Era tan importante para mí, que no admitía demora.

—Señor Abassiri… Disculpe las molestias. Ya estoy completamente solo y podemos hablar tranquilamente.

—Está bien. No dispongo de mucho tiempo y no me voy a ir con rodeos. No podré acudir a esa cita que me pide. Las cosas no andan muy bien en Siria y no podemos entretenernos en entrevistas inútiles, así que iremos el mismo día de la entrega.

—Como quiera… ¿Y cuándo desea que se verifique?

—Hasta finales de octubre no podremos acercarnos a Beirut. ¿Qué hay de lo que le dije? ¿Han podido conseguirlo?

—No habrá ningún problema, pero nos ha sido complicado hacernos con él. Creo que el precio puede variar notablemente.

—Disponemos de dinero suficiente para hacer frente al pago.

—Entonces, solo queda fijar fecha, hora y lugar… Mañana le volveré a llamar para darle la información, así como el monto total de la operación. Recuerde que debe hacerse en metálico. Nada de transferencias o cheques que pudieran levantar sospechas.

—Espero su llamada entonces —me dijo Abassiri antes de colgar.

Por fin tenía algo concreto para empezar a planificar mi estrategia. Cuando dieran fruto las pesquisas de Bilal, pondría en marcha la maquinaria para desbaratar los planes de unos y otros. Si la cosa salía mal, lo más probable era que todos acabáramos saltando por los aires en una masacre sin precedentes. Era el momento de contactar con Katurshian, para que fuera preparando lo necesario para el gran día de mi reunión con Abassiri.

—*Monsieur* Katurshian… Tengo noticias para usted.

—Dígame Baldi, ¿qué es eso tan importante que tiene que decirme?

—Acabo de hablar con Abassiri y, en contra de lo que yo quería, solo tendré oportunidad de conocerlo el mismo día de la entrega de las armas.

—¿Le ha dicho cuándo?

—Todavía no hemos fijado fecha, pero me ha comentado que no podrían venir hasta finales de octubre… ¿Qué le parece si concretamos el encuentro para el treinta y uno?

—La víspera de Todos los Santos... Muy apropiado, Baldi, muy apropiado. Veo que siempre procura darle ese toque de ironía a todo lo que hace. A las seis sería una buena hora. La impunidad de la noche nos da cierta ventaja.

—¿Qué cantidad habría que pedirles?

—Les pediremos una cifra redonda, diez millones de dólares.

Me quedé estupefacto. No tenía ni idea de esas cosas, pero aquello eran palabras mayores. Al notar que no articulaba palabra, Katurshian se decidió a proseguir.

—Veo que se ha quedado mudo… En realidad es una ganga. Al-Qaeda va detrás de obtener un artefacto como este desde hace tiempo. Ya lo intentaron en Sudán antes de lo del 11-S y siguen insistiendo entre sus contactos en Pakistán, pero aún no han podido hacerse con uno. Lo más cerca que han estado ha sido cuando dispusieron de uranio enriquecido para fabricar una de esas bombas caseras, pero a la vista está que todavía no la han podido explotar. Pagarían el doble con tal de conseguirlo y, además, vamos a hacerles un pequeño descuento. Las armas convencionales no se las cobraremos…

—Muy generoso por su parte, *monsieur*. Y hablando de generosidad y a pesar de que no me gusta hablar de dinero… ¿qué hay de mis honorarios? No tengo ni para poder pagar un taxi. Hoy mismo ha tenido que adelantarme algo Jaldun.

—¡Cuánta razón tiene, querido Baldi! Mañana mismo me ocuparé de abrirle una cuenta en un banco de Suiza. Además, le

haré llegar una bonita suma para que disponga de *cash*, creo que se lo ha ganado.

—No esperaba menos de usted.

—Unos días antes de que ocurra la reunión, un transporte le hará llegar todo el «material», ¿de acuerdo?

—Muy bien. Nos mantendremos en contacto.

Esta fue la única vez que me sentí satisfecho de hablar con aquel cerdo. Sentía que íbamos avanzando hacia una solución y eso aminoraba mi angustia.

Ya eran cerca de las seis de la tarde y tenía que ir al colegio de Yarzeh para realizar mis prácticas de órgano. Como todos los días, la hermana Madeleine estaba esperándome, pero esta vez me recibió con una sonrisa más amplia de lo normal.

—Hola, Luca… ¿Cómo está?

—Muy bien, hermana. La veo radiante esta tarde.

—He estado dándole vueltas a todo lo que me dijo el otro día y, afortunadamente, todavía tengo motivos para dar gracias a Dios.

—No la entiendo…

—A pesar de lo terrible de las cosas que me contó, veo que todavía hay esperanza. Esperanza para que esas armas no tengan que usarse jamás y esperanza para esas chicas. Todo gracias a usted.

—Eso espero. Usted tiene más confianza en mis posibilidades que yo mismo. De momento ya tenemos una fecha definitiva, a finales de octubre.

—¡Dios mío! No hay mucho tiempo para prepararse.

No comentamos nada más. Me limité a tocar el órgano y cuando finalicé mis ensayos regresé a la casa atravesando el bosque. Entonces aproveché el momento para llamar a Mugniyah y comunicarle cuándo se verificaría la entrega, para que fuera preparando su estrategia.

—Samir, soy Stefano… Tengo cosas concretas. Ya conozco la fecha exacta de la reunión. El último día de octubre, a las seis de la tarde llegará con toda la cúpula de *Fatah* para hacerse cargo de las armas y ese mismo día se le entregará el «maletín».

—Entendido. Nosotros no hemos perdido el tiempo. Sólo nos faltaba conocer fecha y hora para desplegar el dispositivo.

—¿Qué dispositivo?

—Va a ser una destrucción total.

—¿Estás loco? La bomba podría explotar con un ataque indiscriminado. No nos daría tiempo a escapar de una explosión como esa.

—Entonces, dime… ¿Qué propones? No podemos permitirnos

que esos cabrones de *Fatah* puedan escaparse.

—¿Y si mandáis un comando para aniquilarlos?

—Sería demasiado expuesto. Además, la decisión está tomada.

—No me podéis hacer algo así.

—No te preocupes, es muy difícil que un ingenio de ese tipo explote. No podemos exponernos a que estos tipos se salgan con la suya. Concretaremos de qué manera lo haremos para que puedas ponerte a salvo, hasta entonces no deberíamos volver a comunicarnos, los teléfonos podrían estar intervenidos.

Aquello suponía un duro golpe para mis esperanzas de poder salir indemne de todo aquello. Me sentía traicionado y abandonado a mi suerte. Solo les interesaba la destrucción del enemigo al precio que fuera, sin tener en cuenta la gente. Sabía que aquella decisión la habría tomado la cúpula de *Hezbollah* y quién sabe si no habría intervenido alguna autoridad superior radicada en otro país donde nadie me conocía y donde la opinión de Mugniyah no tenía ningún valor. Al final, todos éramos víctimas de una tétrica partida que se jugaba en despachos ajenos a la realidad.

Regresé al albergue cuando la cena ya humeaba sobre la mesa, pero ya los tenía acostumbrados a mis frecuentes idas y venidas y el recibimiento fue frío como de costumbre. Aquella noche decidí tomarme un café. Quería permanecer despierto para pensar. Quería aventurarme por los recovecos de la casa en busca del lugar donde podrían estar las chicas retenidas. Sabía que sería complicado y que Jaldun, o tal vez la misma Olga, no me lo iban a poner fácil, pero tenía que intentarlo. Había sido excesivamente prudente, tal vez cobarde y ahora tocaba arriesgar.

Aguardé en mi habitación y a punto estuve de quedarme dormido cuando sonaron las dos de la madrugada. Abrí con sigilo la puerta de mi cuarto. El pasillo estaba oscuro y tuve que fiarme de mi instinto para guiarme hasta la escalera, donde, gracias a la luna, se colaba una cierta claridad por su inmensa cristalera. Bajar fue relativamente fácil, pero una vez en el vestíbulo, tuve que decidir hacia dónde debía encaminarme.

Recordé que, la primera noche, cuando fumaba un cigarrillo en el jardín, vi luces en una especie de sótano y Jaldun me dijo que se trataba de Olga intentando buscar algo en la despensa. Deduje que en la cocina habría algún pasadizo que llevara hasta ese sótano y me pareció una buena opción comenzar a investigar por allí. Hasta la cocina todo fue sencillo pero, sin poder encender las luces, la cosa se complicaba si quería adentrarme en las «fauces» del albergue. Intenté, sin hacer ruido, rebuscar entre los cajones de la

cocina. Sabía que Olga guardaba allí muchas cosas que nada tenían que ver con la preparación de la comida y era posible que también tuviera una linterna para alumbrarse cuando se fuera la luz. Menos mal que la localicé al instante. De momento estaba teniendo mucha suerte y esperaba que mi fortuna no me abandonara cuando abrí la puerta de lo que me pareció la despensa. Efectivamente, detrás de una estantería repleta de conservas de tomate y verduras había un pasillo que se adentraba más allá del ámbito de la cocina. Por lo poco que pude ver, era un angosto túnel hecho de ladrillo, pero no me tropecé con ninguna telaraña; se notaba que lo mantenían limpio y era frecuentado con asiduidad. Fui descendiendo por una especie de rampa hasta llegar a una estancia más amplia. Sentí una cierta frustración al llegar; aquel lugar simplemente era una bodega donde se almacenaban cientos de botellas de vino, la mayoría de antiguas añadas, a tenor del polvo que acumulaban. Tal vez me había pasado de listo pero, ya que estaba allí, no perdía nada por comprobar todos los rincones.

Aparentemente no había nada anormal pero, al mirar detrás de una estantería, comprendí que aquello tenía truco. El mueble sobre el que se depositaban cientos de botellas podía moverse gracias a un artilugio con ruedas que permitía apartarlo sin causar ninguna alteración a las preciosas ampollas que reposaban en él. Pensaba que al moverlo causaría mucho estruendo, pero el mecanismo estaba perfectamente ideado para deslizarse sin problemas. Detrás, una portezuela con un simple pestillo daba paso a otra estancia que prometía algo más.

Entré decidido en un cuarto donde solamente había una mesa y sobre ella una bandeja con restos de grasa solidificada. Aquello me hizo sospechar que estaba en el buen camino. En un lado, una gruesa puerta metálica cerraba el paso más allá. Iluminé con la linterna para verla mejor y me di cuenta de que aquel portón tenía una trampilla en la zona inferior. Mi curiosidad hizo que intentara subir aquella portezuela y asomarme para ver qué se escondía allí.

Abrí algo más que una ventanilla cuando intenté iluminar el interior de aquella especie de celda. Se armó un revuelo al otro lado de la puerta y pude ver cómo alguien se movía hacia mí.

—*My name is Luca, Luca Montorfano*… —intenté decir en inglés para que me entendieran.

—*Please, help us*… —me contestó una voz femenina.

Mal camino llevábamos si teníamos que seguir la conversación en inglés. Mis escasos conocimientos no me permitían satisfacer las dudas de aquellas chicas, así que tuve que intentar otra cosa.

—¿Alguien sabe mi idioma? *I am Italian*, «*Spaghetti*». *Do you understand me?*

Se hizo un pequeño silencio hasta que una de las chicas se asomó por la trampilla y se atrevió a pronunciar unas palabras en italiano.

—Yo hablar poco… Por favor, sacar de aquí. Hacernos cosas terribles.

—No puedo —le contesté.

—Chicas muy mal… Mucho miedo.

—Por el momento no puedo liberaros, pero lo intentaré… Haré todo lo que pueda. Tenéis que ser pacientes, ahora tengo que irme.

—No, por favor…

—Si me descubren me matarán y ya no os podré ayudar. Confiad en mí, os sacaré cuando pueda.

Con el corazón en un puño tuve que bajar la trampilla y dejar aquellas chicas a su suerte; tenía que regresar. Era cruel, pero no podía hacer otra cosa. Intenté dejar todo en su sitio y recolocar la estantería para que nadie se diera cuenta de que había estado allí. Regresé a toda prisa a la cocina y cuando estaba a punto de volver a dejar la linterna, alguien encendió la luz.

—Señor Montorfano… ¿Qué hace en la cocina? —preguntó Jaldun sorprendido al verme allí.

—Siento haberle despertado Jaldun… No podía dormir y me entró hambre.

—Veo que todavía no ha comido nada… Déjeme que le prepare algo, por cierto, no creo que le haga falta la linterna. Con encender la luz, tenía bastante.

—Bajé a oscuras para no asustar a nadie y no quería armar ningún revuelo. Pensé que con la linterna tendría bastante.

—No se preocupe… ¿Qué quiere que le prepare?

No pensaba haberle colado aquella mentira, pero tampoco tenía ningún motivo para desconfiar de mí; afortunadamente no me había pillado saliendo de la bodega. Aguanté estoicamente mientras el mayordomo me preparaba unas tostadas y me las comí bajo su atenta mirada.

Cuando terminé, regresamos juntos a los dormitorios, asegurándose de que me encerraba en mi habitación.

Capítulo 32

Era sábado por la mañana cuando, sobre las doce, abrí un ojo mientras remoloneaba en la cama. No me hubiera levantado hasta más tarde, pero una llamada me hizo ponerme en pie pensando que fuera algo grave. Al final se trataba de Bilal y me quedé más tranquilo.

—¿No me digas que todavía estás en la cama? —me dijo—. Tengo novedades. Como verás no me he dormido en los laureles y por fin te he conseguido la…

—Shhh. Calla. No quiero que digas nada.

—¿Qué pasa? ¿No habrá alguien escuchando?

—Por si acaso. Será mejor que nos veamos.

—¿En tu casa o en la mía?

—Mejor en la tuya… ¿Puedo ir ahora?

—Claro. Hasta la noche no tengo actuación.

—¿Con Farah?

—Por supuesto. ¿Tienes ganas de verla?

—Realmente, ya no sé lo que quiero… Preferiría que nadie más se viera involucrado en esto, ¿me entiendes?

—Sí, aunque tengo que decirte que yo tampoco tengo ganas de compartirte con nadie más, así que no pienso decirle nada a Farah.

—Como quieras. De aquí a una hora estaré en tu casa.

Cuando bajé para desayunar, lo primero que hice fue pedirle dinero a Jaldun para coger el taxi. Él, sin inmutarse, me contestó como si estuviera al corriente.

—Esta misma mañana ha llegado correo para usted... —dijo entregándome un paquete envuelto con sumo cuidado.

Me retiré un momento para abrirlo y me di cuenta de que Katurshian había sido fiel a su palabra. No lo conté, pero en aquel sobre habría aproximadamente unos cinco mil dólares. En una nota aparte me indicaba que ya estaba abierta una cuenta a mi nombre en el banco suizo pactado desde mi salida de Nápoles.

Cuando llegué al apartamento de Bilal, me estaba esperando excitado y deseoso de comentar sus últimas averiguaciones.

—Siéntate, te vas a quedar muerto —me dijo—. Hice ciertas averiguaciones y ¿a que no sabes a quién conozco?... A la hija de Katurshian.

—Vaya, qué casualidad.

—Mientras estuvimos en el colegio, ella estuvo saliendo con un íntimo amigo mío. Empezaron a tontear, pero su padre acabó por enterarse de aquel romance y no tardó en poner tierra de por

medio; no deseaba que su hija acabara por enamorarse de un musulmán. Sé, a ciencia cierta, que ambos se gustaban y a pesar de que ahora lleva una vida mucho más glamurosa, no creo que hiciera ascos a un posible reencuentro.

—¿Crees posible que picara el anzuelo?

—Déjalo de mi cuenta, aunque tengo que saber para cuándo y lo que esperas hacer con la chica.

—Se supone que tendríamos que secuestrarla y la verdad es que no sé muy bien qué hacer después, no hay mucho tiempo de maniobra…

—No hace falta que intervengas, yo puedo ocuparme. Normalmente, cuando está en Beirut, los fines de semana suele frecuentar *Acid*, un *night club* de moda. Una ficticia cita con mi amigo sería para ella como un canto de sirena. Creo que no podrá resistirse.

—Por cierto, ¿me has conseguido «eso»?

—¿Con quién piensas que estás tratando? —me dijo mientras me entregaba el arma—. Afortunadamente, tengo amigos en todas partes y he conseguido esta *Glock* 17. Bueno, ¿cuándo entramos en acción?

—¿A qué acción te refieres?

Bilal se sonrió sin decir nada, lanzándose sobre mí para desnudarme. No sé cómo conservaba la capacidad de excitarme en mitad de aquella vorágine, pero agradecía los momentos relajantes que me proporcionaba. Mientras él se entregaba al noble arte de darme placer, lo estuve observando para ver si conseguía ver en él alguna cosa que me hiciera perder la cabeza pero, a pesar de ser muy guapo, solo conseguí acordarme de Mario y de Niko, aunque esos recuerdos estuvieran muy lejos de mi alcance.

Después, Bilal decidió hacerme la comida. Quería sorprenderme con sus dotes culinarias y aquella escena me retrotrajo a otros tiempos en los que era yo quien hacía lo mismo. Me serví una copa de vino mientras Bilal se desenvolvía en los fogones y no pude evitar volver a hablar de nuestro tema.

—Yo también he hecho un gran descubrimiento… —le conté.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo no me has dicho nada?

—Te he visto tan entusiasmado que he decidido esperar a tener un momento más tranquilo para contártelo. Verás, el otro día descubrí el escondite donde tienen retenidas a las chicas. Menos mal que una de ellas hablaba italiano y pudimos comunicarnos, pero no veo cómo podré sacarlas de allí sin que todo se me vaya de las manos… Por poco me pilla el mayordomo.

—Ya te dije que la única manera de poder hacerlo es librarse de esos tipos.

—No sé si podré, así, a sangre fría...

—No seas ingenuo. ¿No te das cuenta de que esa gente no son inocentes ancianitos? Son una pareja de sanguinarios, capaces de retener a esas mujeres a sabiendas de lo que harán con ellas y no dudarán en matarte si así se lo ordena su jefe. Es una cuestión de supervivencia.

—No sé. Todo esto es un despropósito. Tengo dudas de que vaya a salir bien…

—No debemos precipitarnos. Lo primero es secuestrar a Kris; sin ella no hay nada que hacer.

—Esa chica seguro que tiene guardaespaldas y no será tan fácil deshacernos de ellos… No, no funcionará.

—Kris es una niña estúpida, acostumbrada a esquivar a su escolta y meterse en problemas. En Estados Unidos ha sido detenida varias veces por conducir ebria y resistirse a la autoridad. Todas las *celebrities* lo hacen.

—¿Y cómo contactarás con ella?

—Eso no es problema. Ayer hablé con mi amigo Nasrala y no me costó sonsacarle su teléfono. Tuve que prometerle que iba a organizar una fiesta por todo lo alto y para ello necesitaba algunos números de teléfono de gente importante y el muy tonto me dio el teléfono de Kris.

—¿Y luego qué?

—La llevamos al albergue, nos cargamos a los guardeses y liberamos a las chicas retenidas en la casa.

—Hay algo más que no te he dicho… Dentro de poco, se hará allí mismo un intercambio de armas con destino a la facción de Fatah Al-Islam. Si chantajeamos a Katurshian con lo de su hija jamás nos suministrará las armas y no sé cómo se lo tomarán esos tipos. Además, *Hezbollah* piensa arrasar el albergue el mismo día de la entrega.

—Esto es una locura. Si es verdad lo que me acabas de contar, lo tenemos muy difícil…

—Ya te lo he dicho. Será mejor que lo dejes estar…

—¿Qué vas a hacer esta noche? ¿Te irás al albergue?

—¿Qué puedo hacer si no?

—¿Y si me voy contigo? ¿Habría algún problema? Necesito que me cuentes todo con pelos y señales. Así, de paso, conocería aquel caserón por dentro. Podría inspirarme para pensar algo.

—¿Por qué no? Peor no puede ir la cosa. Además, me apetece

escandalizar a ese par de cacatúas… Lo que pasa es que mañana es domingo y tengo que ir a la iglesia. Toco el órgano en el oficio religioso.

—Si quieres, te podría acompañar. De paso podré recordar los viejos tiempos en Yarzeh.

—No se hable más, te esperaré en Bardo hasta que termines, luego tomaremos un taxi y pasaremos el resto de la noche en el albergue haciendo lo que más te gusta.

—Me encanta el plan, pero mejor no vayas a Bardo, no sea que Farah se empeñe en ir y descubra nuestro plan.

—Está bien… ¿Y dónde voy pues?

—Debajo de casa hay un pub que no cierra hasta muy tarde, el *Sailor's*. Suelen frecuentarlo la mayor parte de los hampones de la ciudad. Solo he estado un par de veces, pero me imagino que no tendrás ningún problema si te tomas una copa. Yo te recogeré nada más terminar la actuación.

Cuando Bilal tuvo que marcharse para actuar, no tardé en poner tierra de por medio para dar una vuelta por Beirut. La verdad es que no conocía nada de la ciudad y sentía curiosidad. Había cogido la pistola y me la había puesto en el bolsillo interior de la chaqueta pero, a pesar de que no se notaba, estaba seguro de que todo el mundo me estaba mirando. Me adentré por la prestigiosa calle Hamra, que todavía guardaba la verdadera esencia del Beirut de antes de la guerra, con sus teatros, antiguos comercios y restaurantes, pero me resultó ciertamente caótica e intenté salir de allí rumbo a la calle Gemayze, en el *Downtown*, para cenar en una pizzería.

Al final de la noche solo me restaba esperar en aquella tabernucha la llegada de Bilal. El ambiente del *Sailor's* no era tan sórdido como me lo había pintado, aunque no se equivocaba con el tipo de «fauna» que ocupaba la totalidad de la barra. La inmensa mayoría eran extranjeros: tipos rudos con aspecto desaliñado y alguna mujer que, por las pintas, cobraba a precio de oro la compañía. Intenté acercarme a la barra dispuesto a pedir un whisky cuando me di cuenta de que, al final del mostrador, había una persona conocida disfrutando de su copa.

—¡Rinuccio!... ¡Maldito hijo de puta! —dije al verle.

El viejo se giró sorprendido al oír pronunciar su nombre y se me quedó mirando con sus ojos rojos y arrugados.

—Vaya, pero si es el jodido pianista… Todos los maricones tenéis suerte. En mi próxima vida me dejaré dar por el culo a ver si me va mejor. ¡Dame un abrazo, hombre!

—Me preguntaba qué habría sido de ti. Han pasado tantas cosas…

—Ven, pongámonos en aquella mesa para poder hablar. Bueno, desembucha… Yo tampoco he sabido nada de ti. Comprenderás que lo que pasó no salga en las noticias.

—Ya lo creo. Por un momento temí que hubieras muerto o que te hubieran capturado los hombres de Mugniyah.

—No voy a desvelarte los detalles, pero lo tenía todo controlado. Digamos que solo tuve que esperar lo suficiente para ponerme a salvo y que vinieran a rescatarme… ¿Y tú?

—Yo no salí tan bien parado. Me ingresaron en el hospital militar de Naqoura herido y con un brazo roto.

—Veo que han hecho una excelente labor. Te veo muy bien, aunque un poco cambiado, pareces un…

—¿Un talibán? Ya lo sé. Decidí cortarme el pelo cuando estuve en casa del *sheikh*.

En aquel momento comencé a contarle detalladamente toda mi odisea durante mi estancia en Naqoura: mi paso por el hospital, mi estancia en casa de Mugniyah y, por supuesto, la escena de la muerte de Tommaso.

—¿De verdad hiciste eso?

—No tuve más remedio. Dejar con vida a Tommaso solo hubiera complicado las cosas.

—De todas maneras, no ha cambiado la situación, ¿verdad? Si no, no estarías aquí. Así que te has dejado embaucar otra vez.

—Ahora tengo otros problemas, más gordos si cabe.

—No me los cuentes. No me gustaría tener que fastidiarte los planes. Y, cambiando de tema, ¿has sacado últimamente tu polla a pasear? Desde que volviste tan contento de Limassol no te había visto con esa cara de felicidad.

—Sí, aquel chipriota casi hace que no volviera al barco. Ahora estoy con un chaval libanés. Precisamente lo estoy esperando.

—Menudo maricón estás hecho. ¿Y de coñitos nada?

—Te vas a reír, pero también lo probé. Fue con una bailarina. Me lo hice con ella y con su amigo. Tengo que reconocer que era tal como me lo describiste. Me hizo gozar mucho.

—¿Y no piensas cambiarte de «acera»?

—A pesar de lo agradable de la experiencia, creo que mejor me voy a quedar como estoy.

—Mejor para mí… Así jamás pelearemos por una mujer.

En aquel momento entró Bilal, que se quedó clavado en la puerta intentando localizarme.

—¿Es ese el chico? —me preguntó Rinuccio.

—Sí. ¿Quieres que te lo presente?

—Da igual. Esto no haría sino confundirlo… Vete con él.

—Pero tal vez no volvamos a vernos. No me gustaría perder el contacto contigo.

—Está bien. Voy a darte mi número de teléfono. Si estás en apuros puedes llamarme, aunque ya sabes lo que hay. Quizá sería mejor que no nos volvamos a ver.

Rinuccio anotó el número de teléfono en un viejo papel que llevaba en su bolsillo y me lo entregó. Le hice una señal a Bilal y me levanté de la mesa rumbo a la puerta.

—¿Quién era ese tipo? —me preguntó sorprendido.

—Era un viejo conocido de Naqoura.

—No es árabe.

—Está bien, salgamos de aquí. Ya te contaré los detalles en otro momento. Se está haciendo tarde y todavía tenemos que llegar a Baabda.

Tomamos un taxi, pero durante el trayecto no hablamos por prudencia, pero noté nervioso a Bilal conforme nos íbamos acercando.

Mientras Bilal pagaba al taxista me acerqué a la puerta. Jaldun no había encendido las luces y, con aquella oscuridad, el albergue era lo más parecido a una casa encantada. Cuando abrió la puerta, nos quedamos pasmados delante de él. Tenía un aspecto tan tétrico que asustaba al miedo. El mayordomo se quedó sorprendido al vernos, pero abrió la puerta sin pensarlo, aun así no pudo reprimir su curiosidad y me preguntó.

—¿Su acompañante va a quedarse?

—Sí. Estará hasta mañana.

—Entonces voy a prepararle una habitación.

—No es necesario, dormirá conmigo.

—Comprendo, señor...

No esperamos su aprobación y subimos las escaleras decididos. Por si acaso se le ocurría a alguien fisgar en nuestra intimidad, atrancamos la puerta y Bilal se puso a dar brincos sobre la inmensa cama del dormitorio.

—Esto es fantástico. ¡Pero si vives como un sultán! ¿Crees que si le pedimos algo al mayordomo nos lo traerá?

—Más vale no tentar a la suerte. ¿Has visto la cara que ha puesto?

—Sí. Creo que todavía estará intentando recuperarse del susto.

—¿Quieres que nos demos un baño juntos? —le pregunté.

—Eso sería fantástico.

—Prepárate mientras yo pongo unos whiskys.

Eran cerca de las tres de la madrugada cuando por fin nos decidimos a dormir. Era extraño, pero me estaba acostumbrando a él, aunque me forzara a no enamorarme. No quería que mi vida quedara ligada a aquel país del que solo deseaba marcharme.

Capítulo 33

Estaba tan a gusto remoloneando en la cama que, cuando sonó el despertador, solo intenté alargar la mano para abrazarme a Bilal y estar un rato más junto a él. Al notar su vacío me levanté sobresaltado y salí disparado en su busca. No había ni rastro de él y la puerta de la habitación estaba abierta. Sentí un fuerte ahogo, pensando que pudiera haberle ocurrido algo en aquella mansión espeluznante. Me vestí apresuradamente y bajé las escaleras de dos en dos hasta llegar a la cocina, donde lo encontré sentando junto a Olga, degustando una humeante taza de café.

—Ya era hora de que te levantaras… —me dijo como si no hubiera pasado nada.

—Me has dado un susto de muerte —le dije disgustado.

—Me desperté con la primera claridad y no pude resistir la tentación de bajar a dar una vuelta por la casa. Afortunadamente, Olga estaba en la cocina y se ofreció a prepararme el desayuno, por cierto, llegas a tiempo.

—¿Irán a la iglesia? —preguntó la vieja.

—Si mi amigo se da prisa con el desayuno, tal vez lleguemos a tiempo —contesté.

Bilal engulló la tortita que tenía entre manos mientras subíamos a nuestra habitación.

—¿Estás loco? —le recriminé—. No vuelvas a irte solo, no me fío de estos locos.

—Lo siento. No pensé que fueras a enfadarte.

Íbamos con el tiempo justo, así que enfilamos directamente el camino cuesta arriba a través del bosque. En un periquete llegamos a la explanada de Yarzeh y mandé a Bilal dentro de la iglesia. Aunque no me importaba que nos vieran juntos, no quería que lo relacionaran con el albergue. Encendí un cigarrillo mientras esperaba a la hermana Madeleine, pero casi me cae de la boca cuando la vi aparecer acompañada de una familia ciertamente peculiar. Tuve que hacer un par de inspiraciones para que no se notara mi nerviosismo cuando las piernas empezaron a fallarme.

—Señor Montorfano… Quiero presentarle a una persona muy importante, *monsieur* Katurshian. Ha venido con su esposa, *madame* Nashwa, y su simpática hija.

—Señor Montorfano, estamos deseando oírle tocar… Una faceta poco conocida, esta del órgano, ¿no? —dijo Katurshian.

—Se trata de una modesta colaboración. En realidad lo importante es el servicio religioso, *n'est-ce pas, monsieur*?

—Claro, claro…

Katurshian aprovechó que la hermana Madeleine se introdujo en el templo en compañía de su esposa para decirme algo.

—Stefano, Stefano… —me dijo moviendo la cabeza en tono condescendiente—. Cuando le dije que se divirtiera, no quise decir que se trajera la diversión a casa. Tendría que haber considerado el albergue como su «oficina», no como un *garçonniere* para traerse a su amiguito, al que tendré mucho gusto en conocer después de misa… No habrá inconveniente en que nos acompañe, ¿verdad? He venido con mi familia y pensábamos comer con usted en *l'Auberge*. Hay ciertos asuntos que atender.

—¿Se trata de las armas?

—*Monsieur* Baldi. No me gusta hablar de negocios antes de asistir a misa, no sería conveniente… Creo que le están esperando, ¿entramos?

Katurshian ocupó un banco destacado dentro de la iglesia, mientras yo me dirigí a mi puesto. No quise girarme, pero supuse que Bilal estaría alucinando cuando me vio entrar con los Katurshian. Nuestros planes habían saltado por los aires y ya no me quedaba capacidad de improvisación. Esperaba que a Bilal se le ocurriera algo. Él siempre pensaba rápido, pero me temía que, con su afán de aventura, hubiera sentenciado su pena de muerte.

Al terminar el oficio, me aguardaba el peor trago. Mientras recogía las partituras los vi salir en compañía de la hermana Madeleine. Tuve que ir hacia Bilal para explicarle lo que estaba pasando y, a pesar de la situación comprometida, no pareció mostrar ningún temor cuando le dije que me siguiera para presentarle a Katurshian.

—Tengo que felicitarle, señor Montorfano. Reconozco que voy poco a la iglesia, algo imperdonable pero, con su música, algo se ha revuelto aquí dentro —dijo señalándose el corazón—. Es indudable que la música está íntimamente relacionada con la fe. ¿No es cierto, hermana Madeleine?

—Sin duda, *monsieur*. La fe tiene muchas maneras de manifestarse y qué duda cabe que la música es una de ellas. Por cierto, señor Montorfano, veo que le acompaña un joven —dijo la monja extrañada.

—Quiero presentarles a Bilal Trabulse, un buen amigo de Beirut.

Bilal fue saludando uno a uno y al acercarse a la hermana Madeleine para estrecharle la mano, le hizo una pregunta.

—¿No se acuerda de mí, hermana?

Sor Madeleine se quedó pensativa; eran tantos los muchachos

que pasaban por el colegio, que era casi imposible recordarlos a todos.

—¡Claro que sí! Bilal. Hace unos cuantos años que terminaste el colegio. Ya decía que tu cara me sonaba. Has crecido tanto que apenas he podido reconocerte. ¡Menuda alegría! Y qué coincidencia que os hayáis conocido, ¿no?

—Nos presentaron en un restaurante donde actúo como músico. Somos el grupo que acompaña a la famosa bailarina Farah Deeb, aunque no creo que haya oído hablar de ella.

—Me temo que no. Bueno, siento dejarles, pero me esperan para comer. Si me retraso, las demás hermanas se impacientarán, y no me gustaría fastidiarles el almuerzo del domingo. Que Dios les bendiga a todos… A usted, señor Montorfano, le veo mañana. Si Dios quiere.

—Hasta mañana entonces —contesté.

Durante unos segundos se hizo el silencio. Menos mal que Kris, la hija de Katurshian, rompió aquel momento tenso.

—Así que tú eres Bilal, el amigo feúcho de Nasrala. Aunque ahora no pareces tan feo. Has ganado con la edad —le dijo en tono insinuante.

Una sola mirada de su madre bastó para que se acabara aquella conversación inconveniente, llevándose a su hija camino del coche. La niña era una zorra de cuidado, aunque tuviera que disimular haciendo el papel de modosita delante de sus padres. Estaba harta de «tirarse» a todo lo que se movía, sobre todo si tenía pantalones.

—Bueno, ya que están hechas las presentaciones, ¿por qué no vamos a comer? Jaldun y Olga ya lo tendrán todo preparado. Acompáñenme, mi coche es amplio y cabremos todos sin problemas —nos sugirió Katurshian.

La conversación que amenizó el almuerzo estuvo plagada de tópicos. Por fin, después del café, Katurshian se levantó solicitando el beneplácito de sus mujeres para llevarnos a un lugar un poco más discreto.

—Si me disculpáis, queridas. Tenemos que hablar de negocios.

Nos dirigimos a un salón que hacía las veces de despacho. El mayordomo entró para ponernos unas copas de brandy y salió cerrando el despacho nada más servirlas. Tras una breve pausa, que Katurshian utilizó para calentar con sus manos la bebida, se decidió a hablarnos.

—Bueno, bueno… Tenía ganas de conocerle, señor Trabulse aunque, sin quererlo, su amigo Baldi le haya puesto en una situación un tanto comprometida. Uy… —se hizo el sorprendido,

llevándose la mano a la boca con afectación—. Creo que he revelado su verdadero nombre pero, a estas alturas, me imagino que ya habrán ventilado sus pequeños secretillos…

—¿Usted cree? —preguntó Bilal.

—¿El qué? ¿Que se haya comprometido innecesariamente o que todavía les queden secretos que contar? Hoy mismo van a hacer el traslado del armamento. Es mucho más seguro tenerlo aquí, al amparo del colegio, que almacenado en cualquiera de mis buques. Es lo que traen las guerras; enseguida asoman los buitres cuando aparecen los primeros cadáveres.

—¿Y qué piensa hacerme? ¿Matarme, quizá? —preguntó Bilal sorprendentemente tranquilo.

La conversación subía de tono y yo me vi en la obligación de tener que intervenir. No podía tolerar más aquellas amenazas.

—¿Qué significa esto, Katurshian? No voy a consentir que le haga ningún daño a Bilal.

—¿Acaso piensa que se va a marchar de rositas conociendo todo los detalles? ¿Pero en qué mundo vive? Lo siento, Baldi, pero el muchacho tiene más agallas que usted. La verdad es que nunca ha tenido carácter para este tipo de trabajos, aunque se esfuerza.

—Dentro de una hora, llegará un convoy con el «material» y de regreso recogerán un cargamento que tengo almacenado…

—Las chicas, ¿no? Sabía que era un cerdo, pero jamás me imaginé que pudiera llegar a hacer algo así. Esto no tiene nada que ver con la guerra, ni con toda aquella verborrea que me soltó sobre los pobres cristianos de Líbano —le contesté.

—Está visto que no se pueden tener secretos guardados durante mucho tiempo. Me imagino que habrá estado fisgando. Algo me advirtió Jaldun.

—Sepa que no voy a consentir que ese tráfico inhumano se lleve a cabo.

—¿Consentir? Sería una lástima desperdiciar unas carreras tan prometedoras como las suyas por un problema de escrúpulos.

Estaba a punto de tirar la toalla. Había quemado mi último cartucho con aquella bravuconada que no había servido de nada y en aquel instante, para sorpresa de los dos, Bilal sacó un arma de pequeñas dimensiones. No sé dónde coño pudo esconderla para no darme cuenta. Apuntó a Katurshian pero, en contra de todo pronóstico, este no se amilanó. Estaba demasiado acostumbrado a lances de aquel tipo pensando que todavía dominaba la situación.

—Bravo, bravo… —dijo batiendo palmas—. ¿Qué piensa hacer, dispararme? Tan pronto como lo oyera, Jaldun sabría lo que tiene

que hacer. No saldríais vivos de aquí. Además, sin una orden mía, el convoy no llegaría y los hombres de Abassiri no están acostumbrados a que se les tome el pelo. Acabarían por encontraros para daros vuestro merecido.

—Déjalo estar, Bilal, e intenta ponerte a salvo. Ya me las apañaré yo solo —le supliqué.

—¿No te das cuenta de que este tipo te matará cuando hayas terminado el trabajo? Sabes mucho como para dejarte libre.

—¿Y qué podemos hacer si lo matas?

—Retenlo un momento mientras yo soluciono esto.

No me llegaba la camisa al cuello, pero noté una lividez en el rostro de Katurshian. Creo que, en aquel momento, igual que yo, comprendió que Bilal no era un simple músico con inclinaciones invertidas. Se hizo un silencio sepulcral hasta que solo se escuchó el sonido del péndulo de un hermoso carrillón que colgaba en la pared del despacho. En nuestra cabeza imaginamos distintas cosas en el breve espacio de tiempo que tardaron en oírse un par de disparos, seguidos de gritos desgarradores procedentes del comedor.

De pronto, entraron en el despacho la esposa y la hija de Katurshian presas de terror. Delante de ellas, Bilal había descerrajado unos tiros en la cabeza de los criados, que yacían en el suelo entre un reguero de sangre que había salpicado el vestido de Nashwa. Kris se lanzó a los pies de su padre en busca de protección y su esposa se sentó temblando al lado de Katurshian, cerrando los ojos incrédula ante la situación.

—¿Has visto de qué manera más fácil me he deshecho del problema? Ahora vamos a renegociar los términos. Vas a hacer exactamente lo que yo te diga. A ver si ahora te atreves a decir alguna otra gracia.

No daba crédito. De la manera más simple, sin planes ni historias raras, Bilal había salvado la coyuntura y ahora nosotros dominábamos la situación, pero no sabía cuál sería el siguiente paso a dar; simplemente esperé a que él moviera ficha.

—Stefano… ¿Por qué no bajas y liberas a las chicas? ¿No tenías tantas ganas? ¿A qué esperas? —insistió Bilal.

—No sé… no tengo las llaves —titubeé.

—No me seas simple. Registra los bolsillos de la vieja, seguro que las tiene en un manojo.

Mientras salía de la habitación, todavía pude escuchar a Katurshian que, viendo en peligro a su familia, cambió su tono por otro más suplicante.

—Señor Trabulse, se lo ruego… Deje marchar a mi esposa y a mi

hija. Le prometo mucho dinero. Absolutamente todo será para ustedes…

—No te preocupes viejo puerco, de todas maneras nos lo vamos a llevar —le contestó—. Ahora cállate, si no quieres que me cargue a tu mujer.

Entré en el comedor y tuve que pringarme para darle la vuelta a Olga, cuya cara era irreconocible. Comencé a palpar sus bolsillos en busca de las llaves, apartando la cara para no vomitar.

Estaba tan nervioso que, al intentar mover la estantería para acceder a las mazmorras, tiré cuatro o cinco botellas de vino para entrar decidido en el pequeño cuarto que servía de antesala del horror. Al oír el estruendo, las chicas comenzaron a gritar, quizá temiendo que fueran a llevárselas a un destino peor. Forcejeé con la llave hasta que entró y giró. Sentí un cierto alivio al tirar de la puerta y poder ver al menos una docena de chicas jóvenes que, arrinconadas en el otro extremo del cuarto, se abrazaban buscando protección. Solo eran niñas asustadas, captadas cuando todavía soñaban con triunfar tal vez en el mundo de la moda y que hubieran acabado en prostíbulos o muertas después de haber sido «usadas» por algún puerco que hubiera pagado aquel capricho a precio de oro.

—Tranquilas. Os voy a sacar de aquí —les dije para calmarlas.

Hice señas para que me siguieran y, tímidamente, como esperando a que algo malo les sucediera, fueron saliendo de una en una. Me dirigí a la única que entendía mi idioma y le expliqué la situación. No podíamos demorarnos. Debía llevarlas al colegio, donde la hermana Madeleine les procuraría un refugio hasta que todo pasara. Les advertí de lo que podían encontrarse cuando subiéramos, pero aquellas niñas no estaban preparadas y algunas empezaron a gritar al ver los cadáveres en el salón.

—Silencio. Esperadme aquí… Solo voy a tardar un segundo —dije mientras me dirigía al despacho donde Bilal se lo estaba pasando en grande apuntando a los Katurshian.

—Tienes que decirles a esas chicas que no armen tanto escándalo… No necesitamos pregonar lo que está pasando en el albergue —me sugirió Bilal.

—¿Qué hago con ellas? —le pregunté.

—¿Es que tengo que decírtelo todo? Haz lo que tenías pensado, pero date prisa. Los tipos de las armas pueden presentarse en cualquier momento.

—Está bien, me las llevo al colegio.

Las hice correr deprisa hasta introducirnos en el bosque. Abrí el

cerrojo de la valla y subimos hasta la explanada de Yarzeh, donde les pedí que aguardaran agazapadas y me fui directo al colegio.

Mientras esperaba que alguien me abriera, sentí que el frío atenazaba mi espalda. Iba empapado de sudor por los nervios y mi cara estaba completamente desencajada. Los minutos se me hicieron eternos cuando una de las monjas acudió a abrir.

—Ave María Purísima —contestó.

—Por favor, ¿podría avisar a la hermana Madeleine? Es urgente.

—Lo siento. A estas horas tenemos retiro y no… ¡Dios mío! Si va lleno de sangre…

—Se lo he dicho. Es un caso de vida o muerte. Avise a la hermana Madeleine —le insistí rayando en la grosería.

Sor Madeleine llegó corriendo, llevándose las manos a la boca al ver mi aspecto.

—¡Dios Santo! ¿Qué le ha pasado?

—No hay tiempo para explicaciones. Tengo a las chicas esperando en el bosque.

—¿Ha podido rescatarlas? Pero, ¿qué le ha sucedido?

—Estoy bien, no se preocupe. Ya se lo contaré luego. ¿Podrá hacerse cargo de ellas?

—¡Vamos! No podemos dejarlas allí, las pobres estarán muy asustadas…

Cuando llegamos, las niñas permanecían juntas en una piña, temblorosas por el miedo y el frío. Las monjas echaron sobre sus hombros unas mantas y corrimos con ellas como alma que lleva el diablo hasta regresar a los seguros muros del convento.

—Hermana Bernadette, vaya disponiendo una habitación para acomodarlas. Creo que en el ático hay unas cuantas colchonetas. ¡Venga, venga, no se quede ahí mirando!

—Gracias, hermana Madeleine… —le dije—. No sé cómo podré agradecerle lo que está haciendo por ellas.

—¿Y usted? ¿Está herido?

—No. Esta sangre no es mía… Ahora tengo que regresar, pero le prometo que hablaremos, el peligro no ha pasado. Adiós hermana, hágase cargo de ellas.

La dejé con la palabra en la boca y salí corriendo. Entré en la casa justo cuando sonaba el teléfono de Katurshian. La situación seguía bajo control de Bilal que, con aplomo, esgrimía su arma para recordarles que tenía la sartén por el mango.

—¿No piensas cogerlo? —preguntó a Katurshian.

—¿Y qué quieres que les diga?

—Que todo está correcto y que pueden descargar la mercancía

como estaba previsto. Procura no meter la pata, si no queréis estar esta misma noche en las puertas del paraíso, aunque no creo que os dejaran entrar con vuestras credenciales.

Katurshian descolgó, comenzando a lanzar monosílabos para confirmar que todo estaba correcto.

—Sí… Sí… Muy bien, chicos… Donde siempre. Tenéis que descargar por el garaje… No os preocupéis, os abrirán desde dentro… ¿Las chicas?... Pues…

Cuando sus hombres hablaron de la «mercancía» femenina, Katurshian no supo qué decir y viendo que podía meter la pata, Bilal le hizo una señal con las manos para que le pasara el teléfono, cosa que obedeció sin rechistar.

—Hola chicos, disculpad al «jefe», él no está al corriente de todos los detalles. Ha habido un pequeño cambio de planes.

—¿Mi nombre?... Claro, soy Bilal. El señor Katurshian me ha pedido que me ocupe de los detalles de esta operación... Como os iba diciendo, hemos tenido que sacar la mayor parte de las chicas hacia un destino menos «vigilado»… Os cuento los detalles cuando nos veamos. Cuando estéis en la verja, solo tenéis que hacer sonar el claxon y yo mismo os abriré. ¿Cuánto vais a tardar?... ¿Diez minutos? Perfecto… Os voy a pasar al jefe.

—Ya le habéis oído… Seguid sus indicaciones.

Me sentía como un espectador. Estaba alucinado con la manera en que Bilal se desenvolvía con aplomo en un ambiente tan comprometido.

—¿Dónde tienes tu arma, Stefano? —me preguntó.

—Creo que arriba, en la habitación.

—Ve a por ella.

No me atreví a contradecirle y en un visto y no visto me planté en el despacho con aquella pistola que no estaba seguro de hacer funcionar.

—Tú quédate aquí, con Katurshian… Vigílale y, sobre todo, no le des conversación. Seguro que es capaz de enredarte.

—Tranquilo, creo que esto podré hacerlo solo.

—¡Venga, vosotras os venís conmigo! —se dirigió a Nashwa y a su hija, que corrieron a abrazarse llorando.

—¡No les hagas nada! —suplicó Katurshian.

—Tranquilo, no voy a matarlas, solo voy a tener una pequeña conversación con ellas.

Con un movimiento de su arma, Bilal las hizo salir del despacho y me pidió que le siguiera hasta el vestíbulo para hacerme una pregunta.

—¿Dónde coño está el escondrijo en el que estaban las chicas?

—¿Pero qué vas a hacer?

—Luego te cuento, ahora dime.

—Es sencillo, en la misma despensa de la cocina hay un pasillo que lleva hasta la bodega. Lo verás enseguida.

Bilal se fue con las mujeres mientras yo volvía al despacho, donde Katurshian seguía sudando como un cerdo pensando en la suerte que podía correr su familia. Al cabo de unos larguísimos veinte minutos regresó Bilal sin ellas y Katurshian se echó a llorar. No se oyeron disparos, pero estaba seguro de que jamás volvería a verlas. En aquel mismo instante se oyó el sonido del claxon, que indicaba que el convoy estaba a las puertas de la mansión.

—Ata y amordaza a ese puerco… —me dijo—. No quiero que se ponga a chillar y nos fastidie la operación.

Bilal corrió al cuadro de mandos que había en la puerta de acceso, abrió la verja y se fue derecho a recibirlos. Aquello estaba saliendo a las mil maravillas, pero no podía entender el porqué de su diversión. Me limité a obedecer y con un calcetín y sus cordones, improvisé una mordaza y le até las manos; solo lo justo para que, si se movía, tuviera capacidad de reacción. De paso evitaría que me «taladrara» con su verborrea suplicándome hacer un trato.

Fueron momentos de angustia. El reloj de pared volvió a dejarse oír mientras nos observábamos nerviosos intentando escuchar cualquier ruido que viniera del exterior. Instintivamente sabía lo que tenía que hacer: si oía un disparo significaría que todo se había ido a la mierda y nos habían descubierto. No tardarían en entrar y rematarme como a un perro, así que me llevaría por delante a Katurshian para celebrarlo juntos en el infierno. Sería divertido ver cómo se retorcía entre lamentos aquel que tanto tenía que perder en este mundo.

El atardecer se fue llevando la luz que provenía del jardín. Nosotros también nos quedamos a oscuras. En un momento, solo los jadeos de Katurshian podían oírse en compañía del rítmico sonido del reloj, por eso sabía que todavía permanecía sentado frente a mí, casi ahogándose. Habría pasado casi una hora cuando se oyó el estruendo del motor, indicándonos que todo había pasado, que pronto se marcharían. Mi rehén se revolvió en el sillón viéndose perdido y yo le propiné un fuerte golpe en la cara que le hizo escupir la mordaza para proferir un ahogado «Socorro» que apenas se oyó dentro de la casa. Demasiado tarde, las luces del vehículo habían tomado el camino de salida. La entrega se había realizado.

Cuando sentí que la puerta se abría y al mismo tiempo se

encendían las luces del vestíbulo, salí al encuentro de Bilal y le recibí con un beso, más fruto de los nervios que de la pasión.

—Stefano, ya puedes quedarte tranquilo —me dijo—. Hoy no nos van a molestar más. Se lo han tragado todo.

—He pasado mucho miedo por ti. No estaba seguro de que salieras de esta.

—Ya te dije que lo tenía todo controlado. Creo que mis dotes como actor superan con creces a los de músico. Debería replantearme mi profesión.

Katurshian se había deshecho de las improvisadas ligaduras, pero no hizo ademán de escapar, lo tenía todo perdido y era consciente de su poca capacidad de maniobra. Ahora solo le interesaba saber lo que Bilal había hecho con su familia.

—¿Dónde están? —preguntó angustiado.

—En estos momentos, camino de un mundo mejor, lleno de placeres y fantasías… No, no las he matado, simplemente les he dado el mismo futuro que tenías reservado para las chicas del sótano. Les obligué a quitarse la ropa y con unos cuantos golpes… No te preocupes, no estropeé la mercancía. Ahora van hacia algún lejano prostíbulo, aunque no tuve la precaución de preguntar dónde.

—¡Maldito hijo de puta! —contestó.

—¿No te alegras? Por lo menos les he respetado la vida. Ahora depende del trato que tus hombres les den. No estaban muy contentos sin las chicas pero, gracias a tu hija, se quedaron conformes. Aunque no sé qué demonios piensan hacer con tu mujer, Seguramente acabará lavando sábanas en algún burdel barato.

Katurshian cayó sobre sus rodillas, llevándose las manos a los ojos para contener su llanto. Era una escena dramática, pero ya había vivido tantas que no podía sentir compasión por aquel tipejo patético.

—Stefano. —me dijo Bilal—. Ahora te toca a ti decidir qué hacemos con esta escoria…

Empecé a dudar, inmóvil y sin saber qué hacer. Estaba viendo la escena como en una película, con la mente completamente en blanco, hasta que Bilal volvió a insistirme.

—¿Acaso no recuerdas todo lo que te ha hecho? ¿No hay algo que se revuelva en tus tripas?

Avancé lentamente, como un autómata. Sentía que cada músculo que movía no lo hacía por propia voluntad. No sé qué resorte me movía, pero cuando estuve a la altura de un suplicante Katurshian, estiré mi mano y dirigí el cañón de la pistola hacia su

cabeza. Por un momento creí ver cómo su expresión cambiaba y, aceptando su destino, cerró los ojos mientras le descerrajaba dos tiros, tan cerca de su cara, que sus sesos estallaron estrepitosamente, desperdigándose por toda la habitación.

—¡Uau! —exclamó Bilal, acompañándose de un fuerte aplauso —. ¡Ha sido magnífico!

Tiré el arma al suelo. No me parecía que aquella carnicería fuera para festejarla y me senté sobre el mismo butacón que todavía permanecía caliente. Era incapaz de sentir nada, tal vez porque cada día que pasaba allí me iba deshumanizando y mi corazón se había encallecido.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Vas a dejarme solo? —le pregunté.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo? No, no voy a irme, tenemos mucho trabajo por delante. Hay que deshacerse de toda esta carroña.

—Claro pero, antes de empezar, me gustaría que me respondieras a una pregunta. Quiero saber si todo esto lo has hecho para ayudarme o tal vez…

—¿Qué insinúas?

—No soy estúpido. No creo que hayas resuelto esta situación si no lo hubieras hecho antes. Estoy convencido de que trabajas para otros.

—¿Lo crees en serio?

—No me gusta que me respondan con otra pregunta, pero ahora no tengo fuerzas para enfadarme contigo… En realidad me da igual, solo quiero acabar con todo esto.

Estuvimos hasta bien entrada la madrugada cavando una fosa lo suficientemente grande para que cupiesen los tres cuerpos; el de Katurshian ya valía por dos. Los enterramos lo más cerca posible del bosque. Tarde o temprano los buscarían pero, para entonces, esperaba que la hierba hubiera tapado las cicatrices del terreno.

Capítulo 34

Comenzábamos una nueva semana y para mí una nueva vida, pero no podía lanzar las campanas al vuelo. Todavía quedaba por solucionar el problema de Abassiri, al que debía recibir en unas semanas. Además, empecé a desconfiar de Bilal. Mi experiencia me decía que, bajo su aparente deseo, podían esconderse otro tipo de intereses que, al final, chocarían con los míos, así que esperé paciente a que se marchara a Beirut para contactar con el *sheikh* de Naqoura. Tendría que aprender a confiar más en mí mismo y a tomar mis propias decisiones.

—No he sabido nada de ti en muchos días… —me dijo Samir al descolgar—. Verás, no me gustaría tener que darte este tipo de noticias, pero toda la operación se nos ha ido de las manos.

—¿Qué quieres decir?

—El consejo de *Hezbollah* ha sido apartado y ahora las decisiones se toman desde Damasco… Intenté abogar por una solución menos traumática, pero me temo que han optado por actuar a las bravas y, de paso, internacionalizar el conflicto, situándolo en Líbano.

—¡Pero eso sería terrible! ¿Qué quieren hacer exactamente?

—Arrasar la zona.

—Pero… ¿y la bomba?

—Ya lo han contemplado y harán todo lo posible para que explote. Sería el golpe de efecto que esperan. Cuando se sepa, ya será demasiado tarde para todos. El conflicto estallará sin remedio.

—Y por lo que veo, a ti no te hace gracia, ¿no es así?

—No puedo soportar la idea de que muera más gente en mi país. No se trata de nuestros enemigos, si no de mi propio pueblo. Una cosa son los principios, pero no a ese precio… y luego estás tú. Si te he llamado es porque te debo la vida y quiero que te pongas a salvo.

—Pero hay un colegio cerca de la casa y si arrasan la zona correrán peligro.

—Ya te he dicho que no puedo hacer nada. La semana que viene se reúne el consejo nacional de mi partido en Beirut, allí se tomará la decisión final con los detalles del ataque. Intentaré hacer algo; no todos opinan igual.

—Te lo agradezco, Samir. No sé cómo saldré de esta, pero me alegro de que hayas pensado en mí. Gracias de nuevo.

La situación había empeorado más si cabe. La única ventaja era que las armas estaban en mi poder pero, con los miembros de *Fatah*

o sin ellos, arrasarían la zona y las monjas y los niños perecerían sin remedio.

En primer lugar debía asegurarme de que el «maletín» se encontraba entre las armas que habían traído. Aquello era un galimatías y no sabía por dónde empezar. Intenté buscar algo que me sirviera de palanca y comencé a abrir grandes cajas de madera. No presté atención a los cientos de lanzagranadas, morteros y toda clase de proyectiles de distinto calibre, colocados concienzudamente en el embalaje y me puse a buscar entre los huecos de la munición. Lo que al principio pensé que serían algunos topes para que las granadas no bailaran dentro del envoltorio, me di cuenta de que era lo que buscaba.

Intenté sacarlo con sumo cuidado, como si fuera la cuna de un bebé. Sabía que aquel ingenio no estaba armado pero, por si acaso, no quería arriesgarme a que, con un ligero golpe, aquello se pusiera en funcionamiento con su maldita cuenta atrás. El cajón tenía cerradura, que se abría con una llave que, evidentemente, no tenía ni tampoco sabía dónde coño podía estar, así que opté por forzarlo, no sin pensarlo dos veces, para ver si contenía lo que esperaba. Después de forcejear varios minutos, saqué aquella especie de maleta metálica, en cuya tapa había una especie de código alfanumérico. Presioné sobre unos pequeños tiradores hasta que se abrió por completo. Era tal y como me la imaginaba: un reloj digital que, afortunadamente, estaba apagado y un pequeño cilindro que supuse era la bomba. Era increíble pensar que dentro de una cosa tan pequeña se podría concentrar tanta destrucción.

Pensaba visitar a la hermana Madeleine y, cuando se hizo la hora, subí a la iglesia donde, fiel a la cita, me estaba esperando ávida de conocer lo que había pasado.

—Gracias a Dios… Creí que no volveríamos a vernos —me dijo nada más verme—. ¡Por Dios! Te pido que me cuentes cómo pudiste rescatar a las chicas.

—Katurshian iba a deshacerse de mi amigo. Digamos que respondimos en defensa propia. Hubo que actuar con rapidez cuando nos reveló que, aquella misma tarde, sus hombres vendrían a llevarse a las mujeres. No nos dio tiempo a pensar…

—¿Habéis matado a Katurshian?

—Sé que no lo aprueba, pero no tuvimos más remedio.

—¿A su mujer y a su hija también?

—No, aunque tal vez hubiera sido mejor. Bilal se las ofreció a los traficantes a cambio de las otras mujeres.

—¡Pero eso no es cristiano! —dijo santiguándose.

—Tampoco lo es lucrarse con el tráfico de personas o de armas...

La hermana Madeleine se calló, aceptando aquello como un mal menor, para luego hablar del futuro de las jovencitas. Me dijo que permanecerían al menos un mes en el convento, antes de tramitar su repatriación. Era un alivio saber que algo de lo que habíamos hecho había salido bien y al menos serviría para redimirnos de las atrocidades que tuvimos que cometer para rescatarlas.

Ahora mi preocupación era otra y cuando regresé a la casa, fui mascullando cómo solucionar el problema de mi encuentro con Abassiri. A diferencia de Bilal, yo no sobresalía especialmente como estratega y, posiblemente, tomara la peor de las decisiones, pero ya estaba harto de ser una comparsa, así que me decidí a llamar a mi amigo Rinuccio.

—¡Qué tal, viejo amigo! —le dije.

—¡Hombre!, pero si es mi «maricón» favorito… ¿Qué te ha pasado esta vez? Estoy seguro de que si no tuvieras problemas, no me habrías llamado, ¿no es así?

—Me conoces muy bien y sí, tengo un problema muy gordo. Espero que puedas ayudarme.

—¿De qué se trata?

—Es un poco largo de contar y preferiría hablarlo contigo, cara a cara, ya me entiendes.

—Ahora no tengo nada mejor que hacer, qué te parece vernos en la taberna del otro día.

—No tengo coche y si tengo que llamar a un taxi, tardaré demasiado… ¿Qué tal si te vienes al albergue?

—¿Dónde?

—*L'Auberge de Notre-Dame.* Un viejo caserón al lado del colegio de Yarzeh.

—No te preocupes, lo encontraré… Si he sobrevivido a tantas cosas, podré localizar una casa en mitad del monte.

No sabía si era el hombre que necesitaba, pero su habilidad para salir indemne y sus buenos contactos tal vez me procuraran una salida airosa para aquel problema que me tenía atrapado entre dos frentes.

Rinuccio tardó más de dos horas en plantarse en la puerta del albergue. Rápidamente le hice pasar al despacho. Ni siquiera le pregunté qué quería tomar cuando le puse en la mano un whisky para que se relajara mientras empecé a contarle toda mi odisea de los últimos días. Si no hubiera sido él, cualquier otro me hubiera tomado por loco. Menos mal que sabía toda la verdad y no se revolvió en su sillón hasta que no terminé de contarle.

—Vaya, vaya… Menudas «fiestas» te montas tú solito, pero no sé cómo quieres que te ayude. Lo lógico es que pusieras tierra por medio y te largaras a Nápoles.

—Tengo miedo de que tomen represalias si no entrego las armas.

—Tonterías, ¿no te has cargado al jefe? Mira, sin una orden suya, a los de Nápoles les da igual, ¿no te parece?

—También está el tema del colegio…

—¡Menudo sentimental estás hecho! Te ponen delante a cuatro monjitas y te pones a temblar como un flan. De verdad, Stefano, no puedes responsabilizarte de todo. Tarde o temprano tendrás que elegir entre tú y los demás…

—¿Me vas a ayudar?

—¡Qué remedio! Déjame pensar algo y ya te diré…

—Tengo preparada la cena. ¿Te apetece cenar conmigo?

—Siempre es agradable que te inviten y ya empiezo a estar demasiado cansado de cocinar para los demás. Además, siempre me vienen las mejores ideas sentado a la mesa, en compañía de un buen vaso de vino y de una agradable tertulia.

Hice pasar a Rinuccio al comedor cuando alguien llamó a la puerta. Por las horas que eran, nada buena cabía esperar y me eché a temblar. Por mi cabeza pasaron todo tipo de cosas hasta que me decidí abrir. Rinuccio, ajeno a mis temores, ni se movió de la mesa, seguro de que con él no iba la cosa. Respiré tranquilo cuando, al abrir la puerta, vi que era Bilal.

—¡Me has dado un susto de muerte! —le dije—. No te hubiera costado demasiado llamar antes de aparecer por aquí.

—Vaya, pensaba que te alegrarías de verme… ¿Quién si no vendría a visitarte a estas horas?

—Pues te vas a llevar una sorpresa. Pasa, estaba a punto de servir la cena.

Cuando Bilal entró en el comedor, se quedó extrañado al ver que tenía una visita.

—¿No nos vas a presentar? —preguntó Rinuccio al encontrarse frente a un nuevo invitado.

—Sí, claro. Bilal, te presento a Rinuccio, un gran amigo.

Ambos se saludaron con recelo, sobre todo Bilal, que no entendía la extraña presencia de aquel personaje.

—Creo que ya nos hemos visto antes —dijo mientras se estrechaban la mano—. ¿No estabais hablando el otro día en el *Sailor's*?

El ambiente estaba tan tenso que les hice sentar a la mesa para

servirles la pasta, que ya estaba lista para comer. Mientras ambos guardaban silencio y se miraban de reojo, tuve que intervenir para aclarar la situación.

—Rinuccio fue mi principal apoyo durante la travesía que me trajo hasta Líbano y fue quien me advirtió para que saltara cuando estaba a punto de estallar el barco.

—Entonces tú eres el que trabaja para los israelíes, ¿no? —preguntó Bilal.

—Veo que no hay secretos entre vosotros —dijo Rinuccio.

—Bueno, chicos, calmaos. Estamos en el mismo barco. He llamado a Rinuccio para que me ayude, pero sigo contando contigo, Bilal… Si es que todavía quieres echarme una mano.

Intenté convencerlos de que necesitaba la colaboración de ambos para procurar un final que no resultara dramático para nadie y de que salir huyendo no era una opción. A tenor de cómo se comportaron cuando serví el café, creo que me entendieron. Bilal se mostró mucho más receptivo cuando Rinuccio comenzó a desgranar el plan que se le había ocurrido mientras discutían.

—Está claro que los tres solos no vamos a poder hacer gran cosa. Dos «aficionados» y un viejo no llegaríamos muy lejos. Creo que tendré que pedir refuerzos, aunque ahora no lo veáis con buenos ojos.

—¿Y en qué consiste tu «maravilloso» plan? —preguntó Bilal.

—En primer lugar hay que deshacerse de la amenaza de *Hezbollah*. No podemos permitir que bombardeen la zona. No tenemos mucho tiempo, pero mis contactos estarán encantados de preparar un buen festival de fuegos artificiales para cuando se reúnan tus «amiguitos».

—Pero también asistirá a esa reunión Samir Mugniyah. No me gustaría que le pasara algo. Él fue el que me avisó de lo que pensaban hacer.

—Pero, ¿qué pretendes, Stefano? —contestó Rinuccio—. Bastante hiciste con salvarle el culo una vez. ¿Acaso no sabes con quién te la estás jugando? No te olvides de a qué organización pertenece. Él no dudarían en eliminarte si con ello lograra sus fines.

—En eso tiene razón… —intervino Bilal para convencerme—. Tienes que dejar atrás tus tontos prejuicios, si no, no habrá servido de nada todo lo que hemos hecho: lo de las chicas, la muerte de Katurshian y todo lo demás, por no hablar de la gente que te espera en Nápoles.

—Está bien, está bien, no puedo luchar contra los dos… Continúa, Rinuccio.

—Como iba diciendo, un buen explosivo colocado en cualquier coche será más que suficiente para ponerlos fuera de servicio. Es de sobra conocido dónde radica su feudo, en el barrio de Haret Hareik, en el sur de la capital y nos conviene que tenga una gran repercusión. Convenientemente maquillado, el atentado podría parecer obra de facciones afines a Al-Qaeda y sería más que suficiente para dejar inoperativas las fuerzas de Hezbollah durante bastante tiempo, justo el que necesitáis para preparar el «regalito» para los cabrones de Fatah Al-Islam. Esa parte del festival os corresponderá a vosotros.

—¿Nosotros? —pregunté.

—Sí. Tranquilo, no creo que sea demasiado difícil para dos tipos como vosotros, que han conseguido engañar a Katurshian y a toda su organización. Yo había pensado en algo «dramático» y casi tan llamativo como lo que vamos a hacer esta semana con los chiitas. Se trataría de volar este viejo caserón con todos los de dentro. Claro está que tendréis que ser hábiles para no acabar formando parte del festival, pero para eso tenemos un poco más de tiempo… ¿Habéis oído hablar de Houdini?

—¿Houdini? —preguntó Bilal.

—Sí, fue un famoso mago y escapista de principios del siglo pasado. Era capaz de salir de situaciones apuradas, incluso estando atado con camisa de fuerza y cientos de cadenas. No os preocupéis, hay trucos que hemos probado en cientos de ocasiones, aunque no en todas salió como se esperaba.

—A mí me parece bien. —dijo Bilal, con esa querencia innata por el riesgo que le caracterizaba.

—Eso sí, no deberíamos demorar el encuentro hasta finales de octubre, cuando estaba previsto. A lo sumo debería pasar una semana entre las dos acciones. Stefano, deberás emplearte a fondo. Saca tus dotes persuasivas y adelanta la reunión... Ahora tengo que irme, se está haciendo muy tarde y me imagino que querréis estar solos, ¿no?

Cuando despedimos a Rinuccio, me quedé mirando fijamente a Bilal. Todas mis reticencias desaparecieron cuando me sonrió. Me había decidido a confiar en él y Bilal pareció comprenderlo. Luego, seguros de pasar el resto de la noche en solitario, nos abandonamos al sexo, una actividad más placentera que la planificación de atentados *amateurs*.

Al día siguiente, aprovechando que Bilal se marchó pronto, reuní todo el valor del que fui capaz para llamar a Abassiri. Se trataba de una simple conversación telefónica, pero me sentía como

si al otro lado del auricular pudieran observar cómo me corrían por la frente los sudores fríos que preceden a la mentira. Sabía que todo lo que dijera iba a conducirle a una muerte segura, quizá también a la nuestra, y preparé un paquete de cigarrillos a mi lado pensando que, tal vez, calmaría mis nervios.

—¿Abassiri?

—¿Qué desea, señor Montorfano?

—Ha habido un cambio de planes… —dije con rotundidad.

—¿A qué se refiere?

—Nuestros servicios secretos han detectado ciertos movimientos que nos indican que grupos rivales estarían interesados en abortar nuestro «plan».

—¿Podría ser más claro?

—Miembros de *Hezbollah* planean realizar un atentado en el mismo momento de la entrega de las armas…

—¿Está seguro de lo que dice? —preguntó una vez se repuso del impacto de la noticia.

—Completamente. Es por eso que me he visto en la obligación de ponerme en contacto con ustedes. Nosotros somos los primeros interesados en que la operación culmine con éxito, por eso habrá que adelantarla.

—Pero ya le dijimos que no tenemos capacidad de maniobra suficiente para desplazarnos hasta Beirut antes de la fecha que acordamos.

—Señor Abassiri, nosotros tampoco estamos dispuestos a correr riesgos. Si no acepta, quizá otros estén más interesados en la adquisición de las armas…

Después de otro breve silencio, que yo aproveché para encenderme un cigarrillo, Abassiri volvió a ponerse al teléfono.

—Está bien, correremos ese riesgo… ¿Cuándo tendría lugar la «reunión»?

—¿Qué le parece el quince de octubre, a las seis de la tarde?

—Estaremos allí.

—No les será complicado encontrar el sitio, se llama El Albergue de Nuestra Señora. Está al lado del colegio católico de Yarzeh… ¿Cuántas personas vendrán?

—Seremos aproximadamente unos diez. Llegaremos con un camión para cargarlo todo… ¡Ah! Y no se olvide de «eso».

—Tranquilo, ya sabemos lo importante que es para ustedes. Por cierto, su precio es de diez millones de dólares. El resto del armamento es regalo de la casa.

Cuando colgué me sentí más aliviado. Era un perfecto

embustero, pero ahora se trataba de que todo fuera saliendo como estaba planeado y, con un poco de ayuda, no pasaría ni un mes antes de poder regresar a casa sano y salvo.

Capítulo 35

Ya había pasado casi una semana desde que tuvimos aquella conversación en la que decidimos el destino de nuestros enemigos y también el nuestro propio. Estuve dándole vueltas al asunto y, por fin, una bombilla se encendió en mi cabeza. Fuera lo que fuera lo que sucediera, el maletín de la bomba no debía convertirse en el oscuro objeto del deseo de nadie y decidí ponerlo a buen recaudo antes de que alguien tuviera la tentación de utilizarlo o que, por error, lo hiciéramos estallar nosotros mismos.

Era el primer domingo de octubre y no pude resistir la tentación de recurrir de nuevo a la hermana Madeleine para pedirle un último favor. Acudí al servicio religioso, pero esta vez con el maletín a mi lado. Cuando terminó la misa, sor Madeleine no tardó en percatarse de mi presencia y no dudó en acercarse.

—Por lo que veo, todavía no nos ha abandonado, de lo cual me alegro.

—Ya le dije que quedaban cosas por solucionar antes de regresar a Italia, pero he venido para pedirle un nuevo favor.

—Ya sabe que si está en mi mano… Por cierto, quiero que sepa que las chicas han regresado con sus familias. Antes de marcharse, me pidieron que le diera las gracias.

—En teoría, lo que quiero pedirle es menos comprometido, aunque más peligroso. Quiero que me guarde este maletín —le dije mientras señalaba el objeto que estaba a mi lado.

—¿Solo eso?

—No es cualquier cosa. ¿Recuerda aquella conversación sobre Isaías?

—¿No será lo que me imagino?

—Sé que tiene ciertos riesgos pero, a estas alturas, no puedo fiarme de nadie. Si esto cae en manos inadecuadas, podría provocar una catástrofe. Este sería el último sitio donde alguien lo buscaría. Solo usted y yo conoceríamos su paradero…

—No sé, tendría que pensarlo. Lo que me pide puede poner en peligro a todo el colegio.

—No se lo pediría si no supiera que ustedes ya se encuentran en riesgo. Mientras esto esté en el albergue, la vida de todos corre peligro. Créame, es la única solución.

—¿Y dónde lo esconderé?... Imagínese por un momento que lo descubren las hermanas o tal vez algún alumno.

—He pensado en ese contratiempo y el sitio más seguro de todos es la iglesia. Lo esconderíamos en el órgano.

—¿El órgano? —preguntó extrañada la hermana Madeleine.

—Sí, hay una portezuela en el lateral de la caja de tubos, justo debajo del tablón de conducción. Es un escondrijo ideal. Nadie que no esté familiarizado con el instrumento podría localizarlo.

—Está bien… Confié en usted una vez y no tengo motivos para dejar de hacerlo. Rezaré para que todo salga bien.

—Muchas gracias, hermana. En cuanto pase el peligro volveré para sacarlo. Le prometo que me lo llevaré lejos, para entregarlo a las fuerzas internacionales. No quiero que suponga un peligro para nadie.

—Que Dios le ayude y tenga mucho cuidado.

—No creo que Dios me haya ayudado hasta ahora para abandonarme cuando estoy llegando al final. Tal vez me esté devolviendo el favor después de haber pasado tantos años sirviéndole en aquel pequeño puesto de recuerdos de la Basílica de Asís.

Mientras sor Madeleine montaba guardia para que nadie pudiera averiguar nuestras maquinaciones, yo escondí el artefacto en el corazón de aquel hermoso instrumento y luego nos despedimos, sabedores de que éramos custodios de un peligroso secreto.

Sería ya cerca de mediodía cuando llamaron a la puerta con insistencia. Imaginé que sería Bilal trayendo noticias que, por esperadas, no dejaban de ser sorprendentes.

—Ya está. ¡Lo han hecho!

—¿Qué sucede?

—¿No has visto las noticias? No paran de dar partes toda la mañana. Yo mismo he podido escuchar la explosión. No ha quedado nada de la guarida de los chiitas.

—¿Qué? No me digas que ya está. ¿Se sabe quién ha muerto?

—Todo es muy confuso. Ha muerto mucha gente, pero no han dado más datos. No creo que tu amigo haya sobrevivido, el apartamento ha saltado por los aires, al igual que todo el bloque de viviendas. Antes de venir, comentaban que habría que derribar todo el edificio… Venga, vamos a poner la televisión.

Permanecimos atónitos viendo las imágenes que se sucedían mostrando los desastres del atentado. Yo me sentía mal, como si hubiera traicionado mis más íntimas convicciones. Habían pasado demasiadas cosas, pero no olvidaba cómo fui tratado por Samir en mis peores momentos y no podía reprimir mis sentimientos de angustia. Bilal, en cambio, parecía estar encantado con aquello. A pesar de ser musulmán, no sentía ninguna piedad por los grupos que se encargaban de desestabilizar su país. Era demasiado liberal

como para aceptar los dictados de grupos fanatizados que pretendían regresar a un estado medieval bajo el imperio de la religión.

Estábamos tan imbuidos por la noticia que, cuando sonó el teléfono, casi se nos sale el corazón por la boca. Era Rinuccio, que quería contrastar con nosotros lo que ya se había convertido en la noticia del día.

—Qué, ¿ya os habéis enterado?

—Sí, ahora mismo estábamos viendo las noticias. Ha sido terrible.

—¡Ha sido fantástico! Y eso que hemos tenido pocos días para prepararlo.

—Pero, ¿qué consecuencias traerá todo esto? —le pregunté.

—¿Esto? Se habrán quedado tan impactados que para cuando reaccionen ya se habrá pasado todo. Son más bravucones que efectivos… Ahora tenemos que ocuparnos de la siguiente fase del plan.

—Yo…

—¿Qué te pasa? ¿No me pediste que te ayudara? Ahora no puedes echarte atrás. Mira, Stefano, cuando la vida se te presenta de esta manera, no puedes tener remilgos. Es la ley del más fuerte. O matas, o te matan.

—Está bien, está bien. Será mejor que vengas cuanto antes para empezar a diseñar el nuevo plan. También estará Bilal, que ha venido hace un rato para darme la noticia.

—Muy bien, os necesitaré a los dos para lo que tengo pensado.

Bilal daba brincos de alegría, nervioso por la acción que se avecinaba y esta vez seríamos nosotros quienes nos encargáramos de la «fiesta». En aquel momento me percaté de que mis temores eran infundados y Bilal no era esa especie de agente secreto que sospechaba. Era más bien una mezcla de joven inconsciente y aventurero sin escrúpulos, dispuesto a todo lo que significara un poco de acción en su vida. Por supuesto tendría sus motivos para hacer aquello, aunque no lo dejara trascender como me sucedía a mí.

Al cabo de una hora, nos reunimos con Rinuccio, con una copa de whisky en la mano, para dilucidar los pasos que daríamos a partir de entonces.

—Vamos a ver, Stefano, ¿cuándo has quedado con esos capullos de *Fatah*?

—El lunes que viene, sobre las seis de la tarde…

—Muy bien, tenemos casi una semana por delante para montar

el operativo.

—¿En qué consistirá? —preguntó Bilal.

—Lo vamos a hacer a lo grande, no tiene que quedar piedra sobre piedra. Para ello, minaremos toda la estructura del edificio haciendo que estalle de una sola explosión controlada.

—¿Y nosotros? —pregunté.

—Ahí viene lo más cojonudo de la historia y también lo más peligroso. Si no se hace correctamente y se descubre el pastel, esos tipos os meterán una bala entre ceja y ceja. Tenéis que estudiar muy bien todos los pasos para que os permitan salir ilesos, a no ser que queráis inmolaros al estilo yihadista.

—¿Y qué has pensado? —continué.

—No es muy original, pero estas cosas ya las ha probado el ejército israelí… Se trata de crear una cortina de humo a base de fósforo blanco.

—¿Fósforo blanco?

—Sí. La última vez que lo utilizaron fue para entrar en Gaza. Es un producto muy volátil, pero crea una densa y espesa humareda.

—¿Es seguro? —insistí.

—¡Mira que eres «tocapelotas», Stefano! —me contestó Bilal—. Déjalo continuar…

—Es un producto prohibido y catalogado dentro de la guerra química. Después de usarlo con los palestinos se armó un gran revuelo y dejaron de utilizarlo. Afortunadamente tenemos una buena provisión aquí en Beirut, justo la cantidad que sacaron para eludir su destrucción, cuando se denunció la utilización indiscriminada entre la población civil. Por eso os he sugerido la idea.

—¿Y cómo lo haremos funcionar?

—Es muy sencillo, al entrar en contacto con el oxígeno se inflama, formando una densa cortina de humo blanco. Tenéis que procurar cubriros bien, sobre todo la cara y los ojos, saliendo lo más rápidamente que podáis de la casa y detonando el explosivo… Hay que idear algún sistema para activar el fósforo.

—Parece sencillo —dije.

—No subestimes a esos locos. Son de gatillo fácil y cuando empiecen a ver el humo, pueden comenzar a disparar a lo primero que se mueva.

Mientras cenábamos, fuimos concretando, sobre papeles, pequeños esquemas y datos necesarios para el plan. Yo desconecté cuando la cosa fue girando hacia lo técnico. Reconozco que hablar de instalaciones, explosivos y cantidades era algo que se me

escapaba, aunque de ello dependiera mi vida. Para cuando terminamos, Bilal estaba puestísimo en el tema y yo con unas ganas terribles de que se marcharan. Los mandé a Beirut para que me dejaran descansar. Sabía que, durante la semana, aquello sería un trasiego y tendría tiempo más que suficiente para enterarme de los detalles.

Capítulo 36

No me equivoqué. Al día siguiente volvieron cargados con un montón de cajas con explosivos que llevaron al garaje sin consultarme. Aquella operación se fue repitiendo durante toda la semana. Había tanto material, que hubiéramos podido volar la montaña entera.

Ahora llegaba el turno de la representación. Los de *Fatah* eran tipos desconfiados y debíamos hacerles comprender que, a pesar de no contar aparentemente con ningún grupo armado de apoyo, controlábamos la situación y que, si no respetaban el acuerdo, no saldrían vivos de allí. Repetimos la pantomima hasta estar seguros de cuando activar los resortes para que el fósforo hiciera su efecto y nosotros pudiéramos salir antes de detonar los explosivos.

Casi sin darse cuenta, llegó el gran día y yo me levanté como si aquello no fuera conmigo. La noche anterior se había quedado Bilal y preparé una especie de desayuno fuerte que nos sirviera al mismo tiempo de comida.

—¿Quieres que repasemos por última vez lo que vamos a hacer? —dijo Bilal.

—¿Para qué? Estoy convencido de que no sucederá nada como lo tenemos planeado...

Entonces, Bilal se puso a fantasear sobre lo que haríamos después de que todo pasara.

—Después de esta noche, por fin serás libre. ¿Regresarás a Nápoles?

—No quiero hacerme ilusiones, pero supongo que eso es lo que haré.

—¿No te gustaría quedarte?

—¿Contigo? —pregunté.

—Ya sé que no estás enamorado de mí; hay cosas que se notan, aunque durante este tiempo hemos estado muy a gusto, ¿no crees?

—Ahora no quiero devanarme los sesos pensando en esto, quiero centrarme en lo de esta tarde. Ya tendremos esta conversación cuando todo haya pasado.

—Está bien, tienes razón. Creo que me he precipitado, pero de algo había que hablar, ¿no? Por cierto, ¿y el maletín?

—¿Qué maletín? —pregunté haciéndome el distraído.

—El de la bomba nuclear.

—Ah, eso… Está a buen recaudo.

—¿Dónde?

—Es una cosa que no te voy a revelar; tampoco a Rinuccio.

—¿Es que no confías en mí?

—No quiero que te lo tomes a mal pero, desde que he llegado aquí, he sufrido muchas sorpresas. No me extrañaría que hubiera más gente interesada en hacerse con ese ingenio.

—¿No pensarás que me paga algún grupo extremista?

—No lo creo, pero es mejor que me guarde para mí el lugar donde lo tengo escondido.

—Como quieras. En realidad no me importa.

—Contéstame a una pregunta, Bilal. ¿Por qué me estás ayudando? ¿Qué ganas con esto?

—Quizá no me creas, pero siempre soñé con vivir una aventura de este tipo. Pensarás que soy un inconsciente, pero es la verdad y tú me has permitido hacerlo realidad.

Estábamos relajados manteniendo aquella conversación cuando sonó mi teléfono. Ya había oscurecido y aquello nos sobresaltó. Miré la hora y faltaban casi treinta minutos para la hora prevista; era mi «invitado».

—¿Señor Montorfano? En cinco minutos estaremos allí.

—Perfecto, abriremos la verja para que pueda entrar en la casa.

Bilal intentó decirme algo en ese momento, pero yo no le dejé. Simplemente le apreté la mano para que supiera que no me era indiferente y que yo también sentía algo por él, aunque no pudiera llamarlo amor.

—¿Llevas la mascarilla en el bolsillo? —le pregunté.

—Sí. Estoy preparado.

En unos minutos, el pequeño convoy se presentó ante la puerta del albergue y una sensación de vacío se instaló en mi estómago. Cuando Bilal les hizo pasar al despacho, me limité a invitarles a tomar asiento, pero algunos de sus hombres permanecieron de pie, quizá porque pensaban que aquella posición los hacía más vulnerables.

—Es un honor recibirle *sayyid* Abassiri… —dije para romper el hielo.

El líder de *Fatah* no estaba demasiado por la labor de iniciar una conversación amigable, se le notaba incómodo y con ganas de recoger lo que había venido a comprar. Era joven y bien parecido, muy lejos del gañán desarrapado con pañuelo palestino que había imaginado. Intenté ofrecerles un té, en un inútil esfuerzo por retrasar el momento, pero Abassiri me interrumpió sin contemplaciones.

—Señor Montorfano, no es necesario andarse con rodeos. Se hace tarde y nos hemos expuesto, a petición suya, a ser el blanco de

organizaciones que nos pisan los talones. A estas horas, quizá hayan descubierto nuestros planes y después de lo que les sucedió a los de *Hezbollah*, tememos estar en el punto de mira.

—Muy bien, como gusten, pero antes de entregarles la mercancía, necesito ver si ustedes han cumplido con su parte del trato.

Abassiri chascó sus dedos y uno de sus ayudantes puso encima de la mesa un saco. Era algo cutre para lo que había imaginado, pero no hice ningún mohín de asco, simplemente me asomé para comprobar que estaban los fajos de billetes suficientes.

—¿Los quiere contar?

—No —les dije—. Estoy convencido de que no habrán puesto recortes de periódico.

Aquel comentario arrancó una sonrisa al hierático líder de *Fatah* y a mí me dio la seguridad para continuar con la pantomima.

—Si me disculpan… —dije—. Voy a avisar a mis hombres.

Abassiri permanecía sentado mientras sus esbirros continuaban de pie repartidos por la sala. Bilal aguardaba en la puerta del despacho con su arma lista, esperando que comenzara el espectáculo. Apreté con insistencia el botón del interfono que servía para avisar al servicio y que, oportunamente trucado, iniciaba el mecanismo. Al mismo tiempo, varios bidones repletos de fósforo quedaron expuestos al aire entre los conductos de la calefacción que comunicaban todas las estancias del albergue. No habíamos probado sus efectos, pero fue tal como describió Rinuccio. Sin darnos cuenta, una inmensa humareda se apoderó del despacho y, cuando se hizo evidente, ya no podía verse nada, comenzando las primeras toses y la irritación de ojos.

Rápidamente, Bilal y yo nos pusimos las máscaras. Fue una tentación, pero no pude evitar echar mano al saco del dinero. Tiré de él y cerramos la puerta del despacho con un pestillo de seguridad.

Al verse acorralados, los hombres de Abassiri comenzaron a disparar hacia la puerta, reventándola en una lluvia de astillas. Salieron deprisa para intentar respirar algo de aire puro, pero se encontraron con la puerta de la calle cerrada a cal y canto y un humo que no se disipaba. Algunos comenzaron a gritar al sentir la quemazón en los ojos y sobre la piel. Eso solo hizo que se enfurecieran más, descerrajando sus cargadores sobre la salida. Para entonces, ya habíamos puesto en marcha la cuenta atrás. Intentamos ponernos a salvo tras unos árboles, para que nos sirvieran de parapeto cuando todo estallara al cumplirse el minuto

que estaba programado.

Desde afuera, oíamos los gritos desesperados de los hombres de Abassiri y los tiros lanzados sin mucho tino, en medio de fogonazos que iluminaban el resquicio de la puerta.

Habían transcurrido más de sesenta segundos y aquello no había reventado. Quizá algo había salido mal. El efecto del fósforo estaba a punto de disiparse y la maldita puerta, sobre la que seguían descargando disparos, se abriría más pronto que tarde.

—Voy a ver —dijo Bilal.

—¡No te muevas! Le grité.

—Tranquilo, dejamos preparado un sistema manual camuflado entre las macetas de la entrada, por si esto pasaba.

No conseguí retenerlo. Bilal corrió hacia las macetas y en aquel momento se abrieron las puertas con los últimos impactos. Salió uno de los hombres de Abassiri y comenzó a disparar a su alrededor, pensando que estaría rodeado de enemigos.

Lo último que llegué a ver fue cómo reventaba el macetón y Bilal caía abatido por un certero disparo que le impactó en algún lugar del pecho. Tal vez le dio tiempo a apretar el botón o fue el mecanismo programado el que permitió que todo estallara con gran estruendo. Cientos de explosiones violentas se desencadenaron alrededor de la casa y una de ellas alcanzó el arsenal que se acumulaba en el garaje, multiplicando el efecto. Tuve que apartar la vista de aquel infierno y colocarme en una posición que impidiera que me alcanzaran los restos de metralla despedidos en mitad del fragor.

Esperé paciente tendido sobre la hierba, boca abajo y con la protección del bosque que hacía de escudo. Solo levanté la cabeza cuando dejó de oírse el silbido del último proyectil. Mi corazón estaba tan acelerado que pude escuchar su bombeo cuando se hizo el silencio. Ya no quedaba nada del edificio, como si se hubiera volatilizado por completo. Miles de cascotes se acumulaban apilados sobre el suelo. Entre las llamas, se consumían los cadáveres que habían resistido la fuerza del impacto. Una pestilencia se adueñó del lugar, una mezcla de productos químicos, plástico quemado y el nauseabundo olor de la carne carbonizada.

Me acerqué atónito, la destrucción era total. Me quedé como un tonto mirando aquella escena dantesca. Bilal estaba debajo de aquella improvisada tumba y ni siquiera pude llorar por él. Había dejado tanta gente por el camino, que se me había encallecido el corazón.

Debía ponerme a salvo. Cuando me adentré en el bosque, juré

que no volvería a mirar atrás, ni siquiera cuando volvieron a oírse réplicas de explosiones. Al alcanzar la explanada del colegio, cientos de niños lo abandonaban; las monjas trataban de ponerlos a salvo. Evocaron pasados conflictos, pero la guerra, no por esperada, resultaba menos inquietante. La hermana Madeleine intentaba organizar la evacuación, cuando se percató de mi presencia. Corrió en mi ayuda y a pesar de mi aspecto, se cercioró de que no presentaba ninguna herida.

—¡Alabado sea el Señor! Parece que se encuentra bien. ¿Qué ha sucedido?

—Hemos destruido el albergue, con toda la plana mayor de *Fatah* dentro…

—Afortunadamente ha salido ileso —recalcó la hermana Madeleine

—Pero Bilal ha muerto…

—¿Su amigo? Lo siento mucho.

—Ahora ya pueden regresar tranquilos al colegio. El peligro ha pasado.

—¿Qué va a hacer ahora? —me preguntó.

—Recogeré el maletín y desapareceré de aquí. Mañana, después de hacer unas gestiones, me marcharé a Naqoura. Quiero dejar ese artefacto allí antes de regresar a Italia.

Sor Madeleine me acompañó hasta la iglesia para sacar el maletín de su escondrijo. Luego, mientras intentaba imponer calma entre los estudiantes, le pidió a sor Agnes que me llevara a Beirut. La directora se despidió de mí antes de subir al vehículo; sabía que ya nunca volveríamos a vernos.

—Stefano, supongo que ha llegado el momento de decirnos adiós. Rezaré para que no tenga ningún contratiempo en su regreso a Italia.

—Adiós, hermana Madeleine. Pero, antes de marcharme, me gustaría dejarle un donativo por las molestias que les hemos ocasionado.

—No se preocupe. Guárdelo, tal vez le haga falta para regresar a su país.

—Espero no tener que necesitarlo —le dije mientras le entregaba un fajo de dinero.

—Pero si esto es… —susurró mientras lo miraba incrédula.

—Shhh… Estoy convencido de que hará buen uso de él.

Mientras salíamos de Yarzeh, pude observar a la hermana Madeleine mirándome sin reproche alguno en sus ojos. En aquel momento comprendí que, a pesar de lo que había hecho, todo

aquello había valido la pena.

Capítulo 37

Antes de poner rumbo a Naqoura, me permití llamar al general Brunetta para advertirle de mi llegada. Me costó localizarlo pero, después de una larga hora intentando resumirle lo que había sucedido, se mostró aturdido y angustiado, al saber qué clase de «regalo» le llevaba. Era una situación peculiar y a pesar de que la base se hallaba blindada con todo tipo de medidas de seguridad después de conocerse la muerte del *sheikh*, no dudó ni un momento en ofrecerme una escolta para que me acompañara de regreso a Naqoura. Intenté convencerle de que la mejor manera de pasar desapercibido era hacer el trayecto de incógnito y después de mucho rogarle, finalmente Brunetta aceptó a regañadientes.

Al abandonar Beirut, un empleado del hotel me entregó un sobre. Me pareció extraño recibir correspondencia, ya que era prácticamente imposible que nadie supiera dónde me hallaba. Rasgué el sobre nervioso y leí el papel que contenía una escueta carta; era de Rinuccio. No sabía cómo me habría localizado aquel viejo loco, pero no me sorprendió.

Querido Stefano. Veo que has tenido más suerte que Bilal y, sinceramente, me alegro. Posiblemente, cuando leas esto, habrás emprendido el camino de vuelta a casa cargado con el maletín. Espero que hagas lo correcto y lo dejes en buenas manos.

Seguramente no volvamos a vernos, a no ser que te metas en más líos, así que ha llegado la hora de la despedida. Ten cuidado cuando regreses a Nápoles. No te olvidaré.

Tu amigo, Rinuccio.

Aquel maldito hijo de puta había conseguido emocionarme. Era lo único que sentía dejar, pero debía emprender mi camino.

Me sentí feliz a cada kilómetro que me acercaba a Naqoura, incluso el paisaje me pareció más hermoso, solo porque lo podía disfrutar desde la libertad y cuando enfilé el camino de Green Hill, se agolparon en mi mente miles de recuerdos.

Una vez en la puerta, el general, al ver el maletín, me hizo pasar a su despacho. Allí, reunida la plana mayor de la base en torno a aquel objeto, procedieron a abrirlo para comprobar que sus ojos no

les estaban engañando. Yo estaba agotado, pero tuve que rendirme a dar la enésima explicación sobre cómo había llegado a mis manos. Los servicios secretos de varios países confirmaban mi historia y aquello acabó por hacerles suspirar de alivio cuando comprobaron que se había desvanecido una amenaza más en el aciago tablero bélico de la zona.

—Gracias amigo Montorf… Baldi. Discúlpeme, pero no me habitúo a su verdadero nombre. Nuevamente nos ha salvado de una situación comprometida.

—Siempre tan adulador, general… Ya le dije en una ocasión que todo lo que he hecho ha sido solamente para salvar mi pellejo pero, si quiere agradecérmelo de alguna manera, hay algo que tal vez pueda hacer por mí.

—Dígame, ¿qué es ello?

—Necesitaría que aligeraran los trámites para conseguir mi verdadero pasaporte. Hace tanto tiempo que circulo con una identidad que no me pertenece, que dudo a veces de cómo me llamo en realidad. Me hará falta si quiero retomar mi vida en Nápoles.

—Cuente con ello, Baldi. Hoy mismo llamaré a la embajada y lo tramitaremos por la vía de urgencia. Ahora vaya a descansar, creo que le siguen guardando la misma habitación.

Durante mi estancia forzosa en la ciudadela, los días se empeñaron en pasar lo más lentamente posible para mi desesperación, hasta que, un buen día, el teniente Maro se acercó para comunicarme que había llegado mi pasaporte. Solo recordaba un día tan feliz: mi debut en el hotel *Palma* de Capri. No podía creerlo, pero con aquel pasaporte en mi mano recuperaba algo más que mi identidad; llegaba el día de mi regreso después de un sinfín de penurias.

Capítulo 38

Aquella misma mañana obtuve el beneplácito de las autoridades israelíes para poder cruzar la frontera con un visado en regla. He de reconocer que el buen hacer del general me facilitó las cosas. Un destacamento militar me dejó en el mismo puesto fronterizo. Al otro lado, en el cercano *kibutz* de Rosh Ha Nikra, pude conseguir que alguien me llevara hasta Haifa, donde tomé un autobús de línea para desplazarme a Tel-Aviv, la única urbe con vuelo directo hasta Nápoles.

Después de una agotadora jornada, llegué a última hora de la tarde a la inmensa y moderna estación de autobuses de Tel-Aviv, la más grande del mundo, que todavía bullía de actividad. Tomé un *Monit Sherut*, el típico taxi compartido, en la calle *Tzemach David* y en solo diez minutos llegué al hotel Rey David, en pleno corazón de la antigua Jaffa, a escasos metros de la playa.

Mi habitación tenía unas excelentes vistas sobre el mar, que intuí, al ser de noche, por la fuerte brisa que me heló la piel mientras fumaba un cigarrillo en el balcón y en aquel momento me asaltaron las dudas. Desde que salí de Nápoles, fui dejando a mi paso varios hombres que indudablemente marcarían mi vida para siempre: Niko, la pasión desatada, y Bilal, el cariño, pero todavía seguía apostando por Mario, mi primer amor. Sentía que ya no tenía nada que ver con él, pero también recordaba los momentos felices que pasamos juntos y deseé borrar mi reciente pasado para regresar al momento en que me vi obligado a abandonarlo.

Tuve el teléfono en la mano varias veces, incluso llegué a apretar los primeros dígitos, pero no sabía que palabras diría cuando descolgara: «Cariño, ya estoy aquí», o «Mario, por fin puedo hablar contigo»… Me parecía ridículo. No podía llamar como si nada hubiera pasado y al mismo tiempo tenía una necesidad imperiosa de hacerlo, así que pulsé las teclas sin pensar. Si todavía me quería, sabría perdonar cualquier cosa que le dijera, así que esperé unos segundos y cuando descolgó, sentí que mi corazón daba un latigazo como si fuera a romperse.

—¿Diga?

—Mario… —dije casi sin que me saliera la voz.

—¿Diga? ¿Quién es?... ¿Oiga?

—Mario. Soy yo, Stefano.

—¿Stefano? —dijo, para quedarse sin habla durante unos segundos—. ¡Dios mío! —continuó—. ¿Dónde estás? ¿Qué te ha sucedido?

—Estoy en Tel-Aviv.

—¿Tel-Aviv? ¿Qué haces allí?

—Yo… Necesitaría mucho tiempo para poder explicarte todo lo que he tenido que pasar… Mataron a Umberto y hubieran hecho lo mismo con vosotros… —dije balbuceando palabras inconexas.

—¿Cuándo vendrás?

—Antes tengo que hacer algo.

—¿Qué?... ¿Por qué no vienes enseguida? Te he echado mucho de menos.

—No puedo. Nos veremos cuando resuelva un problema, te lo prometo… Ahora tengo que colgarte.

—¡Stefano! No…

No pude continuar aquella conversación. Durante la misma, pude darme cuenta de mis verdaderos sentimientos. Era como si se hubiera esfumado la magia. Sentí que regresar con él era regresar a una vida que ya no era la mía. No quise revelarle a Mario mis verdaderas intenciones, pero tenía que solucionar el tema de Esposito. Durante mucho tiempo acaricié la idea de vengarme, de hacerle pagar por todos mis sufrimientos y ahora, libre por fin de cualquier chantaje, estaba en mi mano poder hacerlo. Tenía que librarme de aquel martirio.

Al día siguiente, mientras me arreglaba para ir al aeropuerto, me miré largamente en el espejo para ver si me reconocía, pero no vi por ningún lado al Stefano de Torgiano. Solo conseguí ver a Luca Montorfano que, poco a poco, iba recuperando el aspecto previo que tenía cuando llegó a Líbano. Mi pelo había crecido y ya no lucía ni rastro de barba.

Despegamos con puntualidad y en aquel momento sentí una emoción inexplicable. Regresar a mi hogar era algo más que volver de un viaje, era haber superado una prueba de vida. Me separaban dos mil kilómetros y apenas dos horas y media de lo que había sido mi vida hasta entonces. Estaba hecho un manojo de nervios y tuve que pedir un whisky para calmarme. Intenté dormir un poco para que aquellas horas no me resultaran pesadas, pero mi desazón iba en aumento: una mezcla de ilusión e intranquilidad a partes iguales. Afortunadamente no era un trayecto largo y a lo que vine a relajarme, ya se anunciaba la llegada al aeropuerto *Capodichino* de Nápoles.

Cuando me vi sobre suelo italiano, no sabía si besarlo o dar saltos de alegría, pero debía guardar mi euforia para cuando acabara definitivamente con el último escollo de mi camino. Por el momento, no podía regresar al que había sido mi hogar, así que,

cuando tomé un taxi en el aeropuerto, le di el nombre del primer hotel que me sonaba. No quería ni debía tentar a la suerte con el *Terminus*.

—Al *Romeo*, por favor…

El *Romeo* era un hotel que estaba en la misma explanada donde se tomaban los transbordadores que cada jueves cogía para ir a Capri. Me instalé en una habitación del último piso, desde donde podía contemplar el mar, pero no pude entretenerme con los recuerdos, debía buscar la manera de dar con Esposito. A un tipo tan escurridizo, solo podía encontrarlo si él quería.

Tenía que pensar rápido, como lo hubiera hecho el pobre Bilal. Habría alguna manera de ponerse en contacto con él o de ponerle un cebo para que se interesara por mí. Después de darle varias vueltas, encontré la solución. Genaro, el primo de Mario, era un tipo que se movía como pez en el agua por los bajos fondos de Spaccanapoli, pero no sabía si podía confiar en él. Sospechaba que había sido el soplón que filtró mi relación con Mario y sin duda era el tipo indicado, pero temía que se fuera de la lengua con su primo, delatando mi presencia en Nápoles. A pesar de ello, tenía que arriesgarme.

Esperé todo el día a que se hiciera tarde para que la oscuridad jugara a mi favor y me acerqué hasta la *Osteria Pisana,* el restaurante de sus padres. Aquella noche había una tenue niebla que desdibujaba las siluetas de los pocos que se aventuraban por la zona, mojando los adoquines y dándoles un patina brillante cuando la escasa luz se reflejaba en ellos. Aguardé en una esquina frente a la Osteria. El frío de la noche hacía incómoda la espera y fueron cayendo, uno tras otro, los cigarrillos de mi último paquete. Estuve a punto de marcharme para probar al día siguiente, pero un último golpe de fortuna me permitió salirme con la mía. Genaro salió a fumar y su actitud despreocupada me sirvió para acercarme sin que me viera.

—Genaro… —le susurré tras la oreja cuando me situé a su espalda.

Él se giró sobresaltado. Hacer algo así, en aquel sitio, no era presagio da nada bueno, pero mudó su cara por otra de sorpresa cuando me reconoció.

—Stefano… ¡Estás aquí!

—Sí, he vuelto.

—Mario nos dijo que habías desaparecido, incluso temimos que hubieras muerto…

—Pues ya ves, no soy ningún fantasma.

—¿Sabe mi primo que estás aquí? Es posible que ahora esté trabajando en el hotel. ¿Quieres que te acerque?

—No. En realidad he venido porque necesito algo de ti.

—¿De mí?

—Sí. Quiero que le des un mensaje a Esposito.

—¿Luciano Esposito? —preguntó sorprendido.

—Quiero que le digas que le espero pasado mañana, a las doce del mediodía, en la iglesia de San Gregorio Armeno.

—Yo…

—Una cosa más. ¿Podrías decirme dónde conseguir un arma?

—¿No estarás pensando en cargarte a Esposito?

—No lo sé, es por simple precaución.

—En ese caso tendrás que ir hasta Secondigliano, aunque te lo advierto, es un barrio muy peligroso y…

—Tranquilo, acabo de llegar de Beirut. Me las puedo arreglar con esa clase de gente.

—Habla con Pipo Palla. Tiene una zapatería en el 78 de *Via Duca degli Abruzzi*. Es un viejo huraño, pero te puede conseguir lo que quieres. No es un tipo de muchas palabras, odia la cháchara y a los bocazas. Solo tienes que decir que vienes de mi parte y te atenderá.

—Gracias…

Regresé a la oscuridad de los callejones que, a pesar de lo sombrío, ya no me causaban el mismo respeto que la primera vez. Tomé un taxi y regresé a mi hotel; necesitaba descansar.

No sabía muy bien lo que iba a hacer. Quería matar a Esposito, pero su desaparición solo supondría que otro ocuparía su lugar en aquel mundo. Era una cuestión personal, aunque mi afán de venganza se había matizado con el tiempo. En todo caso se lo debía a Umberto, cuya sangre todavía estaba clamando desde las entrañas de Nápoles.

Cuando se hizo de día, no esperé demasiado para desplazarme hasta aquel barrio, que tenía la fama de ser el más violento del mundo. Situado más allá del aeropuerto, Secondigliano era un suburbio relativamente moderno, una especie de barrio dormitorio. La vida allí era aparentemente tranquila. En sus calles se podían ver grandes balcones con ropa tendida y en las esquinas altares que satisfacían su fe casi idolátrica.

El taxi me dejó justo en la misma esquina de la calle y como alma que lleva el diablo, hizo un giro para volver por donde había venido. Encendí un cigarrillo y me puse a andar con paso lento hasta llegar a una vieja zapatería. Allí, entre estanterías repletas de

pares sueltos, estaba aquel viejo encorvado sobre una mesa, donde colocaba unas tapas en las suelas de un zapato de mujer.

—¿Es usted Pipo Palla? —le pregunté.

—Sí. Si me trae algún zapato para reparar, le advierto que tengo mucho trabajo y no sé cuándo podré terminarlo.

—No he venido a eso.

—Usted no es de aquí, ¿verdad? —me dijo mirándome por encima de las gafas.

—Vengo de parte de Genaro, el de la Osteria Pisana.

—¿Qué quiere exactamente?

—Necesito algo de lo que usted vende.

No dijo nada, sin duda no era el primero que acudía en busca de armas. Era imposible adivinar cómo un hombre de sus años había podido meterse en aquel negocio pero, en realidad, no me importaban sus motivos.

Pipo se levantó y me indicó con un movimiento de su mano que le siguiera a la trastienda. Pasamos por una especie de pasillo hasta un almacén donde guardaba cajas de zapatos apiladas que, por el polvo que acumulaban, debían ser de antes de la guerra. Al fondo se podía oír a su mujer trastear en la cocina donde, posiblemente, estaría preparando la comida. Revolvió entre las cajas y sacó unos bultos de cuero que desenrolló delante de mí.

—¿De qué tipo la quiere?

Aquello parecía un supermercado del crimen, y elegí al tuntún la que me pareció más bonita y manejable; no estaba dispuesto a regatear ni a preguntar por sus características.

—Esta —le dije.

—Una *Beretta 92*… Pura tecnología italiana —me dijo—. ¿Cuántos cargadores?

—Creo que solo me voy a llevar uno.

—¿Tendrá bastante con quince disparos?

—¿Disculpe?

—Son las balas que tiene cada cargador. Será mejor que se lleve un par, nunca se sabe.

—Tiene razón, me llevaré dos.

No sabía si tendría que utilizarlas, pero me sobraban veintinueve balas. Saqué mi billetera para pagar y esperé a que el viejo me dijera el precio.

—Son mil quinientos...

Deposité el dinero encima de la mugrienta mesa que le servía de mostrador y el señor Palla me envolvió la pistola y los cargadores en un trozo de papel de periódico que colocó dentro de una bolsa

de plástico. No hubo nada más, ni una pregunta, solo un educado saludo cuando salí de la tienda, como si acabara de arreglar unos zapatos.

Tomé nuevamente un taxi, que me dejó en la puerta del *Romeo* y entonces sentí un alivio momentáneo. Era la penúltima prueba hasta completar mi venganza. Estaba seguro de que Genaro habría dado puntualmente el recado a Esposito y que, al día siguiente, en San Gregorio Armeno y a plena luz del día, le daría su merecido a ese malnacido.

Capítulo 39

Madrugué. No podía estar ni un minuto más en la cama, tenía que acudir a mi cita. Intenté colocar la *Beretta* en algún lugar discreto y después de desayunar inicié una caminata hasta el corazón de la ciudad. A cada paso me fui convenciendo de que lo que iba a hacer era lo mejor.

Cuando llegué a San Gregorio serían aproximadamente las once y cuarto de la mañana. No sé cómo coño se las apañó, pero el escurridizo de Esposito apareció sin ser visto en las mismas escalinatas del convento. Sabía cómo camuflarse entre la gente y dejarse ver en el momento preciso. Tenía la espalda apoyada sobre la pared, mientras fumaba un cigarrillo. Me armé de valor y subí la escalinata hasta su altura. Entonces me recibió con una amplia sonrisa que me desconcertó.

—Hola Stefano… ¿Has venido para ajustar cuentas?

Esposito se dio cuenta de la manera en que tenía cogida la chaqueta y entendió que guardaba algo en ella que no era un regalo precisamente. Me miró a los ojos y me dijo algo que me sorprendió.

—Antes de matarme, me gustaría que habláramos. Quizá cambies de idea.

No dije nada, pensé que todos los condenados tenían derecho a una última palabra antes de morir y no me importó esperar unos minutos más. Subimos los últimos escalones del convento y le seguí hasta el interior del claustro. Esposito habló con una de las religiosas y preguntó si podíamos acceder al coro para admirar la riqueza ornamental de la iglesia. La monja nos acompañó hasta allí y nos dejó a solas.

—No sé cómo te habrá ido por Líbano, pero estás vivo y eso es una buena señal. Me imagino que Katurshian te pagaría bien y ahora eres un poco más rico que antes, ¿no?

—Quiero que sepas que Katurshian está muerto, como otros muchos que colaboraban con él…

—Entonces, ahora me toca a mí, ¿no? Como verás no he traído armas y te preguntarás por qué no pienso defenderme. Verás, yo solo represento una pequeña pieza en este engranaje, igual que lo has sido tú. Mátame y aparecerán decenas de Espositos que asumirán mi papel. Poco me importa que haya muerto Katurshian, incluso me resultaría chocante que lo hubieras matado con tus propias manos, pero ese no es el caso. Hay cientos de tipos sin escrúpulos y forrados de millones que seguirán traficando con armas o con personas y que también ocuparán el vacío que ha

dejado ese libanés.

—Basta de cháchara… Eso ya lo sé, pero fuiste tú quien me amenazó para que aceptara este trabajo y el que mató a Umberto.

—¿Crees que fue una cuestión personal? Te equivocas, querido Stefano. No he sido yo el que te traicionó.

—¿Qué quieres decir?

—Digamos que alguien nos vendió la idea de que tú podías sernos útil. Alguien del que jamás sospecharías.

—¿Sabes? Alguien me advirtió de que eras como la cizaña en el trigo, solo que, en este campo, hay más malas hierbas de las que imaginaba. Soy consciente de que Genaro es vuestro soplón. Era el único que tenía acceso a toda la información sobre nosotros.

Esposito se sonrió. Estaba encantado con aquella situación y yo no comprendía nada. Era como si estuviera en posesión de una verdad que estaba a punto de revelarme.

—Tienes razón, pero no es el único soplón que tenemos en nómina. Hay gente anónima que simplemente está atenta para encontrar a la persona que necesitamos, del resto nos ocupamos nosotros, mientras ellos siguen con su vida.

—Habla claro.

—Ese hombre al que debes tu destino no es Genaro… es tu novio Mario —sentenció, mientras a mí me daba un vuelco el corazón.

—¿Mario? Eso es imposible. ¿Por qué iba a hacerme algo así?

—Posiblemente porque hay algo que ama más que a ti… Hace tiempo que nos solicitó permiso para realizar sus excavaciones arqueológicas. Llegó a obsesionarse con esa especie de catacumba romana que descubrió en una de nuestras galerías. Trabajando en el *Terminus*, solo tenía que estar atento a ciertos huéspedes que pudieran sernos útiles y gracias a sus inclinaciones peculiares podía conseguir material de primera.

—No puede ser… —no paraba de repetirme, pero aquellas palabras no cayeron en saco roto y la sola idea de su verosimilitud me aterrorizaba.

—Una cosa más… No es la primera vez que utiliza el cuento de su hijo para embaucar a tontos como tú. Creo que deberías tener una conversación con él. Seguro que tendrá muchas cosas que explicarte. Mañana podrás encontrarlo desentrañando sus pequeños tesoros en las catacumbas… Ahora, si no estás convencido, puedes dispararme. No te costará escapar entre cuatro monjas apocadas y cientos de turistas que vienen a comprar belenes.

Esposito se levantó y cruzó el umbral del coro en dirección al

exterior. Yo me quedé petrificado sin poder hacer nada, sentado en aquel banco y pensando en lo ingenuo que había sido. Si no disparé mi pistola era señal inequívoca de que había creído a aquel rufián y en mi cabeza iban encajando las piezas de lo que había sido mi vida durante aquellos meses. No recuerdo el tiempo que estuve allí intentando dar sentido a las palabras de Esposito, hasta que una de las monjas me pidió amablemente que abandonara el lugar.

Deambulé por las callejuelas de Spaccanapoli sin rumbo fijo. Cuando fui consciente de lo que había pasado, ya eran cerca de las cinco de la tarde y estaba en las inmediaciones del puerto, muy cerca de mi hotel. No podía pensar y decidí encerrarme en mi habitación para llorar amargamente. Después de los riesgos que corrí, después de la gente que tuve que matar y a todos los que dejé por el camino, me sentía vacío y sin fuerzas. Estuve a punto de ahogarme en mi propio llanto hasta que mi mente se cerró por completo, sumiéndome en una especie de catalepsia que me hizo dormir tendido sobre la cama cuando agoté mis últimas fuerzas.

Capítulo 40

Necesitaba comprobar que todo aquello no había sido fruto de un mal sueño. Recordaba mi conversación con Esposito como un vago eco en el que no podía precisar sus palabras exactas y empecé a dudar de mí mismo. Quise creer que había esparcido insidias contra Mario, librándose de mi amenaza, pero había ido a pecho descubierto y eso no era normal en una persona como él. Tenía que cerciorarme de que aquellos infundios sembrados por su lengua viperina eran tan solo eso.

Sin levantarme de la cama, marqué el teléfono del hotel *Terminus*. Debía comprobar si Mario estaba trabajando allí y el mismo empleado de recepción me confirmó que hoy era su día de descanso. Llamé también a su número personal, pero estaba fuera de cobertura. Salté de la cama y salí como un poseso rumbo a la iglesia de San Pablo, en la misma *Via Tribunali*.

Recordé aquel barecito donde Mario pidió la llave del pasadizo para acceder a su excavación y entré. Allí estaba el mismo viejo de bigotes como si no hubiera pasado el tiempo y le pedí una cerveza para entablar conversación.

—Disculpe, no sé si me recordará…

El viejo me observó detenidamente, pero no pareció mostrar ninguna sorpresa.

—Lo siento, pasan tantas personas en estas fechas, que me sería difícil recordar una cara.

—Fue a finales de julio. Vine acompañado de otro hombre, Mario Ponissi, ¿lo conoce?

—¡Mario! Claro… Hace muchos años que somos amigos.

—Necesitaría encontrarlo.

—No sabría decirle. Creo que vive en Pozzuoli.

—Lo sé, pero calculo que ahora estará en alguno de los subterráneos de la zona… Tengo que hablar urgentemente con él —y deslicé un billete de 100 euros sobre el mostrador.

Cuando vio la tonalidad del billete, le brotaron chispas de los ojos y salió de detrás de la barra.

—Acompáñeme, por favor… —me pidió, mientras me hacía salir del bar—. Desde la casa contigua se puede acceder por un atajo. No es preciso entrar por la puerta principal de la *Napoli Soterranea*.

Sorprendentemente era la misma casa tapadera que utilicé para entrar el día que asesinaron a Umberto. Mis sospechas cobraron sentido conforme iba descendiendo los escalones de aquella trampilla de madera y, antes de cerrarla, el viejo me entregó una

linterna con una advertencia.

—Disculpe, señor…

—Luca, Luca Montorfano.

—Muy bien, señor Montorfano. Por razones de seguridad debo cerrar esta entrada. Para poder salir tendrá que hacerlo con Mario por otro sitio; él mismo le guiará, no se preocupe. Ahora siga el pasillo hasta el final, luego tendrá que girar a la izquierda. Intente no salirse del camino.

—Gracias. Creo que sabré encontrarlo.

Después, el viejo soltó el pesado portón de madera como si hubiera dejado caer la losa de una tumba. Me adentré despacio en las entrañas de la tierra y no pude reprimir las imágenes de Umberto. Su recuerdo me impulsaba a seguir hacia adelante clamando venganza.

De repente oí un sonido sordo y repetitivo, como si alguien estuviera picando en la piedra. Unos metros más adelante, mi linterna iluminó unos frescos ya conocidos en la pared, que me indicaba que ya había llegado. Giré a la izquierda y, guiado por una luz que salía del fondo, hallé a Mario agachado, limpiando lo que acababa de arañar a la tierra.

—Hola Mario… —le dije.

No esperaba mi llegada y aquel sobresalto provocó que cayera de espaldas, quedando sentado frente a mí con los ojos desorbitados.

—¡Stefano!... Me has dado un susto de muerte. ¿Cómo sabías que estaría aquí?

Permanecí en silencio mirándolo fijamente.

—Te he echado tanto de menos... —fue diciéndome mientras se incorporaba y venía a abrazarme.

Se extrañó al notarme inexpresivo y no devolverle el beso que me dio en los labios. Yo estaba demasiado tenso, pero Mario no preguntó nada. Creo que tenía una ligera idea de por qué estaba allí.

—Cariño. Tienes tantas cosas que contarme… —continuó diciendo.

—¿Realmente quieres saber todo lo que me ha pasado?

—Estás muy raro, no te comportas como siempre.

—He cambiado. Hasta ayer solo pensaba volver contigo, abrazarte y retomar nuestra vida donde la tuve que dejar, pero ahora...

—Yo…

—No digas nada, por favor. Déjame hablar... Tuve que

presenciar la muerte de Umberto, muy cerca de donde ahora nos encontramos, como aviso de lo que nos podía suceder, pero yo seguía confiando en ti y acepté sacrificarme para que nada malo te pasara. No me importó tener que matar ni arriesgar mi vida porque, al final, siempre pensé volver. ¿Y qué me encuentro cuando vuelvo? Que todo fue una mentira, que fuiste tú quien me vendiste a esa red de maleantes y solo por esto… —dije señalando la estancia—. Estas pequeñas ruinas que quieres más que nada en este mundo.

—¿Quién te ha dicho esa sarta de mentiras? ¿Esposito? No deberías fiarte de un ser tan despreciable como él.

—¿Cómo sabes que ha sido Esposito? Yo no te he dicho su nombre.

—¿Quién si no? ¿Quién fue el que te presionaba? Tú mismo lo dijiste…

—¡Basta de mentiras! Creo que merezco un poco de sinceridad por tu parte. ¡Me lo debes!

Mario se quedó callado, dudando. Sabía que se había descubierto y era una tontería seguir negándolo todo. Por fin tomó fuerzas y me soltó todo lo que llevaba dentro, como el que escupe un insulto.

—Está bien, es cierto… Fui yo quien informó a Esposito. Aquello no suponía nada. Solo había que encontrar a alguien que reuniera las características que buscaban y de pronto apareciste tú. Me gustabas y me resultó fácil convencerte para que te vinieras conmigo; yo mismo me sorprendí. Incluso intenté prevenirte por si al final te dejaban en paz, pero eras demasiado valioso para ellos y no pude hacer nada para hacerles cambiar de idea. Yo necesitaba seguir trabajando aquí. Esta es mi vida y tienes razón, es lo que más amo en el mundo… Siento que hayas tenido que sufrir tanto, pero esa es la verdad.

—Me imagino que tampoco tendrás ningún hijo, ¿no?

—Esa es una historia que siempre causa el efecto deseado…

—¡Eres una basura! Y todo por esta mierda —le dije mirando a mi alrededor con todo el odio del que fui capaz—. ¡Maldito hijo de puta! Merecerías pudrirte en esta tumba.

Preso por la ira, cogí la piqueta con la que había estado trabajando y empecé a destrozar los frescos que adornaban las paredes, rompiendo pequeñas vasijas que se hallaban sobre una repisa, para luego emprenderla con los mosaicos, mientras Mario se volvía loco gritándome que no continuara destrozándolo.

—¡Basta! ¡Para!... Lo vas a romper todo…

—¡Quiero hacerlo! ¡Hasta que no quede nada! —Y continué con

mi afán.

Mario se abalanzó sobre mí para pararme y ambos caímos al suelo. Forcejeamos y noté un fuerte puñetazo que me dejó unos segundos sin visión. Me revolví, mientras me tenía agarrado por el cuello intentado ahogarme y siguió golpeándome hasta que empecé a sangrar por la ceja. Instintivamente, busqué algo con la mano que me permitiera liberarme y, sin pensarlo, le asesté un golpe en la cabeza con la piqueta, que me permitió desasirme. Lejos de parar, seguí golpeándole con toda mi rabia, hasta que me di cuenta de que ya no se movía; había matado a ese cabrón que había jodido mi vida hasta el último aliento de su cuerpo.

Me encontré empapado con su sangre y en aquel momento quise abrazarlo. Había liberado un demonio y ahora me sentía vacío. Ya no había nada en su cuerpo inerte que me recordara al Mario que conocí. Dejé su cuerpo desdibujado por la sangre encima del mosaico y salí de la estancia en un estado de estupor.

A lo que me di cuenta, vagaba por un largo túnel oscuro. Estaba perdido y no sabía volver, pero no me importaba. Perdí la noción del tiempo y solo pude seguir andando, apoyándome en las paredes para no caer. Me di cuenta de que todavía tenía en la mano la piqueta cuando me di de bruces con una puerta, que golpeé con fuerza hasta notar que se astillaba. Durante algunos minutos seguí dándole, hasta notar una leve corriente y una claridad que penetraba por el hueco que había practicado. Me asomé por el agujero y pude ver una especie de cripta iluminada con una tenue luz cenital. Seguí golpeando hasta que la puerta cedió, abriéndose como un coco. Me di cuenta de que a través de una rejilla metálica del techo entraba claridad. Levanté la vista y pude oír una especie de murmullo que salía de ella, pero estaba demasiado alta para intentar forzarla. En un rincón se apilaban muebles olvidados: una cómoda y unas cuantas sillas. La empujé hasta el centro de la habitación y me subí sobre ella, mientras crujía bajo mis pies. Golpeé con fuerza la celosía hasta que la tapa cedió con unos golpes más. La aparté y me aupé hacia lo que parecía el suelo de una iglesia.

Cuando salí, ni siquiera pude darme cuenta del revuelo que se había armado en aquella capilla. Los rumores de voces asustadas comenzaron a adueñarse del lugar. Solo tuve fuerzas para dejarme caer a los pies de una escultura que me sirvió de apoyo. Estaba tan exhausto que dejaron de importarme los gritos que me increpaban, tan solo balbuceé algunas palabras.

—He matado a ese hijo de puta. No volverá a joderme más…

Capítulo 41

Llevaba un par de días en prisión cuando vino a visitarme el que se presentó como mi abogado.

—Buenos días, señor Baldi —dijo tendiéndome la mano—. Soy Gino dell'Aquilla y desde este momento soy su representante.

—¿Es usted amigo de Giulia Cravioto? —pregunté intrigado.

—Sí, y de no ser por eso, tenga en cuenta que no hubiera aceptado… No me malinterprete, hay muy buenos abogados en Nápoles y como usted sabrá, yo resido en Roma.

—Muchas gracias.

—No me las dé a mí. Agradézcaselo a su amiga, fue muy convincente. Muy bien, señor Baldi, no perdamos más tiempo. Esta mañana he recabado toda la información acerca de su caso. La verdad es que no hay mucho, así que tendrá que esforzarse en recordarlo todo, pero le voy a hacer una advertencia, no quiero que me mienta. Por cruda que sea la realidad, necesito saber lo que sucedió si quiere que le ayude. No se preocupe, lo que diga será estrictamente confidencial. En estos momentos soy lo más parecido a un cura. Puede confiar en mí.

Estuve aproximadamente un par de horas relatándole todas las peripecias que tuve que vivir desde aquel momento en que inicié lo que pensé que eran unas merecidas vacaciones, hasta regresar de mi peligrosa aventura libanesa. El rostro de mi abogado pasó de la incredulidad a la expectación cuando terminé de contarle aquellas historias demenciales. Por fin, bebió algo de agua y, suspirando, se atrevió a interrumpirme.

—He oído historias de todo tipo, pero la suya supera todo lo imaginable y no niego que tuviera motivos. Aun así, no creo que lo que pasó en Líbano tenga ninguna importancia para el caso que nos ocupa, es más, solo conseguiría confundir a la juez. Vamos a ocuparnos del caso por el que le han retenido… ¿A quién se supone que mató en aquel subterráneo?

—A Mario Ponissi, mi pareja.

—Entonces, se trató de un crimen pasional.

—No exactamente… No fue una historia de celos. Fue la persona que me traicionó, el que me vendió a los traficantes de armas.

—Entonces, era un colaborador de esos delincuentes, ¿no es así?

—Conseguía información para ellos a cambio de poder trabajar en su excavación clandestina.

—¿Allí fue donde lo mató?

—Había descubierto una antigua iglesia paleocristiana en unas

catacumbas, en la *Napoli Soterranea*, un intrincado laberinto excavado bajo la ciudad, aunque no sabría precisar dónde.

—¿Por qué lo hizo?

—Estaba ciego de ira cuando descubrí que fue él quien informó a los traficantes sobre mi vida. Estuvo mintiéndome todo el tiempo, haciéndome creer que yo le importaba, aunque no tenía intención de matarlo.

—Pero lo hizo…

—Discutimos, cogí una herramienta y, preso de la rabia, empecé a destrozar su yacimiento. Mario no podía soportar que arruinase el trabajo de su vida y empezamos a forcejear. Me golpeó hasta hacerme sangrar y al agarrarme por el cuello, temí por mi vida. Le asesté un golpe en la cabeza y luego seguí golpeándole hasta que me di cuenta de que yacía inerte. En ese momento me arrepentí, pero ya era demasiado tarde. Salí de aquel lugar deambulando en la oscuridad hasta que descubrí una salida en la capilla de Sansevero.

—¿Le miraron las heridas?

—Sí, me visitó el médico de la prisión y anotó todo concienzudamente.

—Muy bien, después me pasaré por la enfermería a por ese informe… Por ahora creo que es todo.

—¿Ya está?

—No, todavía no, todavía tiene que declarar ante la juez y será dentro de dos días.

—Entonces, ¿qué es lo que tengo que decir?

—Es complicado, pero puede confiar en mí.

—Poco me importan los años que pueda pasar aquí. En realidad ya no me importa nada.

—No me refería a eso… En condiciones normales, pelearíamos por un homicidio en segundo grado, con atenuante de defensa propia, pero…

—¿Qué sucede?

—Pues que no hay cadáver…

—¿Qué? Yo dejé su cuerpo allí. Tal vez no hayan encontrado el sitio o…

—Siguieron el rastro de sangre y, aunque les costó desenvolverse por aquellos túneles, por fin dieron con esa especie de cripta, como consta en el informe de los carabineros, pero allí no había ningún cadáver.

—Pero quedarían restos de sangre. Yo recuerdo un inmenso charco alrededor del cuerpo de Mario.

—Alguien se tomó muchas molestias para hacerlo desaparecer

antes de que llegara la policía.

—Pero hay rastros en mi ropa. A estas alturas, ya la habrán analizado y descubrirán que no era mía.

—Por eso le decía que el caso era muy complicando. Por un lado admite haber matado a alguien pero, por otro, no hay cadáver… Y si no hay cadáver, no hay caso.

—Entonces, ¿qué le digo a la juez?

—Déjeme pensar…

Gino estuvo un buen rato dando vueltas a mi alrededor. De cuando en cuando se tocaba el mentón y con las manos se mesaba los cabellos repeinados hacia atrás. Por fin, se paró frente a mí y, poniendo las manos sobre la mesa, exclamó.

—Ya lo tengo… Dirá que mantuvo una relación con Mario Ponissi y que, por motivos laborales, tuvo que ausentarse durante el tiempo que estuvo en Líbano. A su vuelta, se encontró con él en la excavación, donde mantuvo una acalorada discusión motivada por los celos. Usted, despechado, empezó a destrozar parte de los restos arqueológicos, lo que provocó una riña en la que se hirieron superficialmente. Para liberarse, mientras le tenía cogido por el cuello, le propinó un golpe en la cabeza que le produjo un desmayo que usted interpretó como que lo había matado… Respecto a la sangre que manchaba su ropa, dirá que fue producto de esos golpes.

—Pero, ¿y su cuerpo?

—Quien lo hizo desaparecer, no creo que vuelva a dejarlo en otro lugar para que lo encuentren. Por ese lado podemos estar tranquilos. Me imagino, por lo que me ha contado, que a esos tipos no les interesa que la policía indague más de la cuenta. Así que, si no aparece, podemos estar seguros de que lo darán por desaparecido, pero no muerto, así que tendrán que soltarle por falta de pruebas.

—Parece demasiado fácil.

—La justicia, en los países civilizados, se basa en las evidencias, no en supuestos.

—Está bien, procuraré recordarlo todo.

—Más le vale… Yo me voy ahora. Pasado mañana, vendré a recogerle para acompañarle al juzgado. No voy a pedir ninguna fianza. Esperaremos hasta entonces y creo que la juez no tendrá inconveniente en dejarle en libertad.

—Una cosa más, antes de que se vaya… ¿Cómo está Giulia?

—Muy preocupada. No deja de llamarme a todas horas. Por supuesto, no le he contado nada y usted tampoco debe hacerlo.

—¿Podría verla?

—De momento no le conviene. Concéntrese en lo que tiene que decir y deje las emociones para cuando todo haya pasado.

—Gino… ¿Qué opina ahora de mí?

—En mi profesión, donde se ve todo tipo de gente, no solemos emitir juicios de valor, nos limitamos a hacer nuestro trabajo lo mejor que podemos. Pero si quiere que le diga lo que pienso, le diré que no deja de ser una víctima más. A veces, la gente se ve obligada a hacer cosas de las que jamás hubiera sospechado ser capaz. Solo hay que poner a una persona al límite… Yo no le daría más vueltas al asunto.

—Gracias, Gino.

Cuando se fue mi abogado, me quedé mucho más tranquilo. Todas las elucubraciones que no me habían dejado dormir durante los últimos días, se esfumaron de mi cabeza en un visto y no visto. Aquella simplona visión de los hechos se convirtió en un relato con sentido, bien trabado y preparado para digerir por parte de la juez. Casi estuve a punto de creérmelo yo mismo. Estaba seguro de que, detrás de todo, estaba el mismísimo Esposito, al cual acabaría por agradecer ese último «capotazo» para salvar mi controvertida situación.

Capítulo 42

Por fin llegó el día de la «representación» ante la juez de instrucción. A las nueve de la mañana acudió mi abogado a Poggioreale para acompañarme en la que sería mi primera y última declaración. Estaba convencido de que el relato que habíamos preparado unos días antes podía surtir efecto. Salvo mentir en el hecho de haber matado a Mario, todo lo demás se asemejaba a la verdad. A fin de cuentas, lo que consideramos verdadero es un simple punto de vista en el que confluyen múltiples factores.

Iba esposado, como mandaban las normas, pero no me sentía prisionero como la primera vez. Me acompañaba mi abogado y una verdad que me hacía fuerte. Me vestí con uno de mis mejores trajes para causar buena impresión. La última vez que me presenté ante la magistrada, mi aspecto era desaliñado y apenas pude decir algo coherente. Quería que supiera que no era una especie de ratero de los callejones de Secondigliano, aunque mi altivez pudiera jugarme una mala pasada.

Por fin se abrió la puerta del despacho y los carabineros nos invitaron a entrar. Nos sentamos frente a la juez, que aquel día iba más sofisticada que de costumbre, o al menos eso me pareció. Lucía un nuevo corte de pelo y quizá algún tono más claro de tinte. Llevaba un traje elegante y aquello solo podía significar que estaba de buen humor y eso también nos favorecía.

El secretario le pasó el todavía pequeño dosier de mi caso y se tomó unos minutos para refrescar la memoria.

—Muy bien, señor Baldi. Nos volvemos a encontrar y esta vez con su abogado. Espero que ahora esté más colaborador.

—Efectivamente, mi defendido piensa hacer una declaración formal de todo lo sucedido el día de autos —intervino Gino para darme paso.

—Veamos, le escucho, señor Baldi.

No necesitaba recurrir a la memoria ni repasar mentalmente todo lo sucedido. Fui relatando mi historia con tanta seguridad, que tomé por real la versión preparada por Gino; lo tenía muy claro en mi mente.

—Entonces… —interrumpió la magistrada—. No cree haber matado a nadie.

—Así es, señoría… Admito que, cuando forcejeamos, Mario me propinó diversos golpes y temí por mi vida. Le golpeé la cabeza con lo primero que hallé para poder librarme de él. Es una persona corpulenta y me estaba asfixiando. Cuando escapé, pensé que lo

había matado pero…

—Pero… —volvió a interrumpirme—. Su abogado ya le habrá contado que no hemos encontrado ningún cuerpo en el lugar que usted nos indicó y que los leves rastros de sangre no son indicativos de nada en concreto, salvo de una riña o altercado… Y, dígame, ¿a qué se debían las manchas de sangre que se hallaban en su ropa y por todo su cuerpo?

—No sé, quizá fuera por las heridas que nos infringimos. Ya sabe que la sangre es muy escandalosa.

—Muy bien, y ¿eso fue todo según usted?

—Sí. No tengo nada más que añadir.

—Veamos… Ayer por la mañana se personaron los carabineros en el domicilio de Mario Ponissi y no lo hallaron en él. No obstante, realizaron averiguaciones en su lugar de trabajo habitual y los responsables del hotel *Terminus* dijeron que, desde hacía unos días, no se había incorporado a su puesto pero que, casualmente, aquella misma mañana habían recibido una carta en la que se despedía y, entre otras cosas, indicaba que dejaba el puesto para marcharse a unas excavaciones que se desarrollarían en Biblos, en un antiguo yacimiento de Líbano.

Gino y yo nos miramos estupefactos. Alguien nos había allanando el camino hacia la libertad.

—Esto, como mínimo, es muy extraño… —siguió diciendo la juez—. No sé qué está pasando aquí, pero quiero que sepan que no he creído nada de lo que me han contado. Sé que me ocultan algo, pero la justicia simplemente debe ceñirse a los hechos y, sintiéndolo mucho, me veo obligada a dejarle en libertad sin cargos, pero sepa, señor Baldi, que le seguiremos la pista muy de cerca. Si comete cualquier tontería, por pequeña que sea, le prometo que no volverá a pisar la calle.

—Entonces… ¿Puedo irme? —le pregunté.

—Es usted libre de hacer lo que le plazca pero, antes de irse, ¿le importaría aclararme qué hacía usted en Líbano? Es una cosa que me dejó muy intrigada la primera vez que hablé con usted y que no supo contestarme. Además, veo que también se ha despertado una extraña fiebre libanesa en su antiguo «compañero» de piso…

—No quisiera aburrirla con una historia tan larga. Digamos que estuve colaborando con las fuerzas internacionales de Naqoura. Si tiene verdadera curiosidad, puede llamar al general Brunetta, el comandante de la base. Él pude darle referencias sobre mi paso por aquel país.

Al oír aquello, la juez se quedó pensativa y mientras golpeaba la

mesa con su bolígrafo, nosotros nos levantamos para cruzar la puerta. Hizo entrar a los carabineros y les firmó la orden de libertad inmediata. Gino me dio una palmada en la espalda y tampoco dijo nada, simplemente se marchó, dejándome solo en aquella antesala. En aquel momento no sabía qué hacer ni tenía dónde ir. Me costó moverme de allí, pero al final reuní fuerzas e intenté buscar la salida.

Cuando vi la potente luz del cielo napolitano, una idea descabellada comenzó a rondar en mi cabeza. No podía regresar a Torgiano; sentía que ya no pertenecía a aquel sitio, ni siquiera a Nápoles. Con mi mal ganado dinero, debía iniciar una nueva vida muy lejos de allí, en un sitio donde nada me recordara al pasado y donde solo tuviera futuro. Pensé en Niko y el tiempo tan maravilloso que pasé con él. Su recuerdo era el único que no estaba manchado de sangre. Era una locura, pero valía la pena intentarlo.

Capítulo 43

Pasaban pocos minutos de las dos del mediodía cuando entre en el *Meze*. Lo recordaba como la última vez que estuve, repleto de clientes y con el típico ruido de conversaciones alrededor de unos buenos platos de comida servidos con diligencia.

Hice un primer barrido con la vista para ver si localizaba a un joven camarero recubierto de pelo, pero no hallé a nadie que se pareciera a Niko. Todas las ilusiones que había ido acumulando hasta llegar, se desfondaron de repente. Era lógico pensar que, al desaparecer de su vida, no me habría guardado el sitio y no tenía ningún derecho a recriminarle nada. Había vuelto buscando una ilusión y ahora simplemente esperaba que me pudieran acomodar en una mesa para comer.

Mientras daba buena cuenta de la comida, me deleité observando a los clientes que llenaban el restaurante. Parecían tan despreocupados y felices, que me dieron envidia. La simplicidad de sus vidas, lejos de aventuras truculentas, con problemas cotidianos como llegar a fin de mes, me pareció lo más apetecible del mundo, pero yo me sentía el más miserable de los hombres. Había quemado mi último cartucho y seguramente tendría que regresar a Italia sin conseguir lo que había venido a buscar.

Una de las camareras me trajo un café acompañado de una copita de Ouzo. Le pedí la cuenta y cuando iba a pagar, me cayó al suelo.

—Disculpe caballero, creo que se le ha caído algo… —me susurró a la oreja una voz que me resultó familiar.

No podía ser, era Niko, pero estaba tan cambiado que no lo hubiera reconocido entre toda aquella gente.

—«Spaghetti» —me dijo sonriendo y mirándome fijamente a los ojos.

—Yo… Tú… Bueno… Veo que te has cortado el pelo… Estás tan guapo… — balbuceé palabras sueltas preso del nerviosismo.

En aquel momento no sabía qué hacer. Allí estaba, después de haber estado convenciéndome de que jamás volvería a verlo. Cogió una silla y se sentó a mi lado. Yo no hubiera podido levantarme, las piernas me temblaban y seguía sin creerme que, después de tanto tiempo, lo tenía delante de mí.

—Veo que te has quedado sin palabras. Menos mal que yo hablo por los codos y no estoy tan nervioso como tú… Has regresado y supongo que, si estás aquí, habrás solucionado tus problemas, ¿no?

—Supongo que sí. Aunque he dejado demasiadas cosas por el

camino.

—Ah ¿sí? ¿Cómo qué? —me preguntó cerca de la cara con toda la sensualidad de que fue capaz.

—La inocencia, por ejemplo.

—No te recuerdo siendo demasiado ingenuo, por lo menos en la cama… Y dime, ¿cómo es que has vuelto?

—He venido para devolverte una cosa.

—¿Qué?

—El ojo azul… Creo que ya no me va a hacer falta. Se ha tenido que emplear tan a fondo que, seguramente, habrá perdido todo su poder —le dije mientras le depositaba el amuleto en la mano.

—Celebro que te haya sido útil… Bien, pues ya me lo has devuelto.

—Niko…

—Dime.

—No solo he venido para devolverte eso… Sé que ha pasado mucho tiempo y que no te he llamado durante meses, pero me gustaría saber… Bueno, si…

—Para ser «spaghetti», tienes poco don de palabra. Menos mal que sé por dónde quieres ir.

—Sé que no tengo ningún derecho a presentarme aquí y… —le interrumpí.

—¡Quieres callarte! Todavía no sabes lo que voy a decirte… Cuando te despedí aquella mañana en el puerto y vi cómo te alejabas a bordo de tu yate, tuve una corazonada. Sabía que algún día volverías, aunque te fuiste como si partieras a la guerra. A pesar de ello, no te he guardado el sitio. No soy de los que creen en príncipes azules ni esperan su media naranja. Siempre he estado abierto a las sorpresas y claro…

—Has encontrado a alguien…

—No tan deprisa «spaghetti»… Decía que hay tan pocas personas que puedan sorprenderme que… Menos mal que no has tardado en volver. No sabes lo aburridísima que puede ser la vida sin ti.

—¿Entonces?

—Entonces, «spaghetti», solo tengo que decirte que, si te lo «curras», todavía tienes una posibilidad para que me quede contigo.

—Yo… No sé qué decir.

—Bueno, di, por ejemplo, que eres el hombre más feliz del mundo, que te mueres de ganas por estar conmigo. En fin, lo que suele decirse en estos casos.

—¿Cómo es que te has cortado el pelo y la barba? —nervioso,

salté con lo primero que se me ocurrió.

—Vaya, vienes a buscarme ¿y lo único que te interesa es mi aspecto? Menudo romántico estás hecho… Tenías razón, tanto pelo no me favorecía. No sabes la alegría que le di a mi madre cuando me decidí a cortármelo. Por cierto, le comenté lo nuestro a mis padres y…

—¿En serio? Pero si no sabías si iba a volver.

—Ya te dije que tenía un pálpito. Por supuesto lo tomaron como una *boutade* de las mías, pero se mostraron encantados de que, por fin, tuviera intenciones de sentar la cabeza.

—Entonces… Ya saben lo tuyo… Y también lo mío.

—A ti no te conocen, pero pronto le pondremos remedio… Por cierto, ¿qué planes tienes?

—Pues… he decidido establecerme aquí, en Limassol. Bueno, si tú quieres…

—Eso sería fantástico pero, ¿y tu carrera musical?

—Por eso no te preocupes, yo solo necesito un piano. Lo único que tendré que buscar es una casa donde pueda caber uno bien grande.

—Mi casa es pequeña pero, sacando algunos muebles…

—Yo había pensado en algo más grande.

—¿Cómo cuánto de grande?... ¿Con piscina y jardín?

—Con eso y con unas cuantas cosas más… Todo lo que nos apetezca.

—Te han ido bien los negocios en tu gira por el Líbano, ¿no?

—Digamos que es la única cosa que funcionó bien. Alguna vez te contaré todo lo que tuve que hacer.

—Bueno, creo que ha llegado el momento de que los conozcas…

—¿A quién?

—¡Coño! A mis padres… Ven, te los presentaré.

—¿Es preciso hacerlo ahora? ¿Tú crees que les caeré bien?

—Bueno, si no te funciona, siempre puedes recurrir al piano. ¿No dicen que la música amansa a las fieras? Tú eres una especie de Orfeo.

—No creo que esa fuera una buena comparación. En todo caso, si fuera Orfeo, habría que tocar un réquiem por él. Creo que sus restos se quedaron enterrados en algún lugar oscuro de Nápoles.

—«Spaghetti». ¡Calla y sígueme!

FIN

AGRADECIMIENTOS

A mi amiga Julia Peropadre y a toda su familia, por el asesoramiento en temas musicales y por haberme permitido convertirlos en personajes de esta novela tomando prestadas sus identidades.

Gracias a Ilu, Lola y Esther, por su cariño y paciencia ayudándonos a todos los que formamos parte de Selección RNR. Gracias también a mis compañeras (y compañero) escritoras, por acogerme en esta gran familia literaria.

Mi agradecimiento a los lectores de mi anterior novela*, Papel de Armenia*. Espero que disfruten con la presente tanto como lo hicieron con la anterior.

Y, por último, mi reconocimiento a Nápoles, la ciudad más bonita de Europa, la cual tuve el placer de recorrer junto a Fernando y Andrés después de momentos muy duros para mí y que inspiró parte de esta novela.